

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 24
Enero-Marzo 2012

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

• Ensayo

Interpretación de una narración de Sergio Pitlor: La Pantera, por Alejandro Hermosilla Sánchez
Fernando Lalana, visión parcial de su obra, por Pablo Lorente Muñoz
Quehacer de la ciudad. Primera crónica de las cosmomemorias mexicanas, por Demetrio Anzaldo
Sherlock Holmes, o la lógica intelectual en "El sabueso de los Baskerville", por Enrique García Díaz

• Relato

Santuario, por Alejandro Badillo
El otro lado, por Elena Casero
El perro y el gato, por Juan Amancio Rodríguez García
Microrrelatos, por Juan Naranjo
Sol de otoño, por Elena Azcárate
El sur (Dudignac), por Sergio Borao Llop
Cosas que la noche trae, por Jorge Castelli
La soledad de un veterano, por Carlos Montuenga
La familia o el olvido, por Elena Salamanca
Pub Limbo, por Pablo Lavilla
Relatos, por Eva María Medina Moreno
Mar invisible, pescadores fantasma, por Emilio Chapí Verdú
Fascinación, por Ramón Araiza Quiroz
Trío, por Elisa de Armas
Microrrelatos, por Víctor Lorenzo
El nacimiento de un don, por Álvaro Domínguez

Adiós, Julia; Bienvenida, Nada, por Rebeca García-Nieto
Merthiolate, por Jorge Eliécer Pacheco
Sojak, el prisionero, por Federico Rodríguez
Treinta minutos, por Cristina Calduch
Bilitis, por María Dubón
Microrrelatos, por Rubén Gozalo
Concierto, por Luis Topogenario
Historia de un amor, por Rolando Revagliatti
601 y 602, por Gonzalo Palermo
Un mundo siempre nuevo, por Patricia Nasello
Relatos, por Rocío Romero
Autocine, por Ana Martínez Blanco
Epistolar James Mc Culligan, por Damián Cordones
Ciclón Tropical, por Pablo Enrique Arosti
El pozo de la educación, por Pedro Bosqued
Dos relatos, por Carlos Aymí

• Narradores

Salvador Gutiérrez Solís

• Miradas

Getafe Negro y "Nevermore!", por José Vaccaro Ruiz
"El Guzmán de Alfarache": consolidación del género picaresco, por Chus Sanesteban Iglesias

• Reseñas

"Las teorías salvajes" de Pola Oloixarac, por Vanessa Alanís Fuentes Oliver
"La niña que hacía llorar a la gente" de Carlos Pérez Merinero, por José Luis Muñoz
"Brooklyn en blanco y negro (Diario 2008-2009)" de Hilario Barrero, por Ángeles Prieto Barba
"Discordancias" de Elena Casero, por Miguel Baquero
"El escondite de Grisha" de Ismael Martínez Biurrun, por Óscar Bribián
"Naufragios del Mar del Sur" de Fernando Ainsa, por Carlos Manzano
"Lecturas y lugares" de José Luis García Martín, por Ángeles Prieto Barba
"Como entonces" de María Frisa, por Luis Borrás
"Diástole" de Emilio Bueso, por Óscar Bribián
"Afganistán. La vida más allá de la batalla" de Antonio Pampliega, por Pablo Lorente Muñoz
"Padres, hijos y primates" de Jon Bilbao, por Pablo Lorente Muñoz
"La banda de los seguros. Discreta geografía criminal" de Gabriela Urrutibehety, por Verónica Meo Laos
"A la caza de la mujer" de James Ellroy, por José Luis Muñoz
"Laciega.com" de Félix Teira, por Luis Borrás

• Novedades editoriales

Narrativas es una revista electrónica que nace como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. Inicialmente editada en formato PDF, dada la similitud de este formato con las tradicionales revistas hechas en papel, hemos decidido también publicarla en formato ePub, de modo que sea perfectamente legible en el conjunto de dispositivos electrónicos de lectura cada vez más presentes en nuestra realidad cotidiana.

Envío de colaboraciones:

La revista Narrativas versa sobre diversos aspectos de la narrativa en español. Está estructurada en tres bloques fundamentales: ensayo, relatos y reseñas literarias. En cualquiera de estos campos, toda colaboración es bien recibida. Las colaboraciones deberán enviarse por correo electrónico como archivo adjunto en formato DOC o RTF. En su momento, los órganos de selección de la revista decidirán sobre la publicación o no de los originales recibidos. No se fija ninguna extensión máxima ni mínima para las colaboraciones, aunque se valorará la concisión y el estilo. Se acusará recibo de cada envío y se informará de la aceptación o no del mismo. Los autores son siempre los titulares de la propiedad intelectual de cada texto; únicamente ceden a la revista Narrativas el derecho a publicar los textos en el número correspondiente.

SUMARIO - núm. 24

<i>Interpretación de una narración de Sergio Pitlor: La Pantera</i> , por Alejandro Hermosilla Sánchez	3	<i>Relatos</i> , por Rocío Romero	103
<i>Fernando Lalana, visión parcial de su obra</i> , por Pablo Lorente Muñoz	10	<i>Autocine</i> , por Ana Martínez Blanco	104
<i>Quehacer de la ciudad. Primera crónica de las cosmomemorias mexicanas</i> , por Demetrio Anzaldo-González	16	<i>Epistolar James Mc Culligan</i> , por Damián Cordones ..	105
<i>Sherlock Holmes, o la lógica intelectual en "El sabueso de los Baskerville"</i> , por Enrique García Díaz	26	<i>Ciclón Tropical</i> , por Pablo Enrique Arosti	113
<i>Santuario</i> , por Alejandro Badillo	28	<i>El pozo de la educación</i> , por Pedro Bosqued	119
<i>El otro lado</i> , por Elena Casero	32	<i>Dos relatos</i> , por Carlos Aymí	120
<i>El perro y el gato</i> , por Juan A. Rodríguez García.....	33	<i>Narradores: Salvador Gutiérrez Solís</i>	122
<i>Microrrelatos</i> , por Juan Naranjo	35	<i>Getafe Negro y "Nevermore!"</i> , por José Vaccaro Ruiz ..	125
<i>Sol de otoño</i> , por Elena Azcárate	37	<i>"El Guzmán de Alfarache": consolidación del género picaresco</i> , por Chus Sanesteban Iglesias	126
<i>El sur (Dudignac)</i> , por Sergio Borao Llop	38	<i>"Las teorías salvajes" de Pola Oloixarac</i> , por Vanessa Alanís Fuentes Oliver	127
<i>Cosas que la noche trae</i> , por Jorge Castellí	40	<i>"La niña que hacía llorar a la gente" de Carlos Pérez Merinero</i> , por José Luis Muñoz	128
<i>La soledad de un veterano</i> , por Carlos Montuenga	43	<i>"Brookehyn en blanco y negro (Diario 2008-2009)" de Hilario Barrero</i> , por Angeles Prieto Barba	129
<i>La familia o el olvido</i> , por Elena Salamanca	45	<i>"Discordancias" de Elena Casero</i> , por Miguel Baquero ..	131
<i>Pub Limbo</i> , por Pablo Lavilla	50	<i>"El escondite de Grisha" de Ismael Martínez Biurrun</i> , por Óscar Bribián	132
<i>Relatos</i> , por Eva María Medina Moreno	53	<i>"Naufragios del Mar del Sur" de Fernando Aínsa</i> , por Carlos Manzano	133
<i>Mar invisible, pescadores fantasma</i> , por Emilio Chapí	56	<i>"Lecturas y lugares" de José Luis García Martín</i> , por Angeles Prieto Barba	134
<i>Fascinación</i> , por Ramón Araiza Quiroz	68	<i>"Como entonces" de María Frisa</i> , por Luis Borrás	135
<i>Trío</i> , por Elisa de Armas	69	<i>"Diástole" de Emilio Bueso</i> , por Oscar Bribián	136
<i>Microrrelatos</i> , por Víctor Lorenzo	72	<i>"Afganistán. La vida más allá de la batalla" de Antonio Pampliega</i> , por Pablo Lorente Muñoz	137
<i>El nacimiento de un don</i> , por Álvaro Domínguez	73	<i>"Padres, hijos y primates" de Jon Bilbao</i> , por Pablo Lorente Muñoz	138
<i>Adiós, Julia; Bienvenida, Nada</i> , por Rebeca García-Nieto	76	<i>"La banda de los seguros. Discreta geografía criminal" de Gabriela Urrutibebety</i> , por Verónica Meo Laos	139
<i>Merthiolate</i> , por Jorge Eliécer Pacheco	82	<i>"A la caza de la mujer" de James Ellroy</i> , por José Luis Muñoz	140
<i>Sojak, el prisionero</i> , por Federico Rodríguez	85	<i>"Laciega.com" de Félix Teira</i> , por Luis Borrás	141
<i>Treinta minutos</i> , por Cristina Calduch	91	<i>Novedades editoriales</i>	142
<i>Bilitis</i> , por María Dubón	93		
<i>Microrrelatos</i> , por Rubén Gozalo	94		
<i>Concierto</i> , por Luis Topogenario	97		
<i>Historia de un amor</i> , por Rolando Revagliatti	98		
<i>601 y 602</i> , por Gonzalo Palermo	100		
<i>Un mundo siempre nuevo</i> , por Patricia Nasello	102		

INTERPRETACIÓN DE UNA NARRACIÓN DE SERGIO PITOL: LA PANTERA

por Alejandro Hermosilla Sánchez

Ahora era yo el ciego: ya no podía leer lo que yo mismo había escrito.

Cees Nooteboom. *Mi cuaderno de notas y un epílogo desde Gantheaume Point (la biblioteca de Borges).*

Y al fin al cabo, ¿existió alguna vez la puerta verde en el muro?

H.G.Wells. *La puerta en el muro*

En este breve texto, me gustaría proponer una lectura de una narración de Sergio Pitol como «La pantera» en clave mesoamericana, entendiendo que esta interpretación, lógicamente, tan sólo intenta sugerir una posibilidad de acercarse a este enigmático cuento de Pitol sin, desde luego, agotarla e incitando a que el lector pueda –parafraseando a Julio Cortázar– construir sus propios modelos para armar su propia lectura de la literatura del escritor veracruzano.

En todo caso, realizar esta interpretación me parece factible teniendo en cuenta que, seguramente, uno de los símbolos que mejor explica la literatura del escritor veracruzano es el caleidoscopio que nos conduce irremediabilmente a observar sus creaciones desde las más variadas y, por momentos, insólitas perspectivas. Basta animarse a hacer girar el caleidoscopio y, continuamente, aparecen nombres de escritores como William Faulkner, Eugene O’neil, Raymond Rousell, Lewis Carroll, Anton Chejov, Benito Pérez Galdós, etc., que podríamos conectar con la estética del escritor veracruzano en un proceso que se revela, aparentemente, infinito. De esta forma, comenzamos a sentir la presencia del caleidoscopio lingüístico construido por Sergio Pitol como un órgano vivo perteneciente a un amplio cuerpo (la literatura) en el que todas las partes se encuentran conectadas entre sí. Pues basta que el caleidoscopio se desplace levemente hacia un lugar u otro para que todo lo sostenido hasta entonces sobre un escritor quede en entredicho y el arte de continuos equívocos que este maravilloso objeto propicia, continúe extendiéndose.

En todo caso, lo cierto es que si se entienden los presupuestos lúdicos insinuados por la poética literaria desarrollada por Pitol, es inevitable incidir en determinadas interpretaciones de su literatura siempre y cuando se considere que éstas únicamente intentan, a su vez, sugerir y proponer nuevas incertidumbres antes que agotar el sentido de la obra. Por lo cual me es muy factible emprender este camino para observar cómo algunos de sus cuentos, e incluso el sentido mismo de su obra, varían continuamente según la perspectiva a través de la cual nos acerquemos a ella.

«La pantera» es un cuento que data de 1960, aparece por primera vez en el n° 15 de la revista *La palabra y el hombre* y, más tarde, se insertaría en *No hay tal lugar*, en 1967, con una serie de pequeñas modificaciones que tienen una gran importancia en cuanto que hacen su significado aún más opaco y –como se verá–, de no conocerse la versión original de la narración, dificultarían más nuestra interpretación. Escrita, por tanto, en una época en que su escritura todavía se encontraba circunscrita a las negras narraciones de «Tiempo cercado», y en un momento en que esa especie de relatos de aprendizaje y redescubrimiento del mundo que son *La casa del abuelo* y *Pequeña crónica de*

1943 ya se están incubando, se me antoja que es un campo de pruebas muy válido para ejemplificar mis postulados.

El argumento del relato es sencillo. Un niño, tras asistir en un cine a un programa triple de películas bélicas, recibe, en sueños, la visita de una fabulosa, misteriosa pantera que le transmite un revelador mensaje que le fascinará e intentará traducir sin éxito al despertar. Veinte años después, la pantera reaparecerá pero, para desesperación del narrador que impaciente, sobrecogido y esperanzado, esperaba su retorno, tampoco esta vez podrá comprender sus palabras. Empero, confiado y conmovido, suspira por una nueva reaparición del felino animal y estar preparado para entender, definitivamente, cuando su regreso se produzca, su mensaje cifrado.

Según mi visión, la pantera es una representante directa del mundo mesoamericano perdido cuyos mensajes sobrecogen al narrador pero que ya no puede traducir, «releer» y adaptar al mundo en el que vive por más que su influjo de manera soterrada persiste en su vida y la influencia secretamente. Y, si es cierto que esta interpretación puede parecer forzada, intentaremos fundamentarla más con el objeto de observar las distintas lecturas a las que anima la sugestiva obra de Pitol ahondando, en este caso concreto, en el ámbito mesoamericano, para entender mejor su disforme estética.

A este respecto, me es muy útil referirme a Georges Bataille, y su seductor *El erotismo*, para explicitar un poco mejor mi hipótesis. Nos sugiere allí Bataille, que durante el transcurso de los rituales, las celebraciones, el hombre-animal era, por unos momentos, un reflejo impuro de la divinidad y podía dialogar con ella en un lenguaje secreto que lo sobrepasaba, pero que, íntimamente, lo constituía y que, más tarde –al final de la celebración–, debería olvidar para continuar luchando por su supervivencia con los métodos humanos que le son propios. Si no lo hacía así, sería penalizado –ya fuera por su sociedad o por la Naturaleza, la Divinidad–. Con lo que, para Bataille, se puede sugerir que «la síntesis del animal con el hombre» es la que propicia la llegada del «mundo divino (el mundo sagrado)» una vez que esta unión estaba sujeta a unas regulaciones, prohibiciones.¹

En el ámbito mesoamericano estos rituales –que, tal vez, fueran, a su vez, un antecedente de los ritos dionisiacos de los que, más tarde, surgió la tragedia griega– se celebraron en su más extrema radicalidad hasta la llegada de Hernán Cortés. Muchos de los Dioses de las cultura maya o azteca poseían una particular mixtura de rasgos animales y humanos y aquellos que participaban en sus ritos de adoración, se vestían, consiguientemente, con rasgos y trazos de animal con el fin de acceder simbólicamente al «omnipotente» poder de estas divinidades plurales y contrarrestar la violencia natural (rayos, lluvia, huracanes) a través de la que se manifestaban. Al ser la violencia divina desbordada e imprevisible, los sacerdotes y distintos ejecutantes del acto ritual, realizaban la inmola-ción de víctimas humanas que se sentían honradas de ser sacrificadas en cuanto su muerte permitía a la comunidad de la que formaban parte acceder a ese «poder» sin ser destruida en su totalidad por él. Poder transgredir las leyes divinas, naturales, durante los rituales, no sólo somatizaba la angustia y los miedos que la comunidad sentía hacia un cosmos totalizador y absoluto, sino que permitía participar de su poder sin que –ya que los que morían eran víctimas humanas– esta transgresión se entendiera como un desafío del hombre hacia sus Dioses. Así, el animal no sólo era temido sino reverenciado, en la medida en que, al no sujetarse a ley humana alguna, se encontraba más cerca de lo «natural» y, por tanto, lo «divino» que el hombre.

Sin entrar aquí en los procesos que ocasionan que, en estos rituales, el sacrificio humano sea sustituido por el animal y, más tarde, el sacrificio de estos también se prohíba –aunque algunos de ellos como las corridas de toros o las peleas de gallos persistan– sí que ha sido importante destacar su inicio, dado que el Occidente contemporáneo, según Bataille, niega tanto nuestra parte animal como natural. Y sólo sería posible reencontrarnos con este primer origen deconstruyendo los tejidos racionalista-humanistas; lo que –una vez que los estados modernos consideran tabú a «lo animal» e intentan a través de todo tipo de regulaciones y leyes (el tótem) que no podamos integrarlo en nuestro «ser»– sólo será conseguido, lógicamente, a través de procesos –en gran medida sub-conscientes–

¹ Bataille, Georges. *El erotismo*. México. Tusquets. 2008. p. 86.

como el sueño, la escritura o el arte que, dado que sólo pueden alcanzar a representar o recrear –en ningún caso, resucitar– esos rituales, no son un peligro manifiesto para la sociedad ni los poderes políticos que velan por sus intereses.

Una vez realizadas estas aclaraciones, me gustaría introducirme ahora en la narración que me ocupa, «La pantera», que también puede interpretarse como un intento, por parte de Pitol, de levantar ese cerco racional implantado por Occidente en el mundo contemporáneo y, más concretamente, en el país mexicano, que no permite a sus ciudadanos reunirse con su irracional y atávica animalidad (el mundo mesoamericano) y, consiguientemente, acceder a una experiencia sacra y total dentro de su cotidianeidad.²

La pantera era un animal que solía protagonizar muchos de los antiguos cultos pre-hispánicos; solía encarnar aquellas fuerzas violentas y oscuras con las que los integrantes de las culturas mesoamericanas se vinculaban momentáneamente en el transcurso de sus rituales divinos. Sin embargo, en Mesoamérica se le conocía con el nombre de jaguar (del guaraní yaguá-eté, «parece perro»); animal que, por ejemplo, en la cultura olmeca poseía un lugar central al encarnar la fortaleza que se necesitaba para sobrevivir en la selva. En Teotihuacan, combinado con aves y serpientes en su representación, se adaptaba sincrónicamente a dos simbolismos diversos, pero complementarios: podía ser tanto el guardián de las oscuridades terrestres como un sol nocturno opuesto y complementario al astro diurno. Para los aztecas, que lo denominaban «ocelotl», su figura se encontraba ligada a la del chamán que revelaba los secretos inexplorados del infra-mundo y podía hacer el papel de emisario entre los Dioses y los hombres como, asimismo, se encarnaba en los rasgos del Dios Tezcatilopa en una faceta que oigo reverberar en estas palabras proferidas por el personaje del cuento tras recibir el ansiado mensaje de la pantera: «Todo lo que pudiera decir sobre la felicidad descubierta en ese momento no haría sino empobrecerla. Mi destino se revelaba de manera clarísima en las palabras de esa oscura divinidad»³ y que vuelvo a escuchar, insistentemente, con muda obstinación y franco desasosiego en aquellas otras con que intenta sellar su revelación: «El asombro que me produjo no puede ser gratuito. La solemnidad de ese sueño no debe atribuirse a un simple desperfecto funcional. No, había algo en su mirada, sobre todo en su voz, que hacía suponer que no era la escueta imagen de un animal, sino la representación de una fuerza y de una inteligencia instaladas más allá de lo humano».⁴

Para los mayas, –que tenían un centro ceremonial, el asentamiento Ek Balam (Jaguar Negro) dedicado a este animal– empero, el jaguar era denominado Balaam o Chac, lo identificaban con un signo de poder social y con el número 9 (símbolo de los países del inframundo), siendo para ellos –en un sentido similar al azteca– un animal que podía mutar en sol negro o lunar y que, introduciéndose en el Infra-mundo bajo esa apariencia, era capaz de guiar el alma de los muertos al Chocome Mictlan –nuevo cielo e inmortal residencia de los muertos– permitiendo la regeneración solar y el renacimiento continuo del mundo de los vivos. El jaguar era, por tanto, una de las encarnaciones del Dios del Sol que se encarnaba en él para, atribuyéndose sus poderes, viajar durante la noche por el mundo de los muertos, sobrevivir y volver a «dar vida» a la tierra.

Pero más interesante que esto –de cara a descifrar esta narración de Pitol– me parece dirigirnos ahora a las escasas manifestaciones escritas que conservamos de la cultura maya, los libros del *Chilam Balam*, que podrían ser traducidos como los libros del «Sacerdote jaguar»; por más que

² El mismo narrador del cuento, enfrentado después de ignominiosas noches a la segunda llegada de la pantera, nos confirma, en algún aspecto, los postulados anteriormente referidos: “Lo irracional que cabalga siempre dentro de nosotros, adquiere en determinados momentos un galope tan enloquecido y aterrador, que cobardemente apelamos (llamándole razón) a ese solemne conjunto de normas con que intentamos reglamentar la existencia, a esos vacuos convencionalismos y autoengaños con que se pretende detener el vuelo de nuestras intuiciones y vivencias más profundas”, en Pitol, Sergio. “La pantera”, en *Sergio Pitol en casa*. La palabra y el hombre. Revista de la Universidad Veracruzana. agosto 2006. Edición especial. pp, 108-109.

³ *Ibíd.* p, 109.

⁴ *Ibíd.* p, 110.

«Balam» pueda denominar, igualmente, a un brujo o mago lo que, por otra parte, se correspondería con la función chamánica que se le dotaba a este animal en la cultura azteca.

Cualquier lector occidental o nacido en el México actual ha debido enfrentarse a la misma sensación de indefensión, por supuesto, incompreensión y, en última instancia, aturdimiento al revisar algunos de los códices –ya sea en su versión divulgativa, resumida o completa– que forman parte del *Chilam Balam*. Por más explicaciones que el erudito nos conceda, siempre nos vemos abocados a la desesperación, porque, muy probablemente, las hipótesis del investigador acerca del texto maya lo sean sobre un hecho no bien recogido por los primeros redactores. Al descifrar –más que leer– las páginas de estos textos, por tanto, nos encontramos con un opúsculo inmenso de signos y símbolos que, por mucho que intentemos concretar su significado, nos conducen a un colorido, sensual y mayestático mundo que no terminamos de comprender del todo, en la medida en que aquello a lo que se refieren ya no existe y que no poseemos –más allá de la naturaleza cósmica o cultural a la que se refieren– las suficientes bases para tener una clara visión de ellos.⁵

Esos signos revelan nuestro desasosiego e inconformidad y se nos aparecen (más allá del maravilloso mundo que parecen «desvelar» y «revelar» pero que nunca termina de concretarse) como caracteres cifrados del infra-mundo que, al tiempo que se vengan de nosotros con su inconcreción –que es el resultado del exterminio y matanza que Occidente produjo en el mundo maya– solicitan volver a la luz, integrarse en nuestras conciencias; reverberación imposible pues somos nosotros, (representantes de la cultura occidental), los que los hemos condenado a yacer en el olvido; somos nosotros también los que, autofágicamente, nos hemos condenado por no poder traducirlos, comprenderlos. Y es en la imposibilidad de traducir por parte del narrador del cuento el mensaje de la pantera que observo una semejanza con los obstáculos que poseemos para descifrar las claves de los textos y códices mesoamericanos; las dificultades a las que nos enfrentamos cuando queremos vivificar, ansiosa y apresuradamente, sus enseñanzas de nuevo puesto que, sabemos, que nos permitirían acceder a los secretos de un mundo secreto, semi-virginal, animal y paradisíaco a la vez: el orbe mesoamericano, la naturaleza del saber total, Quetzalcoatl.

Expresaré, aturdido, el personaje del cuento de Pitól cuando, tras la marcha de la pantera, intente transcribir su mensaje: «permanecían vivas aquellas proféticas palabras que inmediatamente escribí en una media cuartilla hallada en el escritorio. (...) Y sin embargo, con estupor y desolada vergüenza, debo confesar que las palabras anotadas eran apenas una mera enumeración de sustantivos triviales y anodinos, que asociados no hacían sentido alguno. (...) Uní todas las palabras en una sola, larguísima; estudié cada una de las sílabas. Invertí noches y días en minuciosas y estériles combinaciones filosóficas. Nada logré poner en claro».⁶

Así, Pitól parecería sugerirnos en esta narración la imposibilidad de acceder ya a los secretos del mundo subterráneo mesoamericano, conocer sus íntimos confines; que, efectivamente, «no hay tal lugar»: no existe ya la posibilidad de volver a sumergirnos en ese ignoto, inconsciente mundo utópico en el que los seres humano parecían rugir y los animales hablar al que accedía la comunidad de seres humanos durante el transcurso de sus primeros rituales sagrados.⁷ Menos aún, si tenemos en cuenta que lo utópico (la sociedad humana sin pecado y, por tanto, sin necesidad de leyes) –y esto lo ha observado con suma lucidez Bataille–, se encuentra unido incondicionalmente a ese mundo natu-

⁵ Indica, por ejemplo, Demetrio Sodi M. en *La literatura de los mayas*. México. Joaquín Mortiz. 1986. p, 18: “la escritura maya prehispánica sólo ha podido ser descifrada en parte. En lo que más se ha podido profundizar es en la escritura matemática y cronológica, pero la escritura literaria permanece casi del todo desconocida. Los investigadores han tratado de acercarse a ella, algunos considerando que era una escritura ideográfica, otros considerando que era fonética, y por último, algunos pensando que era la mezcla de ambos sistemas. Lo que mejores resultado ha dado es el acercamiento a esta escritura considerándola ideográfica, aunque en realidad la última palabra sobre sus características todavía no se puede decir”.

⁶ Pitól, Sergio. “La pantera”, en *Sergio Pitól en casa*. op. cit. p, 110.

⁷ Indicará Bataille: “el animal, sin una segunda intención, nunca abandona la violencia que lo anima. A los ojos de la humanidad primera, el animal no podía ignorar una violencia fundamental; no podía ignorar que su impulso mismo, esa violencia, es la violación de la ley”, en Bataille, Georges. *El erotismo*. op. cit. p, 87.

ral-animado íntimamente relacionado con la transgresión y, por tanto, con la violencia natural que los primeros sacrificios humanos y de animales intentaba controlar, el advenimiento crístico anular y el dominio de la técnica y la razón aniquilar.

Se entenderá, entonces, si hemos seguido este razonamiento –y volvemos a recordar el exterminio que de las culturas pre-hispánicas realizara Occidente en Mesoamérica– que el narrador nos susurre al oído al final de su confesión estas reveladoras palabras: «Sé que una noche volverá la pantera. Tal vez tarde en hacerlo otros veinte años. Entonces hablaremos de esas palabras que ya nunca podré olvidar, y juntos, ella y yo, trataremos de aclararlas y hallarles su sentido. Tal vez no viniera, como yo imaginé, a descifrar mi destino, sino a implorar un auxilio para descifrar el suyo». ⁸ Pues si bien el destino del escritor veracruzano en México se encontraba cifrado en parte por un origen y ascendencia mucho más aprehensible, traducible y comprensible para él –su ascendencia europea–; el destino de los hombres-pantera, de los nocturnos jaguares mayas o aztecas, que gobernaban sin freno el reino de la noche y dialogaban en un lenguaje intransferible con muertos y vivos, se halla inequívocamente vinculado a la cultura occidental de quien depende, actualmente, que muchos de los símbolos de las culturas mesoamericanas además de ser conservados, puedan recuperarse, regresar de las tinieblas nocturnas.

De todas maneras, no me gustaría terminar de referirme a esta narración sin hacer otra serie de consideraciones como la hilaridad y asombro que me provoca en muchos momentos. Sobre todo, por la habilidad con la que el escritor mexicano dispone y esconde determinados signos en ella que provocan que la interpretación de sus caleidoscópicos textos se multiplique sin cesar. Lo que podemos comprobar en el hecho de que, en la posterior –en el caso de Pitol, habitual– reescritura que realizara del cuento, las últimas líneas ya citadas («tal vez no viniera, como yo imaginé, a descifrar mi destino, sino a implorar un auxilio para descifrar el suyo») que aclaran, en mucho, el porqué del insólito signo-pantera en su literatura, hayan sido retiradas haciendo más enigmática y conjetural su aparición; pero que podemos cerciorar todavía más si atendemos al uso que realiza el escritor mexicano de determinados símbolos numéricos que terminaría de conferir sentido a la interpretación –en clave mesoamericana– que estamos realizando del cuento.

Doce son las palabras a través de las que el narrador intenta descifrar el mensaje legado por la pantera en el interior del sueño: «Con infinita ternura contemplé la hoja blanca en que se vislumbraban aquellas doce palabras esclarecedoras.» ⁹ Y veinte son los años que tardó en reaparecer la pantera. Lo que, atendiendo al punto de vista de nuestra interpretación, no debería ser considerado casual.

El número 12, –cuya carga simbólica es mucha al ser sinónimo de perfección–, es considerado un número solar y, por tanto, racional, propio de la cultura mediterránea a la que pertenecería por tradición familiar Pitol. 12 son los apóstoles que acompañaron a Cristo, los frutos del Espíritu Santo, los del árbol de la vida y los meses del año. Como 12 son los ángeles que velan las puertas a la Jerusalén Celeste y la guardarán, según el Apocalipsis; 12 los Dioses admitidos por Platón en su República y, según los antiguos rabinos, 12 es el número de letras que componían el nombre de Dios.

Sin embargo, el número 20, el tiempo interno de la pantera, no tiene una trascendencia similar en Occidente. Efectivamente, la Cábala y su sobreexégesis simbólica también le concede una significación, como es la de ser el número de la verdad, de la salud o de la fe inquebrantable pero, desde luego, su importancia en Occidente es mucho menor que la del 12. Más afín a nuestros intereses –una vez vistas las diversas funciones que cumplía el jaguar en la cultura mesoamericana–, se muestra la interpretación que le concede el Tarot como signo del despertar de los muertos que trae consigo la resurrección o la renovación.

Pero en donde el número 20 toma una relevancia mucho mayor en comparación con la tradición occidental, es, precisamente, en las culturas mesoamericanas; para éstas, el número 20 era un signo

⁸ Pitol, Sergio. “La pantera”, en *Sergio Pitol en casa*. op. cit. p, 110.

⁹ *Ibidem*.

de plenitud; y, sobre todo, era trascendental para la composición de su sistema numérico, que era vigesimal y determinaba el sentido de toda su cosmogonía. Por ejemplo, fue esencial a la hora de estructurar el calendario, supuestamente de procedencia olmeca, heredado por los aztecas, llamado haab por los mayas y Tonalpohualli por los pueblos de habla náhuatl, dividido en 13 meses compuestos de 20 días cada uno, o 20 semanas con 13 días cada una.¹⁰ Este calendario, a su vez, se relacionaba con el Xiupohualli o Xihuitl que estructuraba las actividades de la sociedad civil en su conjunto, a partir de la duración de un año vago (natural) de 365 días dividido en dieciocho períodos de veinte días y uno de cinco a los que se les denominaba «baldíos». Y es de la combinación de ambos calendarios, el civil y el astronómico, que se llegaba a conjugar un ciclo de 52 años, que se denominaba Fuego Nuevo, el cual, organizado en conjuntos de veinte, terminaba por engendrar los famosos grupos superiores de 5200 años, llamados «soles», en los que se halla el origen de las culturas mesoamericanas que el protagonista del relato del conde ya no puede comprender: «No solamente llegaron a parecerme tontos los juegos de panteras, sino también incomprensibles al no recordar ya con precisión la causa que los originara».

Más allá que se esté de acuerdo o no mi interpretación, confío que no queden dudas ahora sobre esta cuestión: Sergio Pitol, sí, es, ante todo, un escritor mesoamericano. En realidad, sin el influjo de las culturas pre-hispánicas su literatura no habría devenido nunca el caleidoscopio que es pues, de hecho, la representación pictográfica de los dioses mayas, aztecas o toltecas era, ante todo, cailedoscópica y mutable. Los relieves que enmarcaban sus figuras reflejaban, como dijimos anteriormente, formas fragmentadas tanto animales y naturales como humanas que podían corresponderse –sin que esta relación tuviera que ser directamente proporcional– con las diversas potencialidades contrapuestas, o no, que encarnaban y sus correspondientes metamorfosis.¹¹ Y, por lo tanto, el influjo del ámbito mesoamericano, permitiría comprender mejor tanto la mutabilidad de los significantes y símbolos de la literatura del escritor veracruzano como el cruce que se produce en su interior entre formas pertenecientes a ámbitos, a primera vista, absolutamente contrapuestos así como una de las más extrañas características de ella: su extrema racionalidad formal y su contenido, visceral, animal, irracional que, por momentos, parece ser capaz de arañar y rugir como una pantera.

Y por todo lo referido anteriormente, ha de entenderse también el porqué la excursión narrativa y vital de Pitol hacia «otros» territorios, en vez de alejarlo de México, lo han ido acercando «secretamente» su patria. Ya que, como bien ilustra el mito Quetzalcoatl, lo mexicano, se busca en la huida, en la fuga, en el movimiento incesante. Tras partir, el héroe, –Quetzalcoatl o el tlacuache–¹² descu-

¹⁰ Nos indica Alfonso Caso en *El pueblo del sol*. México, Fondo de Cultura Económica, 2007. pp. 87 y 88: “Este calendario ritual o tonalpohualli es una de las invenciones más originales de las culturas indígenas de Mesoamérica. Es antiquísimo pues lo encontramos usado ya en Oaxaca con la primera cultura que florece en los valles, la que llamamos Monte Alban I, varios siglos antes de la era cristiana, y forma la base esencial de todos los otros cómputos calendáricos de mayas, zapotecos, mixtecos, totonacos, huastecos, teotihuacanos, toltecas, aztecas, etc. (...) Este período de 260 días, de nombres diferentes por el número o por el signo, era un período mágico que servía a los astrólogos aztecas para predecir y evitarla mala suerte que le correspondía a un hombre que había nacido en un día mal afortunado”.

¹¹ Así, por ejemplo, –por continuar ilustrando estas aseveraciones en el signo-pantera desde el cual estamos ahondando en las concepciones mesoamericanas de la literatura de Pitol–, según Miguel Covarrubias, el jaguar mutó –al perder y agregársele determinados rasgos– en Tlaloc, Dios de la lluvia; figura sobre la que recaería gran parte del contenido religioso-filosófico que los nahúas mexicanos atribuyeron después a Quetzalcoatl; y Tlaloc terminó por devenir, igualmente, en la cultura mexicana en uno de los muchos tonales que encarnaba el Dios Tezcatlipoca –el jaguar negro–; gemelo contrapuesto a Quetzalcoatl que para los mixtecos también podía representarse con los rasgos característicos de un jaguar, en Covarrubias, Miguel. *El águila, el jaguar y la serpiente*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961.

¹² En el extraordinario libro de López Austin, *Los mitos del Tlacuache*, por ejemplo, nos refiere uno de los muchos significados de esta figura tan etérea que puede, a su vez, ser “resistente a los golpes, el despedezado que resucita, el astuto que se enfrenta al poder de los jaguares, el jefe de los ancianos consejeros, el civilizador y el benefactor” y que con tanta precisión se adapta a la figura simbólica cósmica del mexicano en una referencia que es, sobre todo, prolongable hacia sus artistas. Desde este punto de vista, existe, por ejemplo, un mito prometeico del tlacuache que, desde luego, sería adaptable al artista mexicano pero, sobre todo, –y teniendo en cuenta las veleidades y las metamorfosis con las que opera tanto el medio mexicano como en el occidental– a la obra de Sergio Pitol. Nos refiere de este mito –uno de tantos en los que es protagonista el tlacuache– López Austin: “El tlacuache, comisionado u oficiosamente, va con engaños hasta la hoguera y roba el fuego, ya encendiendo su

bre otros mundos y otros Dioses de cuyo mensaje se apropiará y en su retorno a su lugar de origen, habrá renovado la llama de fuego que debió perdurar siempre en su horizonte; el país, la tribu y sus cosmogonías serán más amplias, más «abiertas» y, por tantos, más sabias. Y, por consiguiente, este es uno de los mensajes que podemos extraer de la vida y obra del escritor mesoamericano: la promesa de la resurrección de Quetzalcoatl no se ha extinguido, la vuelta del Dios errante es posible y con ella, la del arte, el fuego y la poesía. Este sería la esperanzada promesa, el regalo que nos legara en su *Trilogía de la memoria* y que ya, en parte, anticipaba «La pantera»: incidir en lo «propio» –lo prehispánico–, a través de una excursión impostergable hacia lo «ajeno» con el fin de que la existencia retome sus designios míticos, plurales, augurales, mutables, cósmicos; y resucite «la conversación múltiple».

© Alejandro Hermosilla Sánchez

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Bataille, Georges. *El erotismo*. México. Tusquets. 2008.
- Caso, Alfonso. *El pueblo del sol*. México. Fondo de Cultura Económica. 2007.
- Covarrubias, Miguel. *El águila, el jaguar y la serpiente*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961.
- León-Portilla, Miguel (compilador). *De Tehotihuacan a los aztecas. Fuentes e interpretaciones históricas*. México, Universidad Nacional Autónoma, 1995.
- León-Portilla, Miguel. *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*. México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- López Austin, Alfredo. *Los mitos del tlacuache: caminos de la mitología mesoamericana*. México, Alianza, 1990.
- Sodi M, Demetrio. *La literatura de los mayas*. México. Joaquín Mortiz. 1986.
- Pitol, Sergio. «La pantera», en *Sergio Pitól en casa*. La palabra y el hombre. Revista de la Universidad Veracruzana. agosto 2006.
- Pitol, Sergio. *No hay tal lugar*. México. Era. 1967.

El autor:

Alejandro Hermosilla Sánchez. Doctor en Literatura española, teoría de la literatura y crítica literaria con mención europea por la Universidad de Murcia.

cola, que a partir de entonces quedará pelada, ya escondiendo la brasa en el marsupio. Gran benefactor, el tlacuache reparte su tesoro a los hombres. Sin embargo, el mito no siempre concluye con el don del fuego. Entre los coras, por ejemplo, el mundo se enciende cuando recibe el fuego, y la Tierra lo apaga con su propia leche. Entre los huicholes el héroe civilizador es hecho pedazos; pero se recompone uniendo sus partes y resucita”, en López Austin, *Los mitos del Tlacuache*. México, Alianza, 1990. pp, 21-22.

FERNANDO LALANA, VISIÓN PARCIAL DE SU OBRA

por Pablo Lorente Muñoz

Escribir un libro es ya un hecho meritorio, escribir más de cien roza lo milagroso. Sin embargo, es el caso del escritor zaragozano Fernando Lalana, quien en los últimos años viene ocupando un puesto privilegiado en el panorama literario de la novela infantil y juvenil (LIJ), a pesar de que su obra es mucho más amplia y más rica de lo que habitualmente se considera como LIJ: «Este autor de libros infantiles y juveniles fascina a los adolescentes, y es capaz de entretener a un público que ha superado la edad de sus destinatarios habituales» (Langa, 2000: 179).

No hace mucho tiempo, además, su figura ha aparecido en los medios de comunicación por haber logrado en el año 2010 el prestigioso galardón «Cervantes Chico», sin duda, un reconocimiento a toda una carrera de por sí plagada de méritos¹: finalista en 1981 del premio Barco de Vapor con *El secreto de la arboleda* (SM, 1982), ganador del Premio Gran Angular en tres ocasiones –*El zulo* (SM, 1985), *Hubo una vez otra guerra* (en colaboración con Luis A. Puente) y *Scratch* en 1991–, Mención de Honor por *La bomba* (Bruño, 1990), el Premio Nacional de LIJ por *Morirás en Chafarinas* (SM, 1990), el Premio Barco de Vapor por *Silvia y la máquina qué* (SM, 1992), en 1993, el premio de la Feria del Libro de Almería, que concede la Junta de Andalucía, por *El ángel caído* (Alba Ed., 1998) y en 2006, obtiene el Premio Jaén de Literatura Infantil y Juvenil con la novela *Perpetuum Mobile* (Alfaguara, 2006) entre otros.

Si llamativa es su capacidad creadora, no lo es menos –aunque esto es un problema generalizado en la LIJ– la poca atención que ha recibido su obra desde la crítica literaria general, ya que apenas se han analizado algunas de las razones generales que hacen de su obra un elemento tan atractivo en líneas generales, y en particular, por qué se usa su obra de forma sistemática en nuestros centros escolares, razón por la cual debemos destacar por lo tanto una marcada función didáctica.

En primer lugar, su obra interesa desde el punto de vista educativo por lo que se conoce como fomento del hábito lector o de la lectura y de la escritura. Y es que su obra se adapta perfectamente a lo que los docentes buscan en la LIJ: historias interesantes, bien construidas, atractivas para el público más joven por una acción casi siempre trepidante y, como telón de fondo, la educación en valores.

«Su instinto narrativo, en primer lugar; su talento innegable para construir historias ágiles, bien resueltas, con diálogos perfectos y personajes atractivos. Y también, sin duda, su ingenio a la hora de extrapolar elementos de una cierta realidad que a todos nos afecta y convertirlos, precisamente, en el motor de una ficción descabellada pero envolvente.» (VV.AA, *Renacimiento, Revista de Literatura*).

En este aspecto, cabe destacarse que, en líneas generales, la obra de Lalana ha sabido alejarse del peligroso encasillamiento que supone prestar especial atención a los temas relacionados con los currículos oficiales de educación –perdiendo por tanto su esencia estética–, y que han producido en muchos casos un agotamiento de la ficción en pro de una moral artificiosa, pero de interés para el sistema educativo.

¹ <http://www.fernandolalana.com/autor.asp>

Como líneas generales de su obra, podemos señalar algunas constantes, en primer lugar, una adaptación de las historias al interés del público juvenil sin por ello perder la esencia estética, que debe ser una de las señas de identidad fundamentales de cualquier ficción narrativa. Las novelas de Lalana, persiguen el interés narrativo, adaptando su lenguaje narrativo en muchas ocasiones a los presupuestos de otros lenguajes ficcionales como veremos más adelante, de ahí la utilización habitual de tramas de acción que tienen como misión fundamental la de atrapar al lector en la trama de una historia que de forma sorprendente se va a producir ante sus ojos. Es el caso de la celebrada *Morirás en Chafarinas*² o de la novela histórica *Los cañones de Zaragoza*, donde a la trama principal –recuerda mucho la *Zaragoza* de Galdós– se añaden otros misterios y un juego muy notable con la Historia. También podemos mencionar la saga protagonizada por el detective Fernando Escartín, por ejemplo, en la impecable novela *El asunto Galindo*, donde el autor demuestra el dominio absoluto del género detectivesco.

Otro aspecto notable, y en esta ocasión refiriéndonos al estilo, llama la atención el dominio absoluto del diálogo. Los diálogos son exactos, precisos y ajustados al principio de verosimilitud más absoluto. Aparecen en la trama con naturalidad, nunca parecen forzados y muestra en las palabras de sus personajes, la esencia psicológica del mismo, sin caer en la chabacanería –innecesaria en la mayor parte de las ocasiones en las que esta aparece en la LIJ–, lo superfluo o una supuesta adaptación a las jergas del lenguaje juvenil, por definición, fugaces y que hacen, por tanto, que las novelas escritas siguiendo este dictado, tengan una vida útil muy corta. Diversas razones podemos aducir para el dominio de estos diálogos, la primera razón sería que Lalana es un autor con una gran formación teatral, además, es autor de varias obras de teatro:

«En la línea de desmitificación burlona de los grandes personajes del miedo en la literatura infantil actual, se nos presenta un dragón completamente inofensivo y bonachón, un personaje domesticado en bata de andar por casa, contrapunto de un héroe y una aventura ya imposibles, en un tratamiento ingenioso y moderno de motivos antiguos. Cabe mencionar que, aunque tampoco se ha prodigado mucho en su producción dramática este premiado escritor Zaragoza (Premio Lazarillo y Premio Nacional de Literatura Juvenil), ha publicado recientemente otra obra teatral, *Segismundo y compañía*, que como insinúa el título toma como punto de partida *La vida es sueño de Calderón*, pero para crear una historia de piratas caribeños. Se juega una vez más al teatro dentro del teatro, en este caso con un resultado divertido y reivindicador del atractivo de la lectura.» (MEC, 2006: 24).

Otra razón mucho más interesante y curiosa podría ser el método de trabajo del autor, para lo cual, debemos mencionar a uno de los principales colaboradores de Lalana en los últimos años, José María Almárcegui. Al tomar uno de los muchos libros escritos por estos dos autores –puede resultar llamativo que ambos aparezcan como autores, si bien parece, que la mayor parte del mérito recae en Lalana, así queda manifiesto en la información de las editoriales que publican su obra– cabe plantear la duda inocente de cómo se escribe una novela entre dos personas, desde luego es posible, pero choca abiertamente con la concepción individualista del escritor moderno.

Tenemos muy poca información con respecto al modo de escritura de esta pareja creativa y, en muchas de las obras a las que podemos aludir, no se menciona cuál es el papel de cada uno con respecto a la ficción. El único caso que he podido encontrar aparece en la obra *Los cañones de Zaragoza*, en la página final de cortesía dedicada a Almárcegui leemos: «Aunque estudió Medicina, ha ejercido infinidad de oficios, ha destacado como dibujante y, sobre todo, como guionista de los libros –ya más de veinte– escritos en colaboración con Fernando Lalana». La incógnita queda despejada, es el guionista de las obras de Lalana.

² Fue, sin duda, Fernando Lalana y su obra *Morirás en Chafarinas* quien puso de moda las historias de la mili (si bien su paso por el cine fue un deprimente fiasco como sucede casi siempre) (Morales, 2002: 264)

Podemos considerar, *grosso modo*, que las técnicas empleadas para la construcción de la novela son las mismas que las utilizadas en el cine, no sólo en lo que concierne al cañamazo narrativo, sino también en la forma de plantear el desarrollo del tiempo del relato y de la historia. De igual manera, debemos destacar que en un mundo dominado por la imagen y por el consumo masivo de ficciones cinematográficas –bien sea del cine o de las series– se ha producido un inevitable trasvase de métodos y medios, una polifonía, en términos de Bajtin, como queda manifiesto en obras como *Literatura y cine* de Peña Ardid (1992). Así pues, podemos señalar diversos puntos de conexión en la construcción de la ficción, por ejemplo, al utilizar cauces aportados por las artes cinematográficas, tanto en temas –destaca el tratamiento, por ejemplo de la Guerra Civil³ en *Hubo una vez otra guerra*, mucho antes de la «moda» de novelas sobre este periodo, o el terrorismo de ETA en *El zulo*, huyendo por tanto de planteamientos dulcificados–, construcción de identidades –sobre todo en relación con la educación en valores, de menor uso que otros autores como ya se ha señalado–, uso de los tópicos de diversos géneros –comedia romántica, series de acción o detectivescas– y, en definitiva, presentación de nuestra realidad.

Así pues, en la creación de estos guiones, que podemos suponer es el punto de partida para la creación de las novelas de Lalana-Almárcegui, estamos ante una escritura novedosa en el sentido de que para su construcción se utiliza una herramienta –el guión– que, en principio y aun teniendo que siempre se han seguido en la escritura literaria de ficción ciertas pautas, pertenece a otro ámbito cultural como es el cine. La adopción del instrumento esencial para la realización de una película, es decir, el guión, y sin extendernos en los diferentes tipos que podríamos destacar, es llamativo porque introduce asimismo en la escritura otros mecanismos ajenos a ella misma en su configuración esencial y en el modo de presentar acciones, personajes y diálogos, también, nuestra forma de ver el mundo.

A continuación, analizaremos alguna de sus novelas para destacar los aspectos más llamativos y más interesantes de las mismas y así poder entender un poco mejor su obra en líneas generales.

EL CASO GALINDO (2007), BAMBÚ.

En los últimos años, la novela negra o la novela policiaca ha acaparado un notable interés tanto del público como de crítica y, por consiguiente, un aumento en su producción. Basta recordar el boom de la novela sueca con autores como Sjöwal, Mankel y Larsson (saga *Millenium*). Sin embargo, el género no parece agotarse, desde su nacimiento en 1841 con «Los crímenes de la calle Morgue» de Poe hasta la utilización casi masiva de la ficción audiovisual, que utiliza el género en sentido estricto –con series como *CSI*, *Bones* o *Numbers*– o bien utiliza muchos de sus componentes en otros contextos, como *House*.

Así pues, el interés de este género es evidente por razones de mercado pero también por razones educativas, y es que también en los centros escolares se leen estos relatos por la construcción de los mismos y las posibilidades para una mejor comprensión, entre otras cosas, de los géneros audiovisuales antes citados (*Antología del relato policial*, por ejemplo). En la obra que nos ocupa, por ejemplo, no es raro que el protagonista mencione muy a menudo algunas de las obras clave de este género, se intenta, aunque en un segundo plano muy de agradecer, permitir que el futuro lector

³ [...] la escasa evocación de la Guerra Civil en España parece corresponderse fielmente a una voluntad de olvido perceptible con facilidad en nuestra sociedad a partir de la transición democrática. Apenas tratan específicamente el tema la trilogía, deliberadamente contenida y poética de Juan Fariás (*Años difíciles*, 1983, *El barco de los peregrinos*, 1984, *El guardián del silencio*, 1985), alguna obra excelente, ***Hubo una vez otra guerra*** (1988) de Luis A. Puente y Fernando Lalana, o los recuerdos más o menos autobiográficos de algunos autores como Luis de Castresana en un título precursor, *El otro árbol de Guernica* (1968), o Jesús Fernández Santos en *El viaje en el jardín* (1986) (Nobile, 1992: 146)

pueda crear redes de conexión entre estas obras y otras muchas de temática similar, y es que se está haciendo «educación literaria»: «Me sentía como el protagonista de una novela de Agatha Christie.» (Lalana, 2007: 152).

El caso Galindo recoge la esencia del género y la adapta a un contexto espacial determinado, ya que la acción –como en otros libros del autor– transcurre en Zaragoza y sus alrededores. En cuanto al personaje central, encontramos a un detective novel pues acaba de obtener su título de detective en un curso a distancia con la Academia CEAC. Es un personaje acuciado por las deudas pero que no representa los bajos fondos tradicionales del género, todo lo contrario, pues es un profesor universitario de Filología que ha debido dejar la Universidad por enemistades con un importante catedrático. Podemos ver en esta situación penosa para el detective, un cierto humorismo, puesto que cualquier oportunidad es buena para él, pero al menos en este caso, no creo que haya parodia como algunos autores han destacado de otras obras del mismo género realizadas por Lalana, sino adaptación a un contexto, que no a un público determinado, puesto que uno de los grandes aciertos de la obra es que cualquiera la puede leer, tanto jóvenes como adultos, la razón es obvia, la trama es perfecta, atractiva y se resuelve de un modo impecable.

«La parodia de un género, o un subgénero, se hace utilizando su propio código para dar la vuelta a los personajes, ambientes o situaciones que lo definen, como en la novela de Fernando Lalana *Ámsterdam Solitaire*, parodia del género detectivesco por su personaje central.» (MECb, 2006: 67).

Otro elemento de sumo interés en esta obra es el estilo desenfadado, la perfección de los diálogos y la construcción trepidante, que como ya hemos visto, aparece por un planteamiento cercano a la construcción narrativa por secuencias y planos que sería más propia del cine pero que aquí juega un papel esencial, lo que hace que los capítulos sean muy breves, acumulaciones por tanto de acciones: «El asunto estaba empezando a aclararse definitivamente. Y era tan apasionante y novelesco como un buen guión cinematográfico.» (Lalana, 2007: 164).

Por otro lado, esta construcción en apariencia sencilla, le permite introducir rupturas temporales que tienen como misión hacer más atractiva la lectura y permitir que el lector pueda participar de un modo más activo en la comprensión de la intriga. Así, los capítulos están numerados pero ese orden no responde al orden habitual de lectura, así que cabrían dos formas de leerlos: seguir el orden de las páginas o seguir el orden de los capítulos.

En definitiva, una novela de entretenimiento de género policiaco con sorpresas, variantes inesperadas, ambientes misteriosos pero sin caer en tópicos demasiado obvios y, sobre todo, con una frescura muy de agradecer.

LOS HIJOS DEL TRUENO (2003), ALFAGUARA, SERIE ROJA.

Si algo caracteriza a esta novela es el humor desbordante, que debería hacer considerar este libro como una de las muestras más claras de humor literario de las últimas décadas, a la altura de las celebradas obras de Eduardo Mendoza, por poner un caso.

En esta ocasión, nos adentramos en el ambiente estudiantil tan querido para la LIJ pero desde un prisma diferente. El caso es que el Gobierno ha decidido establecer la ratio áurea, esto es «el número de aulas de cada instituto vendría marcado por el cociente resultante de dividir el total de alumnos matriculados en cada nivel por veintidós. El resto de esa división debía ser considerado alumnado residual, por lo que quienes fueran incluidos en dicha categoría, deberían abandonar los institutos regulares y pasar a matricularse, obligatoriamente, en los institutos remanentes.» (Lalana, 2003: Introito). Es decir, los centros educativos, pueden deshacerse de los alumnos sobrantes con esta «ingeniosa» fórmula y estos, tan diversos y tan especiales como los que pueda haber en cualquier

aula, perciben lo que les pasa y se enfrentan a ello como mejor pueden, esto es: siendo ellos mismos y luchando, un mensaje que debería calar hondamente en todo el sistema educativo, mucho más en estos tiempos de incertidumbre.

Hay una profunda crítica social en este libro, sobre un tema controvertido y siempre de actualidad, como es la selección de los alumnos en los centros, o los criterios de atención a la diversidad que el sistema educativo viene implementando en los centros escolares. Sin embargo, esta ratio áurea no ha logrado los efectos deseados, más bien al contrario, porque:

«Verá, Ilustrísimo Gran Gerente: creemos que se ha producido un pequeño error en la aplicación del decreto veintidós, barra, dos mil dos, al establecer que fueran los propios centros los que decidiesen cuáles de sus alumnos iban a ser considerados como residuales. Todos creímos que, al tener la oportunidad de deshacerse libremente de quienes quisieran, los claustros escogerían a los más torpes para nutrir los institutos remanentes.» (Lalana, 2003: 181).

Sin embargo, no fue así, sino que los centros se deshicieron de los raros, superdotados incluidos y claro, las cosas no fueron como se esperaba. Sobre todo, cuando los propios alumnos remanentes desean participar en un concurso televisivo para centros escolares («Cesta y Puntos») obteniendo resultados inesperados. Es decir, los marginados, los desheredados, logran ocupar un espacio privilegiado que traerá unas consecuencias inesperadas.

La estructura de la obra difiere con respecto al anterior libro comentado, vemos en una primera parte la presentación de los diversos personajes, también en una presentación de secuencias muy breves que, poco a poco, y gracias al espacio del nuevo instituto remanente, logra crear un conjunto compacto y bien definido. Es en esta primera parte donde observamos con más claridad el humor desbordante, ya que los adolescentes que ocupan este centro remanente, son de lo más peculiar: un «sabelotodo», un hiperactivo bastante escatológico, un futuro delincuente honrado etc. Llama también la atención el papel de los profesores remanentes, que, como los alumnos, han sido «expulsados del sistema oficial» por sus propios compañeros. Conforme avanza esta parte vamos descubriendo las «habilidades» de cada uno de ellos, que al salir de su ambiente particular y encontrarse en uno nuevo con nuevos compañeros, pueden empezar de cero en definitiva.

En la segunda parte, observamos el concurso televisivo y en ese apartado, vuelve a haber una presentación muy activa y directa en superposición de escenas. En este caso, desciende el humorismo y hay una concentración de la crítica al sistema, que parece no haber prestado atención a estos alumnos especiales que tienen una gran capacidad, como el pobre de Venancio que de repente se muestra como un portento de sabiduría, sin que nadie se hubiera dado cuenta nunca, y es que «quizá nadie se había tomado la molestia de averiguarlo». (Lalana, 2003: 226).

Los concursos televisivos han ocupado en los últimos años, en especial en el cine, un importante espacio, hay que recordar, la premiada película *Slumdog Millionaire*, donde el joven participante, con una educación prácticamente callejera logra ganar el concurso pero también la desconfianza, incluso de las autoridades, las similitudes con la obra que nos ocupa son claras. Como en la película, la crítica al sistema es evidente, pues logran sobreponerse incluso a la prohibición de la Gran Gerencia de estudiar nada, puesto que ya desde el comienzo de la obra, logran sacarles los colores a los supuestos institutos de élite de la región. Todo ello, como ha hemos destacado, sin moralina, usando un sistema mucho más tajante aunque en apariencia, menos directo, el humor.

CONCLUSIÓN

Analizar en profundidad la obra de Lalana y Lalana-Almárcegui requeriría mucho más espacio, quizá varias tesis doctorales, sin embargo, hemos podido observar algunas de las características que

hacen de la obra de este autor una de las obras más extensas, de más calidad y más leídas de la Literatura Infantil y Juvenil en nuestro país, probablemente, junto a la de los Joan Manuel Gisbert y Jordi Sierra i Fabra.

A través del humor, de la estructuración moderna e innovadora de la novela, basada muchas veces en los presupuestos del cine –por la utilización del guión– y sobre todo, de la creación de unas tramas vivas y dinámicas, consigue el autor afrontar muy diversas temáticas y ambientes para llegar a presentar numerosas historias de interés tanto al público más joven como al público adulto, puesto que gran parte de sus obras son aptas también para el gran público, cosa no muy frecuente. Ello se logra, sobre todo, prestando una mayor atención a la parte creativa narrativa, es decir, a la estética, que a la fundamentación de la obra en torno a la educación en valores u otros tópicos adolescentes, que suelen restar a las obras verosimilitud e interés.

Por último, cabe destacarse el gran papel de la obra de Lalana en la difusión de Aragón como escenario narrativo, fuera de localismos parciales y poco comprensibles fuera de los márgenes de nuestra Comunidad Autónoma, fenómeno también muy de agradecer.

© Pablo Lorente Muñoz

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- LALANA, F. Y ALMÁRCEGUI, J. M., (2003): *Los hijos del trueno*, Madrid, Alfaguara.
- LALANA, F. Y ALMÁRCEGUI, J. M., (2007): *El asunto Galindo*, Madrid, Bambú.
- LANGA PIZARRO, M. M. (2000): *Del franquismo a la postmodernidad. La novela española (1978-1998)*, Universidad de Alicante.
- MEC (2006), *La motivación de la lectura a través de la Literatura infantil*, Madrid, Secretaría General Técnica.
- MECb (2006): *Personajes y temáticas en la Literatura juvenil*, Madrid, Secretaría General Técnica.
- MORALES, F. (2002): *Narrativa española contemporánea*, Diputación de Málaga.
- NOBILE, A. (1992): *Literatura infantil y juvenil*, Madrid, Morata.
- VV.AA.: *Renacimiento, Revista de Literatura*, 23-24 (105-106), Sevilla, Renacimiento

El autor:

Pablo Lorente Muñoz (Zaragoza, 1979). Profesor de Lengua Castellana y Literatura en Secundaria. Profesor asociado de la Universidad de Zaragoza, Facultad de Educación. DEA en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Doctorando en Didáctica de la Lengua y la Literatura. Escritor (*Relatos desde ninguna parte*. Eclipsados, 2010) y crítico literario. Blog: <http://librorelatospablolorente.blogspot.com/>

QUEHACER DE LA CIUDAD. PRIMERA CRÓNICA DE LAS COSMOMEMORIAS MEXICANAS

(Homenaje al imberbe niño del siglo pasado e inacabable presente al hombre magistral de ahora y del ágora mexicano: Carlos Monsiváis Aceves)

por Demetrio Anzaldo-González

La desestabilización de las estructuras sociales, la deconstrucción de los mitos de la nación y los desplazamientos migratorios constantes que se dan hacia el exterior, interior así como desde y en el centro de México, son manifestaciones alternativas de los diferentes actores sociales que buscan de manera urgente un cambio de rumbo en esta vida. Son acciones urgentes y de supervivencia de una ciudadanía cansada y molesta de esta desesperada y trágica realidad/situación que se vive en la nación mexicana. Son estas acciones significativas de los mexicanos y mexicanas las que han dado vida a los diferentes movimientos sociales y culturales vistos en el centro capitalino en las últimas décadas y que continúan desarrollándose de manera casi espontánea a lo largo de todo el país.

Pareciera una reafirmación trágica de las constantes luchas civiles que cíclicamente se perfilan dentro del panorama nacional; basten de ejemplos, los movimientos revolucionarios y contrarrevolucionarios de la primera mitad de siglo, las protestas reivindicativas de los ferrocarrileros en 1958, las gloriosas marchas y acciones heroicas que llevaron a cabo los estudiantes en el memorable 1968, Las impacantes acciones de la guerrilla campesina y urbana en los 70, las reacciones humanitarias de la población ante la tragedia del 19 de septiembre de 1985, la insurrección impresionante Zapatista de 1994, las decisivas protestas de los maestros en Oaxaca, el rechazo mayoritario al desafuero de Andrés Manuel López Obrador, las reacciones contra el fraude electoral de 2006 y la lucha en defensa de los recursos petroleros. Estas y otras acciones fueron la puesta en práctica de una respuesta contestataria/revolucionaria de la sociedad civil mexicana gestada ante el espectáculo centenario del desatinado y podrido fracaso gubernamental.

Pero la necesidad de la acción de la justicia social, de las respuestas y cumplimiento a las demandas sociales por parte de esa oficialidad gobernante fracasada a lo largo de la historia y geografía política social del país sigue pendiente, sin satisfacerse.

La capital no ha sido la excepción a la terrible corrupción y deterioro desatados que sufren los mexicanos ante la descendencia de élites. Ante la negativa actitud y arbitrariedad de las diferentes clases gobernantes, que continúan saqueando la riqueza de la nación y destruyendo las vidas de tantos ciudadanos, los grupos minoritarios entre los que se incluyen: el pueblo indio olvidado, los homosexuales y las mujeres, así como la sociedad en su conjunto, demandan un cambio con la amenaza de tomar la acción en sus manos. Pese a la violencia en su contra, hace uso del corazón y centro de la nación mexicana: La ciudad de México:

«Enorme y multitudinaria ciudad en una pequeña porción del territorio nacional, capital de la república mexicana, centro de una vasta «megalópolis», la ciudad de México es un ejemplo emblemático de la ciudad latinoamericana que tiene todo de lo peor y todo de lo mejor. Con una población de 8' 605, 239 de habitantes en 2000, y de 91 hombres por cada 100 mujeres, mantiene su primacía por sobre las otras metrópolis de México como Guadalajara, Monterrey y Puebla.» (Massolo, 18)

La población se re-apropia de un territorio simbólico e histórico, la llamada históricamente Plaza Mayor. Es el Zócalo capitalino centro neurálgico del país que se forma «a partir de un cuadrilátero vacío, la presencia fuerte de los volúmenes institucionales dominantes (catedral, cabildo, aduana) de donde parten vías y construcciones uniformes que pueden repetirse al infinito». (Altamirano, 21). Es este el lugar espacial/especial en donde la población reconcentra su llamado a la justicia, a la satisfacción de sus demandas y necesidades todas. Es una respuesta civil ante la manida ingobernabilidad; por lo tanto, forma parte del proceso evolutivo transformativo de las sociedades urbanas. En *La ciudad conquistada*, Jordi Borja aclara que:

«El espacio público es un desafío presente, y no se trata de una cuestión técnica ni de un debate de urbanistas; es un debate de valores culturales: convivencia o insolidaridad, justicia social o desigualdad, igualdad cívica o anomia. El derecho al espacio público es en última instancia el derecho a ejercer como ciudadano que tienen todos los que viven y quieren vivir en las ciudades.» (184)

Es este derecho al espacio público lo que revitaliza las demandas de los mexicanos que lo ejercen porque han reaccionado ante la cerrazón y la intolerancia de sus gobernantes y conciudadanos. La población civil ejerce su civilidad y manifiesta su agravio. De manera determinada expresa abiertamente sus demandas y emplaza al diálogo político reclamando su derecho a una ciudadanía de hecho y no de dicho. La venda que ocultaba el rostro de la Justicia ya no funciona. La sociedad mexicana tiene que hacer ver a la Justicia y dejarla viviendo en México. Hay que ver el presente y hacer realidad el nombre dado a la ciudad de la Esperanza. «Pero no es suficiente el «espacio de esperanza» para que exista la ciudadanía. Es preciso que esta ciudad múltiple y extensa, compacta y dispersa, sea escenario de la expresión política» (Borja, 353). De ahí la importancia de quitarse la venda de los ojos, las máscaras de los rostros, de ver más allá y expresarse para descubrir la verdadera cara de nosotros los mexicanos, de México; porque,

«... la sociedad mexicana tiene que quitarse la máscara, la que usa para ocultar al México real. Solo entonces los mexicanos podrán ver que la imagen personal que se les ha vendido a cada uno de ellos es falsa, que la realidad de México es muchísimo más terrible de lo que cada uno de ellos hubiese imaginado. Y una vez que todos ellos hayan visto al México real- como nosotros lo hemos hecho- estarán mucho más decididos a cambiarlo.» (Medea, Entrevista al Subcomandante Marcos, 70, mi traducción)

Al estudiar los cambios culturales vividos por los hombres y mujeres en la ciudad de México, en consonancia, a lo aludido por Marcos e indirectamente a ese otro gran cambio suscitado por el trabajo crítico y periodístico de Carlos Monsiváis vemos el rostro del México actual, parte de ese no tan lejano año de 1994. Un año trágico donde Monsiváis señala: «... estoy convencido: el país cambió, y el proceso así sea aplastable, no es reversible» («¿Qué sabemos de Chiapas...»). Retomando ese cambio, esa otra historia, se propone, mediante el artilugio/análisis de dos fotografías, (La de un cantante invidente Marlo Contreras y la de un guerrillero enmascarado, Marcos) regresar al año 1994, donde se alude y se enuncia a ese desplazamiento/emplazamiento de los seres humanos y el ascenso de su participación en la vida nacional e internacional. Chiapas, México sacude al mundo, la rebelión altera al orden mundial vigente; pero, a la vez, el mundo impacta a Chiapas, a México. Porque no hay que descontar en nuestra historia que los cambios a nivel internacional también repercuten en la vida al interior de las ciudades más tratándose de la propia en el corazón del país. Es a este sitio donde, la ola perenne de la presencia de los indígenas, los desposeídos, los trabajadores urbanos que laboran en las calles de la urbe y de los constantes inmigrantes, arriban para radicar definitivamente o volver de manera esporádica. Estas interminables entradas y salidas de la capital hechas por las diferentes personas y grupos humanos, nos dan la pauta para empezar el relato/relación de los hechos y volver a tener en la mira a la Ciudad de México. Porque, volver la mirada a México, es volver la espalda al pasado y hacer lo propio con el presente y entrar en un espacio especial interactuando con las manifestaciones culturales como las del mito y la memoria; aunque ésta, sea la propia. Porque,

«Así como no hay comunidad sin memoria, tampoco hay ciudad sin proyecto de futuro. Sin memoria y sin futuro la ciudad es un fantasma y una decadencia. La vida de la ciudad se manifiesta por medio del cambio, de la diferencia y el conflicto. La ciudad nace para unir a hombres y mujeres y para protegerlos, en una comunidad que se legitima negando aparentemente las diferencias. Pero al mismo tiempo la ciudad une sobre la base del intercambio, de bienes y de servicios, de protectores y de subordinados, de ideas y de sentimientos. El intercambio sólo es posible si hay heterogeneidad, pero las diferencias expresan y pueden multiplicar las desigualdades.» (Borja, 27)

La memoria personal así como la memoria histórico-social de la ciudad, nacen al amparo de la cultura del hombre y de la naturaleza misma. Como enfatizara Justino Fernández al hablar del arte mexicano, «A través del arte vivimos, simultáneamente, el pasado y el presente» (28. mi traducción). Por medio de las creaciones artísticas se logra la conjunción estelar de los valores y espíritu humanos con el mundo donde se viva. Son expresiones/creaciones del trabajo humano interactuando con lo propio y lo ajeno a la cultura autóctona. El lugar de importancia internacional que ocupa el arte mexicano, es parte de la historia de la nación. Como fruto de la labor y creatividad humanas es también afectado por las políticas e ideologías de la época o por «procesos ajenos» (Gual, 19). El cine (la fotografía) y la literatura (la palabra), en nuestro caso, las fotografías y la presente historia, logran atraer la mirada del espectador/lector y la llenan de formas, colores, sensaciones, emociones, registros y códigos diferentes tan necesarios para volver a mirar lo visto y devolver la mirada a la propia realidad social y cultural circundante para apreciarla en otra magnitud, en otro nivel de comprensión.

Como hiciera Diego Rivera al bosquejar a tres personajes (Zapatistas, es el nombre de la pintura) en el año 1921, al aprehender a comunicarse con ellos, «con los tipos humanos de su patria» (Gual, 19-20). Por lo tanto, en la relación imagen palabra y, por cierto, memoria, Rocío Martínez Espada traduciendo a Jean-Paul Desgoutte, anota que: «El sujeto da a ver como da a oír. Y la imagen es una forma de escritura que perenniza o coagula el flujo visual, como la escritura verbal perenniza el flujo sonoro. La imagen es la huella que deja la mirada sobre el objeto (de la misma forma que la escritura es la huella que deja el habla en el espacio). *La imagen es la memoria de la mirada*». (5) El juego de las ocho palabras que se refieren a la integración/imbricación del objeto-acción-recuerdo contenido en la oración anterior, *La memoria es la mirada de la imagen*, deviene en una espacialidad /exaltación de lo escrito/descrito que nos orienta hacia un más allá de las palabras mismas, puesto que la oración no es ni puede ser sólo una sino muchas como múltiples son las imágenes que nos llegan a la mente. Y al hablar de la memoria la poesía pregunta «¿cada recuerdo se consume en su llama? / ¿eso es la memoria?» (Gelman, 14)

El lenguaje se potencializa y multiplica. Imagen, memoria, mirada, son palabras que sustentan ese otro universo, el universo de la imagen tridimensional al que se llega por intermedio de la metáfora, de la imaginación, de la recreación espacial de las formas físicas y mentales dentro de un universo cultural con el que la palabra mantiene una relación infinita, dinámica, total nunca aislada. Maurice Halbwachs menciona que se obtiene un mayor sentido al recordar lo vivido dentro de una sociedad gracias al lenguaje. Es decir, la memoria de una persona hace sentido y cobra presencia dentro de una colectividad y, por lo tanto, es influenciada por lo vivido, por lo imaginado bajo los desplegados y directrices de los sistemas culturales vigentes operando en él, (códigos culturales tanto propios como ajenos a la cultura y a la formación del individuo) en esa comunidad o sociedad. De ahí la importancia del entorno social y de la integración/interrelación de los individuos dentro del mismo.

En nuestra historia, es la vida y la convivencia con la gente en la Ciudad de México la que sirve de marco a las memorias retratadas/recordadas; puesto que, «normalmente, las personas adquieren sus memorias en la sociedad. Asimismo, es dentro de la sociedad donde ellos recuerdan, reconocen y sitúan sus memorias» (Halbwachs, 38, mi traducción).

*¿Será verdad que la materia configura
un cuerpo en el espacio;
venas y huesos enlazados cantos,
enlazando dolor a manos llenas?*

Ana María Fagundo

I MÉXICO DISTRITO FEDERAL, LA TORTUGA QUE SIEMPRE FUI O EL DÍA EN QUE VI QUE ÉSTA, ERA MÁS VIVA, MÁS PENSANTE, SIEMPRE SUPERVIVIENTE...

Al comenzar a usar y hablar de la memoria histórica y literaria de La ciudad de México, se empieza a dialogar con un espacio especial, un laberinto interminable en el cual de continuo, se presentan y difuminan los profundos e irreversibles cambios geográficos, sociales, ideológicos, políticos y culturales vividos por los seres humanos en este centro urbano, la capital del país. Se accede a una complejidad discursiva llena no sólo de historias presentes y pasadas, sino, también, de las mitificaciones y pulsantes efervescencias de sus sismas sociales. Se entra de lleno a la ciudad nombrada y la mirada se posiciona en esos mundos descritos, imaginados y en las inflexiones del lenguaje literario y periodístico que la aluden, que la recrean. En esta re-visitación a la ciudad laureada e ignominiosamente deslaureada, la historia, la literatura y el periodismo se tensionan y distorsionan para mostrar algunos aspectos de las humanas realidades ciudadinas y de su siempre fascinante y apantallante/ apabullante ciudad (Monsiváis).

Pero a diferencia del enmascaramiento de las representaciones universalistas que desconocen la diferencia y el diálogo, en este tejido literario, se presenta un intercambio de impresiones/ expresiones en torno al complejo universo de la imaginación y realidad urbana. Es un intento por mostrar los procesos de hibridación (Canclini) de esta otra imaginada comunidad (Anderson) y de algunas otras de sus facetas mostradas mismas que comparte con las demás megalópolis del mundo tan estudiadas por la crítica literaria que enfatiza la tendencia de que, «las ciudades deben parecer(se) a otras ciudades» (Carlos Carrera). Se intenta ver también a la ciudad mexicana bajo una tesitura enmarcada en lo que Iain Chambers señala como: «La visión nietzscheana del mundo, es decir, un mundo hecho por nosotros depende de nuestra actividad y de nuestro lenguaje para que sea posible; es aquí donde se presenta la aventura humana en la cual el movimiento de la gente, el rigor y ritmo de los cuerpos, extremidades y voces ponen el modelo, el diseño y el nombre a la tierra, al país, a nuestra casa». (53, mi traducción)

Se quiere nombrar y hablar de la ciudad de México desde su interior y a partir de una experiencia íntima vivida dentro y fuera de ella. Una de las propuestas es incluir y traer a debate la presencia/ausencia de sentimientos, cantos, costumbres, usos, mitos y rituales de sus moradores, viajeros, exiliados y emigrantes. Porque, los movimientos humanos y sociales de los últimos siglos, resultado trágicamente mediato de las políticas imperialistas y de las persecuciones, han producido nuevos cambios en la economía y geopolítica socio-cultural del mundo. Entre éstos, sobresale el resquebrajamiento del pensamiento colonialista europeo dominante y la ingente consolidación o aceptación de la diversidad, de la democracia, de las identidades posmodernas transterritoriales multilingüísticas (Canclini) y del pensamiento de los dominados con su sentido de justicia y libertad históricos; porque, «Los estudios más esclarecedores del proceso globalizador no son los que conducen a revisar cuestiones identitarias aisladas, sino a entender las oportunidades de saber qué podemos hacer y ser con los otros, cómo encarar la heterogeneidad, la diferencia y la desigualdad». (Canclini, *La globalización*, 30)

Dentro de esta *otra historia*, con los otros, la palabra dialoga, muestra y descubre las increíbles condiciones sociales que se viven en la ciudad y aludiendo a lo dicho por Carlos Monsiváis en *Amor perdido*, aquello de que «La verdad es lo social, lo social es la verdad» o eso otro de que, «En el post-México, enfrentamos los mismos problemas de antes, pero seleccionamos a las tradiciones que necesitamos y decidimos sobrevivir a una globalización racista e insoportable» (Carlos Monsiváis..., CA 1999, 14, mi traducción). Recordar es vivir y vivir es recordar, aunque el pasado ni lo pasado estén con nosotros; porque la memoria, por cierto, es falible, fragmentada, porosa y construye, equívoca-

mente, múltiples atisbos a ese irrecuperable pasado pero, a la vez, intenta mostrar aspectos de lo vivido, de la realidad, de la sociedad y de la cultura. (Lledó).

No se puede recuperar el pasado, pero sí se puede vislumbrar algo del mismo y por medio de los registros periodísticos se concibe una visión de los siglos pasados. La atención a la Ciudad de México durante los siglos XIX y XX enfatizaba el auge del desarrollo urbano y los beneficios de la añeja centralización y del patriótico nacionalismo; además de que «La ciudad de México se articulaba mediante el tejido de la traza urbana, las marcas de los monumentos y las celebraciones históricas». (Canclini, *Narrar...*15) Pero, los cambios en el panorama mundial han derrumbado esa idea de la ciudad ideal moderna y los conflictos por la apropiación de los espacios se intensifican (Beatriz Sarlo). El rostro capitalino se ha transformado, la memoria de la capital y la de los capitalinos, los que se quedaron, los que se fueron y los que regresamos; por lo consiguiente la ciudad es otra:

«... la actual ciudad de México es imposible de abarcar en una descripción. Si uno la mira desde el interior, desde las prácticas cotidianas, ve sólo fragmentos, inmediaciones, sitios fijados por una percepción miope del todo. Desde lejos, parece una masa confusa a la que es difícil aplicar los modelos fabricados por las teorías del orden urbano. No hay un foco organizador porque la ciudad de México, tal como escribía el autor de *Ficciones*, “está en todas partes y no está plenamente en ninguna”.» (Canclini, *Narrar...*,18)

Este interés en la cultura de la ciudad de México, en sus procesos urbanos y en su memoria colectiva parte de una relación cercana y muy personal que resulta del hecho de haber nacido y crecido en ella, de haber aprendido de sus calles, de haber tocado sus piedras, de haber habitado sus construcciones; pero, sobre todo, de haber convivido y departido con la gente, con mi gente. De tal manera que, es esa convivencia familiar la que subyace, la que alienta y determina, principalmente, mi lectura e investigación profesional en esta área. He escogido como preámbulo y pivote de esta presentación, hacer un alto en el año 1994 y compartir con ustedes mi retorno/visita al centro de la ciudad de México o mejor dicho el ahora Centro Histórico de la Ciudad de México. Y constatar, cómo el espacio de esta metrópolis se corresponde con la propuesta teórica acerca del espacio vertida por Doreen Massey de que «Ningún espacio es estable ni eterno; todos los espacios son transitorios y uno de los aspectos más cruciales de la espacialidad (una característica que enfatiza su apertura continua y de este modo su disponibilidad a lo político) es que ésta, se está haciendo constantemente. [...] Para mí, el espacio es (entre otras cosas) la esfera de la posibilidad de la presencia/existencia de la multiplicidad/ diferencia». (231, mi traducción)

Sabemos gracias a los investigadores, antropólogos, críticos y pensadores que existen multiplicidad y diferencias, pero que las diferencias e injusticias históricas no se han erradicado del planeta, ¡no, se siguen multiplicando! Pero la voluntad de llevar a cabo su eliminación, persiste, se intenta dejar fuera a la simulación (Canclini) y a las falsas reconciliaciones culturales. Hay conciencia, hay esperanza cuando se defienden los derechos humanos, se impugnan los absolutismos (Said) y se desmitifican las falsas y añejas premisas del racismo, xenofobia y misoginia. Y como en el proceder mantenido por Carlos Monsiváis, se constata la crítica ante la historia, ante los ominosos poderes:

«Según las élites y los gobiernos, los jóvenes son la entidad “desincorporada”, a la caza de la sombra de la identidad (sinónimo de empleo). Con o sin el reconocimiento de la paradoja, la gran mayoría de los jóvenes no sólo y previsiblemente carece de poder, también, de acuerdo con el autoritarismo, ellos son el ejército industrial y un tanto espectral de reserva que hace de las ilusiones la fuente de sus experiencias.» («Tú joven, finge que crees en mis ofrecimientos y yo, Estado, fingiré que algo te ofrezco», 128)

Pretender abarcar o comprender el sufrimiento que ha sido para tantos jóvenes, la farsa, la estupidez desatada por las familias oligárquicas y sus comparsas no bastaría para resarcirles de las ilusiones perdidas; sin embargo, conocer las causas y orígenes de su inmoción, desatará el nudo que aprisiona a la Justicia y justificará el ajuste de cuentas de los responsables de este genocidio generacional interminable. Conocer cómo sucedieron/ se dieron las cosas y quién o quiénes son los actores del drama urbano/ humano. Aludiendo indirectamente a Carlos Monsiváis y a lo que se quiere obtener con la crí-

tica revisión a nuestra historia, vamos caminando, entrando verdaderamente a la ciudad por intermedio de sus vivencias trágico/cómicas. Como lo ha estudiado Néstor García Canclini, «los discursos literarios, artísticos y massmediáticos, además de ser documentos del imaginario compensatorio, sirven para registrar los dramas de la ciudad, de lo que en ella se pierde y se transforma» (*Consumidores...*,78).

*¿Será verdad que somos,
que hemos sido?
¿Será verdad que soñamos el mundo?*
Ana María Fagundo

II LA CIUDAD DE MÉXICO, LA TORTUGA QUE SIEMPRE FUE O EL DÍA QUE ÉSTA, ME REBASÓ Y SE PROYECTÓ EN EL FIRMAMENTO...

Como se señalaba anteriormente, los tiempos han cambiado y sí, que bueno, siguen cambiando, pero el drama sigue. Por ejemplo, hace 126 años, Manuel Gutiérrez Nájera escribía «La novela del tranvía», crónica-cuento en la que sucintamente describía la vida en el México finisecular del siglo XIX. Donde se oía decir que

«Yo, sin embargo, paso las horas agradablemente encajonado en esa miniatúresca arca de Noé, sacando la cabeza por el ventanillo, no en espera de la paloma que ha de traer un ramo de oliva en el pico, sino para observar el delicioso cuadro que la ciudad presenta en ese instante. El vagón, además, me lleva a muchos mundos desconocidos y a regiones vírgenes. No, la ciudad de México no empieza en el Palacio Nacional, ni acaba en la calzada de la Reforma. Yo doy a Uds. mi palabra de que la ciudad es mucho mayor. *Es una gran tortuga que extiende hacia los cuatro puntos cardinales sus patas dislocadas.* Esas patas son sucias y velludas. Los ayuntamientos, con paternal solicitud, cuidan de pintarlas con lodo, mensualmente.»

Al equiparar a la ciudad de México con «una gran tortuga que extiende hacia los cuatro puntos cardinales sus patas dislocadas» (155), Nájera, de una manera premonitoria, aludía al mítico movimiento/crecimiento descomunal de la ciudad actual que sigue despertando la admiración de propios y extraños por su existencia. Al igual que él, hace 11 años Carlos Monsiváis, también hacia el ocaso del siglo pasado, la denostaba como:

«... una ciudad represiva desde luego, y ahora por la vía doble de la delincuencia oficial y la *amateur* (lo público y lo privado unidos por la hamponería). *La ciudad es monstruosa, es inmanejable*, es la sucesión de tumbas: la tumba del embotellamiento, la tumba de las colas, de la inmersión térmica, etcétera, y con todo, encuentras zonas de gran libertad, libertad riesgosa veteada en ocasiones de sordidez, pero pensando en las tradiciones de la capital y, sobre todo, del resto del país, una libertad excepcional. Lo relativo en algo te compensa por el peso histórico absoluto.» (*Viceversa*, 29-30)

La ciudad de México es contrastante/cambiante como la han visto y descrito Nájera y Monsiváis, pero además, es su ciudad y la ciudad de todos tan querida y odiada siempre. Es una ciudad en la que se siguen encontrando *mundos desconocidos, regiones vírgenes* y lo mejor esa *libertad excepcional* que recompensa a lo histórico. Si bien La tortuga, la ciudad, puede ser monstruosa, sigue libre sigue viva, la ciudad de México se yergue, se mueve, llega, siempre llega tarde, pero vive, sigue viviendo, cambiando y a pesar de los grandes cataclismos sociales y geológicos es ahora más percibida y sentida por todos. La ciudad de la literatura y la literatura de la ciudad se desborda/borda, constantemente, en torno a la Ciudad de México para hacer evidente que entre el cielo y la tierra, existe una Cornucopia Mexicana parecida a la Amaurota de Tomás Moro y a la Venecia de Italo Calvino que desafía a los tiempos. Del mismo modo que en la literatura, el gato tiene tres pies, el cangrejo es inmortal y que no hay que buscarle más la cuadratura al círculo, porque ésta, créanlo ¡la cuadratura del círculo es cuadrada! Por tanto, la Ciudad de México es mucho más que una ciudad.

Pero la realidad es tridimensional y no tetra-dimensional, no por el momento, pero sí la realidad cultural mexicana que no se ajusta a lo vivido y a lo presenciado. En este diálogo con la historia y la literatura, la ciudad, su imagen escapó a mi mirada. No pude encontrar a la otra ciudad inscrita en la historia, en mi historia porque en mi mente solo existían tiempo y espacio pre-codificados, una deformación-modelización de la realidad fenoménica (Asensi). Entonces la ciudad se presenta como otro universo visual, diferente a lo preconcebido que me sirve y me ayuda a constatar que el espacio de la ciudad de México es especial y sirve para representar y reencontrarse lo que se creía perdido aunque de diferente manera. Solo, perdido, perdiendo el tiempo en una ciudad que me desconocía, puesto que la ciudad y yo nos desconocíamos mutuamente, me deje llevar... La ciudad está perdida por el momento pero no tiene que estarlo para siempre.

La tortuga me llevó entre sus patas, había acudido a la tradicional Feria del libro del Palacio de Minería. Al salir, a contra esquina del mismo Palacio, en la calle de Gante casi con la de Tacuba, vi a la distancia una imagen impresionante que me llamó poderosamente la atención: sentado en una escalinata de piedra y teniendo como testigo de su arte y como fondo escenográfico, a una mítica estatua de bronce del emperador Netzahualcóyotl, estaba un hombre con lentes oscuros cantando guitarra en mano a una inexistente multitud. Al acercarme hacia él, noté que si bien era casi mediodía y con el sol cayendo a plomo, los lentes del hombre no eran precisamente para protegerse de los rayos ultravioleta sino porque era una persona invidente.

Marlo Contreras me comentó que era originario del Bajío y que se ganaba la vida en ese lugar tocándoles a los presurosos transeúntes que persistían en ignorarle. Como recuerdo de nuestra plática, amablemente accedió a que le tomara una fotografía. La misma pose que tenía Marlo en la foto en esa lejana mañana llena de luz, la reconocería dentro de una tarjeta postal que recibiría desde Comitán, Chiapas y que me mandaría a California mi cuñada Consuelo al año siguiente. Era una postal en blanco y negro del subcomandante Marcos sentado en medio de la selva chiapaneca rodeado de guerrilleros zapatistas todos enmascarados... En esta otra foto, nuevamente el juego de las luces y de las sombras,... con los ojos entrecerrados, Marcos parecía mirar a una distancia perdida en el tiempo pero sin perderse, fijo, inseguro, inmutable. En la memoria del mundo, en la primera cosmomemoria, Marlo, al igual que Marcos, siguen sin perderse tanto en la selva lacandona como en la defecha selva asfáltica y desde las sombras eternas y naturales, siguen sintiendo/observando los cambios, los muchos cambios que acontecen en la ciudad y en la provincia mexicana. Las cosmomemorias registradas a través de las fotos de un invidente y de un enmascarado forman parte de la historia de violencia y sufrimiento de la sociedad mexicana en su conjunto.

El violento espectáculo orquestado desde los pasillos y corredores de Palacio Nacional seguía/sigue destruyendo las vidas de la inmensa mayoría de mexicanos y mexicanas. El efecto destructor del neoliberalismo cae como una eterna maldición para los más desprotegidos. El constante drama, la debacle premonitoria de los César Vallejo de la tierra que recuerdan las injusticias lacerantes de los *Cristos del alma* «Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé». Los desmanes y crímenes contra lesa humanidad volvían a hacerse realidad en la vida de México, de los mexicanos ¡Los golpes del 94 fueron devastadores! eran tiempos de muerte, persecución, fraude y sumisión; los eventos del primero de enero de 1994 en Chiapas y los del veinte de diciembre del mismo año nunca estuvieron aislados, no fueron fortuitos, ambos comunican lo que Marcos y Marlo habían anunciado/denunciado con su presencia y ausencia de los medios y del desconocimiento o apatía ante la problemática indígena y económica: La declaración de guerra de la selva Lacandona y la infausta devaluación del peso mexicano sacan a relucir los torcidos caminos del clan Salinas y de su cohorte de vasallos Jaime Serra Puche, Guillermo Ortiz, Ernesto Zedillo, José Angel Gurría, Vicente Fox *et al.* Para Washington, El problema mexicano no tiene salida según el análisis versado (/Meyer, 15^a) y se buscará eliminar a los Zapatistas a toda costa. «The government will need to eliminate the Zapatistas to demonstrate their effective control of the national territory and of security policy.» («The Demands of Capital», *Harper's Magazine* May 1995. 66-67). Esto y otras medidas represivas leían en enero de 1995 en una carta de cuatro páginas los clientes del Chase Manhattan Bank (La secrecía quedaba al descubierto por los mismos miembros del gabinete y sus socios en la banca extranjera). El espectáculo de los años 1994 y 1995, de sus múltiples actores, se ha transformado y sirve ya no para alienar sino para incentivar el dinamismo que

aboga por el cambio y el libre ejercicio de las libertades o «de la necesidad absoluta de ejercicio de la vida contemporánea» (Cruz, entrevista a CM, 86); porque, ya no se puede ocultar más la corrupción mexicana. Ese miedo impuesto a base de mentiras cae por la saturación y lo irrisorio de sus desplantes ante la opinión pública. A pesar del cerrado control sobre los medios de comunicación, «El escritor y el artista no sometidos a los medios interrumpen esa interrupción, reinstauran el drama social, la tensión entre lenguajes, entre formas de vivir y pensar, que los medios querían reducir a espectáculo, un espectáculo rápido para pasar pronto al siguiente». (Canclini, *La globalización*, 200). Andrés Manuel López Obrador nunca fue un peligro para México. El verdadero peligro para México es la falta de libertad, de justicia, del cumplimiento de los acuerdos, promesas y de la repartición de las riquezas del país entre/para todos las mexicanas y mexicanos.

En estas historias la hablada y la grabada, la palabra y la imagen en su no simultaneidad sino estrecha coincidencia, se aprecia la importancia del saber ir por la vida sin perderse en el mundo pese a las limitaciones y limitantes propias y ajenas. De esta manera, «las virtudes o los defectos sólo cobran vida si se apoderan de figuras y las conducen a la mitificación». (Monsiváis, 21) Marcos y Marlo son mitos vivos puesto que «el mito sirve para reconciliar esta oposición entre el mundo real, áspero, crudo y desolador y la presencia reconfortante de la intimidad» (Gurméndez, 134). Al mismo tiempo, estas semblanzas, ejemplifican una de las muchas maneras en las que el conocimiento conlleva al uso apropiado del medio en el que uno se desenvuelve y, por ende, potencializa el pronto y acertado conocimiento de la naturaleza, la vida, la cultura del propio individuo que lo acercan a la realidad, a la verdad. A esa otra historia auténtica de los otros, de los signos; porque:

«Pensar no es sino una manera de vivir, y vivir no es sino una manera de instalarse en el medio social modificado, sufriendo o destruyendo el tiempo histórico que nos circunda, nos acongoja o nos aliena. La historia del hombre es la historia de sus realizaciones, realizaciones que, por cierto, no se miden en función de los hechos, sino en función de los sentidos de esos hechos. Por eso la historia auténtica es historia de sentidos, historia semántica, no historia de hechos, historia de signos.» (Lledó, 35)

De otra manera, las imágenes mentales, visuales y orales del trovador ciudadano y las del rebelde zapatista sirven para comentar no sólo la importancia del medio, la ciudad, y de los personajes, los ciudadanos, sino también enfatizar sus necesidades, sus luchas por sobrevivir y cambiar las injusticias que los/nos asolan. Además de constatar la relevancia que mantiene la interrelación de los distintos aspectos culturales locales e internacionales para enfatizar las metamorfosis personales y sociales; los cambios/metamorfosis, los movimientos sociales, que se han extendido, como la tortuga, más allá de «los cuatro puntos cardinales». Estas fotografías, estos esbozos de vida, y esta incipiente historia, capturan parte de esa fragmentada realidad huidiza, de esos tiempos perdidos y de la realidad subjetiva y de los sentimientos que la circundan; son señas, registros, imágenes del acontecer de la vida, la vida de esos personajes y las de los otros seres con los que conviven/sobreviven. Son memorias de la propia vida y de la otra memoria/historia/vida de la ciudad de México, del México país y de las memorias de sus moradores que buscan justicia. Esa justicia que en el decir de Carlos Monsiváis al recibir su, *Doctorado Honoris Causa Perdida*, tiene que llegar ya, pero acompañada de libertad y dignidad.

*ciudad, ciudad, hoy te amo como nunca,
hoy no te hiero, apenas hoy si te
toco, apenas si rozó tu armadura
de asfalto y piedra y barro y hombres de
cojón y viento, apenas si te digo
mañanero, salud.*

Y me detengo

Juan Gelman

III LA CAPITAL MEXICANA, LA TORTUGA QUE SIEMPRE FUI, FUE, FUIMOS...

« y si hay más que esto,
aún más en ti se encierra »

Bernardo de Balbuena

Al final, montado o llevando auestas a este querido quelonio con sus cuatro patas dislocadas, percibí de muy diferente manera los registros culturales de la ciudad antigua y de la urbe contemporánea. Fue, recuerdo, un interesante y singular recorrido mediante el cual, los flujos de la historia y los reflujos de la literatura atravesaron el espacio literal e imaginario. Fue el potencializar a una ciudad de México al acecho de la celebración/confirmación de su presente y de su pasado; de su imagen y de su palabra. Fue, finalmente, recordar a la tortuga que siempre fui/fuimos; precisamente a ésta en la que somos/estamos y seguimos encaramados, con la que vamos platicando, caminando, viviendo, viendo, recordando pese al tiempo y a la distancia.

© Demetrio Anzaldo-González

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Altamirano, Aldo José. “La selva en el damero: la evolución del espacio urbano latinoamericano”. *La selva en el damero*. Roma: Giardini Editori, 17-25
- Asensi, Manuel. “¿Qué es la crítica literaria como sabotaje? (Especulaciones dispersas en torno a la crítica en la era de la posglobalización)”. *Anthropos* 216, 2007 73-82.
- Bautista, Juan Carlos. Entrevista, “Carlos Monsiváis, entre el proscenio y la intimidad”. Fernández, Fernando. *Viceversa*. No. 49 Junio 1997. 26-33.
- Benjamin, Medea. “Interview: subcomandante Marcos”. *First World, Ha Ha Ha! The Zapatista Challenge*. Edited by Elaine Katzenberger. USA, San Francisco CA: City Lights Books, 1995. 56-70.
- Borja Jordi. *La ciudad conquistada*. Madrid: Alianza Editorial, 2003
- Carreras, Carlos. “La ciudad de la postmodernidad. Una aproximación geográfica a través de la literatura”. I Coloquio internacional «*Literatura y Espacio Urbano*». Alicante: Fundación Cultural CAM, 1994. 131-141.
- Chambers, Iain. *Migrancy, Culture, Identity*. London & New York: Routledge, 1995.
- Cruz, Ana. “Carlos Monsiváis: La sociedad es el espectáculo más fascinante”. *Testigos de nuestro tiempo*. México: FCE, 1999.
- Desgoutte, Jean-Paul. “Palabras e imágenes”. Trad. Rocío Martínez Espada. <http://perso.orange.fr/jean-paul.desgoutte/articles/palabras.htm>
- Fernández, Justino. “An Aesthetics of Mexican Art: Ancient and Modern”. (1962). *The Journal of Aesthetics and Art Criticism*. V. XXIII. 1 (Fall 1964) 21-28.
- García Canclini, Néstor. *La globalización imaginada*. México: Paidós, 1999.
- ...— *Consumidores y ciudadanos*. México: Grijalbo, 1995.
- ...— “Narrar la multiculturalidad”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. XXI. 42 Lima-Berkeley, 2º. (Semestre de 1995): 9-20.

- ...— *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo, 1989.
- Gelman, Juan. *Violín y otras cuestiones*. (1956) Buenos Aires: Planeta, 2006
- ...— *Carta a mi madre*. Buenos Aires: Tierra Firme, 1989
- Gual, Enrique. *El arte de estudiar el arte*. México: Pangea Editores, 1987.
- Gurméndez, Carlos. *El secreto de la alienación y la desalienación humana*. Barcelona: Anthropos, 1989.
- Gutiérrez, Nájera Manuel. “La novela del tranvía” México, 1882
- Halbwachs, Maurice. *On Collective Memory*. Chicago & London: The University of Chicago Press, 1992.
- Jiménez, Arturo. “La nación ha visto volatizarse las utopías, expresó Monsiváis”. Diario mexicano, *La Jornada*. Sección Cultura. Viernes 9 de mayo de 2008. 4a.
- Lledó, Emilio. *Lenguaje e historia*. (1978) España: Taurus, 1996
- Masey Doreen & Karen Lury. “Making Connections”. *Screen*. 40:3 Autumn, 1999 229-238
- Massolo, Alejandra. *Una mirada de género a la ciudad de México*. México: UAM, 2004
- Monsiváis, Carlos. *Amor perdido*. México: Era, 1977
- ...— “Tú joven, finge que crees en mis ofrecimientos y yo, Estado, fingiré que algo te ofrezco”. http://www.nuso.org/upload/articulos/3302_1.pdf
- ...— “¿Qué sabemos de Chiapas que no se haya dicho y hayamos asimilado?”. <http://www.geocities.com/SoHo/Cafe/8909/chiapas.html>
- ...— “Carlos Monsiváis on Contemporary Mexico”. Berkeley CA, (Fall 1999) <http://socrates.berkeley.edu:7001/Publications/newsletters/pdf/newsfall99.pdf>
- Rojas Alba, Mario. “Introducción a la lista de casos de violencia en México. 1988-1994”. Tlahui- Politic 1. 1/1996. <http://www.tlahui.com/1presen.htm>
- Tacussel, Patrick. “The City, the Player: Walter Benjamin and the Origin of Figurative Sociology”. *Diogenes* 134 (Summer 1986) 45-59.
- Said, Edward W. *Reflections on Exile*. Cambridge, Massachusetts: Harvard UP, 2000.
- ...— *The World, the text and the Critic*. Cambridge, Massachusetts: Harvard UP, 1983

El autor:

Demetrio Anzaldo-González. Ph. D. University of California-Irvine, 2001. Ha publicado el libro *Género y ciudad en la novela mexicana*. Ciudad Juárez, México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez UACJ, 2003. Ha publicado diversos estudios y ensayos, entre ellos: “*Las púberes canéforas*, la sensibilidad social y sexual en la nocturna ciudad de México”. CIBERLETRAS #11, <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v11/anzaldo.html>; “*De piel de víbora* de Patricia Rodríguez Saravia o transfiguración de la violencia urbana”. Revista de Literatura Mexicana Contemporánea 23. El Paso, Texas. 2004; “Por qué no estudié para millonario o cincuenta y tres años delante del pizarrón”. Alba de América Revista Literaria 20. N. 37 y 38 (Julio 2001): 653-666. Interview to Seymour Menton; “Cielos de la tierra, un reencuentro con Carmen Boullosa” Entorno 54/55 (Invierno-primavera 2000): 58-62. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, México; “Entre la palabra y el movimiento vislumbres de un disenso en *La sombra del caudillo*”. Entorno 53 (otoño, 1999) 28-36; “Recordar a pesar del olvido, la alienación en *Cielos de la Tierra*”. Acercamientos a Carmen Boullosa: Actas del simposio Conjugarse en infinitivo –la escritora Carmen Boullosa– B. Dröschler and C. Rincón (Eds.) Berlín: Editorial tranvía, 1999. 210-220. “Recorriendo los hilos en el enlace con el otro a través del cuento hispanoamericano”. La seducción de la escritura. Los discursos de la cultura hoy, 1996. Ed. Rosaura Hernández y Manuel F. Medina, México: Ed. Anaqueles, 1997. 278-286.

SHERLOCK HOLMES, O LA LÓGICA INTELECTUAL EN *EL SABUESO DE LOS BASKERVILLE*

por Enrique García Díaz

Arthur Conan Doyle concibió el personaje de Sherlock Holmes tras haber conocido al doctor y cirujano Joseph Bell durante sus estudios de medicina en la Universidad de Edimburgo. Su inspiración en este doctor se debía a que Bell era capaz de percibir y describir la enfermedad de su paciente con observarlo detenidamente, y antes incluso de que éste le expusiera su dolencia. Es este motivo uno de los que impulsaron su carrera literaria. Pensó en escribir historias en las que su principal personaje fuera un detective capaz de tratar el crimen de la misma manera que el doctor Bell lo hacía con la ciencia; tanto para Joseph Bell como para Sherlock Holmes todo tiene una explicación lógica por muy inverosímiles o fantásticos que los hechos puedan parecer. Este planteamiento lo encontramos en la primera publicación de las historias de Sherlock Holmes, *Estudio en escarlata* donde Conan-Doyle lo presenta como un personaje-detective, que confía en los hechos y las pruebas, más que en el azar. Esto lo sitúa frente al doctor Watson, quien no parece dar crédito a sus afirmaciones al respecto de que puede conocer la vida de una persona con el simple hecho de observarla. Para llevar a cabo este planteamiento, Conan-Doyle escribía las historias hacia atrás; es decir empezando por el final para así poder explicar los razonamientos lógicos que llevan a Holmes a resolver el misterio.

Sin embargo, habrá un hecho que afectará y marcará a Conan-Doyle. El escritor escocés sufrió la pérdida de su hijo durante la Segunda Guerra Mundial, lo que le llevó a profundizar en lo espiritual y en lo fantástico. Tal vez sean éstos los rasgos que aplicó al personaje de Watson, ya que éste si cree en lo sobrenatural. En el caso de *El sabueso de los Baskerville*, el propio doctor Watson no duda en pensar en una gran bestia, que ejemplifica la maldición de la familia Baskerville. Sin embargo, este tema de lo sobrenatural es algo que al propio Holmes no le asusta ni le condiciona en absoluto a lo largo de la historia. Él siempre piensa que hay una explicación lógica para este misterio, y que tal bestia no existe salvo en la imaginación de aquellos, quienes creen más en lo sobrenatural que en lo natural. Llama la atención que al final de la historia la propia maldición y todos los elementos fantásticos que giran en torno a los Baskerville, parezcan absurdos y ridículos a ojos del lector. Y somos conscientes de ello cuando Holmes explica rigurosamente el desenlace, y el porqué de la situación. Pero al mismo tiempo parece como si Holmes hubiera tenido cierta ventaja con respecto a los demás personajes de la historia: el doctor Watson, el doctor Mortimer, o el propio Sir Henry Baskerville, e incluso al lector, por la facilidad que demuestra no solo resolviendo el misterio, sino justificando cada acto. Hay ocasiones en las que Conan-Doyle favorece claramente a Holmes frente al Dr. Watson. Así por ejemplo, en el comienzo de la historia Holmes observa a través de la imagen en la tetera, que hay sobre la mesa, como Watson está revisando el bastón de paseo, que el cliente se dejó el día anterior (Conan-Doyle, *El sabueso de los Baskerville*, p.11). Posteriormente sabe que los rasguños que el bastón presenta en la parte inferior no se han producido como señala Watson, por andar por el campo; sino más bien por el perro del dueño del bastón. ¿Cómo logra saberlo? Porque en esos momentos permanece asomado a la ventana contemplando al perro en las escaleras de su casa. (p.16)

El sabueso de los Baskerville o más bien la maldición de la familia se basa en dos ideas claramente diferenciadas y enfrentadas: lo natural y lo sobrenatural; el mito y la realidad. Un creencia en lo sobrenatural que entroncaría con los elementos góticos de la literatura: el propio relato del doctor Mortimer acerca de los acontecimientos acaecidos en los años de Sir Hugo Baskerville, no es si no una serie de hechos que buscan provocar pánico en el lector. Y por otro lado acrecentar el interés de éste por lo sobrenatural. No obstante cabe señalar que también son un recurso para suscitar la intriga y el misterio hasta el final. Dentro de la dualidad dispar entre lo real y lo irreal, encontramos tres puntos de referencia: uno primero que viene representado por el manuscrito que posee el Dr. Mortimer, y que narra los hechos fantásticos de la leyenda de los Baskerville; el periódico en el que aparece reflejada la muerte de Sir Charles que no relacionan con causas naturales y por último la opinión del propio doctor Mortimer, quien era consciente de cierta lesión cardiaca, lo cual plantea la pregunta de ¿qué relación existe entre la maldición de los Baskerville con esta muerte?. En caso de contradicciones como las que aquí se dan, sólo nos queda la opinión de Sherlock Holmes, quien no cree para nada en los aspectos sobrenaturales. Y no duda en decirle al doctor Mortimer que la leyenda de los Baskerville podría ser muy interesante para un coleccionista de cuentos de hadas. (Ibid, p. 25) ¿Son fiables tanto la opinión de Holmes como

su falta de credibilidad en la leyenda? Es aquí cuando volvemos a encontrar la dicotomía antes presentada: los elementos naturales frente a lo sobrenatural, lo fantástico.

Lo natural viene representado por la figura de Sherlock Holmes y sus razonamientos lógicos, que sirven para explicar lo que para el doctor Watson y los demás son acontecimientos sobrenaturales. A lo largo de la historia las supersticiones y/o creencias en la maldición de la familia Baskerville parecen perder interés para el propio Holmes, quien centra sus investigaciones en las personas que rodean al propio Sir Henry Baskerville, ya que piensa que son éstos los que están potenciando el tema de la leyenda en su propio beneficio. Incluso hay momento que parece que Sir Henry Baskerville no le otorga mucho crédito a tales relatos, ligados más bien con el folclore popular. No tiene duda alguna en acudir a la mansión de los Baskerville pese al anónimo recibido advirtiéndole de lo contrario; y a la leyenda que pesa sobre la familia. Pero es Holmes quien encuentra una explicación lógica para tales acontecimientos. Sobrenaturales o no, lo cierto es que la desaparición de la bota de Sir Henry parece algo inaudito. ¿Quién la ha tomado prestada? ¿Con qué objetivo? Nadie parece conocer la verdadera respuesta a este hecho hasta el final cuando sabemos que fue robada para que el sabueso tuviera el olor de Sir Henry, y con ello perseguirlo.

Una vez en la propiedad de los Baskerville, el propio Watson experimenta en un primer momento estos elementos supuestamente sobrenaturales cuando escucha el aullido de un perro en el páramo. Y es ahora precisamente cuando le asaltan las dudas y teme por la integridad de Sir Charles Baskerville. Si en un principio creía en los elementos sobrenaturales al respecto de la leyenda, el lejano aullido del supuesto perro junto con las palabras de Stapleton, no hacen sino acrecentar sus temores. Este mismo sentimiento se produce cuando Sir Henry y Watson salen en busca del preso fugado, el hermano de la señora Barrymore, y que se oculta en el páramo. Ambos personajes se encuentran en medio de éste, el lejano aullido de un perro vuelve a hacerles creer en la leyenda y en lo sobrenatural. Es muy revelador el gesto de Sir Henry hacia Watson, cuando le pide que tome su mano para comprobar su estado de nervios, pese a que puedan aparentar no creer en un elemento sobrenatural (Ibid, p.128). Da la impresión que en el fondo si parecen estar pensando en la posibilidad de una fuerza sobrenatural, o demoníaca que persigue a la familia Baskerville. Podríamos pensar que Conan-Doyle pretende recordar al lector el tema de la leyenda, y lo sobrenatural con esta escena.

Cuando Holmes ha atado todos sus cabos, aparece en el páramo para sorpresa de Watson y de Sir Henry Baskerville. Consciente del peligro que puede llegar a correr Sir Henry, le pide que acuda a la cita con los Stapleton pues está seguro que esa noche todo el misterio quedará resuelto. La escena del ataque del sabueso sobre Sir Henry pone de manifiesto que todo estaba preparado por Stapleton. Y que no existe nada sobrenatural al respecto de la leyenda. Como heredero de los Baskerville había sacado provecho de la famosa leyenda otorgándole a sabueso un aspecto infernal. Pero siempre explicable desde el punto de vista de Holmes. El sabueso de los Baskerville no era sino un animal que había permanecido encerrado, y al que se le había inculcado atacar a Sir Henry. Para ello ya hemos explicado el tema de la bota desaparecida. Para darle un aspecto más fiero y aterrador el sabueso había sido pintado con fósforo, como señala el doctor Watson (Ibid, p.197) Ello indica que la leyenda y la bestia terrible no eran si no una maquinación de Stapleton con el fin de acceder a las propiedades de los Baskerville¹

Lo sobrenatural en *El sabueso de los Baskerville* queda reducido a una serie de elementos naturales perfectamente tejidos para crear una trama, que cautiva al lector desde el principio. Hemos visto cómo desde un principio este elemento sobrenatural no era para Sherlock Holmes más que algo que se puede razonar y explicar desde la lógica. Sus métodos de observación e investigación de las personas que rodeaban al propio Sir Henry Baskerville le han servido para averiguar y frustrar el complot que Stapleton había preparado con el fin de convertirse en el dueño de la mansión de los Baskerville.

© Enrique García Díaz

* * *

BIBLIOGRAFÍA

Conan-Doyle, Arthur, *El perro de los Baskerville. El valle del terror*, Barcelona, Editorial Círculo de Lectores, 2010, pp. 11-217.

El autor:

Enrique García Díaz. Doctor en Filología inglesa por la Universidad de Salamanca (Especialidad: Origen y evolución de la novela histórica inglesa: Las obras de Walter Scott).

¹ Recordar que Holmes ha descubierto en la galería de retratos de la mansión de los Baskerville, el de un antepasado de Stapleton. Ello le daba derecho a reclamar su herencia como un Baskerville (Ibid, p.181)

SANTUARIO

por Alejandro Badillo

Era la tarde. La niña bajó las escaleras. Sus pasos no hacían ruido en la madera, apenas la tocaban. Deslizaba sobre el barandal, cautelosa, las manos blancas. En la sala, una bocanada, la luz imitando el derramado resplandor de las velas. En los cristales una gota de lluvia, un ave apenas perceptible, desfigurada por el sueño. La niña suspiró, caminó lentamente hacia el espejo. Se miró las coletas, acomodó un broche dorado y los pliegues de la falda. En el espejo se duplicaba un frágil candelabro, también la sala de terciopelo y una nube de polvo. La niña se sentó en un sillón, las manos muy quietas, unidas en el regazo. En la casa había humedad; lustrosas, las hojas de las plantas. Los pies desnudos de la niña hacían círculos en el piso. A veces le gustaba mantenerlos suspendidos, a escasos centímetros de distancia, como si tuviera miedo del piso, como si fuera una superficie impregnada de fuego. Entonces balanceaba los pies, los acercaba a la luz, los sentía habitados y transparentes. En la habitación de arriba dormía el anciano. Cuando dormía la tarde parecía serenarse, la casa se impregnaba de humedad, los insectos se mantenían quietos, como cautivados por la siesta. Algunas veces la niña subía a mirar al anciano. Caminaba en silencio hacia la cama. El anciano yacía de costado, como árbol sometido al viento, cubierto por una mala cobija. La niña pasaba una mano cerca de su nariz. Abría la palma, curiosa, tratando de percibir una señal, la respiración entrecortada y lenta. Sobre la cama caía, plena, la luz; volvía nuevas las arrugas de la cara. El anciano movía los ojos bajo los párpados, los ponía a perseguir saltamontes, liebres. Entonces la niña pensaba en el anciano, en su infancia recuperada todas las tardes, algunos minutos, entre ronquidos. Luego se distraía, silbaba una canción mientras ponía en orden libros, relojes antiguos, carcomidas fotografías. Creía, a fuerza de verlos, que el anciano también los miraba, que los nombraba en su sueño, como si le floreciera de improviso la memoria.

La niña bajó del sillón. Fue al fondo de la sala. Prendió un viejo televisor. En la pantalla se veían tenues resplandores. Ella inclinó el torso; se iluminaron las pecas de la nariz, el pecho. Después de sintonizar un canal, se sentó en un tapete. Recogió los pies; las manos ya no alumbraban, sino permanecían ocultas, en el piso, buscando la sombra. Las caricaturas llenaban la sala de risas falsas, de breves alborotos. La niña sonreía, su cuerpo ya no era esculpido por el crepúsculo, sino emergía de él, nuevo. En la habitación de arriba el anciano comenzó a carraspear, a deshacer su sueño. La niña alzó la cabeza, escuchó los ruidos. Alejó las manos de la

«La niña bajó del sillón. Fue al fondo de la sala. Prendió un viejo televisor. En la pantalla se veían tenues resplandores.»

penumbra, puso las palmas abiertas, como flores, sobre las piernas. El anciano se sentó en la cama. Inclinó la cabeza, contempló los pies amarillos y enfermos; inició el proceso de reconocerse, de asumir su progresiva invalidez, sus perennes dolores. Volvió a cerrar los ojos, con fuerza, evitando la luz que ya no llegaba a la cama, que apenas diluía contornos, sombras. En el espejo se destacaban las pantuflas, una lata, el cajón inferior del armario. El anciano se levantó entre quejidos. Sacó del buró un frasco con pastillas. Alargó la mano a un vaso con agua. Tragó una pastilla con lentitud, casi con repulsión. Se puso las pantuflas. En el baño se descubrió más viejo, apoyó una mano en la pared, orinó con lentitud, entre temblores. La luz se batía en retirada, dejaba intactas manchas de humedad, frágiles arañas. El anciano se abotonó el pantalón. Sentía su alma brumosa, descolorida por la tarde. Bajó las escaleras con dificultad. Acercaba la punta del pie al filo del escalón; luego, más seguro, dejaba caer el peso del cuerpo. Las maderas crujían, como lastimadas. En la sala miró el reloj de pared, los oscurecidos floreros, En la cara aún le palpitaba el esfuerzo, el último resabio de la tarde.

La niña se levantó del piso. Lo tomó de la mano.

—Durmió mucho esta tarde

—Me siento cansado —le contestó el anciano balanceando su cuerpo.

—Tengo hambre —dijo la niña.

–Vamos a cenar algo –dijo el anciano, animoso.

La cocina, una oscuridad, una diminuta caverna. El anciano prendió la luz. El foco puso luces en la mesa, también en el salero, en la desvencijada alacena. La niña colocó manteles y cubiertos. El anciano encendió la estufa. El calor del fuego pareció despabilar sus manos. Las flamas envolvieron una olla y pronto el caldo comenzó a bullir, a desprender olores. El anciano puso distancia con la lumbre. Pronto hubo sobre la mesa frijoles y pan de dulce. Arrimaron las sillas de madera. El silencio se adivinaba en el fresco nocturno. El fresco daba vigor al anciano: menos turbia su alma, más nítida su silueta. El anciano encorvó la espalda; sus dedos, animales umbríos, desmenuzaban el pan. Pronto hubo manchas, migajas como anzuelos, dispersas en las sillas, sobre la mesa. El anciano fue a la alacena, sacó un bote plateado. Lo abrió con dificultad. Echó dos cucharadas de café en la taza. El agua, turbia de pronto, comenzó a arremolinarse. En poco tiempo estuvo serena y humeando. Sobre la mesa algunas moronas alineadas, como en un juego de damas chinas. La niña las miraba con atención: en su mente parecían respirar, impregnarse de vida lenta. El anciano sonrió. Sorbió con deleite su café. Cuando sonreía una enfermedad apacible le moldeaba la cara. Ya no había rastros de la tarde. La orilla de la noche entraba a la casa, comenzaba a ahogar floreros, una olvidada figura de cerámica. El sonido de los camiones en la carretera rompía, a intervalos, el silencio; lo hacía más pesado, profundo. Pronto ya no habría más ruido en la carretera. Sólo el viento, el aullido de los perros. El anciano sopló el humo que brotaba de su taza, lo miró elevarse, inestable, como a una cargada nube de lluvia. La niña miró el humo y le dijo:

«El anciano le pasó una mano por los cabellos. Se levantó de la silla. Con cada movimiento le crujían los huesos.»

–¿Va a llover?

El anciano dejó su taza, miró a la niña con atención. Le brillaban algunos pelos de la barba, pelos níveos, como de alambre, que no había podido cortar con la navaja.

–¿Qué día es? –le preguntó, despacio, a la niña.

–No sé... es noviembre.

El anciano le pasó una mano por los cabellos. Se levantó de la silla. Con cada movimiento le crujían los huesos. Fue a la ventana de la cocina. Afuera el viento estremecía pastos amarillos, revolvía los escasos árboles del llano. En el patio tierra alborotada, el solitario arrullo de un columpio. El anciano recargó el cuerpo en el fregadero, inmóviles las huesudas manos, como piedras en el fondo de un río. Recordó la mañana de septiembre que salió para alimentar al ganado. Recordó el momento de abrir el corral, a las decenas de reses hinchadas sobre la hierba, como barcos encallados; los ojos inmóviles, tiesas las patas, perladadas las lenguas con moscas. Desde entonces, olor a muerte en la nariz, en los amaneceres amarillos, lentos. Desde entonces sueños intranquilos, tenues rastros de odio que le invadían el sueño, que lo dejaban exhausto, con ganas de salir al corral, extender los brazos, llamar a la muerte. El insomnio, entonces, moneda común, horas sumergidas en el humo del cigarro, estudiando viejos mapas de la zona, como si buscara tesoros escondidos, olvidadas minas de oro. Cuando se cansaba de los mapas, se ponía una chamarra, iba al cuarto de la niña y la miraba dormir. Largos sentía los minutos, los utilizaba para tatarla con la cobija, para ponerle entre los brazos una muñeca. El tapiz, lleno de flores, convertía a la habitación en un cuidado jardín. Las cortinas, lentos fantasmas, animados por secretas corrientes de aire. El anciano, al mirarlas, sentía vértigo; los ojos encendidos, como soles. Renqueaba a la cocina y permanecía junto a la ventana, acompañando con los dedos el siseo de los insectos, aguzando la vista para distinguir las luces lejanas de las casas. Más tarde, abrochaba con manos temblorosas su chamarra. Salía al corral. Ahí, iba de un lado a otro, como becerro perdido, como si pudiera recuperar, de entre las sombras, el ganado muerto. En la madrugada, bajo la luz sucia de una lámpara, era una figura temblorosa, arrastrándose en el piso, ahogada en recuerdos. En las mañanas amanecía con lodo en las botas, los lentes chuecos, hierbajos entre los dedos. Luego de despabilarse bajaba a desayunar y le hablaba a la niña de la maldad, de cómo pequeños actos, desconocidos, trastocan el destino, lo vuelven un sosegado infierno.

La niña fue al refrigerador y se sirvió un vaso con leche. Balanceó una cuchara entre sus dedos. Al anciano le temblaba la quijada, apretaba los labios. Volvió a mirar, insistente, la ventana.

–No volverán –le dijo.

–Todas las noches espera que vuelvan – le respondió ella, mirando los reflejos que la luz le sacaba a la cuchara. En el piso, entre los platos sucios, las sombras de los árboles se movían, como tropas belicosas, impulsadas por el viento.

Los dos se quedaron un rato en silencio, sin saber qué decir. La niña fue a la puerta de la cocina. Desde ahí podía ver el abandonado patio, geranios casi grises, detenidos en el tiempo. La puerta del corral tenía el candado puesto. La niña, las flores de su vestido, el polvo que el movimiento de sus manos delataba eran, a ojos del anciano, nuevas formas de soledad, el miedo de salir del sueño, abrir los ojos y no encontrarla. Por eso, en los sueños, aún en la vigilia, se aferraba a los objetos, en tener la memoria intacta para nombrarlos. La mente del anciano, entonces, un revoltijo de fotografías, relojes incorruptibles, minucias del mundo. La niña parpadeó, se tocó las trenzas. Le dijo, sentenciosa:

–El columpio se sigue moviendo.

El anciano estaba tras ella, pero no miraba el patio, sino permanecía absorto en el reflejo que le devolvía la ventana. Miraba a su imagen confundirse con el paisaje; su quijada hecha de arbustos espinosos; las mejillas como árboles lejanos. Puso una mano en el hombro de la niña, le dijo en voz baja, entonando un cariñoso reproche:

–Sigues con tus historias de fantasmas.

–Pero ya no hay viento –dijo la niña extendiendo el brazo, señalando con el índice un punto indefinible en el patio.

–Hay viento aunque no lo veas.

La niña volteó la cabeza. Parecía decepcionada. El anciano se quedó serio, de repente, como si presintiera algo, le preguntó:

–¿Compraste lo que te pedí?

La niña asintió con la cabeza.

–Ven, vamos a la sala.

El anciano apagó la luz, renqueó dificultoso por el pasillo, como si ascendiera una empinada cuesta. Pronto comenzó a vislumbrar una luz diferente, el fugaz terciopelo de la sala. La niña lo seguía con pasos breves, las manos entrelazadas tras la espalda. El anciano se sentó en un sillón. Su cuerpo, vieja maquinaria, echaba exhaustos vapores. La niña fue al comedor y sacó de los cajones velas, manojos de claveles, decenas de fotografías. Después, extendió sobre la mesa del comedor un largo mantel blanco. El anciano vigilaba los movimientos de la niña. La débil luz de una lámpara le llenaba la espalda, hacía de la niña una olvidada silueta. Desde el sillón, como un desvencijado vigía, miraba la playa del mantel, el encaje que delimitaba las orillas, las evidentes manchas de tiempo. La niña, meticulosa, dedicó algunos minutos a alisar las arrugas de la tela, a colocar fotografías, velas en diminutos candeleros. El anciano enterró la mirada en el piso, la mantuvo ahí un rato, como forzándola a extrañar algo. Del cuerpo inmóvil, sólo la mano derecha seguía viva, ocupada en espantar un voraz mosco. La niña pronto tuvo, en la mesa, en el reflejo de los ojos, un santuario. En las esquinas las velas aún no brillaban, hacían débil contraste con el rojo de los claveles. El anciano se levantó del sillón; miró, complacido, la obra de la niña

–Lo has hecho bien – le dijo

El anciano puso una mano en la mesa. En la carretera se escuchó el último camión. Las casas lejanas encendían lentamente sus luces. Las luces, por alguna razón, alborotaban a los perros. La niña escuchó los ladridos, casi podía ver las colas alzadas, el olfateo nervioso, el denso pelaje manchado. El anciano no dejaba de mirar los retratos. La quijada volvió a temblarle. Movía la mano sobre el mantel, poco a poco, como si alguien, entre las velas, entre los retratos, lo estuviera llamando. El anciano se acercó a la niña. Le señaló los retratos.

–¿Los conoces?

La niña negó con la cabeza. El anciano, entonces, comenzó a contarle la historia de las fotografías. Ella seguía las palabras, las iba asociando con las personas retratadas. Hombres y mujeres, todos anti-

«El anciano se sentó en un sillón. Su cuerpo, vieja maquinaria, echaba exhaustos vapores. La niña fue al comedor y sacó de los cajones velas, manojos de claveles, decenas de fotografías.»

guos, todos con la mirada fija, como mirando una misma cosa. El anciano seguía su relato, a veces hablaba de bodas, de largos viajes, de infancias adormecidas por la soledad, por actos pequeños y olvidables. Le dijo que todos ellos, en algún punto de su vida, habían perdido algo. La niña miraba al anciano hablar, miraba su cuerpo como rama temblorosa, en el vano de luz sobre la alfombra. El anciano olvidó poco a poco el hilo de las historias y comenzó a describir el aleteo de los cuervos en una plaza, el olor del forraje para el ganado, la llovizna mojando una puerta de madera. El anciano, después, se quedó callado, recargó el cuerpo, las venas del cuello congestionadas, las manos flacas con las palmas abiertas, como esperando algo. Y el silencio se extendía y lo obligaba a morderse los labios y la niña se tocó las trenzas y lo miró. El anciano respiró con dificultad, abrió la boca con un poco de dolor, como una bestia que se desangra lentamente y que busca, en su agonía, recuperar el mundo que se escapa a raudales. Apoyó las dos manos en la mesa y le preguntó a la niña:

—¿Tienes cerillos?

La niña fue a la cocina por ellos. Cuando regresó repartieron los cerillos y comenzaron a encender las velas. La oscuridad pronto fue un circo, un arrebató de luces. A la distancia, las velas, ánimas en pena, formaban círculos donde era luminoso el polvo. Al anciano le amarilleaba la cara. Parecía estar en campo abierto, al amparo de la luna, alimentando una débil fogata. El resplandor de la mesa era el de un campo de nieve. La niña terminó de arreglar los claveles. Los puso en las esquinas. Las sombras, animales dispersos, se agitaban. Y con el movimiento las fotografías parecían hilvanarse, sus habitantes dar nueva vida al lugar, nuevo tiempo.

*«La niña se acercó a él.
El anciano se apoyó en
los brazos de la niña.
Ella sintió sus manos
frágiles, un poco
desesperadas,
buscando reunir fuerza.»*

Estuvieron un rato en silencio, contemplando la mesa. El anciano recogió las manos. Las dejó inermes, a los lados. La niña aspiró. Alrededor de ella, en los labios, podía sentir el tenue olor de los claveles. El anciano movió ligeramente la cabeza. Intentó en vano encontrar el olor. Luego, un poco decepcionado, le dijo a la niña:

—Ayúdame

—¿Qué vas a hacer?

—Ayúdame a subir a la mesa.

La niña se acercó a él. El anciano se apoyó en los brazos de la niña. Ella sintió sus manos frágiles, un poco desesperadas, buscando reunir fuerza. El anciano trató de ignorar los puntos de dolor en las articulaciones. Apretó la quijada. Tenía escalofrío en los brazos, los huesos como desmoronados. Apoyado todavía en la niña, subió con dificultad las piernas y se impulsó hasta rodar lentamente sobre la mesa. El esfuerzo lo dejó exhausto. Los ojos amarillos y enfermos; la boca seca y entreabierta, como en un desierto, en busca de una improbable palabra. Pronto estuvo quieto. Entrelazó las manos en el pecho. Boca arriba, iluminado por las velas, parecía un santo. La luz lo tocaba, tocaba también a los claveles. Los perros, en la lejanía, dejaron de ladrar.

Transcurrieron varios minutos. Las velas comenzaron, entre chisporroteos, a soltar lágrimas de cera. La cera derretida formaba una capa blanquecina en los candeleros.

—Tengo sueño —dijo el anciano con la respiración débil, la voz ahuecada, distante.

—No te duermas, abuelo —dijo la niña.

El anciano intentó sonreír, enfocó la mirada en el techo como si observara los valles de su infancia, como si tuviera, frente a sus ojos, un corral rebosante de ganado. Miró a la niña, alzó la mano, como si despertara en un sueño y en el sueño tuviera la memoria de todas las cosas. Pero el mundo comenzó a escapar. El anciano cerró, lentamente, los ojos.

© Alejandro Badillo

El autor:

Alejandro Badillo (México DF, 1977) es narrador, ha publicado tres libros de cuentos: *Ella sigue dormida* (Fondo Editorial Tierra Adentro/Conaculta), *Tolvaneras* (Secretaría de Cultura de Puebla) y

Vidas volátiles (Universidad Autónoma de Puebla). Es colaborador habitual de la revista *Crítica*. En el 2007 y 2010 fue becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes. Textos suyos han aparecido en revistas como *Punto en línea* de la UNAM, *Letralia.com*, *Tierra Adentro*, *Luvina* de la Universidad de Guadalajara, entre otras. Su trabajo ha formado parte de las antologías *De Párvulas bocas* (Universidad Autónoma de Puebla, 2005), *Piezas cambiantes. Escritores en Puebla frente al siglo XXI* (Secretaría de Cultura de Puebla, 2010). Actualmente es coordinador del Taller de Creación Literaria en la Universidad Iberoamericana-Puebla y es autor de la columna de reseñas literarias "El increíble devorador de libros" que se publica todos los viernes en el portal informativo www.ladobe.com.mx

* * *

Relato

EL OTRO LADO

por Elena Casero

Me he quedado en el paro.

Me siento como si estuviera en el otro lado de la vida. Este otro lado me está viniendo un poco grande y la mayoría de los días lo encuentro muy duro, muy frío. Algunas mañanas, nada más levantarme, miro por la ventana y las calles tienen un tinte de lástima. Al principio piensas: serán sólo unos meses. Incluso te lo dicen los amigos y te aconsejan que lo tomes como unas vacaciones bien ganadas. Pasados esos meses vacacionales, piensas: ¿Y si esto dura mucho más? Y casi si querer empiezas a sentirte como el funámbulo en la cuerda floja. Bastante confundido y con un acusado sentido de culpabilidad.

He descubierto que estoy en el otro lado de los acelerados, de los que van corriendo a todas partes, de los que hablan por el móvil a todas horas, de los que no tienen tiempo ni para respirar. Yo estoy del mismo lado que los usuarios de mi parada de autobús, que casi todos tenemos el mismo aspecto: jubilados o amas de casa de compras al centro, o parados en busca de entrevista.

Estoy en el otro lado de los que cobran la nómina en su cuenta corriente, pero en el mismo de los que vamos al mercado a comprar porque hay que exprimir la economía hasta la última gota del sudor de todos ustedes. Estoy también en el otro lado de los que tienen una chica en casa que hace la limpieza, porque ahora la hago yo aunque me enrede con el cable del aspirador y mi mujer alabe mi destreza con el trapo del polvo mientras en su rostro se dibuja una sonrisa tristonera.

Este otro lado tiene muchas horas vacías pero repletas de pensamientos pesimistas que no conducen a ningún sitio. Tiene de bueno que paseas, disfrutas del sol o de la lluvia, ves aspectos de la vida que la prisa te impedía observar, y que conversas con mucha gente dispar en las colas de las entrevistas laborales, personas con las que antes jamás hubieras cruzado ni un saludo. Nos contamos nuestras vidas. Incluso puedes llegar a salir reconfortado, aunque no te hayan dado el trabajo, porque siempre hay alguien peor que tú en cualquier lado de la vida.

© Elena Casero

La autora:

Elena Casero. Nació en Valencia. Trabaja en una multinacional. Ha publicado las novelas: *Tango sin Memoria* (Mira Editores, 1996), *Demasiado Tarde* (Mira Editores, 2004), *Tribulaciones de un sicario* (Editores Policarbonados, 2009) y ha colaborado en los libros de relatos *Blogs de Papel I* (Editores Policarbonados, 2008) y *Relatos para el número 100* (Mira Editores, 2007). Hace solo un mes ha publicado su primer libro de relatos *Discordancias* (Talentura, 2011). Mantiene el blog <http://escritorum54-adlibitum.blogspot.com>.

EL PERRO Y EL GATO

por Juan Amancio Rodríguez García

Parecía un boxeador llevado de la correa por su dueño, brincando continuamente sobre las patas traseras hacia los paseantes, como si el dueño llevase atado un muelle con colmillos, tratando de evitar con todas sus fuerzas que brincara demasiado como para llevarle ante un juez. Y el ladrido, grave y gangoso, gutural y afónico, como si hubiese sido grabado y después reproducido en una radio casete con las pilas a punto de gastarse. Que era un perro fuerte se veía en el hecho de mantenerse en pie con aquella cabeza cuadrada tan grande como el envoltorio de una televisión de diez pulgadas, la mayor parte de la cual ocupaban las mandíbulas. Abiertas, parecían un cepo para cazar osos; cerradas, un oso cogido de los hocicos por un cepo.

Cuando volvía del trabajo, regordete e ilusionado con la cena de mamá, y bajaba un pie del Seat Panda, el perro ya ladraba desde la verja, y si estaba abierta, corría hasta el coche mismo, en el cual volvía a introducir la pierna antes de perderla. Allí esperaba a que salieran los dueños con la correa.

–No tengas miedo, si no hace nada.

–¿Entonces por qué sales a atarle? Vigíladle.

–Ha sido la niña. No hace nada.

–Vigíladle.

–No ha mordido nunca a nadie.

–Parece que quiere que yo sea el primero.

–Lo hace para jugar.

–Vigíladle. Nos va a dar un disgusto. Y a vosotros los primeros.

«Cuando volvía del trabajo, regordete e ilusionado con la cena de mamá, y bajaba un pie del Seat Panda, el perro ya ladraba desde la verja, y si estaba abierta, corría hasta el coche mismo, en el cual volvía a introducir la pierna antes de perderla.»

Después se consolaba al oler la cena desde las escaleras, y dejaban de temblarle las piernas. Descansaba en el sofá viendo la televisión. Entonces, en un estado de duermevela, volvían los recuerdos espontáneos de la vieja historia del perro. Había sido un cachorrito precioso que manifestó bien pronto una actividad juguetona. Perseguía a niños y ancianitas sin mala intención, entre el regocijo de los dueños. En aquella época estaba siempre libre en la calle, puesto que eran traseras sin tráfico, de modo que desde cachorro le recibía al regresar del trabajo y él le hacía una carantoña: daba gusto lo suave que tenía el pelaje. Pero aguantó dos semanas, hasta que pensó que si no cortaba por lo sano iban a terminar haciéndose amigos y tendría que darle todos los días una galleta o un huesecillo, y que si algún día no llevaba el mono, iba a ensuciarle los pantalones con los lametazos. Y le despreció: corría hacia el Panda, bajó y le cortó la carrera diciendo tss y dando un pisotón al suelo y agitando los brazos igual que hacía cuando los domingos de otoño tenía que cortar el camino a una liebre a la entrada de un perdedero. El cachorro se acobardó y se fue con el rabo entre las piernas gimiendo como una cría de conejo.

Cuando rompió a crecer, los dueños le llevaron a la granja de cerdos para que aprendiera de los otros perros a ladrar a los ruidos de la noche. Allí estaban aislados, con poca comida, todos ellos machos, de modo que incluso un koala hubiese terminado atacando a los niños.

De manera que nadie se acordaba del cachorro. Habían pasado tres años y seguía volviendo del matadero a la misma hora. El encuentro fue en verano, cuando los dueños le dejaron al cargo de la casa en las vacaciones de agosto. Un familiar iba al final del día a echarle de comer, y al abrir la verja el perro era como agua en una presa abierta: se desparramaba aquí y allá, brincaba, olisqueaba, orinaba a sus anchas indiferente al movimiento de las personas que pasaran por allí, ensimismado en la satisfacción de su libertad. Hasta que notó algo en el aire y se nubló y fue corriendo como un caballo

hacia la furgoneta y mordió el aire, porque la pierna (no el dueño de la pierna, contento por el trabajo bien hecho y la cena arriba en casa) tuvo en sí misma un instinto de supervivencia, como si tuviera ojos en el tobillo y viese las cuchillas que se acercaban como los puñales de un lanzador de cuchillos. Después el dueño de la pierna se asustó cuando su propia rodilla casi le partió las gafas, y más se asustó con un temblor al ver que la rodilla estaba por encima de la cabeza rozando el techo de la furgoneta mientras la mano derecha cerraba la puerta; pero aún más se asustó cuando pudo explicarse el motivo: ¿aún se acuerda?, pensó, ¡aún se acuerda!

Así pasaron las vacaciones. Cuando volvieron los dueños, le sacaban del jardín con la correa, pues pasaban por allí niños en la noche de verano. Pero cuando volvió el colegio y a esa hora en torno a la cena las calles estaban desiertas, a veces lluviosas, luego frías o heladas, a veces nevadas, dejaban que el perro se diera un garbeo por el parque y minutos después salían y le ponían la correa y daban una vuelta por las calles. Así que una o dos veces por semana coincidían en la libertad: el perro, libre tras todo el día encerrado en el jardín de la casa, y él, libre después de la jornada de trabajo, libre para tumbarse en el sofá sin recibir ningún encargo.

Pensó en denunciar a los vecinos, pero precisamente iban a ser vecinos toda la vida, porque una vez que muriera mamá, él seguiría en aquella casa. Pensó en recoger algo del matadero, alguna víscera o grasuña, y lanzarlo por la ventanilla antes de bajar del coche, pero tampoco le gustó esa imagen de por vida, ¿no tienes dinero para la compra?, se reirían en el trabajo al final. Además, los días que no hubiese perro, habría que preocuparse de tirar luego el lote. Odiaba cenar carne después de pasar el día entero entre carne; o pensar en grasas y vísceras después del trabajo.

«Pensó en recoger algo del matadero, alguna víscera o grasuña, y lanzarlo por la ventanilla antes de bajar del coche, pero tampoco le gustó esa imagen de por vida, ¿no tienes dinero para la compra?, se reirían en el trabajo al final.»

Así que, finalmente, a veces parecía que mandaba mensajes por el móvil, y silbaba. Hasta llegar una tarde a pedirle al jefe que le dejara salir una hora antes.

–Es que tengo una novia, y tiene que irse pronto a dormir.

–¡Vaya! ¿Estás contento?

–Es muy cariñosa. Está siempre pendiente de mí.

La soledad: algo de lo que más pánico puede dar a una persona o al menos a un soltero, si es cierto que de alguna manera somos animales, entonces debe asustar también a un perro, pensó. Y se sonrió al bajar del Panda: las mandíbulas asomaban por entre los

barrotes de la verja, babeando, a la espera de que se abriese el aliviadero.

–Voy a terminar un marco ahí abajo en lo que haces la cena.

Fue la soledad: bajó al garaje y sacó los caballetes y las herramientas al patio trasero; sacó también una rueda vieja y la manguera, y la vieja nevera, de modo que el garaje, donde cabían al menos diez coches, quedó completamente vacío, salvo por la sonriente bombilla de sesenta vatios colgada desnuda. Abrió la puerta, pero no guardó el coche; seducía desde la puerta. Allá estaban las mandíbulas seducidas, abiertas. Entonces llegó el momento en que abrieron la verja. Casi tiró al dueño de la fuerza con que voló de allí como una bala hacia la diana de la puerta. El perro entró y se encontró con la nada, pero en mitad del garaje giró la cabeza y derrapó para frenar y lanzarse de nuevo hacia él. Pero antes de que completase el giro arañando el suelo de cemento, la puerta se cerró de un portazo ¡blum! y se hizo el silencio y la quietud. Desapareció el tiempo para el perro, inmovilizado. La boca abierta sin siquiera respirar, las orejas levantadas esperando, los ojos como los de un peluche: la fotografía de un perro ante un gato gigante y sonriente.

–Hola, cariño.

Como si estuviera formado por lentos fotogramas, a golpes, tembloroso, fue al fondo, de nuevo fotografía. Aquella sonrisa no desaparecía de la cara de la bombilla de sesenta vatios.

–¿Quieres salir?

Abrió la puerta una rendija. Se hizo la luz y la esperanza en los ojos del perro. Parecía capaz de apuntarse a las misiones en agradecimiento. El brillo de la farola sobre la que acostumbraba a orinar era reconocible. Gimió.

—¿Cabes?

—¿Cabes canem? —estalló en carcajadas.

Abrió un poquito más. El perro se acercaba, proporcionalmente al tamaño de la rendija multiplicado por el pánico de piernas y corazón: no en línea recta, sino oscilando como un péndulo. Gimió.

—¿Y ahora?

Volvió a acercarse. Fruncía el ceño mientras realizaba precisos cálculos geométricos a la espera del jaque. Gimió.

—¿Cabes ahora, cariño mío?

Abrió un poco más. Entonces, *more geometrico*, encontró la salida, y rápido como una intuición, se abalanzó dejando más atrás de la cola un atisbo de gemido. Pero aún más rápida fue la pierna que ahora iba a vengar el agravio cometido sobre su hermana gemela: dio con el costado derecho contra la pared y entonces los pulmones escupieron el gañido, rebotó y aterrizó en el mismo sitio en que había recibido la patada y, ahora sí, corrió y corrió y no dejó de correr hasta cruzar la verja que, de haber estado cerrada, de igual manera la hubiera atravesado por entre los barrotes, y siguió corriendo todavía dentro del jardín, dando un par de vueltas a la casa, yendo finalmente a un rincón de la trasera, donde su corazón siguió corriendo y corriendo.

Durante toda la tarde, le gusta pensar en la cena; nota el olor antes de que llegue; pero antes, mientras limpian y llenan el cuenco de agua y dejan la verja abierta, saborea un poco la libertad; hasta que huele el motor del Panda y corre hasta el fondo del jardín y no asoma la cabeza hasta que la madre no sale a recogerle del coche a casa con la correa del olor de la cena.

© Juan Amancio Rodríguez García

El autor:

Juan Amancio Rodríguez García (Ávila, 1978) Ha publicado varios relatos en revistas impresas y digitales (Narrativas, -nº 19-, Revista Fábula, El invisible anillo, Ariadna-rc, Revista Baquiana...).

* * *

Relato

MICRORRELATOS

por Juan Naranjo

EL COLECCIONISTA

Camina despacio por la playa, la cabeza protegida con un gorro de lana. De repente se detiene, concentrado en la oscuridad, y saca un frasco vacío del abrigo. Lo levanta a contraviento, encarando el mar, y la galerna se introduce en su interior.

Al día siguiente, junto al brasero, enciende una pipa mientras examina el recipiente de vidrio. Fuera llueve. Entre bocanadas de humo desenrosca la tapa, apretando la abertura contra su oreja. Entonces vuelve a escuchar el oleaje, fuertes crujidos y gritos en lejanía. Pausadamente lo cierra sobre la mesa y en la etiqueta escribe: «paquebote con seis tripulantes». Después lo alinea en la estantería

con los demás tarros y coge otro sin usar del recibidor. Por último, antes de salir a pasear, se asegura de haber apagado la luz del faro.

* * *

CHICAGO

Los músicos callejeros empiezan a tocar un swing-jazz acelerado. Turistas despistados se paran a escucharles, chasqueando los dedos al compás de clarinetes y trompetas. Entretanto, todo a su alrededor cambia gradualmente con cada nota: los edificios acristalados hasta el cielo se desvanecen, anuncios de night-clubs y cabarets reemplazan a los de grandes almacenes, incluso los árboles parecen rejuvenecer. El auditorio aplaude sorprendido. Ahora las mujeres llevan vestidos sueltos con guantes de seda y sombreros tipo campana, y todos los hombres van trajeados. En éstas, una Ford T irrumpe en la plaza, ahogando las sonrisas de la gente. Desde la ventanilla un individuo les apunta con una metralleta Thompson mientras que otro, con gabardina y revólver en mano, les apremia a meterse en la parte trasera del furgón según les quita collares de perlas, carteras y relojes.

Resignados sin limosna, los concertistas guardan sus instrumentos ante una terraza vacía. Mañana lo intentarán con un foxtrot.

* * *

DETRÁS DE LAS SOMBRAS

Para tratar de infundir seguridad a mis hijos les dejo una lamparita nocturna, la puerta entreabierta y que duerman con sus peluches, pero siguen despertándose entre gritos. Falto de soluciones, decido utilizar mis conocimientos como cazador amateur para ocultarme entre sus camas. Con los primeros sollozos salto de mi escondite y sorprendo a los zombis, lentos y estúpidos, luego enlace a los dinosaurios carnívoros y después acorralo a los alienígenas del espacio. Incluso logro capturar un hombre lobo. Pero el esfuerzo para atraparlos a todos es en vano, días después los niños amanecen nuevamente empapados en sudor. Estupefacto, descubro que ahora es por culpa de unicornios, hadas y gnomos. Como el problema es más complejo de lo que pensaba, vuelvo a liberar a todas las criaturas horrendas que tenía enjauladas. No quiero que mis hijos cambien de costumbres.

* * *

LA ÚLTIMA CENA

Suena el teléfono. Siempre la misma ceremonia, un funcionario de prisiones recita el menú seleccionado e insiste en que se ciña al presupuesto antes de colgar bruscamente. Escogen el restaurante de Betsy porque es el más cercano, pero ella odia que los condenados expiren con el regusto de su comida en el paladar. No soporta cocinar para asesinos. Se imagina esas manos estrangulando las hamburguesas, el ketchup de los perritos calientes goteando como sangre o el hígado encebollado convertido en vísceras. Maldita sea, ni siquiera tienen gusto culinario.

Ahora Betsy ha encontrado otro trabajo como asistente doméstica. Hoy preparará pato en salsa y foie a la plancha. Delicioso. Pero sigue sin despegarse de esa antigua sensación, angustiada, que la hace sentir sucia por dentro. Sobre todo cuando su nuevo jefe, el Gobernador, se retrasa porque ha estado firmando otro acta de ejecución.

© Juan Naranjo

El autor:

Juan Naranjo (27-09-1985). Soy un escritor amateur de microrrelatos. De la minificción me encanta la variedad de temas que se pueden tratar y el juego que representa para mí el proceso de creación, en el que trato de contar una historia concreta (y generalmente compleja) de la forma más concisa posible. Además de aparecer en esta revista (quiero aprovechar para agradecerle a los órganos de selección de Narrativas su confianza), también he tenido el honor de que algunos de mis microrrelatos hayan sido publicados anteriormente en los blogs de Rosana Alonso (<http://ralon0.wordpress.com/>) y de Agustín Martínez (<http://acusmartvald.blogspot.com>).

SOL DE OTOÑO

por Elena Azcárate

Ella se calza las sandalias con cierta dificultad, hay movimientos que la artrosis le impide hacer con la ligereza de siempre. Se pinta los labios y se contempla en el espejo de la entrada, le gusta el contraste de su pelo blanco con el tono rosa oscuro del carmín. Se arregla a diario aunque sea para ir al mercado o a la biblioteca. Él ha optado por un chándal ligero y zapatillas deportivas para andar las tres o cuatro manzanas que le ha recomendado el médico. Debe cuidarse o el corazón le dará un susto. Salen casi a la misma hora de casa. Los dos coinciden todas las mañanas en la cafetería del barrio, nunca está llena y los camareros, ya veteranos, visten chaquetilla blanca y pajarita. Él desayuna siempre pan de barra con aceite de oliva y café con leche. Ella varía, a veces bollo, otras, tostada, excepto los viernes que pide churros y los disfruta como una niña. Los dos han pasado muchas horas taburete con taburete. Separados por escasos centímetros, nunca se han dirigido la palabra, tan solo alguna mirada a destiempo. Se han acostumbrado a la presencia el uno del otro, y si un día uno de ellos no acude al desayuno, de algún modo se le echa en falta. Da la impresión de que ambos alargan la estancia en la cafetería, como resistiéndose a ser el primero en irse.

Ella, después de hacer sus recados, ha llegado antes, está untando la mermelada de fresa en la tostada cuando le ve venir. Siempre correcto, saluda y se seca el sudor de la frente con una servilleta que después arruga. Pide un té y un sándwich de queso. A ella le choca semejante petición, después de tantos meses es la primera vez que cambia de desayuno. Le observa abiertamente, nunca antes se había atrevido a hacerlo. Le gusta su porte de hombre curtido apenas disimulado por el chándal; sus pelos blancos, escasos pero indómitos, la nariz grande casi de boxeador, y la mancha oscura en el borde de la oreja izquierda que tan bien conoce porque siempre se sienta a ese lado.

Él advierte su mirada descarada y se vuelve hacia ella. Por primera vez se contemplan de frente, se examinan en instantes. Algo incómodos, cada uno vuelve a su desayuno.

Cuando va a dar un mordisco al sándwich escucha la voz de ella:

Es la primera vez que pides eso –le tutea.

Él desconcertado ante la novedad se gira y vuelven a encontrarse. Ella sonrío un poco burlona. El sándwich queda suspendido en la mano hasta que lo deja en el plato y contesta:

Me gusta el queso.

A mí también –y retirando la vista, le da un sorbo a su café.

No vuelven a hablar, pero al despedirse los dos dicen «hasta mañana» sin darse cuenta de que es domingo y la cafetería cierra.

Ella intenta entretenerse durante el fin de semana para no dejarse llevar por fantasías sentimentales, incluso eróticas. Es viuda desde hace años, al jubilarse en el gran almacén donde trabajaba empezó a pasar sola mucho tiempo. Tiene alguna amiga y un hijo en otra ciudad al que ve poco. Lee mucho, escucha la radio y va al gimnasio de mayores dos veces por semana.

Él da largos paseos diarios y dedica su vida a la música, compone o escucha. Se ha hecho mayor entre guitarras y giras. Ha tenido muchas mujeres y una hija en otro continente. Se siente viejo y pretende llevar una existencia tranquila. A veces, en la cafetería, la mira de reojo, le gusta su figura menuda y las pestañas tan largas. Le transmite calidez y quiere hablarla pero siempre se retrae en el último momento. El domingo, mientras se prepara algo de comer, ve unos gorriones en el alféizar de la ventana, y de repente le asalta el recuerdo de su pelo cano y sus labios pintados de rosa oscuro. Se sorprende deseando que el día transcurra rápido.

El lunes amanece fresco, ante la perspectiva del desayuno, a él no le apetece ir en chándal, elige pantalón cómodo, camisa y una chaqueta de punto. Incluso se peina, costumbre ya casi olvidada. Da su paseo más deprisa de lo habitual, quiere llegar antes a la cafetería. Ella llega con la piel de gallina aunque todavía es verano. Él, galante, le posa su chaqueta en los hombros. Le agradece el gesto con un apretón en el brazo. En pocos minutos tienen delante su desayuno. Están tan cerca uno del otro como

el taburete se lo permite. No hablan demasiado, la sola presencia del otro les alienta. Pasan más tiempo del habitual y se despiden de forma parca en la calle, con la certidumbre del encuentro al día siguiente.

Esta rutina se instala entre ellos, se esperan todas las mañanas y desayunan juntos formalmente. Con afición, se van descifrando a cada café con leche. Con la transigencia que da la edad. Para los dos el tiempo que están en la cafetería se ha convertido en el mejor momento del día.

Nunca han hecho otra cosa que desayunar. Cuando el sol de otoño está en su apogeo, él se ofrece a acompañarla a casa. Empiezan a caminar pegados, rozándose los antebrazos, él habla ingenioso, como si la luz del sol le hubiera distendido. Ella llora de risa escuchándole contar sus viajes, sus conciertos, los personajes que ha conocido. En comparación, su vida resulta simple. Sus mundos han estado opuestos, sus existencias lejanas. Pero ahora están juntos en el parque; tardan mucho en atravesarlo, se recrean en los árboles con las hojas ya amarillentas. A ratos esquivan el sol casi ardiente. Se paran junto al estanque, contemplan los peces bajo el agua. Reanudan la marcha, lentos, alargando el tiempo y el contacto.

A cinco metros del portal, él, al subir el bordillo, da un traspié, su cuerpo se dobla y hace amago de caerse, se aferra a ella que, como puede, le sostiene con los brazos logrando entre los dos que no acabe en el suelo. Se incorporan con susto y esfuerzo, él, temblón, sigue cogido a ella. El sol les da de pleno. La mira, y ve su frente fruncida por el esfuerzo y la cara brillante de sudor. Él saca un pañuelo del bolsillo, agarra su barbilla y, procurando no correrle el carmín, le seca las gotas con delicadeza.

Los dos, cogidos de la mano, entran en el portal, se detienen, y en medio del frescor y la penumbra se abrazan, apremiantes, silenciosos.

© Elena Azcárate

La autora:

Elena Azcárate (Madrid, 1967). Interesada siempre por la literatura y tras realizar varios cursos de escritura creativa en distintas escuelas de Madrid, quedó finalista en algún concurso sin importancia y eso la animó a seguir escribiendo. En el año 2010 abrió su blog "Escapismo" (elenaazcarate.wordpress.com) donde ha estado publicando todos sus relatos. También en ese año la editorial Fergutson le dio la oportunidad de publicar junto a su grupo de escritura el libro "Espejo 21:30", compilación de relatos donde se incluyen nueve de la autora. Además ha colaborado estrechamente con dicha editorial como jurado de sus concursos mensuales.

* * *

Relato

EL SUR (DUDIGNAC)

por Sergio Borao Llop

Podría abrir los ojos, encogerme de hombros, decir: «no sé qué estoy haciendo aquí». Y sería verdad, al menos parcialmente. Toda verdad es incompleta, eso lo sabemos. Porque el conocimiento de nuestra propia realidad también es parcial. Verdad es que nunca antes había oído esa palabra, pero no es menos cierto que escucharla me trajo, de repente, imágenes de un tiempo ya pasado, de un lugar nunca visto, de una música extraña...

Creo que lo dijo Urbano Powell, una tarde imposible, mateando. Aunque ya no sé si es recuerdo o presunción. Evoco la palabra: «Dudignac», una voz pronunciándola, el tenue escalofrío que mi cuerpo sintió... Otra voz, no la primera, apuntó: «eso está en Europa, en Francia, en el sur», y la primera voz, tranquila, replicó, «no, ché, eso está aquí mismo, a poco más de 300 kilómetros de Buenos Aires, cerca de Nueve de Julio. Es un pueblito... y bueno, también es una estación abandonada...» un silencio expectante, un leve carraspeo «de aquellas del Midland, ya sabés».

Y yo, que escuchaba en silencio, con el corazón encogido, no sabía, pero... supe.

Supe que tenía que ir a esa estación, y no, no me pregunten, porque aun hoy, aquí sentado, todavía no tengo una respuesta... No podría precisar tampoco los acontecimientos que siguieron. Todo fue un

vértigo de acciones sumidas en la niebla. Sé que hablé con personas a quienes no conocía, que acumulé datos innecesarios, que hice preguntas cuya respuesta en realidad no me importaba, porque desde el primer momento, desde que aquella voz pronunció esa palabra, yo sabía que un día mis pies se posarían en la antigua estación abandonada, en ésta en la que ahora me encuentro, viviendo en primera persona esta historia que ni siquiera yo comprendo...

El verde tiene muchos tonos, hay muchos verdes, pero el sur francés es otra cosa. No lo sé yo, yo nunca estuve allí, nunca salí de esta tierra que a veces me resulta inhóspita, pero a la que, sin saber muy bien el motivo, no puedo dejar de amar... Yo no lo sé, repito; pero lo sabe él: ese hombre que escribe, ese hombre que está escribiendo estas líneas, alguna vez estuvo allí, en ese sur plagado de colinas verdes y valles inmensos que su palabra inhábil no alcanza a describir de forma precisa...

Pero yo no lo sé, yo nunca estuve allí. Sin embargo, si cierro estos ojos, testigos de la infamia de más de medio siglo, que sin querer mirar lo han visto casi todo... Si aquí sentado cierro los ya cansados ojos y dejo que mi mente vague libre, puedo sentir el olor de esos viñedos que no son de estas tierras; puedo percibir, sin ver, esos árboles verdes, ese césped que es casi un resplandor a ras de suelo, los diminutos pueblos que adornan las laderas. Pero si abro los ojos, si cedo a la tentación de lo real (pero ¿qué sabemos en el fondo si es, en verdad, real!), vuelvo a estar aquí en Dudignac, una vieja estación abandonada por la que ya no pasa el tren; o tal vez sí: un tren fantasma que no conduce a ningún sitio, sólo al recuerdo de otras gentes que están lejos de aquí, allende el mar y el tiempo, escribiendo palabras que yo no entendería.

Allí, en ese otro lado, en ese otro sur que nunca vi, la estación tiene vida. Hay viajeros que esperan, viajeros que conversan, viajeros solitarios que no saben muy bien cuál será su destino (si lo miramos bien ¿quién sabe, en realidad?). Hay funcionarios con sus uniformes un tanto gastados por el uso, hay maletas, cigarrillos, un viejo reloj, expectativas... Acaso alguna vez, ese hombre que escribe, estuvo en tal lugar, acaso él escuchó la música que ahora, sentado en este banco con los ojos cerrados, me parece evocar.

Con los ojos cerrados se siente un viento fresco, la caricia del sol en pleno rostro, ese sopor me lleva hacia lejanas fechas, me invaden los recuerdos de aquella primavera (¿qué primavera? pienso) Aquella primavera que es mi otoño, tal como siempre fue. Con los ojos cerrados casi puedo sentir el temblor de la tierra, el sonido lejano de un tren que va acercándose, las voces que resuenan alrededor de mí...

Y aunque sepa que por aquí no pasa el tren desde hace más de treinta años, es tan grato dejarse seducir por esa magia... Tal vez sólo por eso, permanezco sentado en este banco, con los ojos cerrados, aguardando en secreto la llegada del tren, ese tren que es tan sólo una esperanza, la inverosímil fantasía de un alma que dormita.

Y entonces, él también, ese hombre que escribe, puede cerrar los ojos; allí parapetado tras su mesa, puede cerrar los ojos, recobrar ese olor casi olvidado, sentir la emanación de los viñedos, las voces, las campanas, y retornar al día en que llegaba el tren que no pudo tomar en su lejana Europa (ese tren que había de conducirlo a su destino). Nada importará entonces si el nombre no es el mismo, si es apenas el eco de una voz junto al fuego, una simple palabra que se quedó prendida en el alféizar gris de esa ventana que algunos llaman alma. Tal vez así los dos: ese hombre que sueña (si es que es él, el que sueña), y este hombre que espera (si es que soy el soñado) podamos al final entremezclar nuestras ficciones: su Sur con este Sur, el mío con aquel que nunca he conocido.

© Sergio Borao Llop

El autor:

Sergio Borao Llop. Narrador y poeta. Nacido en Mallén (Zaragoza, España) en 1960. Miembro de Poetas del Mundo, del directorio REMES, del movimiento internacional Los Puños de la Paloma y del Club de Cronopios. Colaborador habitual o esporádico en varias revistas y boletines electrónicos (Inventiva social, Narrativas, IslaNegra, Gaceta Virtual, Con voz propia...). Presente en diversas webs de contenido literario (Letralia, EOM, Almiar Margen Cero, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes...) así como en algunos programas radiofónicos. Fue finalista en los certámenes de poesía y relatos Ciudad de Zaragoza (1990) y durante un tiempo administró el blog Al_Andar, homenaje a las voces clásicas y muestra de algunas de las voces de hoy. Actualmente se le puede seguir en el blog DESIERTOS QUE HABITÉ, OASIS QUE ENTREVÍ (<http://sergioborao2011.blogspot.com/>) y también en Facebook: <http://www.facebook.com/Sergio.Borao.Llop>.

COSAS QUE LA NOCHE TRAE

por Jorge Castelli

No cuesta nada reconocer que ha sido una verdadera imprudencia esto de quedarse hasta tan tarde en casa de los Romero: la ciudad por las noches cambia su fisonomía y ocurren cosas.

Ahora el chofer del ómnibus abre las puertas traseras, mira por el espejo retrovisor y permite que el hombre –el último pasajero de la noche– descienda en la avenida. El chofer aprovecha la luz verde del semáforo y arranca rápido. El ómnibus se aleja y la avenida, pues, se transforma de golpe en un desierto silencioso.

Hay que caminar aún tres cuadras y media para llegar a la casa. De verdad que, en tiempos como los actuales, regresar a semejante hora ha sido toda una imprudencia. El hombre ajusta el cierre de su chaqueta de cuero y acomoda su bufanda. Entonces enfrenta la calle que corta a la avenida y comienza a andar.

No puede negarse que ha sido muy provechoso volver a casa de los Romero, y más ahora que ellos han redecorado el departamento y han pintado todo de un elegante color blanco tiza. Hay que ver de qué manera resaltan las paredes claras con el cedro de los muebles y con los tapizados de terciopelo caoba en sillas y sofás.

El primer tramo de la calle, aquella primera cuadra, se halla completamente a oscuras. O hubo un corte de luz muy parcial, o alguien se dedicó a romper focos de alumbrado. Hace un frío tan compacto que parece que uno pudiera tocarlo con las manos. La nariz del hombre suelta vapor en cada exhalación. Es muy tarde.

No estaría nada mal, piensa, imitar a los Romero y hacer algo con los ambientes de la casa, que se ven tan caídos últimamente. El presupuesto no da para grandes cosas, es obvio. Pero una lavada de cara a las paredes podría convertirse en algo definitivamente agradable, porque, puesto a hacer memoria, hace unos seis... no, seis no... a ver... siete... siete años ya que Ernestina y él se calzaron los jeans viejos y se dedicaron a pintar por última vez toda la casa. Siete años, seguro, porque Silvita estaba en tercer año de la secundaria. Es fácil recordarlo, porque venían los compañeros de Silvita a estudiar y era todo muy cómico, porque los chicos tenían que estar esquivando latas y rodillos, y allí Silvita siempre terminaba enojada con él y con Ernestina, diciendo que ella parecía la adulta y que ellos, los padres, parecían los pibes, todo eso mientras Ernestina y él se mataban de la risa, y las cosas iban mejor, y todo resultaba menos complejo, y la ciudad era decididamente distinta, y el mundo se mostraba rodeado por una atmósfera más respirable.

«Hace un frío tan compacto que parece que uno pudiera tocarlo con las manos. La nariz del hombre suelta vapor en cada exhalación. Es muy tarde.»

El grupo está en la semipenumbra de la calle, sobre la vereda de enfrente. Son cuatro o cinco personas, y no resulta fácil distinguirlos en medio de la oscuridad, aunque puede verse que hay algo o alguien en el piso y que los demás están descargando –sobre ese algo o ese alguien– una tremenda golpiza. Caminar con calma, pues; hacerlo firmemente, sí, pero sin ningún apuro, tratando de que los pasos sean bien silenciosos, rogando para que la noche sin luz haga su labor y así no resultar descubierto.

Ahora se oyen algunos gritos. Se traduce como evidente que el bulto receptor de aquella montaña de puntapiés es un alguien y no un algo. Dos o tres coches, milagrosamente estacionados sobre la misma mano de la vereda por la que el hombre ahora transita, ayudan de un modo muy eficaz a que el grupo vaya quedando atrás. Afortunadamente, parece muy probable que no haya sido visto. Se oye un grito más, tal vez dos; luego, insultos de voces distintas; después, algo que se relaciona mucho con un quejido; finalmente, silencio.

El color blanco tiza es definitivamente señorial. Nadie, que se defina como persona seria, puede negar esa verdad. De todas maneras, si el blanco fuese llevado apenas hacia un tono más champagne, eso,

con total seguridad, resultaría aun más impactante. Los muebles del living, aunque algo viejos, destacarían muy notoriamente. El modular de madera oscura, sobre todo. Y las sillas, por supuesto.

Ahora el hombre debe cruzar la primera de las tres bocacalles que lo separan de su casa. No se ve un alma en ningún lado. La buena noticia es que en esta nueva cuadra la iluminación se halla a pleno. Y no está mal que así sea.

Hay un sonido lejano de sirenas llegando desde alguna parte. El sonido se apaga lentamente hasta desaparecer por completo. El frío parece haberse hecho más intenso aun. Sin duda alguna, Romero tiene razón cuando dice que una pared blanca combina con cualquier cosa. Romero siempre fue una persona de muy buen gusto.

El cuerpo se encuentra atravesado en la vereda, a pocos pasos del hombre. Es imposible eludirlo del todo sin bajar a la calle, tal vez cruzar a la otra vereda, tal vez regresar sobre los propios pasos. O quizás lo mejor sea hacer esto que ahora el hombre hace: pasar rápido, muy rápido, al lado del cuerpo, tratando de mirar lo menos posible hacia los costados. Claro que la curiosidad puede más, de manera que resulta inevitable ver de quién se trata, no vaya a ser cosa que el cuerpo pertenezca a alguien conocido. Casi de reojo, y sin frenar la marcha, puede advertirse que se trata de una chica, veintidós o veintitrés años, igual que Silvita, los brazos desarmados como los de un muñeco, una pierna doblada en un lugar inverosímil y evidentemente partida en dos, la cabeza en mitad de un charco de sangre. Horrible, decididamente horrible ver la muerte en forma tan plena y directa, la chica tan parecida a Silvita, ojalá Silvita ya esté en casa, haya vuelto de la facultad y de esas reuniones que hace con sus compañeros, a veces hasta tan tarde. En cuanto a la chica muerta, una pena, una verdadera pena, alguien tan joven... Seguramente arrojada desde la altura, desde alguno de esos balcones que allí se ven, los de este edificio. ¿Arrojada? Vaya uno a saber...

«El hombre no deja de caminar. A sus espaldas, pero lejos, seguramente más allá de la avenida, varias detonaciones fuertes, una al lado de la otra.»

Hay que reconocer que hubiese sido prudente llamar a Ernestina desde la casa de los Romero. No por algo en especial, sino para no preocuparla tontamente, casi la una de la mañana, una calle tan fría, tan desierta, estos tiempos extraños y las cosas que la noche trae.

El hombre no deja de caminar. A sus espaldas, pero lejos, seguramente más allá de la avenida, varias detonaciones fuertes, una al lado de la otra. Enseguida, otra vez el más apretado de los silencios. Segunda bocacalle, cuadra y media aún hasta la casa, los pasos rápidos, las manos en los bolsillos de la campera, el vapor de la respiración, el asfalto helado, la más melancólica de las soledades derramándose en todas partes.

Debe reconocerse, sin embargo, que no es tan sencillo tomar una decisión. Romero es una persona de un gusto inobjetable, y sobre eso no puede existir discusión alguna. Pero un color que tire más hacia los tonos del champagne debe quedar realmente bonito. Por supuesto, será cosa de consultar con Ernestina, tal vez conseguir algunas muestras en la pinturería y presentarlas sobre las paredes, tomar la mejor decisión. Pintar una casa no es tema de todos los días, de manera que no puede ser un asunto determinado a la ligera, como si uno estuviese eligiendo un par de zapatos. Los zapatos, al fin y al cabo, pueden dejar de usarse. Pero una vez puesto el color en una habitación, hay que convivir con él durante varios años. No es fácil la cosa; para nada fácil.

El auto aparece de frente, sin sus luces encendidas. Trae los vidrios polarizados y no lleva chapas de identificación. Anda lento, como si el invisible conductor buscara alguna cosa. El hombre apenas tiene tiempo de parapetarse en el oportuno portal de una casa antigua y de pegar su espalda contra la pared, conteniendo casi la respiración y tratando de empuñarse lo más posible.

El color champagne es mucho más elegante. No hay dudas. Pero al blanco tiza todo le queda bien. Vamos a ver qué opina Ernestina.

El auto pasa despaciosamente, como en una película filmada en cámara lenta. La sombra creada por el propio portal es un amparo invaluable para no ser descubierto. Por un momento parece que el auto va a detenerse justo frente a la casa antigua, pero es nada más que una sensación: los ocupantes (algo hace sospechar que no es una sola persona la que viaja) no lo han visto y siguen adelante. El hombre advierte que le han dado unas casi irrefrenables ganas de orinar. Sale entonces de su improvisado es-

condite, no sin antes verificar que el auto se ha perdido definitivamente. Hay que apurar el paso, más aun que antes. El frío sigue instalado, inexorable.

Tercera y última bocacalle. Apenas media cuadra y entonces sí, Ernestina y Silvita, la estufa del living con el señalador de la perilla ubicado sobre la palabra «máximo», posiblemente un té bien caliente preparado por Ernestina y algún que otro gruñido, y alguna que otra queja, y algún *por lo menos podrías haberme llamado por teléfono, ¿no?*

Apenas media cuadra. Pero esta necesidad de orinar, tan intensa, tan inoportuna... Es increíble, deben ser el frío y los años. Pero hay que orinar ahora, irremediamente, allí, allí mismo. Imposible intentar llegar a la casa; definitivamente imposible. Apenas unos veinte o treinta metros, pero imposible. De modo que, ante la falta de alternativas, el hombre resuelve que ha llegado el momento de hacer algo que no hace desde que era chico: utilizará el primer árbol, ése, el que está ahí, frente a él. Es muy improbable, para ser honestos, que alguien lo vea; y también, para ser honestos, la vejiga del hombre se niega absolutamente a preocuparse por eso.

Es entonces la mano bajando el cierre del pantalón, el líquido humeando al toparse con el aire frío, la descarga, la lenta sensación de alivio, la voz de Romero (el recuerdo de la voz de Romero) diciendo que el blanco es lo mejor para vestir una pared.

El chillido es tan agudo y tan sorprendente que el hombre da un pequeño salto hacia atrás, mojándose buena parte del pantalón. Es absurdo pretender adivinar de dónde salió este gato, pero lo cierto es que el hombre se ha llevado el susto de su vida. Ahora el gato está allí, chillando de nuevo y haciendo frente. Sin duda, algo muy misterioso para la comprensión humana ha quebrantado el hombre al orinar en aquel árbol, pero algo es seguro: no es el mejor momento para andar develando misterios. Sería magnífico dar un paso adelante y liberar un poco de rabia aplicando un violento golpe con la punta del zapato sobre el animal histérico, pero existen dos problemas: en primer lugar, el hombre no es capaz de hacer semejante cosa, y en segundo lugar, hay que llegar a la casa lo antes posible, por la noche, por Ernestina, por las dudas.

«El chillido es tan agudo y tan sorprendente que el hombre da un pequeño salto hacia atrás, mojándose buena parte del pantalón.»

Menos de media cuadra. El pantalón da pena. ¿Cómo va a contar que se orinó encima gracias a un gato loco? Hace mucho frío. Menos de media cuadra. Nadie podrá negar nunca que el color champagne es mucho más atractivo.

Se escucha un ruido fuerte, una explosión. Pero no es cerca. Camina rápido. La casa está allí, casi al alcance de la mano. Apenas unos pocos pasos. Es la puerta cancel y es el jardín con las rosas de Ernestina; es el caminito de viejas baldosas amarillentas, la ventana del living, la puerta principal extrañamente entornada, la casa abierta, la casa incomprensiblemente abierta y a oscuras, el pequeño hilo de color bermellón que, como un arroyito casi insignificante, viene desde adentro para dar, manso, sobre la tierra del jardín.

No hay tiempo para pensar en nada. Hay que correr, correr en medio de la noche hacia ningún lugar, mientras se escuchan sirenas en alguna parte, y mientras se escuchan sonidos algo apagados, como ráfagas, en algún otro sitio, y mientras todo, entonces, adquiere por fin una certeza. Porque ahora sí, ya no hay nadie que quite de la cabeza del hombre (más allá de la opinión de los Romero y de la propia Ernestina, quien seguramente votará por el blanco) que las paredes de la casa deben ser pintadas de un color que vire levemente hacia los elegantes tonos del champagne.

© Jorge Castelli

El autor:

Jorge Castelli (Buenos Aires, 1956). Es poeta, cuentista, novelista y dramaturgo. Coordina talleres literarios. Ha obtenido múltiples premios nacionales e internacionales, destacándose el Premio La Nación de Novela y el Premio de Narrativa "Ciudad de Alcalá". Es autor de los libros de cuentos *El lugar de Fanny* y *Aquella flor en el centro del caos*, y de las novelas *El delicado umbral de la tempestad* y *Las campanas de la revolución*. En 2008 su obra teatral *Whitlocke, un general inglés*, fue estrenada en el **Teatro Nacional Cervantes** de Buenos Aires, con gran recepción por parte de público y de crítica. **Editorial Sudamericana** pondrá en vidrieras su novela *El purpurado cuello* en 2012

LA SOLEDAD DE UN VETERANO

por Carlos Montuenga

Llueve otra vez. Los caballos deben estar agotados, se escurren en el fango y cabecean con nerviosismo. La niebla nos envuelve, apenas si alcanzo a ver el grupo de jinetes que marcha en cabeza tras el oficial. El lindero del bosque desaparece, oculto entre jirones de vapor. Se diría que nos vamos adentrando en una gran ciénaga. Ya está Septimio cantando a voz en grito; nada le gusta tanto como hacerse notar. Cuanto más llueve, más grita ese necio. El chapoteo monótono de los caballos parece marcar el ritmo a su tonadilla obscena; los hombres se ríen con sus ocurrencias y corean el estribillo. Yo termino por unirme a ellos, al menos eso me ayuda a olvidarme de esta maldita herida que me abrasa como el fuego. El camino es como un río de lodo que discurre entre muros de vegetación. Árboles a millares, troncos oscuros cubiertos de musgo, alzándose sobre la maleza hasta desaparecer en la niebla. Llueve con furia, no consigo ver cosa alguna que indique la proximidad del campamento. Tengo la sensación de que este aire turbio se lo va a tragar todo. Quizá las murallas ya no se eleven dominando la explanada; tal vez nosotros mismos ya sólo seamos sombras, y el campamento entero se haya desvanecido para siempre sin dejar rastro. Pero no, seguro que falta muy poco para volver a verlo, irguiéndose altivo entre la bruma. Sí, dentro de nada nos encontraremos por fin a cubierto, engullendo el rancho bajo la luz de los candiles; Nassia se acercará a nosotros, con el ánfora apoyada en la cadera, dispuesta a servirnos vino. Los hombres se sentirán alegres y reirán mientras cuentan sus chismes y sus historias feas sobre los jefes; luego habrá que limpiar las jabalinas enmohecidas por la humedad, extender grasa de jabalí sobre los arneses, envolver los escudos en fundas de cuero.

Pero estos árboles no se acaban nunca, nos rodean por todos lados y, de cuando en cuando, extienden ramas deformes hacia nosotros, como si esperaran la ocasión oportuna para hacer presa en algún rezagado. Se cierran por encima del camino, formando un pórtico gigantesco. Desde esa cúpula de hojas que se pierde en lo alto, nuestra patrulla debe parecer una hilera de sabandijas que se arrastran por el barro. ¿Quién podría acostumbrarse a vivir en un lugar como éste? Todo es viscoso, turbio, un mundo de alimañas ocultas bajo las raíces retorcidas de los árboles. Algo monstruoso palpita en estas selvas sin fin, y en cuanto a los seres que moran en sus profundidades... los he visto saltar, aullar y hacer muecas horribles durante el combate. Luchar contra esos germanos es como enfrentarse a una legión de demonios enloquecidos que quisieran devorarte. No, no parecen humanos, pero ¡por todos los dioses! cuando los siento acercarse, algo dentro de mí escucha la llamada de sus gruñidos bestiales; entonces lo olvido todo, hasta que soy un soldado, y ya no hay disciplina, ni órdenes, ni siquiera una batalla que ganar, sólo el impulso incontrolable de medirme con esas fieras y hundir mi espada, una y otra vez, en sus vientres peludos. Muchos llamarían a eso valor; no lo sé, ya no entiendo las cosas que se dicen sobre la valentía y el honor, sobre la defensa de las fronteras y la gloria de nuestras legiones. Aún recuerdo las palabras que nos dirigió el comandante cuando llegamos aquí, al finalizar el invierno, para hacer el relevo de la guarnición:

*«Todo es viscoso,
turbio, un mundo
de alimañas
ocultas bajo las
raíces retorcidas
de los árboles.»*

«Soldados, las fronteras del imperio son como una gran muralla que divide en dos al mundo. Milla tras milla, desde los bosques cubiertos de nieve hasta los desiertos, esa muralla, que vosotros tenéis ahora el honor de defender, protege aquello por lo que merece la pena luchar y morir: las leyes, el orden, las artes, el progreso. Si un día dejáramos de luchar, ¿qué quedaría de todo ello? Imaginad los canales secos, los acueductos destruidos, los campos de trigo arrasados, los templos convertidos en establos y muladares. Imaginad el mundo dividido entre mil jefes bárbaros, disputándose nuestros despojos como manadas de lobos».

«Soldados, vuestro valor y disciplina son la garantía de que el sagrado nombre de Roma seguirá siendo venerado y temido en los siglos venideros. No olvidéis nunca que los ojos del emperador Flavio Valerio están puestos en todos nosotros».

Sí, fue una brillante arenga, no lo niego. Cuando finalizó, todos prorrumpimos en vítores al emperador, mientras golpeábamos con furia nuestros escudos; el estruendo debió escucharse a muchos estadios de distancia. Pero no siempre las palabras brillantes son fieles a la verdad. El comandante habló de pueblos bárbaros procedentes del exterior, pero no hizo la menor alusión a los enemigos que están dentro de esa inmensa muralla, confundidos con nosotros, aparentando ser de los nuestros. Sin embargo, cada vez hay más y ya nadie recuerda los tiempos cuando se contentaban con pasar inadvertidos. Ahora sabemos que su audacia no tiene límites. Sí, los cristianos son ambiciosos, ocupan altos cargos en los tribunales y en el ejército. Tienen sus lugares santos en la propia Roma. Hasta tienen un emperador, o algo parecido. ¿Para qué defender las fronteras si no somos capaces de aplastarlos? Cuando no se cortan a tiempo las ramas podridas, el árbol entero termina por secarse. Septimio dice que los cristianos han creado un estado dentro del estado. Puede que sea así, aunque él lo dice sin saber bien de qué habla. Septimio es sólo un crío, pero se cree con derecho a aleccionarnos por tener un tío pretor. Bueno, yo no escucho ni la mitad de lo que dice, por mí puede hablar cuanto le plazca. Si los demás quieren estar siempre pendientes de él y aplaudir sus ocurrencias, allá ellos. Pero ese gallito no se conforma con hablar; nos mira por encima del hombro, como si fuéramos una recua de palurdos. Se considera superior a todos nosotros y, por si fuera poco, está convencido de que ninguna mujer se le puede resistir. Basta con ver cómo mira a Nassia. Parece un halcón dispuesto a lanzarse sobre la incauta paloma. Sin embargo, esa muchacha no es una presa tan fácil como él imagina. Orgullosa, con la melena rubia enmarañada y el gesto altivo, parece una diosa sin nombre surgida de estos bosques. Cuando la miro, siento la sangre golpeándome en las sienes, como si volviera a ser joven. Sí ¡por Júpiter!

«Cuando no se cortan a tiempo las ramas podridas, el árbol entero termina por secarse. Septimio dice que los cristianos han creado un estado dentro del estado.»

es una bella muchacha, no voy a negar que me gustaría acariciarla y sentir contra mi cuerpo la ondulación de sus caderas. Son muchas las mujeres que he tenido entre mis brazos; amores de una noche en tabernas y lupanares, hembras complacientes expertas en todos los trucos del amor. Sin embargo, jamás consigo recordar sus caras, parece como si se desvanecieran una vez satisfecho el deseo, sin dejar ninguna huella en la memoria. Pero, ¿para qué quiero recordarlas? Siempre habrá otras esperándome en algún lugar. No, mujeres no me van a faltar, y es mejor dejar de pensar en Nassia, no mirar su cabello resplandeciente ni imaginar que mis manos recorren la suavidad de su cuerpo. Sé que ella me evita. Si alguna vez estamos cerca y se encuentran nuestras miradas, puedo ver cómo el miedo aflora en sus ojos. Le asustan mis modales violentos o tal vez siente repugnancia al contemplar mi rostro desfigurado por las cicatrices.

Es mejor no pensar en ella, ¿qué importa una mujer más o menos? Ahora sólo hay que procurar seguir vivo y vigilar la espesura. Sí, lo único importante es resistir, no dejarse sorprender por lo que oculta la niebla. Los caballos resoplan, se sienten agotados. ¿Por qué Septimio estará tan callado? Ahora no me molestaría oír alguna de sus cancioncillas picantes. Pero es un engreído, cree que la tiene atrapada en sus redes y cualquier día se va a encontrar con mis puños. ¿Por qué nadie se ríe? Sus risas apagarían el latido profundo de esta selva. No pensar, no imaginar, ignorar el cansancio y el dolor. Sólo la niebla importa. Todas se van desvaneciendo en ella, por eso no puedo recordar sus caras. Ya no oigo nada, la selva está muda, el corazón le ha dejado de latir pero puedo sentir su aliento; me abrasa como el fuego y atraviesa la muralla, alcanza a los que se ocultan tras ella. Son audaces, gritan, pero de nada les servirá. Sus voces sólo son un eco lejano, la sangre lo va anegando todo hasta perderse en la oscuridad...

© Carlos Montuenga

El autor:

Carlos Montuenga. Nací en Madrid en 1947. Estoy doctorado en Ciencias por la Universidad Complutense y aunque mi actividad profesional se desarrolla en el área científica, siento un particular interés por la difusión de la cultura, así como por la comunicación de un modo personal de entender la realidad. Hace unos años empecé a colaborar en revistas electrónicas, tales como ETC Magazine (Buenos Aires) Margen Cero, Ariadna (Asociación de revistas electrónicas de España) Revista Voces, Letralia (Venezuela) y, posteriormente, en Adamar y en Revista Narrativas. También he publicado algunos artículos y relatos en portales de la red dedicados a la difusión del humanismo y la filosofía, como La Caverna de Platón. Soy miembro integrante del Taller Literario de "El Comercial".

LA FAMILIA O EL OLVIDO

Primera parte: O El *Olvido*

por Elena Salamanca

EL OLVIDO

I

Dos mujeres entran a una cafetería. Llevan una jaula. Se sientan y piden el menú, ordenan: pan, café y azúcar.

Una es vieja, la otra es joven. La joven recibe el pan y lo entrega a la vieja. La vieja lo desmiga sobre un platillo, abre la jaula, lo sirve y pregunta:

–¿Ya compramos el pan?

–Ya lo compramos.

–¿Cuántos panes compramos?

–Tres.

–El refrigerador se está llenando de hielo.

–Se descongelará.

–¿Ya cayeron las hojas del árbol del patio?

–Ya cayeron.

–¿Quién las barrerá?

–Alguien barrerá el patio.

–¿Ya está comiendo?

–Sí, ya come.

–No, no, la niña ¿ya está comiendo?

La niña es una estela en los ojos ciegos de la vieja. La niña no existió, o la crió hace tiempo. La niña murió o se fue, quién sabe, y ellas se quedaron con los pájaros.

Llenaron la casa de jaulas con pájaros, las abrieron, dejaron a los pájaros andar por la casa como huéspedes. Los pájaros dormían en los zapatos y defecaban en las figurillas de porcelana como defecan las palomas sobre los héroes de las plazas.

Cuando las mujeres salían, llevaban a los pájaros en la cartera, en el pecho como un prendedor; los pájaros subían por las ropas hasta instalarse en la cabeza.

–Qué bonito sombrero, señoras –les decían.

Qué bonito sombrero que vuela con el viento y no regresa como los sombreros que pierden los niños cuando no los atan a su cabeza, como los globos que suben a la inmensidad cuando los pierden los niños en el parque como los pájaros que salen de la jaula.

Los pájaros cantaban cuando alzaban vuelo y ellas, con lágrimas, les decían adiós con la mano.

Adiós, pájaro,
adiós.

La casa quedó llena de plumas y de mierda, de cascarones de huevos y de mierda, de una capa fina de mierda que dejaron los pájaros en las tacitas y en la mesas como la dejan las palomas sobre los héroes y sobre las naciones, sobre la memoria y el olvido.

Y ellas decidieron salir.

El mesero se acerca con otra bandeja de pan. Coloca dos panes más sobre la mesa. Las mujeres desmigajan el pan. Uno dos tres cinco dieciocho veinte migas. El mesero pregunta si no es peligroso mantener la jaula abierta.

No.

No es peligroso.

El vuelo comenzó con la caída. La vida comenzó con unas alas estrellándose sobre la piedra, con una avalancha, lava y lodo, cuesta abajo, con un pájaro que no pudo levantarse. Los primeros pájaros fueron los primeros que no aprendieron a volar; todos los inicios comienzan con un final.

Las gentes que comen su pan y beben su café miran la mesa de las dos mujeres. Escuchan un pájaro que canta demasiado alto como si cien pájaros diferentes cantaran, como si la cafetería fuera en realidad una pajarera. La gente deja de comer, el mesero se acerca a servir café y tropieza con las patas demasiado largas de sus clientes. Le dan aletazos como cachetadas y cae con su bandeja con panes y tacitas.

Las mujeres no escuchan al pájaro.

Desmigajan el pan.

No escucharon a los pájaros nunca.

Los perdieron.

Los clientes pían, reclaman, sus migas de pan; les salen picos de la boca, plumas de las axilas, colas de las faldas. El mesero escucha que trinan y aletean como aletean y trinan los pájaros en el alambre al atardecer, justo la hora en la que a la cafetería entran dos mujeres con una jaula. Vacía.

EL RECUERDO

*

El hambre es el único recuerdo. El hambre es el recuerdo. El hueco en el estómago que come la carne viva que come y ya no come. Arde y dobla el estómago, dobla el hueco. Teresa es una mujer con un hueco debajo del pecho, y debajo de las piernas: nada, tal vez el aire.

**

Parecía que estaba dormida y que soñaba que volaba. Parecía dormida con los ojos entrecerrados y las pestañas temblorosas, como en una pesadilla. Parecía Teresa detenida en el cielo, como una virgen en tránsito, como el pájaro, como una nube.

Teresa estaba despierta y flotaba.

El viento la levantó mientras desayunaba. Ella se aferró a la mesa; los ojos le temblaron como temblaron las tazas y los platos. El pan comenzó a caer, miga tras miga, de su boca. Hincó las uñas a la madera para detenerse, como un ancla, y arrastró las uñas hasta perderlas, hasta sangrar.

El viento, o algo invisible, la halaba. Le había levantado la falda, primero, y luego los pies. Las enaguas se movían como los molinos y la encumbraba un torbellino que nacía de ella misma.

Entonces Teresa se venció.

Cerró los ojos, sintió un hueco en el estómago y se disparó hasta el techo. Tembló y miró hacia abajo: la mesa deshecha, el vino caído, el mantel manchado, las tazas volteadas, el pan en un inconcluso bocado.

* * *

Las viejas entraron y no la encontraron. Ella quiso esconderse aferrarse a una viga, pero no dominaba su cuerpo ingrátido. No la buscaron, no vieron hacia arriba. Las viejas siempre miran abajo, sobre

todo cuando van quedándose ciegas, para las ciegas solo existen las paredes, los rostros de las gentes, el contacto. Tocarón el mantel mojado, organizaron la mesa, tiraron el pan.

Y Teresa tuvo hambre.

Y no pudo comer.

Nunca.

*

Y tuvo, por primera vez, pavor.

*

Las viejas entraron y salieron de la cocina varias veces, horas, días. Nadie veía arriba, a la muchacha que agonizaba. Se había pegado al techo como un huevo de insecto y se iba volviendo blanca, transparente y blanda.

El hambre era una mancha de saliva en el cuello. El hambre era el único recuerdo. Era dura en medio del alma. El pan era duro, también, tirado en ese cesto, jamás comido, jamás mordido, jamás colmado de miel. La lengua de Teresa fue haciéndose gelatinosa como otra saliva espesa. Volvió a ver hacia el cesto: del pan nacían pequeños hongos, como árboles cutáneos. Teresa intentó moverse como un torbellino con voluntad. Movi6 los pies, los enroll6, se hizo tornillo, taladro, y quiso bajar al piso, como en un zambullido.

No tuvo fuerza, era aire. Y como todo aire, sigui6 flotando.

* *

Un día sintió el olor de una sopa: vio las cáscaras de las patatas, las zanahorias, los ayotes y las cebollas. El olor le recordó lo único que conocía: el hambre. Entonces abrió los brazos, abrió las piernas, levantó una mano y asió una viga, luego, otra, varias, hasta llegar a la pared. Bajó como bajan las arañas y se acercó a la estufa. Se separó de la pared e intentó dominar la flotación hasta la olla con la sopa, se acercó, un poco, y cuando estuvo cerca de la olla, lo suficiente para al menos probar una tapa, la saliva comenzó a caer por su boca y el aire la llevó de nuevo arriba.

* * *

Otro día pudo bajar.

Cuando estaba a punto de acercarse a un plato con huevos, las viejas entraron. Teresa se respingó, se asió a una silla y cerró los ojos. Las viejas pudieron verla al fin. Pensaron que rezaba, que penitaba.

Se dijeron:

—Lleva tantos días escondida del mundo, en ayuno. Es tanta su templanza que viene a hacer su penitencia a la cocina. Es una santa.

Rompieron varios huevos y los dejaron en un plato, reposando. Y salieron de la cocina.

*

Los cascarones de huevo iban creciendo como una pila de cadáveres hermosos.

Y Teresa arrastraba las manos por el aire para asir al menos la fragilidad del cascar6n, la fragilidad de la boca, la sed de la saliva.

Pero subía.

Iba subiendo.

Hasta detenerse en las vigas del techo, quedarse ahí, sujeta, a dos manos, colgada, como un murciélago de falda almidonada.

Cuando oía pasos, se movía entre las vigas, hacia el inicio de la pared, aferraba los dedos a los agujeros de las piedras, y bajaba, reptando, hasta los costales de trigo.

Las viejas entraban, y la veían tan inmersa en contar los granos que no le decían nada. No hay que

interrumpir a las penitentes, sería como tirar agua fría sobre el perro recién apareado, alguna locura pasaría, un aullido intermitente se convertía en su voz.

A veces, Teresa tomaba las semillitas, las llevaba a su boca, mordía. Pero la semilla es una cáscara y en ella no existe aún la harina, mucho menos el pan, jamás el sabor.

Y flotaba.

Seguía flotando hasta golpearse con el techo. Sin posibilidad de bajar.

La saliva le escurría por la boca y pensaba en hacerse una sopa. Formó una escudilla con sus manos y la llevó debajo de la boca. Y esperó.

Horas.

Cada día más cansada.

Las encías más hundidas.

Las manos transparentes como la cáscara de cebolla.

Y la saliva se arrastró desde el inicio de la lengua hasta los dientes, escurrió por los colmillos, bajó por la barbilla, cayó en las manos, las colmó. Y ella levantó la mano con la última fuerza. Y se bebió.

Finalmente.

EL OLVIDO

II

Un día, no recuerda cuándo, no supo hacia dónde ir. Llegó al redondel que cruzaba todos los días para llegar a su casa, pero el redondel tenía cuatro salidas, y hasta unos minutos antes sabía cuál elegir, pero ese momento, no recuerda cuándo, no supo cuál era su salida. Detuvo el carro, y en el tráfico que produjo su estacionamiento en medio de un redondel de cuatro carriles, lloró.

Le habían dicho que olvidaría.

Poco a poco.

Primero cosas pequeñas, impensables, insignificantes: El olor del champú barato con el que se había lavado el pelo toda la vida. Un día abrió el frasco y sintió en su nariz asomarse la fragancia de la miel. Le pareció delicioso. Se imaginó mordiendo un enorme pan con miel y nueces y se lavó el cabello. No supo, no recordó, cómo odiaba ese champú tan barato, y cómo había sentido náuseas al abrir el frasco cada mañana, hasta esa.

Le había dicho el médico que un día despertaría junto al hombre con el que compartía la cama y el apartamento desde hacía unos años, y le parecería un desconocido. Una mañana gritó al ver al hombre junto a ella. El hombre estaba advertido, le explicó, sacó un álbum de fotografías y le mostró que no era un extraño. A ella se lo parecía.

Le dijo también el médico que olvidaría muchas cosas: Los nombres de los estudiantes, los de los próceres y avenidas, la estatura del último hombre que había sido su amor.

Y a veces olvidaba que olvidaba.

Salía de la casa sin bañarse y saludaba a la gente: Hola, adiós, chau, te veo mañana. El «te veo mañana» siempre iba dirigido a un muchacho guapo y atlético, y el muchacho, guapo, atlético y de brillante sonrisa, le contestaba: «Te veo», y movía la mano como despedida en una estación de tren.

A veces recordaba lo que olvidaba. Recordaba nombres. Tita, Pepi, Loli. Pero no recordaba quiénes eran las mujeres de los nombres. Pasaba por la calle y saludaba: Hola, Tita, saludos a Loli; Jugamos mañana, Pepi. Y esas mujeres no eran Tita, ni Pepi ni Loli.

No recordaba su nombre, hasta que tenía que firmar un documento, sacar dinero del banco, pagar en el supermercado, y lo escribía. Pero al leerlo pensaba que lo mejor que le había pasado era olvidarlo. Su

nombre no era nada afortunado.

Le dijo una vez el médico que olvidaría poco a poco por falta de azúcar. El azúcar, le explicó, está finamente conectado con la memoria y la retención.

Un día que iba por la calle saludando a las Lolis y Pepis equivocadas, pasó por una confitería. En la vitrina vio una galería de figuras de chocolate. Un chocolate le pareció la mano oscura y vieja de su abuela. Se asomó, el olor la hizo regresar a las tortugas de chocolate que su madre le compraba de niña. Entró a la confitería. Decidió comer. El sabor del chocolate de tortuga le hizo tener de nuevo cuatro años y esconderse en el cuarto de la abuela de manos oscuras, y comer, entre risas, todos los chocolates de tortuga de la caja.

Compró todos los chocolates: la mano oscura de su abuela, las tortugas, los corazones de día de los enamorados, las tabletas.

Se asomó al lado de la repostería. Eligió milhojas. Su madre las comía cada tarde y cuando ella le robaba un trozo aparecía un bigote fino de azúcar sobre sus labios. Pagó la caja de las milhojas. Pidió un pastel de fresa, otro de zanahoria.

Una dependienta pasó por su nariz una bandeja de suspiros. Suspiró. Su último gran amor medía cabía a la perfección en la cama, no roncaba, dormía del lado izquierdo. El hombre con el que compartía la cama y el apartamento era descomunal, sus pies salían de la cama, roncaba, comía pastel de caramelo y no la dejaba probarlo.

Pidió un pastel de caramelo. Pidió que llenaran una mesa con las compras. Se sentó a retener lo que había olvidado.

Las galletas de jengibre eran el remedio que le hacía la tía Dolores, la tía redonda con una berruga en la nariz.

Las galletas de naranja eran su amiguita de infancia. Veían a los pájaros que llegaban al árbol de su patio, ese árbol que daba aguacates que su abuelo no podía comer para evitar aumentar el colesterol.

Un chocolate con nuez fue su primer novio. Apareció una tarde con una ardilla en la mano: la había rescatado de los alambres de electricidad.

Subía y bajaba de trenes en todas las ciudades a las que había ido. En una probó el mazapán, en otra las cerezas acitronadas, en otra la miel de nenúfar, en otra la jalea de pistacho.

Había pasado diez años sin comer azúcar. Desde que comenzó a desmayarse. Una tarde se desmayó en la ducha. Otro día se quedó dormida mientras almorzaba, la cara sumida en el plato de sopa; otro día subió a la azotea y al ver las nubes se desvaneció. El médico dijo que era el azúcar. No debía comerla más a menos que quisiera morir blanda y ciega como la tía Dolores.

Entonces comenzaron los olvidos.

Comió todo lo que pudo en la confitería y supo por qué seguía durmiendo con ese hombre a pesar de que roncaba y los pies no le cabían en la cama. Cada noche, antes de dormir, le leía versos en inglés antiguo, no la dejaba probar ni un trozo de su pastel de caramelo para evitar los peligrosos desmayos, la llevaba los domingos a alimentar a los patos del estanque municipal y en las noches frías le besaba las manos para que no temblara.

Su libro favorito había quedado en manos de su hermano cuando partió en barco a estudiar a un continente lejano. Su abuelo murió mientras dormía. Las manos de su abuela se torcieron como rama vieja de árbol después de años de lavar y lavar y lavar. El primer novio desapareció en la guerra. El hombre que cabía a la perfección en su cama se había fugado con otra. Su madre...

Dejó de comer.

Salió de la confitería. El chico que saludaba siempre y la despedía como en una estación de tren la encontró en el camino a casa y le preguntó cuándo se verían. Ella no lo reconoció. Subió al autobús recitando los salmos aprendidos en su colegio católico. Se mareó. Los árboles que veía desde la ventana eran tan altos como los zanquistas de las fiestas, los carnavales.

Vomitó.

Se detuvo en la ventana. Afuera, los edificios viejos volvieron a tener puertas hermosas e inquilinos. Volvió a vomitar. Sacó una servilleta de su bolso y se limpió la boca. Las viejas muertas se sentaron de nuevo en sus mecedoras asomadas a las ventanas de los edificios coloreados. Revisó su cartera: su pasaporte se había vencido, las medicinas del azúcar se habían vencido, su hombre, el hombre al que le salían los pies de la cama, se había vencido, decía una carta. No recordaba haberla leído.

Quiso recordar adónde habían ido su madre, su hombre vencido. Llegó a casa, buscó más comida. En la alacena solo había un pan. Lo mordió, le supo a cebolla. Y lloró.

© Elena Salamanca

La autora:

Elena Salamanca (El Salvador, 1982). Ha publicado *Último viernes*, con la Dirección de Publicaciones e Impresos de El Salvador, (2008); *Daguerrotipo*, selección del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de México (2009), y *Peces en la boca*, con Editorial Universitaria de El Salvador (2011). Fue antologada en *Nuevas voces femeninas salvadoreñas. Antología poética*, selección de Manlio Argueta, Editorial Universitaria, Universidad de El Salvador (2009); y *Una madrugada del siglo XXI. Antología de poesía joven salvadoreña*, selección de Vladimir Amaya, El Salvador (2010), y FLOOD: New Latin American Poetry / Nueva poesía latinoamericana, Pighog Press, Inglaterra (en proceso). En 2009, fue becada para escribir una novela en el programa de Estancias artísticas para creadores de Iberoamérica y Haití del Fondo Nacional de la Cultura y las Artes de México y la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo.

* * *

Relato

PUB LIMBO

por **Pablo Lavilla**

Había algo que no me dejaba ver... era como un oscuro velo sobre mi cabeza, ligero como el propio aire que parecía volver a respirar después de haberme sumergido en un tranquilo mar de agua helada.

Poco a poco se iban notando pequeños faroles al fondo de una sala de techo alto, caminé hacia ellos y enseguida tropecé con unas cuantas sillas. La oscuridad se iba tornando en una diáfana luz anaranjada, que titilaba cual hoguera reflejándose en los cientos de botellas y fotos enmarcadas que adornaban los anaqueles de las paredes decoradas con papel verde oscuro.

Cuando ya vislumbré las estanterías repletas de libros encuadernados en pieles de colores, algunos más viejos que otros, y una pequeña barra con un único taburete, volví a caminar para sentarme, pues el viaje que no recordaba me tenía consumido. Mis piernas se habían vuelto pesadas, muy pesadas, pero cuando conseguía que se separasen del suelo se tornaban livianas como polvo en el viento.

–Esto parece un sueño –pensé.

–En cierto modo, lo es –contestó desde las sombras una voz grave.

–¿Quién anda ahí? –inquirí nervioso.

–¿De verdad no lo sabes?

–¿Jeffrey?

–Supongo...

Y por fin adiviné penosamente la figura que esperaba tras la barra, limpiando con un trapo un vaso antes de empezar a servir una cerveza en él.

–¿Qué es este sitio, Jeff?

Jeffrey siempre iba con su camisa blanca sin mangas y su pajarita negra impoluta, con pliegues perfectos. El resto de su cuerpo nunca había llegado a verlo, lo cierto es... que nunca había visto a Jeff sin su barra de madera con marcas circulares de los vasos húmedos que habían sido posados ahí durante años y años.

–Echa un ojo por ahí –me indicó levantando la cabeza en dirección al resto de la sala–, tú sabes dónde estás, sólo que aún no lo sabes –añadió mientras dejaba el vaso de cerveza delante de mí.

Le pegué un buen trago para aclararme la garganta reseca y me puse a observar todos los objetos que llenaban la estancia. Todo me resultaba familiar, ordenado en un caos aparente que cobraba sentido quizás sólo a mis ojos. La estantería más cercana estaba llena de libros, cogí el primero que alcanzó mi mano azarosa y lo abrí por cualquier página... ¿Qué era aquello? Estaba atiborrado de garabatos infantiles sin sentido, de los que únicamente se podía conjeturar acerca de su significado unos cuantos contados. Cogí otro libro, éste tenía algunas anotaciones cortas acompañadas de imágenes borrosas, leí unas cuantas líneas y caí en la cuenta de que eran recuerdos de mi infancia, una tarde en el parque o aquella batalla entre las figuras de acción del cubo de juguetes que era el centro neurálgico de mis días de juegos pueriles. Ojeé más libros y mis sospechas se iban confirmando... era una biblioteca de mi propia vida. Todos mis recuerdos, más o menos perpetuados en mi cabeza, escritos en decenas de volúmenes sin título.

–¿Quién ha hecho todo esto? –dije mientras revisaba la vez que accidentalmente le había amputado la cola a una lagartija e intentaba, entre lágrimas, atrapar a la dueña para devolvérsela, inocente, y desconocedor de la habilidad de estos reptiles para engendrar una nueva. Esperé en silencio, pero no obtuve respuesta, me giré extrañado y ya no había barra, ni taburete, ni cerveza... Jeffrey ya no estaba. En su lugar había una mesa con un ajedrez y dos sillas enfrentadas.

Todo aquello me asustaba, por supuesto, pero a la vez sentía que no tenía nada que temer, como si lo malo ya hubiera pasado. Sin pensarlo me acerqué a la mesa y tomé asiento. La silla crujió bajo mi peso. Observé detenidamente el ajedrez y parecía perfectamente normal, con sus sesenta y cuatro casillas negras y blancas, sus torres, sus caballos, sus alfiles... cogí el peón del caballo de la reina con el índice y el pulgar y lo levanté para hacerle avanzar un par de casillas.

–Salen las blancas.

El sobresalto hizo que brincase sobre la desvencijada silla y el peón saliese volando un par de metros más allá. Había un viejo sentado al otro lado de la mesa. Sus ojos claros me eran demasiado familiares.

–¿Abuelo?

Asintió sonriente, y se desvaneció con un soplo de aire. ¿Qué ocurría? Miré a mi alrededor y parecía que todo había cambiado de lugar, ni siquiera podía estar seguro de seguir en el mismo cuarto. Cada vez que me daba la vuelta lo que antes estaba tras de mí se cambiaba por otra cosa. Veía en las paredes cientos de retratos de toda la gente que había conocido a lo largo de mi vida. Las lágrimas ya corrían por mis mejillas, me llevé las manos a la cabeza angustiado y me tiré de rodillas al frío suelo ¿Qué me está pasando? Empecé a sollozar con la cabeza baja, nada tenía sentido, no había explicación alguna...

Una mano se posó entonces sobre mi hombro, y una calidez tranquilizadora recorrió mi cuerpo. Levanté la vista, y la verdad es que mi sorpresa no fue tal como me había imaginado que sería al ver lo que vi. Era yo mismo.

Mi imagen me miró fijamente a los ojos, me sonrió y me hizo un ademán para que me incorporase, cuando lo hice, vi que la sala estaba como al principio: las mismas mesas con las que había tropezado, los mismos faroles temblorosos, los mismos estantes con sus incontables libros... y la misma añeja barra, pero esta vez con dos taburetes.

Nos sentamos y nos quedamos mirándonos el uno al otro, lo cierto es que yo observaba con justificada incredulidad el increíble parecido físico... ¿cómo podía él ser yo? ¿O acaso yo era él?

–*Bueno, ¿qué?* –me dijo con mi propia voz, el desconcierto de la situación hizo que me quedase sin palabras.

–*¿Qué de qué?* –contesté finalmente entrecortado.

–*Llevas desde que llegaste aquí preguntándote todo el rato qué era este sitio, has visto todo lo que hay incluso algo de lo que podría haber... ¿Y aún no eres capaz de darte cuenta de lo que pasa?* – las palabras de mi reflejo no hicieron más que reafirmarme en mi incertidumbre.

–*¿Qué? ¿Cómo voy a saberlo?* Lo único que puedo intuir es que todo esto no es más que un mal sueño.

–*Bueno... es un comienzo, no vas tan mal desencaminado.*

–*Si no es un sueño... ¿Quién eres tú?*

–*Yo soy tú, al menos la parte de ti que sabe lo que ha ocurrido.*

–*No entiendo nada, mira, me largo.*

No esperé una respuesta, me levanté rápidamente golpeando la barra con las manos abiertas y me dirigí raudo hacia la puerta. Aquella puerta con pintura verde cuarteada y un pesado y oxidado pomo dorado que agarré con fuerza para cruzarla y sentir el aire fresco que se escapaba tras de mí y me devolvía de nuevo a la maldita habitación. No podía salir de allí.

Volví enfurecido a la barra donde me esperaba mi otro yo.

–*¡Está bien!* –rugí rabioso–. *¿Qué hacemos aquí? ¿Qué es este lugar?*

–*Llevas desde el primer llanto aquí y aún no lo reconoces... estamos en tu cabeza.*

–*¿... cómo?*

–*El limbo, averno... infierno, si lo prefieres. Estás muerto.*

–*Pero... no puede ser... yo estaba... no lo recuerdo.*

–*Yo tampoco.*

–*¿Entonces cómo lo sabes?*

–*No te olvides de que soy una parte de ti, tu conciencia, no sé más que lo que tú ya sabes. Me es difícil explicártelo porque para ti también lo sería.*

La noticia me dejó trastornado... si estaba muerto ¿qué me quedaba? ¿Pasar la infinidad de los días sin sol ni luna viendo lo que fue de mi vida antes de abandonarla?

–*Sé lo que estás pensando* –dijo mi... ¿cómo llamarlo?, ¿mi porción?, digamos la proyección de mi razón– *no será infinito* –continuó– *la luz se irá extinguendo hasta que ya no haya nada. Esto no es más que el momento en que tu cerebro se apaga, alargado por tu propia percepción en un segmento perpetuo pero con un final. Apenas te darás cuenta del paso del tiempo.*

–*¿Y qué voy a hacer aquí? ¿Sentarme a tomar una cerveza mientras leo toda mi vida y espero a que esos faroles se apaguen de una vez?*

–*No hay mucho que hacer por aquí ¿no crees? Eso es lo malo de estar muerto, vivir una eternidad sin poder aprender nada nuevo, en el recuerdo borroso de una mente marchita.*

© Pablo Lavilla

El autor:

Pablo Lavilla. Nací en Oviedo, en 1991. Empecé a escribir relatos en 2009 bajo la influencia de escritores como Jack Kerouac, Charles Bukowski y Hunter S. Thompson. Me gusta escribir a ritmo de rock clásico, psicodélico y jazz. Actualmente resido en Segovia y colaboro en la creación de un fanzine literario de carácter underground. Blog: nubesytripas.blogspot.com

RELATOS

por Eva María Medina Moreno

ABURRIMIENTO

Acaban de comer. Él pasea su mirada por la habitación. Su flácida y pálida barriga asoma por los botones mal abrochados del pijama. Ella mira por la ventana. Entre ellos, una mesa camilla con restos de comida. Al fondo, la televisión encendida.

Ella sigue mirando a la calle. Su melena es bicolor; castaño oscuro y rubio platino. Su cara, sin lavar, muestra la opacidad de un maquillaje mal aplicado. Unos labios extremadamente rojos, pintados con un carmín barato. Colillas impregnadas de bermellón saliéndose de un cenicero de cristal.

Él se levanta de la silla, y, antes de sentarse en el sofá, aparta unas revistas viejas. Gotas de sudor resbalan en su calva, deslizándose por pelos grasientos de la nuca. Con la manga del pijama se quita el sudor y coge el mando de la tele, pasando de un canal a otro. Mira hacia la pared, donde un reloj redondo, de fondo blanco, cuyas manillas y números son del color del metal, está parado a las cuatro. Le divierte imaginar que funciona. Todos los días se pone frente a él antes de la hora, y siente el minuto que transcurre desde las cuatro como el único real en su vida.

Ráfagas de un aire cálido mueven las cortinas. Ella retira platos y cubiertos con el antebrazo, y saca del bolsillo de la bata unas cartas desgastadas. Empieza su solitario. Él fija la vista en un ventilador que está en el suelo; las aspas metálicas giran lentamente.

El hombre le pregunta a la mujer por la llave. La mujer le contesta, con desgana, que la busque.

El hombre se levanta con pereza del sofá y se acerca a la mujer. Le vuelve a preguntar por la llave. Ella le dice que busque, y le canta: «¿Dónde está la llave matarile, ríle, ríle?». Él, «Si no me dices dónde está...». «¡Qué! ¡Qué vas a hacer! ¡Qué coño vas a hacer tú!». «Dime dónde está», dice él. Ella se ríe, lo insulta. Él vuelve a preguntar. «Busca, busca», se oye. Las manos de él sobre sus hombros. «¿Qué pasa? ¿Acaso me vas a estrangular? ¡Anda aprieta! ¡Aprieta cobarde!». Unos dedos gordos agarran su cuello. «¿Me lo vas a decir?». Las manos presionan con fuerza. «¿Dónde está?». «Adivina», dice ella con voz apagada. El hombre aprieta más fuerte. «¡Me lo vas a decir, hija de puta, me lo vas a decir!».

El cuerpo de la mujer cae al suelo, inerte. Él se sienta en el sofá. Imágenes en la pantalla. Mira el reloj. Espera a que sean las cuatro.

* * *

RUIDOS NOCTURNOS

Me duermo. Los pensamientos flotando en una materia extraña, algo pegajosa, que va cerrando posibles salidas a nuevas ideas. La madera de los muebles se estira, se oye la carcoma, el cemento entre baldosas se dilata, las cucarachas salen de los desagües, aplastan su cuerpo, metiéndose por debajo de las puertas. La televisión, que parece dormir, hace el ruido del descanso, respirando lo trabajado. Algún papel se abre, desperezándose. Las bombillas se liberan del calor acumulado. Y una gota cayendo, el grifo mal cerrado de la cocina, se une a otra del lavabo. El ruido metálico del fregadero, junto con una caída más suave, algo más acuosa. Cerámica del lavabo, acero de la pila, cerámica lavabo, acero pila. Me levanto. Cierro grifos. Al acostarme, los ruidos cesan, hasta que ese papel que parecía despe- rezarse ahora cruje, liberándose de esa forma que le he dado.

* * *

LA ERRE

Un hombre escribe. Una hora, cuatro. En la pantalla, una «r». Sigue escribiendo. Las cinco, las siete. En la pantalla, una «r». Llega la noche. El cuello le duele, los músculos de los hombros tiran. Necesita un descanso pero sigue escribiendo. Mañana, mediodía, noche. Sólo oye el ruido de sus dedos en las teclas de plástico. «La historia fluye», piensa y sonríe. En la pantalla, una «r». La mira, desafiante. «Levantarme, huir». Pero el hombre sigue; sigue escribiendo.

* * *

UNA CAPA DE IRREALIDAD CUBRE LOS OBJETOS

Miro un escaparate. Los objetos parecen desnudarse, darme su verdadero rostro. Las fotografías enmarcadas, puñales de acero oxidado, que han esperado tanto para saborear el interior de un cuerpo; atravesar piel, venas, órganos cerrados, vísceras tan bien hechas. Cierro los ojos, para no ver los objetos transformándose, ni sentir mis órganos intentando respirar bajo la mirada de esa hoja cierta.

Huyo. Ahora son los objetos de la calle los que mudan, atenzándose. Se difuminan, mezclándose unos con otros, cambiando de forma. La farola se une a la pared, la pared al suelo, el suelo al muro. El suelo se pega a mis zapatos, parece chicle. Tiro y tiro para despegarlo de mis suelas, pero no puedo. Y me doy cuenta de que las paredes de la calle van entrando por los dedos de mis manos. Después el pelo, que se pega al muro como si este fuera cepillo que arrastrase la electricidad estática. Y no puedo hacer nada. Nada para evitarlo. El cemento tira de mí y me dejo llevar. Ahora la pared se acerca al suelo, presiona; pared, suelo, pared, suelo, presionan fuerte, aplastándome.

* * *

YO

Que me ahogo sin poder escribir una línea, me esbozo y me invento cada día. Me como, me devoro y me río. Opresora de mi propio yo, que crece y pide explicaciones. Habiendo sido dictadora, debo ahora cortar las cuerdas. Mis pequeñas *Evas* estiran piernas y brazos; habrá que enseñarlas a andar.

* * *

LA FEROCIDAD DE UNA GOTA

Era una gota rápida, prematura. El ritmo, sofocado. Gota enfurecida que, tomando el papel de líder, se quejaba por la fugacidad de su vida. Pensé que si hubiera sido gota pausada, de ritmo lento, nadie la habría escuchado. Sin embargo, nadie parecía hacerle caso, nadie se acercaba allí y cerraba el grifo, aunque eso significase acabar con ella.

Sólo yo había captado algo, al menos la había escuchado. Aunque no me acercase al grifo, vivía con intensidad el desarrollo de esa gota. Hubo un momento de exterminio. Luego, el espacio se ensanchó, para que no olvidase que ella seguía allí esperándome, cansada de repetirse, una y otra vez.

* * *

PARPADEA

Unos párpados que se abren y se cierran. Pequeños trozos de carne, piel escurridiza que se tensa y destensa. Si permanecen cerrados, desapareceré, desintegrándome en átomos diminutos. Lucho. Esos trozos de piel son mi única apertura.

Si al bajar los párpados cierro los ojos, me introduciré en ellos y dejaré de existir. Al cerrarlos desapareceré, también los ojos. No quedará nada, sólo una mota de polvo; esencia de lo que fui. Esa mota se desvanecerá, mezclándose con el entorno.

¡Parpadea, parpadea!

* * *

MI BODEGA

Descolocadas, algunas rotas, el líquido derramado y seco; botellas de muerte y olvido. Otras, con moho por fuera, cerradas con tapón de corcho y plástico duro. Selladas, bien selladas, el vino picado desde hace tantos años. Unas, llenas de horas vacías, de palabra afónica, embrutecida.

Algunas, las limpio, las coloco en el mejor sitio, donde nada las dañe, para quitarles el tapón y oler; oler creyendo que volveré a enamorarme.

Botellas, cada una con su etiqueta, cambiada o superpuesta; la del amor por la del hastío, encima la del odio. Las del dolor, tristeza y rabia, tumbadas boca abajo. Muchas, sin tapones, abiertas, y el líquido mezclándose: pena, miedo, placer.

* * *

SOMBRAS

Camino. De noche. En una calle, frente a mí, dos sombras. La oscura, alta, arrogante; la clara, débil. Y yo, más sombra que ellas, detrás. Entonces pienso que deberían salir muchas sombras para abarcar todo lo que somos.

Me imagino que algunas de ellas van mudando como lo hacen las serpientes con su piel. Veo que la sombra de la inocencia cambia de color, de un violeta claro a uno más oscuro, con matices, con sombras dentro de sombras. La de la inquietud, sonrojada. La del dolor se endurece; opaca, con menos aberturas. La sombra del deseo, encogida, muda, añeja. Pero hay momentos en que besa sin saber qué pasará, se embrutece como antes, se aferra a un vínculo; soplo de vida, aliento.

* * *

REDADA

Íbamos con palos a terminar con el ruido traidor. Vimos a un niño escondido detrás de los contenedores de basura, con un reloj pequeño en su mano.

–Dame el reloj –le dije.

–Es mío, yo lo encontré.

–Su mecanismo se ríe de ti, de todos nosotros. Hay que terminar con ellos, nos están contaminando con sus minutos, nos adormecen con sus cuartos, las horas nos ahogan. Créeme, tú eres pequeño y sabes menos de la vida, yo ya he pasado por muchas dictaduras de esferas y manillas que ahora estarán oxidadas.

–¡Libertad, libertad! –gritaban los aliados–. ¡Abajo los relojes, muerte a los relojes, muerte al tiempo!
¡Relojes, harpías del tiempo! ¡Relojes, harpías del tiempo!

Mis manos se acercaron al niño, hacia sus manos, luego subieron al cuello. El niño gritaba. Rodeé su cuello con suavidad. Gritos más profundos. Las manos se desligaron de la mente, y ya no sabía si presionaba o no. La voz débil de su garganta infantil me contestó. No la escuché, seguí, seguí, hasta oír un cuerpo contra el suelo. Cogí el reloj, lo tiré al suelo y lo pisé, oyendo mi grito:

–¡Relojes, harpías del tiempo! ¡Relojes, harpías del tiempo!

© Eva María Medina Moreno

La autora:

Eva María Medina Moreno (Madrid, 1971). Licenciada en Filología Inglesa y Diplomada en Profesorado de Educación General Básica, por la Universidad Complutense de Madrid. Con el Título del Ciclo Superior en Inglés de la Escuela Oficial de Idiomas de Madrid, y *The Certificate of Proficiency in English*, por la Universidad de Cambridge. Tras el Período de Docencia del Doctorado en Filología Inglesa de la UNED, investiga en el campo de la Literatura Inglesa del siglo XX y Contemporánea, sobre la multiplicidad del *yo* en la obra de Virginia Woolf. Trabajo que compagina con la escritura de su primera novela. Premiada en el I Certamen Literario Ciudad Galdós por su relato «Tan frágil como una hormiga seca» (publicado por la Editorial Iniciativa Bilenio S.L. 2010). Seleccionada en el V Premio Orola, en cuya antología publicaron su relato «Mi bodega» (Ediciones Orola S.L. 2011). También ha publicado relatos en revistas literarias. Es miembro de REMES.

MAR INVISIBLE, PESCADORES FANTASMA

por Emilio Chapí Verdú

Era viernes, el primer día de mis vacaciones. Bajé a la playa y extendí la toalla sobre la arena en la parte más alejada de la línea de costa, lejos del lugar donde los turistas y los habitantes estacionales del pueblo se apiñaban cada verano. Era mi zona preferida de la playa, apartado del bullicio, de los niños que juegan a las palas y a «declarar la guerra» con una pelota de propaganda de una marca de crema protectora para el sol. Me gustaba aquella parte donde la arena está tan seca y suelta que puedes introducir la mano en ella hasta la muñeca sin apenas esfuerzo.

Me tumbé bocarriba en la toalla infantil, la única que había encontrado en casa y que tenía un dibujo imitación de la sirenita en el que Ariel tenía el pelo rubio en vez de rojo y el cangrejo Sebastián no aparecía por ninguna parte. Del pequeño bolsillo forrado de plástico por el interior saqué mi reproductor de música y me embuté los auriculares en los oídos mientras pulsaba el botón de reproducción y subía el volumen unos cuantos decibelios. Corría una brisa fresca y salada. Por encima de la música podía oír el rumor de las olas acompañado de la risa de niños y los cotilleos de las madres en bañador de una sola pieza, sombrero de paja y pareo anudado entorno a la cintura para tapar las cartucheras. También había algunas chicas jóvenes que tomaban el sol en grupos de cuatro o cinco mientras los chicos que las acompañaban jugaban en el agua. De vez en cuando uno salía corriendo del mar y se lanzaba sobre alguna de las chicas empapándola y cubriéndole la piel, que comenzaba a broncearse y tenía, por el momento, un color rojizo, de arena oscura, húmeda y pegajosa. Ella se la sacudía de encima con una mano para evitar las posibles marcas blancas en su futuro bronceado.

«También había algunas chicas jóvenes que tomaban el sol en grupos de cuatro o cinco mientras los chicos que las acompañaban jugaban en el agua.»

Cerré los ojos con fuerza y todo se volvió de un naranja suave, del color del sol al atravesar unos párpados que nada pueden hacer por detener sus rayos. Era el único de mis amigos que no se encontraba en aquel momento ejerciendo de camarero o dependiente en alguno de los chiringuitos y tiendas de camisetas del paseo. Otros se dedicaban a alquilar tumbonas, sombrillas y patinetes acuáticos, de esos que tienen un precario tobogán azul en la parte de atrás y que parecen a la vez tan divertidos y tan pesados de llevar, a los incautos turistas que poblaban las playas durante los tres meses de temporada alta. Yo había trabajado todo el año en la tienda de electrodomésticos de mi tío, primero como mozo de almacén y luego como vendedor, y me había ganado unas buenas y merecidas vacaciones que pensaba desperdiciar tomando el sol en la playa sin pensar en nada. Además no necesitaba aquella inyección de capital extra que mis amigos gastaban todos los fines de semana en drogas recreativas que a mí ni me interesaban ni consumía.

Me encontraba adormilado por el calor del sol de la playa, que es muy distinto al de cualquier otro lugar, como una losa no excesivamente pesada que cae sobre tu pecho o tu espalda, dependiendo de la posición en la que te encuentres, y que parece apartarse cada vez que una ráfaga de aire acaricia tu cuerpo, cuando un grupo de chicas se acercó hasta mi toalla agitando una cámara de fotos digital frente a mis ojos. Tendrían aproximadamente mi edad y la mayoría era bastante mona con sus miembros y vientres lisos al aire y del color rojizo de los primeros pasos del bronceado. Cogí la cámara y me arrodille sobre la toalla como si fuese un fotógrafo profesional que sujetase una cámara réflex y se dispusiese a fotografiar el próximo número de «Sports Illustrated». Las chicas se apiñaron sonriendo con sus biquinis multicolores, empujándose entre sí y haciendo gestos a la cámara, una enarbolaba un signo de la victoria muy cerca de su cara igual que hacen las chicas japonesas, otra sacaba la lengua y la más pilla enseñaba un largo y estilizado dedo «que te jodan». Todas parecían alegres, contentas y vivas, todas menos una que llevaba un bañador de cuerpo entero negro y que se erguía taciturna tras los cuerpos de sus amigas, como si quisiese esconderse de lo que aquella foto podría hacerle. Era pálida, con el pelo negro recogido en una apretada coleta y los restos de la crema protectora se acumula-

ban en su nariz y en los bordes de su mandíbula. Parecía molesta con todo aquel asunto. Tomé la foto lo mejor que supe, le di la vuelta a la cámara para que pudiesen mirar la instantánea y dije sonriendo:

–Habéis salido muy guapas.

La chica del largo dedo «que te jodan» avanzó hasta mí y me arrebató la cámara de las manos. Era rubia; con el pelo rizado, unas tetas pequeñas y un culo respingón bastante bonito. Luego se marcharon todas apiñadas y mirando la foto como si aquello fuese lo más importante del mundo. Alguna dijo que debían subir la instantánea a «facebook» cuanto antes y la mayoría pareció estar bastante de acuerdo con aquella idea. La chica del bañador de cuerpo entero giró levemente la cabeza y musitó un apagado gracias en mi dirección antes de juntarse con el resto de sus amigas que ya se encontraban cerca de sus toallas. Volví a tumbarme, esta vez bocabajo y cerré los ojos.

«Un poco decepcionado por lo que me deparaba el resto del verano saqué una cerveza de la nevera y salí de nuevo a la terraza para bebérmela apoyado en la barandilla.»

Por la noche me di una ducha y cené con mis padres en la terraza. Mi madre había preparado embutido con tomate y me hice un bocadillo bastante cargado; estar en la playa sudando cansa mucho más de lo que podría parecer y en aquel momento podría haber comido durante horas sin hartarme. Después de cenar mi padre se marchó al bar como hacía cada noche en verano y mi madre se arrellanó en el sofá para ver el programa de cotilleos que emitían todos los lunes, y que ella veía con un paquete de cigarrillos bajos en nicotina y un té frío de lata. Llamé a Juan y a Pedro, los únicos de mis amigos que no trabajaban por la noche de camareros en algún restaurante. Los dos me dijeron lo mismo, estaban demasiado cansados para salir e iban a ver

un poco la tele y a meterse pronto en la cama porque al día siguiente trabajaban.

Un poco decepcionado por lo que me deparaba el resto del verano saqué una cerveza de la nevera y salí de nuevo a la terraza para bebérmela apoyado en la barandilla. De noche desde nuestra casa, a pesar de encontrarse bastante elevada en la ladera de la montaña, apenas se ve el mar, solo se intuyen unas pocas manchas oscuras recortadas entre los edificios. Sabes que estaba allí, oyes el rumor de las olas y puedes oler el salitre; pero los altos edificios de primera, segunda, tercera, cuarta... línea de playa tapan la vista a aquellos que residimos durante todo el año en las viviendas unifamiliares y los adosados, y que somos los verdaderos propietarios de aquel mar que en la mayoría de los casos solo podemos imaginar que sigue allí. Lo único visible desde la ladera relacionado con el mar es el faro, que se yergue al final del viejo espigón donde los abuelos van a pescar y que queda tapado casi en su totalidad por los inmensos edificios. Desde nuestro balcón el faro parece una estructura cónica erigida en medio del agua y que eventualmente produce destellos rojos y verdes de una manera que a los legos en asuntos marítimos puede parecer aleatoria.

Una vez terminada la cerveza arrojé la lata vacía en la bolsa de basura y muerto de aburrimiento me vestí y bajé a la calle. Pensaba ir al «anzuelo», el bar al que iba mi padre todas las noches. Era un antiguo bar de pescadores y el único que abría en temporada baja cuando los billetes de los turistas huían despavoridos de nuestras costas ventosas. En el pueblo existía una vieja regla no escrita pero aceptada que implicaba que los locales nunca se mezclaban con los turistas. Podíamos servir sus mesas, venderles malas camisetas de manga corta en las que ponía «Mis abuelos se acordaron de mí y me compraron esta camiseta» y alquilarles tumbonas; pero en ningún momento nos mezclábamos con ellos. Por algún motivo a ninguno de los dos bandos parecía interesarle aquel intercambio de culturas. Era, en algunos aspectos, una relación humillante ya que cada año, durante tres meses, nos convertíamos en lacayos; pero ellos pagaban por este tipo de servicio, y pagaban bien, muchos de los habitantes del pueblo podían vivir sin problemas todo el año con lo que ganaban durante esos tres meses de temporada alta.

Así que salí a la calle y en vez de coger la vieja moto que me había cedido mi primo caminé ladera abajo hasta llegar a la carretera regional que separa la zona de los adosados de los altos edificios agrupados en complejos residenciales, bordeados por muros de color terrazo y con nombres rimbombantes como «El Veler» o «Neptuno 2». Por la noche la carretera quedaba parcialmente oscurecida; de un lado llegaban las luces de las calles, los bares y las discotecas, por el otro se abría una zona oscura,

levemente iluminada por la luna, desde donde partían, sinuosos, los caminos de subida a la montaña. Me aseguré que no se acercaba ningún coche en las dos direcciones y crucé la carretera. A pesar de que de noche los faros de los vehículos que circulaban por aquella carretera podían ser vistos a lo lejos, avanzando velozmente por encima del límite, todos los años ocurrían dos o tres atropellos en aquella vía poco iluminada, protagonizados en su mayoría por algún turista borracho y despistado que cruzaba la carretera decidido a descubrir qué eran aquellas luces de la ladera que casi todo el mundo ignoraba.

Avancé rápido por las calles hasta el paseo, sorteando las terrazas abarrotadas donde se servían incontables jarras de sangría y que alfombraban las aceras de colillas. La luna se reflejaba en un mar embravecido, y a lo largo del paseo de mármol se agrupaban adolescentes que se sentaban en el murete de piedra que lo separaba de la arena, llevaban bolsas de supermercado llenas de botellas de alcohol, refrescos, hielos y vasos de tubo. Algunos se habían adentrado en la playa y se sentaban en corro tocando guitarras acústicas y bongos y bebiendo.

El «anzuelo» se encuentra al final del paseo, junto a la desembocadura del río de la que parte el espigón que termina en el faro. Para llegar hasta él solo tienes que seguir las luces verdes y rojas que te marcan el camino hacia la parte más vieja del pueblo, donde unos pocos valientes se había negado a vender sus casas y sus tierras de labranza a los promotores de los monstruosos edificios impersonales donde se apiñaban los turistas. Manolo, el dueño del bar, era uno de estos valientes. Su abuelo había construido la casa de tres plantas donde vivían hacía mucho tiempo, y se mantenía en la familia a pesar de las presiones del alcalde y de los constructores.

El bar ocupaba la planta baja de la casa y para entrar a la vivienda la familia debía subir por una pequeña escalera situada en la cocina y escondida tras una puerta y una cortina de tiras de plástico marrones. Entré en el bar de ambiente cargado, donde se fuma sacando las manos entre los barrotes de hierro de las ventanas para cumplir con la nueva prohibición que poco podía hacer para cambiar los hábitos de los viejos pescadores y agricultores. Era una sala amplia y cuadrada, con una barra en forma de ele y unas mesas de plástico veteado, que imitaban a la madera, donde se jugaba al truc y al mus indistintamente. Tras la barra, colgaban en la pared una caña de pescar y una azada cruzadas, símbolo del pueblo y del orgulloso pasado de labriegos y pescadores aunque ya nadie se ganase el jornal ejerciendo esos trabajos. Lo bueno del «anzuelo» es que siempre conoces a todo el mundo, lo malo es que todo el mundo te conoce a ti. Allí podían juntarse fácilmente cuatro generaciones de una misma familia. Desde el bisabuelo de noventa años que sorbe una copita de mistela sentado en su silla de ruedas y mira fijamente las fichas de dominó, hasta el niño de teta que dormita inquieto en un carrito cerca de su padre.

«Entré en el bar de ambiente cargado, donde se fuma sacando las manos entre los barrotes de hierro de las ventanas para cumplir con la nueva prohibición que poco podía hacer para cambiar los hábitos de los viejos pescadores y agricultores.»

–Enrique –gritó mi padre nada más entrar yo por la puerta siempre cerrada del bar, y que evitaba que se colase allí algún turista–. Ven, hijo, ven ¿Qué tomas?

–Cerveza –contesté. Mi padre ya había trasegado tres o cuatro copas de coñac y se le notaba en la voz.

–Mira que es seco este hijo mío. ¡Manolo, una cerveza para el chaval!

Mientras Manolo servía la jarra de cerveza helada me acerqué hasta la barra, colocándome cerca de mi padre en el corro de hombres de cincuenta y tantos años que se destrozaba el hígado a base de carajillos y copas de cazalla.

–¿Te beneficias ya a alguna chiquita? –me preguntó Martín, uno de los mejores amigos de mi padre. Era un hombre fino y nervudo que se reía siempre mostrando una dentadura incompleta y arrugando el rostro hasta que su cabeza parecía una diminuta pelota de cuero en la que se abría una enorme boca.

–No, aún no.

–No seas tímido –dijo mi padre propinándome una tremenda palmada en la espalda–. Tiene dos, la derecha y la izquierda.

Todos rieron la gracia.

–No las pierdas nunca, las seguirás usando incluso después del matrimonio –añadió el ratón, que había heredado el mote de su abuelo: un pobre hombre que se ganaba el pan cazando ratas en los campos del pueblo a cambio de comida y cuyo mote había pasado de generación en generación hasta su biznieto, el hijo del amigo de mi padre, que por ironía del destino tenía realmente cara de ratón.

–Tiene razón, hijo, hazle caso al ratón que de pelársela sabe mucho.

–Por dios, papa, que soy tu hijo, no me apetece demasiado imaginarte dale que te pego.

–Aquí todos tenemos polla –dijo Martín dándome un manotazo en la entrepierna–. No hay nada de lo que avergonzarse.

Cansado de aquella incomoda conversación sobre mi vida sexual y la de los amigos de mi padre, apuré la cerveza y, mientras mi padre se entretenía pidiéndole otra a Manolo, ya que su objetivo era emborracharme hasta que perdiese el sentido para abandonarme después en la otra punta del pueblo, cosa que ya había conseguido en una ocasión y era muy irritante, me giré hacia Vicentín que había estado hasta entonces callado y le pregunté:

–¿Qué tal le va a Sento en la universidad? ¿Va a venir este verano?

Vicentín salió de su sopor habitual y contestó arrastrando las palabras.

–Ha estado de viaje con algunos de sus compañeros de clase. Hable con él ayer y acababa de regresar de Praga. Me dijo que vendría la semana que viene o la siguiente. Quería llamarte, pero siempre se le olvida. Ya sabes lo despistado que es.

–No pasa nada. Yo también pensaba llamarle un día de estos, pero entre unas cosas y otras lo he dejado pasar. Si vuelves a hablar con él dile que se le echa de menos en el pueblo.

«*Volví al paseo y me acerque a la chica con los botellines en la mano. Me descalcé y me senté a su lado mirando el mar.*»

Mi padre me alcanzó la nueva cerveza interrumpiendo la conversación. Me agarró del codo situándose muy cerca de mí, como hacía siempre que nos encontrábamos en una reunión social.

Pasamos un buen rato hablando de la gira veraniega del equipo de fútbol de la capital. Todos parecían tener algo que aportar sobre los partidos jugados en Estados Unidos y cómo este año parecía que el equipo estaba dispuesto a conseguir la tan ansiada copa de liga costase lo que costase. Se discutieron los nuevos fichajes de la pretemporada y el aspecto físico de las esposas de los futbolistas hasta bien entrada la noche cuando uno tras otro fueron abandonando el bar dejándonos solos a mi padre y a mí que decidimos volver a casa.

Salimos del «anzuelo» y enfilamos el paseo en dirección a nuestra casa en la ladera. Mi padre había llegado a aquel estado de embriaguez, tan característico suyo, en el que le asaltaba una profunda melancolía y se sumergía en un oscuro mutismo solamente interrumpido por breves murmullos mientras caminaba con los ojos fijos en el mar, el paseo y las viejas cabañas de pescadores convertidas en discotecas. Recuerdo que de pequeño siempre me contaba cómo su padre poseía una de aquellas cabañas, y que cuando volvía del mar mi abuela y él lo esperaban allí de pie porque nunca sabías si los pescadores iban a regresar a la costa o habrían sufrido algún percance en alta mar.

A medio camino entre el «anzuelo» y la calle donde debíamos girar encontré a la chica que aquella mañana me había dado las gracias por sacarle la fotografía con sus amigas, la del bañador de una sola pieza negro. Se encontraba sentada sola en el murete de cemento del paseo, de cara a la playa y con los pies descalzos metidos en la fría arena. Llevaba un bonito vestido negro con flores blancas que le cubría los hombros y el pelo recogido; la luna iluminaba su cuello pálido con una luz espectral. Por algún motivo sentí la necesidad de hablar con ella y le dije a mi padre que yo me quedaba allí y que luego iría a casa, a lo que él me contestó, más por costumbre que por preocupación sincera, que no volviese tarde y que fuese con cuidado, como si alguna vez hubiese ido de otra forma por el pueblo. Lo vi marcharse con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, como andábamos todos cada vez que pasábamos por el paseo, hasta que se perdió en la oscuridad.

Caminé hasta un bar cercano del que salían los últimos clientes dando tumbos y le compré dos botellines de cerveza a María, una chica que había asistido al colegio conmigo y que trabajaba de camarera en el establecimiento de sus padres. Volví al paseo y me acerque a la chica con los botellines en la mano. Me descalcé y me senté a su lado mirando el mar.

–Hola –dije tendiéndole una de las cervezas que ella aceptó tímidamente–. Me llamo Enrique. Soy el fotógrafo amateur de esta mañana.

–Anna –contestó ella ajustándose el vestido para que la falda le cubriese las rodillas que habían estado expuestas a la luz de la luna hasta ese momento.

–¿Qué hace aquí sola?

–Mis amigas están en la discoteca –dijo señalando a la terraza que se abría detrás de nosotros y de la que escapaba la melodía machacona de la canción del verano–. Si las buscas están allí y han bebido bastante.

–¿Por qué no estás con ellas?

–Nunca me han gustado demasiado las discotecas; demasiado ruido, demasiada gente –dijo Anna.

–A mí tampoco –musité cerrando los dedos de los pies sobre la arena húmeda–. Te he visto aquí sentada, sola, supongo que necesitaba hablar con alguien. Si te molesto me voy.

–Está bien, no me molestas –dijo esbozando una sonrisa que no parecía ir dirigida a nadie.

Nos quedamos los dos callados mientras yo buscaba algo que decirle a aquella chica extraña y la marea alta lamía la arena a cincuenta metros de nuestros pies. A ella parecía no importarle aquel silencio incómodo ni los continuos carraspeos y bufidos que soltaba para romper la quietud de la noche.

«A ella parecía no importarle aquel silencio incómodo ni los continuos carraspeos y bufidos que soltaba para romper la quietud de la noche.»

–Habéis venido de vacaciones, ¿no? Como todo el mundo.

–Sí. Somos compañeras de facultad, vinimos el miércoles y nos vamos el domingo.

–El pueblo está muy bien para los turistas. Seguro que lo pasáis muy bien.

Anna no contestó. Se limitó a apartarse el pelo de la cara y a humedecerse los labios resecos por el sol y el salitre con la punta de una lengua fina y roja.

–¿Qué estudiáis? Un amigo mío, Sento, estudia en la capital. Económicas, creo. ¿Le conoces?

–No.

–Es un buen chaval, un poco raro, se pasaba el día leyendo en el porche de su casa sentado en una hamaca.

La miré de reojo; parecía a la vez tan triste y tan feliz, tan sola y tan independiente, que cualquier palabra que pudiese decirle tendría menos importancia que el rumor lejano del oleaje y el viento arrasando la arena a su paso. Apuré la cerveza y me encontré dispuesto a despedirme de ella para marcharme de nuevo a casa y meterme entre las sábanas. Ya estaba incorporándome mientras buscaba a tientas mis zapatillas deportivas al otro lado del murete cuando alguien gritó su nombre a nuestras espaldas. Los dos nos giramos. Sus amigas salían de la discoteca por la puerta principal, la que daba a la calle y no al paseo, encendiéndose cigarrillos y hablando con un par de chicos que habían conocido aquella noche y que también habían venido al pueblo a pasar unas semanas tostándose en la playa y emborrachándose por la noche. La chica del largo dedo «que te jodan» avanzó un par de pasos torpes y beodos en nuestra dirección y gritó a todo pulmón:

–Nosotras nos vamos ya al apartamento. –Soltó una risita alcohólica mientras buscaba algo dentro de un diminuto bolso peludo–. Si quieres quedarte con tu amigo te dejo mis llaves –añadió haciéndolas tintinear en sus dedos.

–No. Ahora voy –dijo Anna levantándose y con un tono de voz tan bajo que hacía imposible que ninguna de sus amigas la hubiese oído–. Me lo he pasado muy bien, Enrique –añadió en mi dirección–. Nos vemos.

Dejó la cerveza sobre el murete de cemento. El botellín se encontraba intacto, no había dado un solo sorbo y el contenido bailó en su interior.

–No has probado la cerveza –dije.

–No me gusta.

–Vaya, lo siento. La próxima vez te traeré otra cosa. ¿Qué bebes?

Anna me dijo gracias entre dientes y se marchó con sus amigas sin responder a mi pregunta. Me quedé cerca de media hora más sentado en el paseo, bebiendo de la cerveza que ella había dejado tras de sí y mirando a ese mar que me había visto crecer y al que, de algún modo, parecía estar atado, incluso desde antes de que yo hubiese nacido. Seguramente mis padres me concibieron sobre aquella arena oscura sobre la que ahora se revolcaban las parejas de jóvenes, escondidos tras las pilas de blancas tumbonas que esperaban impacientes a que amaneciese para invadir la arena y disfrutar de los rayos del sol.

Al día siguiente me desperté relativamente temprano y abrí la ventana de mi habitación que daba a las filas de apartamentos. El sol brillaba ya alto sobre los edificios anunciando una nueva jornada de playa, toalla y sombrilla. Me puse unos pantalones cortos y, con el pecho descubierto, bajé a la cocina. Mi padre hacía tiempo que se había marchado con sus amigos a pescar a la desembocadura del río y mi madre se encontraba terminando de limpiar el cuarto de baño, ya con el bañador puesto y lista para ir a la piscina comunitaria en cuanto acabase con sus tareas matutinas. Me preparé una taza de café recalentado, coloqué en una servilleta de papel unas cuantas galletas María y salí a la terraza.

«Abrí tímidamente un ojo esperando el ataque de los rayos directos del sol. En cambio enfrente de mí se encontraba Anna cuya sombra achatada me tapaba por completo.»

Sentado en la silla de metal blanca que comenzaba a oxidarse por las patas y sorbiendo aquel café que llevaba varias horas hecho me sentí atrapado tras la fila de edificios que se espaciaban paralelos a la playa y que parecían intentar tocar el sol. A mis ojos eran los troncos afilados de una muralla prehistórica que me impedía llegar hasta un mar que poseía a pesar de no poder tocarlo. Tras ella se encontraba la libertad del velero de pesca, la caña de sedal impaciente y el corcho rojiblanco que flota trémulo sobre las aguas plomizas de un atardecer. Allí se encontraba mi padre, mi abuelo, y aquel señor mayor que juega al dominó sentado en su silla de ruedas, con la cabeza balanceándose

sobre su cuello al ritmo del cabeceo de un barco.

Intentando no pensar demasiado me puse un bañador largo que me llegaba por medio muslo, una toalla, esta vez verde mate y sin ningún dibujo infantil, y bajé en moto hasta la playa. Serían más de las once cuando extendí la toalla sobre la arena. El sol ardía con fuerza y la playa se encontraba aun más abarrotada que el día anterior por ser sábado. Los niños correteaban por la línea de costa y un par de motos de agua circulaban a gran velocidad paralelas a la arena, levantando olas y dejando una estela blanca, espumosa y tan densa que daba la impresión que la podías coger, metértela en el bolsillo y llevártela a casa. A lo lejos unos cuantos barcos con las velas hinchadas se bamboleaban avanzando lentamente.

–Hola, Enrique –dijo una voz por encima de mí.

Abrí tímidamente un ojo esperando el ataque de los rayos directos del sol. En cambio enfrente de mí se encontraba Anna cuya sombra achatada me tapaba por completo. Sonreía alegre con su bañador de una sola pieza negro, una toalla roja en la mano y un capazo de paja a sus pies. Miré a mi alrededor, tras las piernas de Anna, y vi a sus amigas colocando sus toallas a unos cien metros, muy cerca del agua.

–Buenos días, Anna. ¿Qué tal has dormido? –pregunté estúpidamente.

–Muy bien, gracias. ¿Te importa que me ponga aquí?

–Por supuesto que no. –Me incorporé y pasé mis manos sobre la toalla como si con ese gesto le hiciese un hueco en la playa a mi lado.

Extendió su toalla y se sentó con las piernas dobladas, los diminutos pies planos sobre el suelo y las rodillas juntas a la altura de su rostro. Comenzó a aplicarse una cantidad excesiva crema protectora en las extremidades, el cuello y la cara; cuando terminó se caló una gorra de beisbol sobre los ojos. La observé durante todo el proceso. Tenía unas piernas largas de muslos llenos y redondeados, sus caderas eran amplias al igual que sus pechos y su cuello se extendía desde unos hombros rectos, trazados con escuadra y cartabón, elegantemente hasta la base de su cabeza.

–Ya está –dijo tumbándose bocarriba.

–¿Por qué tanta protección? Estas en la playa. ¿No quieres ponerte morena?

–Soy un poco alérgica al sol. Si me da mucho, sobre todo en la cabeza, luego me pica todo el cuerpo.

–Vaya... –dije mordiéndome los labios y mirando, en busca de consuelo, al mar que atacaba la costa rítmicamente. Me sentía perdido con aquella chica extraña que un día parecía no querer saber nada de mí pero que al siguiente venía a tumbarse a mi lado-. ¿Lo has pasado bien? En el pueblo, me refiero.

–Sí –contestó secamente. Carraspeó un par de veces y sacó una botella de agua de dos litros del bolso de paja, dio un largo trago que me pareció ver atravesar toda su larga garganta antes de bajar definitivamente a su estomago y me alcanzó la botella.

–¿Te puedo hacer una pregunta?

–Claro.

–¿Por qué te has tumbado conmigo? –Pregunté a bocajarro, prefería que se marchase molesta a seguir más tiempo cuestionándome que hacía ella allí.

–Me caes bien –contestó dándose la vuelta y exponiendo al sol la blanca espalda en la que se acumulaban capas de crema y granos de arena que se habían adherido a esta.

–Si apenas hemos hablado más de cuatro frases. ¿Cómo puedo caerte bien?

–No sé. –Se incorporó levemente elevándose sobre los codos que se hincaban sobre la toalla, ahuecando la arena bajo ellos, mientras yo deseaba encontrarme frente a ella para poder mirar su escote-. Tienes algo que hace que me caigas bien. ¿Nunca te ha pasado eso de conocer a una persona y saber en el acto si te vas a llevar bien con ella o no?

–La verdad es que sí.

–Además no pareces incomodo con los silencios y eso me gusta. No soy muy habladora, ¿sabes?

–Yo tampoco.

Nos quedamos en silencio tumbados en nuestras respectivas toallas de colores, dando la vuelta periódicamente como un par de pollos en un asador. Dejé de preocuparme por las palabras y las conversaciones, por no tener nada interesante que contar a una chica guapa y extraña como ella; dejé de preocuparme de aquella fila de edificios que se alzaba, amenazante a menos de medio kilómetro de nosotros. Me limité a compartir aquel sol cálido sabiendo que se encontraba a mi lado y que los dos disfrutábamos acariciando la arena con los dedos de la mano, completamente sumergidos en el rumor de las olas y los gritos de sus amigas al hacerse fotos unas a otras con la cámara digital.

–Cuéntame algo de ti –dijo Anna sacándonos a los dos lentamente de la somnolencia.

–No hay demasiado que contar. He pasado toda mi vida en el pueblo y ahora trabajo en la tienda de electrodomésticos de mi tío.

–¿Tienes novia? –preguntó.

–No. ¿Y tú?

«Extendió su toalla y se sentó con las piernas dobladas, los diminutos pies planos sobre el suelo y las rodillas juntas a la altura de su rostro.»

–No. Tuve uno, pero lo dejamos hace tres meses.

–Lo siento –dije.

–No te preocupes. No encajábamos, y la verdad es que los dos sabíamos que no tenía sentido seguir juntos –dijo Anna incorporándose de un salto–. Voy al agua. ¿Vienes?

Me levanté y la seguí hasta el agua donde metió primero un tímido pie para comprobar la temperatura y, convencida de su bondad, caminó decidida hasta que el agua le cubrió por encima de la cintura.

–Venga, Enrique, no está demasiado fría.

Me introduje tras ella en aquel mar frío y revuelto levantando los brazos como una gaviota que alza el vuelo desde el mástil de una embarcación. Llegué hasta donde ella se encontraba de puntillas sobre el banco de arena. A continuación sumergió la cabeza echándose hacia atrás y volviendo a aparecer con un gran bufido de agua salada. El agua goteaba de su coleta puntiaguda y de sus cejas oscuras y gruesas. Me zambullí tomando antes una gran bocanada de aire y buceé hasta sus piernas, abriendo mucho los ojos a pesar de que sabía que me iban a escocer como siempre que buceaba sin gafas. Agarré sus finos tobillos con ambas manos, estirando y haciendo que se sumergiese, se quedó sentada sobre la arena del fondo que se arremolino en torno a sus caderas, con la cara cerca la mía, los ojos cerrados y sonriendo.

«Me introduje tras ella en aquel mar frío y revuelto levantando los brazos como una gaviota que alza el vuelo desde el mástil de una embarcación.»

–Serás cabrón –dijo una vez emergimos los dos; y salpicándome con las dos manos añadió–: te vas a enterar.

Fingí huir despavorido de ella, con aquel paso lento y cómico del que intenta correr en vano dentro del mar, mientras ella me salpicaba y se colgaba de mi cuello para hundirme. Al final aflojé las rodillas y dejé que me empujase hasta el fondo. Cuando volví a salir tomando aire exageradamente, como si hubiese estado a punto de ahogarme, ella se encontraba haciendo el muerto, flotando con todas sus curvas y los

brazos estirados como si se dispusiese a abrazar a alguien. Pensé en hacerle otra ahogadilla, pero parecía tan feliz, tan relajada y libre de preocupaciones con la ingravidez del mar que decidí dejar que disfrutase.

–¿Has pensado alguna vez en qué pasaría si fueses un naufrago? –dijo mientras flotaba a mí alrededor.

–La verdad es que no.

–Yo creo que me las arreglaría bastante bien. Lo primero que haría sería buscar una fuente de agua potable. Luego me construiría una cabaña con los restos del naufrago, una de dos o tres habitaciones; se me da bien el bricolaje, en pretecnología siempre sacaba diez. Y plantaría frutas y verduras, y criaría cerdos o gallinas, o cualquiera que fuese el animal autóctono de la zona. Poco a poco talaría los árboles para fabricarme un barco con el que poder escapar. Nada lujoso; con un camarote, una cocina y una alacena. Metería dos o tres velas y un par de quillas de repuesto. Por supuesto tardaría mucho en construirlo; un año, quizás dos. Cuando ya estuviese lista para zarpar miraría a mi cabaña, a mi huerto y a mi granja y me daría mucha pena dejarlos allí; así que me imagino que me quedaría en la isla a vivir, usando el barco para pescar y viviendo en la cabaña a la que iría añadiendo habitaciones y un mirador en lo alto para poder ver el amanecer.

–¿Me invitaras a tu isla? –pregunté.

–Por supuesto. Habría sitio y comida de sobra. Podrías venir a verme siempre que quisieses.

–Te tomo la palabra. Pero luego no te quejes cuando aparezca en tu isla y me deje una barba larga hasta los pies.

–No dejaría que te pasase eso –dijo incorporándose en el agua y caminando con paso lento y las manos entrelazadas tras la espalda hacía la costa–. Fabricaría unas tijeras y yo misma te la recortaría para que fueses aseado y no se te quedase los restos de la comida pegados en la barba.

Salimos por fin del agua con las yemas de los dedos arrugadas, los ojos enrojecidos y los labios salados y corrimos hasta las toallas por una arena densa y húmeda al principio y seca y blanda al final.

Cogimos cada uno nuestra toalla y las sacudimos sujetándolas por las puntas al unísono para enrollarnos con ellas después. La miré de frente; gotas de agua salada apelmazaban sus pestañas formando grumos compactos, como estalactitas negras que se proyectaban en todas direcciones; y sentí la necesidad de besarla; y me pareció que ella también lo deseaba porque me miraba sonriente, con las mejillas un poco arreboladas y el pelo húmedo aplastado sobre su cabeza y aún recogido en una firme coleta que filtraba pequeñas gotas que descendían por su espalda y se perdían dentro de la toalla. Pero ninguno de los dos hizo ningún movimiento de aproximación y se convirtió en un momento incómodo roto por sus amigas al pasar a nuestro lado en dirección al apartamento para comer.

–¿Qué haces esta tarde? –pregunté deseoso de volver a verla.

–Tenemos una excursión por las montañas programada.

–Vaya...

–Si quieres –dijo tímidamente, bajando la cara hacia la arena que nos separaba y haciendo asomar el principio de la coleta en lo alto–, si quieres podemos vernos esta noche. Tenía pensado quedarme en el apartamento. ¿Por qué no pasas a por mí a las diez? Estamos en el complejo «La gaviota», apartamento 7-G

–Allí estaré.

Se marchó con sus amigas con la toalla anudada a la altura de las caderas y cubriéndole las piernas como si se tratase de una falda larga, colorida y mullida. Poco después recogí mis cosas y volví a casa con la moto.

Comí e intenté dormir la siesta; primero tumbado en el sofá con el ronroneo de la vuelta ciclista de fondo y luego en la cama. Pero me fue imposible conciliar el sueño a pesar de que me sentía adormilado por la ingente cantidad de sol que había recibido aquel día y la comida que se digería en mi estomago robándome la sangre del resto del cuerpo. Salí al balcón esperando que el mar me consolase con su lento movimiento, impasible ante lo que hacíamos los humanos en sus costas, como si nada fuese a perturbar su constante fluir de mareas, resacas y corrientes submarinas, y el mar lo supiese, y se riese de nosotros con una incontable fila de dientes espumosos. Pero el mar no estaba allí, solo la interminable empalizada de altos edificios de color beige que desafiaban a la vista, dividiendo a los habitantes de los dos lados de la carretera, separando al hombre de su amado mar que gorgotea y escupe cantos rodados y cristales suaves y pulidos.

«Se marchó con sus amigas con la toalla anudada a la altura de las caderas y cubriéndole las piernas como si se tratase de una falda larga, colorida y mullida.»

Pasé la interminable tarde deambulando por la casa, encendí mi ordenador en varias ocasiones y lo volví a apagar tras ver mis correos, me duché, salí al balcón e intenté leer. Mi madre, cansada de verme pasar varias veces, me dijo:

–Hay que ver qué aburrimiento llevas encima.

Por fin llegaron las ocho y media. Tomé una cena temprana, metí en una nevera portátil de plástico azul una botella de vino, un par de cervezas y cuatro latas de refrescos distintos y lo cubrí todo con hielo. A las nueve y media me encontraba frente a la verja de entrada del complejo «La gaviota» con la nevera descansando precariamente en el puente de la moto y dos cascos balanceándose a ambos extremos del manillar. Paseé de arriba abajo de la calle sin apartarme demasiado de la verja gris mate, apagada y sin vida del complejo, indeciso sobre si debía pulsar el botón del apartamento 7-G en el telefonillo o era más conveniente esperar a que llegase la hora acordada.

Por suerte la verja se abrió, desplazándose paralela al muro, antes de tiempo y del interior del aparcamiento apareció Anna con unos pantalones cortos marrones jaspeados que le llegaban por debajo de las rodillas y un top blanco, ajustado y evidentemente prestado. Lucía unas bonitas chanclas doradas que dejaban ver sus pequeños y delicados dedos, y un colgante azul y blanco de cuentas pequeñas y separadas que colgaba entre sus pechos bajando hasta su ombligo. En vez de la habitual coleta llevaba

el pelo recogido en un moño del que escapaba un flequillo asimétrico que caía sobre su rostro, ancho y largo por el lado derecho y fino y corto en el izquierdo. El moño dejaba al aire su hermoso cuello blanco que reflejaba como la noche anterior la luz de la luna.

Me quedé sin aliento. Cuando se acercó para darme dos besos apenas me atreví a colocar la tradicional mano en sus caderas que imprimía intencionalidad a aquel gesto de saludo. Le tendí uno de los cascos apenado porque ponérselo podía echar a perder su elaborado peinado y le dije:

–Te voy a enseñar un sitio que te va a encantar. Prácticamente solo lo conocemos los locales.

Se montó en la parte de atrás de la moto y se agarró a mi costado con fuerza mientras yo conducía alejándome de las filas de apartamentos. Salimos a la carretera que separaba el pueblo y giré a la izquierda sin acelerar demasiado. Rápidamente nos encontramos en lo alto del acantilado que bordea la playa y desde el que se puede observar el mar abajo, tras los guardarraíles metálicos, y la luna brillando impasible sobre él. Anna metió las manos en los bolsillos de mi sudadera y se apretó más contra mi cuerpo.

«Se montó en la parte de atrás de la moto y se agarró a mi costado con fuerza mientras yo conducía alejándome de las filas de apartamentos.»

–Hace frío –dijo gritando.

–Lo sé. No abras mucho la boca, si no se te meterá algún bicho. –La oí reírse con los labios apretados.

Me desvié en una pequeña vía de tierra apenas visible desde la carretera y que descendía escarpada e irregular hacia el mar, hasta llegar a una pequeña cala apartada del camino y de los turistas a la que solo se podía acceder a pie o en moto, como estábamos haciendo nosotros. Aparqué a cien metros de la arena apoyando la moto contra una roca, desgastada y manchada por el uso como aparcamiento, y ayudé a Anna

a desmontar. Luego abrí el asiento y saqué un par de toallas y una bolsa con vasos de plástico que le entregué a Anna. Cogí la nevera portátil y abrí el camino hacia la arena con ella pisándome los talones.

–Aquí es. ¿Qué te parece?

–Me encanta –dijo extendiendo una de las toallas sobre la arena–. Es como mi isla desierta.

–¿A que sí? Es el primer sitio en el que pensé mientras me lo contabas. Lo bueno es que no hace falta ningún barco para salir de aquí.

–También es lo malo –dijo ella sentándose en la toalla con las piernas dobladas bajo su cuerpo.

–Mira –dije abriendo la nevera–. He traído vino y refrescos.

–El vino me gusta.

–Pues vino entonces.

Descorché la botella y saqué dos vasos de la bolsa. Le serví una copa como si fuese un sumiller en un restaurante y se la tendí. Ella dio un sorbo mientras yo esperaba de pie a su lado, muy estirado y muy digno y mostrando la etiqueta del vino en su dirección. Ella asintió con la cabeza mientras decía:

–Afrutado, con un toque de roble.

Me serví un vaso y fui a sentarme a su lado, pero ella me detuvo y me dijo que me colocase detrás, y así lo hice. Se recostó contra mí apoyando la cabeza en mi hombro, nos tapó con la otra toalla y suspiró.

–Se está bien aquí, no hay ni un solo alma y por fin puedo disfrutar del mar y el viento como deben ser vistos y oídos; sin toda esa gente, sin todas esas luces y ruidos molestos a nuestro alrededor. Solos tú, yo y la arena. La vida es muy extraña.

–Sí, lo es –contesté rellenándole el vaso.

–Es como esa canción de Louis Armstrong: «What a wonderful world». A la vez tan bonita y tan triste. Es como si la melodía y las palabras hablasen de cosas distintas que comparten una misma verdad. La letra te dice lo bello que es el mundo y la música que aun así existe la tristeza, que todo se

acaba alguna vez. Así es la vida para mí, tan agri dulce que de algún modo parece encajar.

El mar fluyó frente a nuestros ojos y la luna se elevó paulatinamente en el firmamento mientras sorbíamos nuestro vino en vasos de plástico y nos abrazábamos con fuerza. Dos extraños que apenas se conocían y que de algún modo compartían aquella cala como nadie más la había compartido en años. Era nuestra isla desierta, nuestro mundo maravilloso donde las rosas blancas florecían sobre la superficie oscura, brillante y eterna que se extendía frente a nosotros.

La besé y su boca sabía a alcohol, a uva, a madera, a sal. Se giró y gateó sobre mis hombros hasta que los dos nos tumbamos uno sobre otro, derramando los vasos de vino sobre una arena sedienta que lo absorbió rápidamente hasta hacerlo desaparecer. Follamos cubiertos por las toallas, con los pies asomando por debajo y clavándose en la arena arcillosa, sin dejar de besarnos y mirarnos a los ojos que reflejaban una luna curvada más propia de una bruja que de aquel mar impasible, aburrido de observar a las parejas haciéndolo en sus costas.

Cuando acabamos volvimos a abrazarnos como antes e hicimos la promesa absurda de no soltarnos nunca. Pero ella se marchaba al día siguiente y yo me quedaba allí para ver cómo el mar seguía como siempre al otro lado de los edificios. Nos acabamos el vino y abrí una cerveza. Anna bebió conmigo.

*«Cuando acabamos
volvimos a
abrazarnos como
antes e hicimos la
promesa absurda de
no soltarnos nunca.»*

–No decías que no te gustaba.

–Nunca había tenido motivos para intentar que me gustase –dijo arrebatándome la lata y dando un sorbo corto.

Nos quedamos dormidos hasta que el frío de primera hora de la mañana nos despertó tiritando uno en brazos del otro. Nos besamos con dos bocas pastosas a las que no parecía importarles ni el mal aliento ni las babas reseca y vimos amanecer.

La dejé en el complejo de apartamentos «La gaviota» a la una y media del mediodía. Sus amigas se encontraban ya cargando las maletas en los coches con los que habían venido y la chica del dedo «que te jodan» se acercó hasta nosotros.

–Espero que os lo hayáis pasado bien –dijo quitándole a Anna, con dos dedos, un pegote de arena húmeda que llevaba adherido a la cara–. He tenido que bajar tu maleta yo sola así que te toca pagarme la comida.

–Si mi maleta es la más pequeña, no es justo.

–Se siente. Bueno, Enrique; ha sido un placer aunque no hayamos hablado demasiado. –Me dio un abrazo y se marchó hacia el coche.

Miré a Anna y la acerqué hacia mí pasando un brazo por su cintura y apretándola contra mi cuerpo.

–¿Si vienes algún día a la capital me llamarás?

–Por supuesto. ¿Y tú si vuelves al pueblo? –Pregunté.

–Claro que sí –dijo sonriendo–. Y no te olvides que cuando tenga una isla desierta tienes que visitarme, y te recortaré la barba y lo haremos en la playa bajo los cocoteros, cerca de mi barco. ¿De acuerdo?

–Estoy impaciente.

Nos besamos largamente, hasta que la chica del dedo «que te jodan» tocó el claxon y Anna corrió hasta el coche y se sentó en el asiento delantero. El coche arrancó y dio la vuelta al aparcamiento para encauzar la salida deteniéndose a mi lado. Anna sacó la cabeza sonriente por la ventanilla y me besó.

–Hasta luego, Enrique.

–Hasta pronto, Anna.

Se marchó una vez más dejándome a las puertas del complejo residencial donde la semana que viene otras personas ocuparían el apartamento 7-G. Otras personas que bajarían a la playa, y comerían en los

restaurantes del paseo, y alquilarían tumbonas, y harían excursiones por las montañas, y el sol y la arena los hipnotizarían, y nunca girarían sus cabezas para mirar a los adosados que invadían las laderas de esa montaña que se veía privada, después de muchos siglos, de la vista del mar.

Volví a casa.

Esa tarde me llamó Sento. Lo recordé sentado en una hamaca de playa en el porche de su casa, de espaldas a los edificios y al mar y con un libro en las manos. Siempre había sido un chico extraño con el que se metían los demás niños de clase. Pero, por algún motivo, era amigo mío y pasé muchas tardes con él en su porche ojeando sus libros y sus cómics de spiderman y los x-men. A veces bajábamos paseando hasta el quiosco de la Mari para comprar un paquete de pipas que nos comíamos sentados en la acera mientras el resto de niños volaban cuesta abajo con sus bicis. Hace cinco años que se marchó a la facultad y yo supe en el acto que lo echaría de menos mucho más de lo que echaría a cualquiera de los demás si se marchasen. Principalmente porque sabía que Sento no volvería nunca al pueblo, no era como el resto de nosotros que podíamos alejarnos de allí, pero no mucho, no durante demasiado tiempo.

«Nos besamos largamente, hasta que la chica del dedo “que te jodan” tocó el claxon y Anna corrió hasta el coche y se sentó en el asiento delantero.»

Al principio apenas reconocí su voz y me costó asignarle una cara que seguramente ya habría cambiado mucho al igual que lo había hecho la mía. Después de saludarnos efusivamente me contó todo lo que había hecho durante aquel año, y cuando me tocó el turno de hablar no supe qué decirle y contesté con un seco «por aquí todo bien». Hablamos durante más de una hora y me dijo que no iba a venir al pueblo aquel verano porque tenía que estudiar para las recuperaciones de septiembre pero que aun así le daba pena no verme y si quería podía pasar en su casa unas semanas. Le dije que me lo pensaría.

Cuando colgué salí al balcón y la luna se elevaba otra vez en el firmamento y me sentía solo. Me apoyé en la barandilla y pensé en irme a la capital, podía quedarme en casa de Sento y ver otra vez a Anna. Pensé que podía irme a la capital y no volver nunca más a aquel pueblo tras la empalizada de edificios. Y pensé, y pensé, y sabía que no iría a ninguna parte, de la misma forma que todo el mundo en el pueblo nunca va a ninguna parte. Seguiría allí, trabajando en la tienda de mi tío y viviendo con mis padres hasta encontrar a una chica tranquila con la que me casaría. Me compraría una casa en la ladera con dos pisos y un balcón desde el que no se ve el mar, y tendría hijos que crecerían con la piel curtida por el salitre. Y como todos los habitantes odié y amé a nuestro pueblo al otro lado de una carretera en la ladera de una montaña. Lo llevábamos codificado en el ADN, fluyendo en nuestras venas como la marea de nuestro mar invisible. Aun así nos era imposible separarnos de él y caminábamos por el paseo añorando el pueblo que había sido y que, a pesar de no haberlo conocido nunca, intuíamos en invierno, cuando el viento frío y furibundo barría a los turistas de nuestras costas y los fantasmas de los pescadores tomaban de nuevo las calles, caminando con el paso lento del que no tiene prisa y el gusto por las cosas que van despacio y con calma mientras reparan las redes y las cañas de pescar en sus cabañas, con sus hijos y mujeres en las puertas sujetando un farolillo. Y ese olor al mar y al pescado del cubo de latón; y la cerveza cuando anochece en el «anzuelo» mientras se narran historias sobre las capturas del día y se exageran los tamaños de los peces extendiendo unas manos ajadas por el roce de los cabos y los sedales. Cansados pero felices de regresar otra vez a la costa sabiendo que al día siguiente volverán a ese mar que se han ganado a fuerza de luchar contra sus olas y sus vientos, y que a pesar de poder reclamar como suyo sus hijos no podrán ver.

© Emilio Chapí Verdú

El autor:

Emilio Chapí Verdú. Ha publicado los siguientes relatos: "Sentado en el Borde la Ventana" en la revista **Narrador.es**; "Amigo Muerto" en las revistas **Narrador.es** y en el número nueve de la revista literaria **El Cuervo**; "Dinero Caliente" en la revista **Ariadna-rc**; "Recuerdos de un año perdido" en la revista **Palabras Diversas** n° 30, sección "la prosa que no cesa"; "Deshilachado" en la revista **Barok**; "No fue la relación" en la revista **Babab**.

FASCINACIÓN

por Ramón Araiza Quiroz

Helen es su nombre. ¿Quién es ella? La chica más fascinante que te puedas imaginar. Algunos piensan que primero vale la pena definir la palabra «fascinante» y a otros seguramente les importa un comino. Yo la verdad soy de la idea de dejar al gusto la cantidad de fascinación que le quieran poner: como si fuera receta de cocina: mucha, poca, demasiada fascinación.

En fin, Helen vive en un cuarto que le renta la señora Remedios, ella no es nada fascinante y lo más sano es estar lejos de esa mujer. El pedazo de suelo que le alquila a mi amiga es pequeñísimo y le cobra una buena cantidad de dinero por pasar la noche en ese cuartucho de quinta que no tiene ni ventilación. Los gatos duermen *todo* el día, pero se les ocurre hacer sus fiestas durante la noche: precisamente en el techo de la habitación de Helen. Los gatos son lo de menos, la verdad, porque el principal problema es la falta de agua. Eso sí, la casera se la cobra como si viviera en una zona residencial. A mi amiga no le queda otra más que tomar su baño de vez en cuando al aire libre, bueno *casi* al aire libre, porque lo hace en un pequeño e improvisado sitio asqueroso que tiene una cortina que apenas y la cubre de las miradas morbosas. Obviamente el agua siempre está helada porque no hay calentador. La mentada ducha no es nada agradable o prolongada: la señora Remedios está reloj en mano para –en cuanto ve pasar cinco minutos– lanzar su peculiar grito de que ya es hora de cerrar la regadera porque el agua está carísima, no hay que desperdiciarla y una letanía insoportable.

Lo bueno es que muy pronto mi amiga mandará a volar a su casera, dejará el cuartucho que le renta y vivirá en la zona más lujosa de la ciudad. Todo esto gracias a que conoció a un magnate de manera inesperada. Lo conoció de pura suerte cuando Helen estaba esperando el autobús y un tipo le preguntó su nombre. Ella, nada grosera, le respondió y el magnate se atrevió a invitarla a tomar un café. Helen no es una chica que acepte tan fácilmente una invitación, y menos en esas circunstancias, pero algo le dijo que hiciera caso a sus presentimientos. Tuvieron una breve conversación ahí sobre la acera y después caminaron hacia el café. Todo sucedió muy rápido, pero me alegra que haya sido así. El magnate la ha tratado muy bien desde entonces.

«Helen y yo crecimos en el mismo barrio. Tomábamos la misma ruta a la escuela y curiosamente un día me tocó compartir asiento con ella. La amistad brotó casi de la nada.»

Helen muy pronto podrá viajar por todo el mundo y se encargará de muchas cosas en la empresa de él.

Ayer la vi y me platicó todo lo que hará en su nuevo trabajo. También me comentó sobre la vida que llevarán ambos. La verdad qué suerte tuvo. Así estaría bien, que existiera un cierto equilibrio para todos: que alguien se nos acerque y pida saber la hora o nuestro nombre, responderle con amabilidad, después ser invitados a tomar un café, y listo. Tan fácil que suena y tan difícil que resulta tener esta suerte tocando a nuestra puerta.

Bueno, hasta ahora solamente he hablado de mi amiga, pero yo no me he presentado. Me llamo Sandy, soy la mejor amiga de Helen, bueno eso creo yo, o por lo menos eso fue lo último que me dijo. Yo no tengo la misma suerte que ella pero me resulta agradable hablar de mi amiga. Se merece lo mejor en la vida; desde muy chica sufrió mucho y ahora que se ha encontrado a un buen hombre no me resta más que desearles una larga vida y mucha felicidad a los dos.

Helen y yo crecimos en el mismo barrio. Tomábamos la misma ruta a la escuela y curiosamente un día me tocó compartir asiento con ella. La amistad brotó casi de la nada: primero hablamos muy formalmente de nuestro grupo y los profesores, pero en breve ya estábamos intercambiándonos los apodos de los mismos. Al poco tiempo mis amigos eran sus amigos y viceversa. Ella tuvo que cambiarse de escuela por motivos que nunca le quisieron explicar sus padres. Nuestra amistad continuó imperturbable.

Y bueno, aquí viene la gran confesión. Sé que quizá la palabra «fascinante» que he utilizado para describir a Helen puede sonar muy exagerada; especialmente cuando solamente he dicho que vivía en un

cuartucho, que creo que soy su mejor amiga y apenas he platicado un poco de nuestra niñez y de cómo cambió su vida. Pero, en serio, para mí ella es fascinante porque siempre he estado enamorada de Helen. Sí, así como lo he escrito: siempre he estado locamente *enamorada* de ella. Yo soy lesbiana, ella no. Nunca ha sucedido nada entre nosotras, pero eso no impide que sienta tanto por mi amiga. Siempre la he respetado; de hecho es la primera vez que escribo algo así, ella nunca ha sabido que me muero por un beso de sus labios o por lo menos un abrazo, pero de amor. Sí, desde luego, nos hemos abrazado cuando es nuestro cumpleaños o cuando llega la navidad, pero nada fuera del abrazo común. Jamás le he contado nada a nadie de esto. Nunca lo haría, y menos ahora que ella ya encontró al amor de su vida. Por cierto, se casan muy pronto. Me llena de alegría pero a la vez me siento un poco rara de amarla tanto y no poder estar con ella. No obstante, descarto la idea de armar un escándalo, o algo por el estilo, el día de su boda. Siento mucha tranquilidad de no haberle dicho nunca sobre mi amor hacia ella. También me siento feliz de que haya encontrado a alguien tan especial. Así que iré a su boda acompañada de mi hermano y celebraré con ella y su esposo esta historia de suerte y amor. No he perdido a mi amiga, ni nunca la perderé. Me llena de alegría saber que muy pronto saldrá para siempre de ese cuartucho de la señora Remedios.

Todo esto lo quería escribir en mi diario, cerrarlo con candado y ocultarlo en el sitio de siempre. Ahí donde solamente yo tengo acceso. Pero he decidido guardarlo en mi mente, aquí estará mucho más seguro.

Siempre te amaré, Helen.

© Ramón Araiza Quiroz

El autor:

Ramón Araiza Quiroz. Autor de la novela *Ojalá mi pareja leyera este libro*, editado por Selector y ubicado en los 8 libros más vendidos en las tiendas Liverpool. Ganador del Primer Premio Internacional de Nano-literatura P.E. en Venezuela con el psico-relato "Juliana". Autor de "M.O. Hoppert", relato publicado por la revista Narrativas. Otros relatos publicados en la misma revista: "Comala, Homenaje a Juan Rulfo": "La vaca tuerta" y "Brígida". Autor del libro de poesía dramática "11 de septiembre, la urbe" publicado en España y México. Ha colaborado con comentarios en las revistas norteamericanas Time y Newsweek. Todos los relatos pueden ser leídos en su página web www.ramonaraiza.com. (<http://www.facebook.com/escritor.ramon.araiza>)

* * *

Relato

TRÍO

por Elisa de Armas

Cuando Marta se fue juré que en mi casa no viviría más hembra que Tana y lo cumplí a rajatabla. Hay que elegir, y como no estoy dispuesto dejar de acoger en mi casa a mis amigos, o a los amigos de mis amigos, o a los simples conocidos que me traen aires nuevos y noticias del mundo, opté por vivir solo. Una cosa es ser hospitalario y otra arriesgarse de nuevo a encontrar a tu novia en brazos de uno de tus huéspedes.

Lo pienso y no sé explicar qué tenía Marta que no tengan las demás; no era demasiado guapa, ni tan lista como ella se creía, ni una amante excepcional, pero lo pasábamos bien juntos, toleraba mis manías, era alegre y conseguía inspirar en mí una ternura que yo mismo desconocía poseer. Me encandiló hasta el punto de que llegué a decirle que sí cuando, después de año y medio de convivencia, me sugirió que tuviésemos un hijo. Justo entonces apareció Norberto –con su meloso acento, su formación en la famosa escuela cine y televisión de San Antonio de los Baños y su apolillado dis-

curso revolucionario— a dar un curso de guión en el Ateneo Popular. Marta, novelera como era, se apuntó enseguida; durante el tiempo que compartimos frecuentó, con asiduidad irregular, dos talleres de mimo, uno de cocina vegetariana, varios de literatura —haiku, microrrelato, poesía para niños— y una serie de terapias pintorescas a las que la arrastraba su amiga Sonia —constelaciones familiares, bioenergética— al volver de cuyas sesiones se encerraba a volcar sus impresiones en libretas de tamaño cuartilla y tapas rojas, con la esperanza de utilizarlas en una futura obra narrativa que siempre le daba pereza acometer. Sí, Marta se inscribió en el curso de guión que impartía el cubano y yo metí en mi casa, durante los tres meses que iba a durar, a aquel tipo pedante y charlatán que, bien llevados, debía de haber cumplido ya los cincuenta.

No sé cuánto tiempo llevaría tirándosela a mis espaldas sin que a mí se me hubiese pasado por la cabeza que mi Marta pudiese preferirlo a mí. Fue después, en las horas en las que me reconcomía entre las nostalgias y el rencor, cuando me di cuenta de que el odio pertinaz de Tana hacia Norberto me debería haber puesto en guardia. Acostumbrada como estaba a las constantes visitas de duración más o menos larga, la perra solía limitarse a realizar un saludo protocolario, introduciendo el hocico húmedo entre las ingles de los invitados, sin hacer distinción de sexo o nacionalidad, y a volver a su rincón, en invierno en el salón, en verano en la terraza, hasta que, más bien Marta que yo, la sacábamos del encierro para pasearla por el parque cercano o, en los momentos de máxima felicidad perruna, nos íbamos los tres juntos al monte o a la playa. Por eso resultaban sorprendentes aquellos gruñidos amenazadores con los que recibió a Norberto al poco de llegar y que, lejos de aminorarse, fueron in crescendo hasta el día en que intentó atacarlo, ante mi estupor y la desesperación de Marta. De nada sirvieron las regañinas, ni siquiera el castigo con la zapatilla que nunca habíamos tenido que emplear hasta entonces, así que la pobre Tana, en pleno mes de enero, tuvo que ser relegada a la helada terraza, desde la que nos lanzaba miradas rencorosas. El día en que llegué a deshora, con la venda que tapaba la quemadura de ácido que me había hecho en el laboratorio del colegio enseñando a los chavales cómo hacían el jabón sus bisabuelas, y sorprendí a Marta dormida y desnuda en brazos de Norberto, Tana ladraba como una desesperada al otro lado del cristal. Denunciando la traición, pensé yo, aunque el tiempo vino a decirme que eran más bien unos terribles celos.

*«No sé cuánto tiempo
llevaría tirándosela
a mis espaldas sin
que a mí se me
hubiese pasado por
la cabeza que mi
Marta pudiese
preferirlo a mí.»*

No me engaño, hubiera estado dispuesto a perdonarla a poco que ella lo hubiese deseado, pero Marta no quería mi perdón. Sus planes de maternidad no resultaron tan ilusionantes como la partida a un país nuevo donde aquel amante más que madurito le iba a mostrar los encantos caribeños. Se vistieron —ella pidió perdón sin mirarme a los ojos— y salieron deprisa, deseando librarse de la incómoda situación. Tana y yo los vimos salir del portal, cogidos de la mano, y a mí me hubiese gustado poder ser al menos la segunda voz en aquel concierto de ladridos furiosos que acompañó a la pareja hasta que, a buen paso, doblaron la esquina de la calle.

No soy dado a lamerme las heridas mucho tiempo y, aunque los hechos posteriores lo desmintieron, por aquel entonces me consideraba una persona equilibrada y razonable. Les dejé las llaves, hicieron la maleta y yo volví a mi vida anterior a Marta. Conocí a bastantes chicas y me enredé un poco más con dos o tres. Eran relaciones agradables, que a veces simultaneaba, sin aspiraciones de compromiso ni por mi parte ni por la suya. No era el desengaño, estaba seguro, lo que me hacía mantener esta actitud. Era simplemente, consideraba yo, la vuelta a mi vida habitual, en la que Marta era, había sido, un paréntesis. Cuando a veces la recordaba, llegaba a comprenderla, pensando que yo también debería ser capaz de abandonar mi trabajo, cómodo pero poco estimulante, y esta ciudad pequeña y provinciana y lanzarme a recorrer el mundo. Nunca pensé que la capa de mi autocontrol era tan frágil como demostró ser, ni a dónde me arrastrarían mis sentimientos.

Porque Marta volvió sólo un año después. Y no sólo volvió, sino que se vino a vivir de nuevo al barrio, dos calles más arriba de la mía. Antes de que se instalara, es inevitable en Frontera, una ciudad en la que todos nos conocemos, yo ya había tenido noticias de su vuelta, de que Norberto la había dejado a los seis meses, de que la isla había perdido para ella el exotismo al mismo tiempo que crecía su añoranza por las comodidades y pequeños lujos que allí no podía permitirse y de que, después de un intento de instalarse en México, donde había aprovechado para aprender técnicas de

sanación por medio de la imposición de manos, la falta de trabajo la había hecho volver. Aún hoy no soy capaz de explicarme cómo el simple hecho de pensar que podía encontrármela alteró mi ánimo de aquella manera, ni por qué Mariana empezó a parecerme aburrida y las piernas de Amelia dejaron de parecerme las más hermosas que había visto nunca. El día del primer encuentro, en el comercio en el que compraba el pan al volver del colegio, durante el saludo cortés y civilizado, achaqué mi violenta reacción, que apenas fui capaz de disimular –el corazón me palpitaba, las manos empezaron a sudar–, al coraje que me daba pensar que aquel individuo, que se había aprovechado de mi hospitalidad y de la naturaleza mudable de Marta, había desechado tan deprisa lo que me había arrebatado. Simple despecho, pensé, antes de sorprenderme añorando aquel pelo negro, ligeramente encrespado, que no se parecía a ningún otro que hubiese acariciado nunca.

Un par de veces nos volvimos a encontrar a solas, fueron saludos rápidos, como de pasada, que dejaban en mí una visión fugaz que luego volvía una y otra vez a mi mente, los calcetines rojos, que tanto le gustaba usar, la nuca blanca, las orejas pequeñas... y estos rasgos familiares desataban los

«Porque Marta volvió sólo un año después. Y no sólo volvió, sino que se vino a vivir de nuevo al barrio, dos calles más arriba de la mía.»

recuerdos de noches, de tardes y de días compartidos y me ponían ligeramente melancólico. Finalmente llegó lo inevitable, una tarde, mientras paseaba con Tana por el parque, esta se detuvo en seco, alzó el hocico, y echó a correr disparada en dirección al banco donde Marta leía y subrayaba con esmero un manual de terapia Gestalt que cayó al suelo desbaratado. Entonces fue el revuelo de ladridos, de caricias, de la cola de Tana agitándose al aire de la tarde, de las palabras tiernas y sencillas –mi reina, mi niña, le decía entre risas mientras se le saltaban las lágrimas–. Yo, estaba claro, sobraba en aquel reencuentro.

A partir de aquel momento salir con Tana las dos veces al día de rigor se convirtió en un suplicio. Nada más pisar la calle, el animal venteaba el aire con insistencia hasta encontrar el rastro de mi exnovia y, a tironazos, intentaba encaminarse hacia él. Y cuando conseguía encontrarla era la fiesta del reencuentro, la alegría que acababa con Marta dándole unas palmaditas suaves en el lomo y empujándola, condescendiente, hacia mí. Tuve que restringir sus salidas al mínimo, pero aún así se me escapó varias veces. No había duda de dónde tenía que buscarla, en el portal de Marta, esperando que esta entrara o saliera para lanzarse sobre ella enloquecida de emoción.

Sé que es imposible justificar lo que hice. Los sucesivos encuentros me fueron convirtiendo en un ser nostálgico y lastimero que yo mismo despreciaba, y al mismo tiempo los celos me reconcomían con una fuerza que era incapaz de controlar. Pero no los antiguos, de aquel Norberto perdido en la memoria, sino los presentes, los que me producía el amor de aquellas dos criaturas del que me veía injustamente excluido. La maté, sí, y tengo que confesar que no me arrepiento, aunque la última mirada de sus ojos aterrados sigue acompañando mis noches de insomnio. Esperé a que Tana se escapara de nuevo, le di tiempo, para asegurarme de que Marta hubiese vuelto a casa, esperé a que sonara el teléfono, era ella, para avisarme de que debía ir a recoger al animal. Me abrió la puerta, llevaba sus calcetines rojos y una chaqueta de rayas de colores que yo le había comprado en el mercadillo. Tana se refugió en una esquina al verme llegar, resistiéndose a marcharse, fue entonces cuando saqué el cuchillo. Tuve suerte, no sé cómo lo hice, pero acerté a la primera, en la carótida. La sangre surgió como una fuente que salpicó la jarapa, las cortinas y los pantalones blancos de Marta. En los calcetines no se notaban las manchas.

Me di la vuelta y salí temblando. De rabia y de vergüenza. A Marta no volví a verla, dos días después se marchó de Frontera. Entonces hice un nuevo juramento: en mi casa no volvería a vivir jamás hembra ninguna.

© Elisa de Armas

La autora:

Elisa de Armas. Nací en Sevilla, me licencié en Geografía e Historia y soy profesora en un instituto de secundaria de la misma localidad. He cursado diversos talleres literarios y, como escritora, cultivo el microrrelato, habiendo obtenido algún reconocimiento que otro. Mantengo el blog Pativanesca (<http://pativanesca.blogspot.com>). Desde julio de 2010 ejerzo como tallerista en el taller de minificciones de Ficticia (<http://www.ficticia.com/marina.php>).

MICRORRELATOS

por Víctor Lorenzo

PAPIROFLEXIA

Recorto un trozo de papel y voy doblándolo hasta conseguir un pequeño avión. Le insufló aliento en la punta, un par de veces, lo lanzo con fuerza y el avión desaparece en el horizonte. Arranco otro pedazo y voy haciendo y deshaciendo pliegues hasta formar una grulla. La dejo en la baranda y al instante levanta el vuelo y se pierde entre las nubes. Corto otros dos trozos, cada vez queda menos, y con uno me fabrico un gorro de papel para protegerme del sol y con el otro moldeo una rosa. Huelo su perfume, suspiro, y la lanzo por la popa para observar cómo se pierde entre la estela de espuma y celulosa.

* * *

SIN FALTA

Mi primera novia, a los quince, fue Rosa, una jovencita frágil y delicada. Una pena que nuestro amor efímero se marchitara en un solo verano. Después, en la facultad, estuve con Remedios, estudiante de farmacia, con quien todo fue de maravilla hasta que descubrí su enfermiza hipocondría. Más tarde conocí a Bárbara, una erasmus de rasgos exóticos, con la que muy a mi pesar no congeniamos; parecía que habláramos idiomas distintos y pese a estar juntos todo un curso, jamás nos entendimos del todo. Tras el verano vino Inmaculada, con la que lo pasé muy bien hasta que empecé a frecuentar más de la cuenta su piso de soltera, aséptico hasta la náusea. Luego apareció en mi vida Nieves, la chica del pueblecito de montaña, de muy fácil convivencia, pero muy fría en la cama. Eso nos distanció. Con Ángeles, mi siguiente relación, fue peor porque jamás tuvimos sexo. Pilar fue mi apoyo tras la ruptura, pero se cansó de soportar siempre sola el peso de la pareja y acabó marchándose. Luego conocí a Clara, preciosa y transparente, pero decía las verdades a bocajarro, y su modo de hablar sin rodeos me ofendía con frecuencia. Con Paz, mi última novia, no hubo ningún problema, ninguna discusión. Seguramente por eso lo dejamos. Hace cuatro o cinco semanas conocí a Concepción. Nos casamos el mes que viene. Sin falta.

* * *

HELIOCENTRISMO

Compré un girasol grande, de metro y pico, cargado de pipas que engulliría encantado mi loro, y lo planté en el jardín. Al día siguiente, le eché un vistazo desde la ventana y parecía más pequeño. Al acercarme, aumentaron mis sospechas. Decidí medirlo cada mañana con lo que pude comprobar que, efectivamente, encogía unos centímetros a diario. Las hojas disminuían y el tallo adelgazaba. Las pipas, a su vez, fueron reduciendo su tamaño hasta desaparecer. En poco más de un mes, el girasol medía apenas dos palmos. Durante estos últimos días, los acontecimientos se han precipitado a toda prisa. El lunes ya sólo era un minúsculo tallo que luchaba por salir entre los grumos terrosos; anteayer, apenas un incipiente brote. Ayer, bajé al jardín y ya no se veía. Escarbé la tierra con cuidado y saqué una pipa de entre dos pequeños terrones. Entré en casa, me acerqué a la jaula, y se la di al loro. Hoy, mientras le cambiaba el agua, parecía más pequeño.

© Víctor Lorenzo

El autor:

Víctor Lorenzo (Lleida, España, 1980). Licenciado en Filología Hispánica. Miembro del comité editorial de la **Internacional Microcuentista**. Publica sus microrrelatos en blogs y webs dedicados a la minificción y en diversas publicaciones periódicas, tanto digitales como en papel. Algunos de sus textos han sido recogidos en antologías. Alimenta las **Realidades para Lelos**. Aprendiz de guionista, espera recibir la llamada del editor insensato interesado en publicar su primer libro de microrrelatos.

EL NACIMIENTO DE UN DON

por Álvaro Domínguez

Es curiosa la simpleza, y hasta me atrevería decir vulgaridad, con que los grandes acontecimientos de la vida tienen lugar. Qué duda cabe que el escenario donde ocurrió lo que quiero contar no tiene nada de especial, mucho menos interesante y, como ya he dicho, nadie podía esperar que algo tan extraordinario fuese a suceder allí, ya fuese por la indolencia a la que todos habíamos terminado cediendo en los últimos años o por lo ordinario del emplazamiento: la sala de estar de mi casa.

Se trata de una habitación de considerables dimensiones en proporción con el resto de la casa. Mi mujer y yo quisimos invertir en los espacios comunes, y, como su mismo nombre indica, la sala de estar es el corazón de toda casa familiar. Al menos debería serlo. No me gusta la tendencia de las familias nuevas a convertir cada dormitorio en una pequeña sala de estar, propiciando la independencia de los hijos desde la primera infancia. No lo veo correcto. Los niños deberían gatear sobre una gran alfombra, de esas que las abuelas se pasan el día barriendo por miedo a que se estropee; deberían escalar por las patas de mesas y sillas, aprender a luchar por lo que quieren gracias al esfuerzo que supone alcanzar los objetos que reposan en las alturas: mecheros, juegos de té y demás artefactos no aptos para manos pequeñas, que los mayores creen libres de todo peligro por su aparente inaccesibilidad; los adolescentes deberían hacer los deberes en la gran mesa, mientras sus padres ven la televisión, la única en toda la casa, salvo quizás la de la cocina, al igual que el ordenador, cuyo total control es únicamente posible si se encuentra en un lugar accesible. Y la habitación de alguien que pasa por la pubertad es cualquier cosa menos accesible. Asegurar toda esta serie de conductas está en manos de los adultos de mediana edad, ya que son los responsables de los más jóvenes, así como de los viejos como yo, que ya asumimos dicha obligación en su debido momento –muy bien asumida, para qué decir lo contrario– y hace tiempo que dejamos de estar para esas cosas.

La sala de estar. Lo que ha sido y lo que es ahora.

Mi mujer y yo tuvimos un único hijo, aunque no hizo falta un segundo ni un tercero para llenar nuestra sala de estar con la clase de vida que aporta un espíritu nuevo. Probablemente no sea el único padre que considera los años de infancia de su hijo como los más felices. Sin duda lo son. La adolescencia trae consigo un montón de cosas desagradables, empezando por el individualismo; a partir de ahí todo va cuesta abajo a medida que el cuerpo se estira hacia arriba.

Hablaba de la sala de estar de mi casa. La he definido como ordinaria porque, a pesar de ser el escenario donde se ha representado gran parte de mi vida y, por tanto, trascendental, no es más que una habitación más de una vivienda cualquiera para una persona que no pertenezca a mi familia, e incluso también para algunos de los personajes que ostentan tal afiliación.

Decididamente carece del derecho a ser llamada con la palabra «salón», más ostentosa, presuntuosa en más de un caso; no hace falta salir del edificio para poner a prueba dicha afirmación. Son tiempos duros y muchos muebles han sido vendidos, otros se los han llevado mi hijo y mi nuera, todo esto a partir del fallecimiento de mi mujer, hace tres años, a causa de un infarto. No hay un deterioro evidente, al menos en el plano físico, pero yo noto la degradación causada por la pérdida. Es algo intuitivo, que solo una persona que haya vivido tantos años aquí puede percibir, y lamentarse por ello como yo hago. Lo único que permanece, y prevalece, es el piano, un Steinway negro tan viejo como yo, que ha sido mi sustento y el de mi familia durante cuarenta años, hasta que la artritis tomó una

«Mi hijo nunca ha sentido el menor interés por la música. Cuando el suceso extraordinario del que hablaba tuvo lugar, él leía el periódico, indiferente al piano que le dio de comer y al hombre que lo hizo posible.»

decisión que me correspondía a mí.

Hacía años que nadie tocaba en esta casa.

Mi hijo nunca ha sentido el menor interés por la música. Cuando el suceso extraordinario del que hablaba tuvo lugar, él leía el periódico, indiferente al piano que le dio de comer y al hombre que lo hizo posible.

Todo era normal hasta entonces, todos éramos normales. Y actuábamos en consecuencia. Sentada en el sillón adyacente al sofá donde mi mujer y yo solíamos descansar juntos, mi nuera tejía unos patucos que esperaba terminar a tiempo de regalárselos a una amiga que había salido de cuentas; yo dormitaba en mi sillón, que era lo más cercano a un trono a lo que puede aspirar un cabeza de familia. Sentándome en ese viejo mueble no me siento importante, por supuesto que no, eso es cosa de otros, pero sí disfruto de una tranquilidad que únicamente la resignación puede proporcionar. Un rey no se resigna, no puede; pero un hombre sí.

Las horas pasaban con la misma parsimonia que nosotros.

Fuera llovía. Ni siquiera eso era una novedad. Estábamos en el norte de España, lo raro habría sido un sol ardiente en pleno otoño. No, nada de especial había en este día que pudiera servir de preludeo a lo que iba a suceder.

La lucha cuerpo a cuerpo entre las dos varillas de hacer punto de mi nuera y el pasar de las páginas en manos de mi hijo eran los únicos sonidos que llegaban a mis cansados oídos, causando el efecto

«Mi nieto llegaba reclamando saciar una curiosidad que los demás habíamos perdido, unos antes que otros. Apenas dio un paso y se detuvo, como si quisiera concentrar toda la energía de la que su mente era capaz en el manejo del sentido de la vista.»

de potentes somníferos cargados de aburrimiento. Entonces los pasos de la siguiente generación irrumpieron en la sala anunciando algo más interesante. Era mi nieto, que había despertado de su siesta antes de tiempo. El chirrió de la puerta que conducía al pasillo lo delató, activando el animal instinto de alerta de su madre, que volvió a su tarea una vez se hubo asegurado del bienestar de su hijo. El mío, su padre, ni se inmutó: había llegado a la sección de deportes. Todos los tópicos se mantenían en la posición que les correspondía dentro de la sala de estar, como los jarrones en la repisa de la chimenea, los libros en la estantería y los cuadros en las paredes.

En un primer momento no me levanté; el sillón estaba orientado hacia aquel mismo punto con el fin de controlar todo lo que sucedía en aquella habitación desde su misma entrada hasta el fondo sin necesidad de girar la cabeza.

Mi nieto llegaba reclamando saciar una curiosidad que los demás habíamos perdido, unos antes que otros. Apenas dio un paso y se detuvo, como si quisiera concentrar toda la energía de la que su mente era capaz en el manejo del sentido de la vista. Los ojos le obedecieron, moviéndose alternativamente de derecha a izquierda, de arriba abajo, en diagonal, procesando cada dato a la velocidad de una máquina. Tal vez buscase todo aquello que había visto mientras dormía, preguntándose adónde había ido a parar. Nada llamó su atención, nada excepto una cosa: el piano.

Una tímida emoción actuó con independencia de mi cerebro y me levantó la cabeza lo suficiente para dejar de notar la acolchada textura de mi sillón bajo la nuca. El espacio entre esta y el respaldo se convertía en un abismo, mientras el que había entre el piano y mi nieto se estrechaba cada vez más. Se quedó mirándolo largo rato, como preguntándose si se le estaba permitido tocarlo. Con toda probabilidad se había dado cuenta, a base de detalles superficiales (una fugaz mirada de nostalgia, una caricia de pasada sobre el teclado descubierto o el simple hecho de que nunca nadie le diese uso), que aquel objeto no era como los demás, que no era un simple mueble. El piano era importante, aunque no fuese capaz de adivinar de qué manera. Por supuesto, aquel tipo de enigmas alimentaban la curiosidad como ninguna otra cosa. El niño se adelantó y, haciendo acopio de toda su valentía, se subió a la banqueta.

Una intensa sensación de pánico me sobresaltó al pensar que los padres de la criatura pudiesen cortar sus alas obligándole a que se bajara de ahí, así que les indiqué lo que el niño estaba haciendo, dando a entender con mi tono de voz que estaba encantado con aquella muestra de interés por el instrumento. El periódico siguió manchando de tinta los dedos de uno y los patucos siguieron gestándose entre las dichosas agujas manejadas por las manos de la otra.

Durante un rato que me pareció eterno mi nieto acarició respetuosamente la tapa que cubría el teclado al mismo tiempo que contemplaba su reflejo ennegrecido. Luego se detuvo, tal vez pensando si debía continuar con aquella nueva aventura, si el resultado final merecería la pena. O tal vez no pensase en nada, nada profundo al menos, porque era un niño, y la mente de los niños era inmensa, pero no profunda.

Finalmente se dispuso a levantar la tapa, y a medida que lo hacía parecía que estuviese abriendo un cofre del tesoro. La boca abierta en un círculo infinito, la mirada hundida en la luz que desprendía el misterio que se ocultaba dentro. Apartó la tela verde que aislaba del polvo al teclado y las teclas (lingotes de oro blanco y negro) quedaron descubiertas.

Tocó la primera tecla: Do sostenido. Empezar por el principio siempre era una sabia decisión. Le gustó el sonido, así que repitió el gesto de posar su pequeño dedo en la misma tecla. Pasaron unos segundos hasta que se animó a probar algo nuevo, y cuando lo hizo se trasladó al final del teclado. Se asustó un poco; yo sonreí, aunque no me di cuenta porque estaba absorto en lo que empezaba a tocar. Me pregunté si era una obra conocida, si se trataba de algo que yo hubiese tocado alguna vez. Busqué similitudes, algún lejano recuerdo de una sonata familiar. No, era algo nuevo, una improvisación, y aquello me gustó.

«Como todos los grandes artistas, los niños no veían el mundo, lo interpretaban. Algunos, como mi nieto, iban más allá y creaban mundos nuevos. Tal era la diferencia entre él y yo.»

Como todos los grandes artistas, los niños no veían el mundo, lo interpretaban. Algunos, como mi nieto, iban más allá y creaban mundos nuevos. Tal era la diferencia entre él y yo. Yo nunca compeuse. El límite de mi talento era la interpretación de las obras de otros. Mi nieto no conocía ese límite, ni lo conocería, porque el suyo era el más grande de los dones: la capacidad de crear. En su caso, crear música.

El gusto salado de una lágrima se coló en mi boca por la comisura de los labios, que sonreían, todo ello motivado por el sentimentalismo de un viejo.

Abandoné mi trono de rey jubilado y caminé hacia el trono de mi juventud, ocupado por el príncipe heredero, que se hizo a un lado para dejarme sitio. Nos miró alternativamente a mí y al teclado, indicándome que atendiese a lo que estaba haciendo. Y siguió tocando con el entusiasmo producido por la novedad y la naturalidad de algo que se hace legítimamente. Estaba dando la bienvenida a su talento, que había sido concebido al tocar la primera tecla, al ejecutar el primer sonido. Todo lo que le quedaba era parirlo. Tardaría una hora, un día, el tiempo que fuese; entonces le quedaría la tarea de cuidarlo, alimentarlo y educarlo, hasta conseguir que madurase con cada nueva creación, y, si tenía éxito, ese don que le acompañaría durante toda su vida, al que querría más que a sí mismo, sin el que no sería nada, ese don lo sobreviviría y lo convertiría en inmortal, al igual que un hijo hacía con su padre. O un nieto con su abuelo.

© Álvaro Domínguez

El autor:

Álvaro Domínguez (Pontevedra, 1986). Está cursando el último año de la Licenciatura en Historia del Arte por la Universidad de Santiago de Compostela. Ha sido publicado en los números 11, 12, 14, 15, 17 y 19 de la revista Amateurs (www.amateurshotel.es) bajo el seudónimo "Derreuve" y es autor del blog "Vida a los 20" (www.vidaalos20.blogspot.com), que recientemente ha sido destacado en la sección "Tengo un blog" de www.lavanguardia.com/participación. También colabora como redactor en la web de la revista Dot (www.dotgalicia.com).

ADIÓS, JULIA; BIENVENIDA, NADA

por Rebeca García-Nieto

I

Querida Julia:

Supongo que, a estas alturas, esta carta te resultará bastante sorprendente. Sé que ha pasado algún tiempo desde la última vez que nos vimos, pero, francamente, hasta hoy no he tenido arrestos para escribirte.

Sí, tienes razón, esto es exactamente lo que parece: una carta de despedida. Lo creas o no, me han pedido que me despida de ti por correspondencia. Sí, ya lo sé, ¡tamaño estupidez! A mí también me parece ridículo escribir a un destinatario ausente. De todos modos, los expertos en adioses aseguran que éste es un paso crucial para dejarte ir; así que... aquí estoy.

Debía de tener unos doce cuando te vi por primera vez. Seguro que ya no te acuerdas. Tú y tu hermana acababais de nacer, y, para ser sincera, la idea de tener que cargar con vosotras de por vida no me hacía la menor gracia. Mi madre dijo: «Debes cuidar de ellas. Algún día te harán sentir orgullosa». Era la primera vez que me dejaba al cuidado de algo... También era la primera vez que dejó de cuidar de mí. Como jamás volvió a decir nada al respecto, crecí con la idea de que había algo secreto en torno a tu presencia, algo que debía permanecer oculto. Pero, entonces, ¿por qué habría de sentirme orgullosa?

En aquella época no era capaz de entender de qué demonios hablaba mi madre, así que me esforcé por ignorarte con todas mis fuerzas. Durante años, miré para otro lado, hice lo imposible para convencerme a mí misma de que no existías... ¡Al menos no todavía! Ni que decir tiene que todos mis esfuerzos resultaron en vano. Prácticamente desde el principio encontraste la manera de convertirte en el centro de atención. Aunque está mal que lo diga, tengo la impresión de que siempre te gustó exhibirte. Siempre te las ingeniaste para no pasar desapercibida, por eso ninguna de mis tácticas sirvió de nada.

«Durante años, miré para otro lado, hice lo imposible para convencerme a mí misma de que no existías... ¡Al menos no todavía!»

Entretanto tú... no dejabas de crecer. Pensé que era hora de emprender medidas más drásticas. Estaba claro que con ignorarte no adelantaba nada. No sólo traté de esconderte, sino que, cada vez que alguien me preguntaba por ti, yo te negaba. Te negué una vez, te negué dos, te negué más de tres veces... Además, luché con todas mis fuerzas por frenar tu crecimiento... Fue inútil. A ti nunca te gustaron las restricciones. De hecho, siempre fuiste mucho más libre que yo. Ahora veo mis intentos de constreñirte como un acto de deslealtad por mi parte; entonces pensé que era la única forma de mantener con vida la niña que había en mí.

Por favor, no te ofendas. No es nada personal. Es sólo que tu mera presencia cambió mi vida. Papá no os prestó mucha atención, ¡POR SUPUESTO QUE NO! No obstante, casualidad o no, tu llegada coincidió con mi destronamiento. Tu nacimiento solamente significaba una cosa: yo nunca volvería a ser la niña de papá... Y ninguna chica, aunque haya cumplido ya los trece años, está preparada para ello.

Hubo momentos en que me habría encantado aplastarte. Pasaba las noches fantaseando con vendas, martillos y apisonadoras. Como nada funcionaba, opté por pedir ayuda a la Divina Providencia. Probablemente no lo sepas, pero en aquella época rezaba devotamente. Cada noche me arrodillaba junto a la cama, unía las palmas de mis manos tal y como me enseñaron en el colegio... y rezaba desesperadamente por tu desaparición. Rezaba y rezaba como el más ferviente de los cristianos. Créeme, no es que quisiera que te pasara algo malo, simplemente quería que alguien te extirpara de mi vida. Eso

era todo lo que pedía. No quería un baño de sangre, simplemente una operación certera, indolora, aséptica... ¡Como suelen serlo las intervenciones divinas!

¿Qué delito cometiste para engendrar ese odio en mí? Ciertamente no fue un crimen de la carne, sino de los huesos. Los médicos dijeron que estaba sometida a demasiada presión. Hiciste que mi columna venciase. Solamente un corsé podría enderezar algo tan torcido. ¡Por Dios bendito, casi me partes en dos! ¿Tienes idea de lo mucho que duele? Yo, desde luego, no sabía que los huesos pudiesen doler tanto. El hecho de que algo invisible, como es el dolor, pudiese atravesar la carne era nuevo para mí. Me lo tomé como una puñalada por la espalda por tu parte. Supongo que fue tu particular venganza por mi intento fracasado de, cómo lo diría, sí... de oprimirte. Querías que supiera en mi carne, en mis huesos, qué se siente al estar comprimida, ¿no es eso? Me guste o no, supongo que fue justo. Supongo que fue entonces cuando decidí hacer las paces contigo.

En honor a la verdad debo decir que nuestra convivencia no fue tan difícil como en un principio había pensado. Poco a poco, me fui acostumbrando a vuestra presencia. Bien pensado, creo que formábamos un buen equipo. Al principio no me importaba que los chicos te mirasen. En aquella época a mí no me interesaban. Más tarde, tendría yo unos dieciséis, decidí que ya era hora de que cambiasen las tornas. Julia, nunca te lo he dicho, pero debo confesar que, en muchas ocasiones, te utilicé de cebo. Aunque nunca supe por qué, los chicos parecían preferirte a ti; a mí, en cambio, apenas me miraban. Una vez superados los celos iniciales, decidí aprovecharme de las circunstancias...

«¿Qué delito cometiste para engendrar ese odio en mí? Ciertamente no fue un crimen de la carne, sino de los huesos.»

¿Que cómo saqué provecho de vosotras? Bueno, verás... Tú y tu hermana atraíais a los chicos. Vale, en honor a la verdad, más que atraerlos, los imantabais. Ellos se acercaban a vosotras como bobos, y yo, que era la cabeza pensante del equipo, me los llevaba a la cama. ¡Así de fácil! La estrategia marchó a la perfección. Funcionó una, dos, incluso tres veces. La cuarta vez, en cambio, fue un auténtico desastre. Ocurrió algo con lo que no contaba. Me enamoré como una tonta del hombre que luego se convertiría en mi marido... Y tú, para variar, te interpusiste entre nosotros. Bueno, no sé por qué te cuento esto. Por favor, Julia, no

te hagas la sorprendida. Tú estabas allí, en el medio, como siempre, así que seguro que lo sabes de sobra.

Fíjate, han pasado décadas desde entonces, pero mi cabeza aún no puede permitirse el lujo de dejarlo marchar. No te atrevas a pensar ni por un momento que me he olvidado de todas las miradas que me robaste, de todas las miradas que debían haber ido dirigidas a mí. Confieso que hubo momentos en que llegué a envidiarte, pero ¿qué podía hacer? No podía deshacerme de ti ni siquiera en mis mejores sueños. Estoy segura de que mi marido me habría dejado si hubiera osado hacer tal cosa. Es obvio que os necesitaba. Me costó años asumir que, en realidad, mi marido no se acostaba sólo conmigo. Sí, lo sé, suena horrible: a mi marido le gustaban los tríos. ¿De qué trío estoy hablando? De aquel que formábamos tu hermana, tú y yo.

Una vez asumida la extraña situación, y a pesar de (o tal vez en parte gracias a) vosotras dos, pude disfrutar de una vida sexual muy placentera. No me avergüenza reconocerlo en absoluto. Fueron unos años maravillosos. ¡OH, SÍ, EN VERDAD LO FUERON! Lástima que esa vida plena acabara de golpe y porrazo cuando nació mi hija. No me refiero sólo al hecho de que mi marido perdiera de un plumazo todo su interés por el sexo (al menos por el sexo conmigo, claro está), sino a que volvieras a meterte de por medio. Esta vez me costó mucho más perdonarte: esta vez te interpusiste entre mi hija y yo. Así, sin que apenas me diese cuenta, te empeñaste en interpretar el papel protagonista en su crianza. Llegué a pensar que mi hija, a juzgar por lo que lloraba cuando no te tenía cerca, te prefería a ti. Me moría de celos, lo reconozco. Estaba mucho más celosa que cuando accedí a que llevaras la voz cantante en mi lecho conyugal. Lo cierto es que tardé años en perdonarte que fueses tan, digamos, maternal. ¡Por el amor de Dios, eras más madre de mi hija que yo misma!, ¿cómo podría perdonarte algo así? Sólo con el paso del tiempo pude llegar a comprender que, para cumplir mis obligaciones como madre, tenía que contar necesariamente con tu ayuda. En otras palabras, me di cuenta de que sin ti no podría ser madre... Y por ello te doy las gracias de todo corazón.

Puesta a sincerarme contigo, debo confesarte que no te escribo sólo para despedirme de ti. También

me gustaría pedirte consejo. Tengo que tomar una decisión difícil y no sé qué debo hacer. Ojalá pudieras contestarme esta carta. Ojalá supiera también qué opina tu hermana al respecto. No sé muy bien cómo decirte esto... El caso es que mi marido, como casi todos los hombres, sigue prefiriendo los tríos, y yo, que no sé decirle que no, me estoy planteando la posibilidad de encontrarte una sustituta. Espero que no te importe. Quiero que sepas que la idea no me produce ninguna gracia. Sé perfectamente que no será lo mismo. Mi marido también lo tiene claro, pero los expertos en avatares afectivos afirman que sería bueno para nuestra vida sexual. La sustituta de la que nos han hablado es tan artificial como una muñeca hinchable; sin embargo, nos aseguran que contribuirá sustancialmente a nuestro bienestar emocional.

Siento mucho lo que ha pasado, Julia. Ojalá las cosas no hubieran acabado así. A pesar de toda la felicidad que me has dado, tuve que tomar la decisión de separarme de ti. No fue nada fácil. Las opciones entre las que podía elegir estaban a medio camino entre la pena de muerte y la eutanasia. De hecho, éstos eran los dos extremos del dilema en que me encontraba. Firmar el consentimiento para la muerte asistida de alguien que es parte de ti, aunque sea por su propio bien, se parece mucho a firmar tu propia sentencia de muerte. Ojalá hubiera podido posponer tan trascendental decisión, pero el tiempo, como casi siempre, jugaba en nuestra contra.

Dijeron que tu presencia representaba una creciente amenaza para mi vida. Soy consciente de que siempre quisiste conocer otros lugares. Tu curiosidad por los territorios desconocidos no me pilla, en modo alguno, por sorpresa. Hice todo lo que pude por ayudarte, pero tu hambre de libertad era insaciable. No te bastó con expandirte, ampliar horizontes. Esta vez querías invadir otras áreas, infiltrarte. Y yo no podía permitirlo. Era mi vida la que estaba en juego. Tenía que decidir entre tú o yo.

Puedes pensar que mi decisión de cortarte las alas es como volver a los viejos tiempos, cuando yo estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de impedir que crecieras. Confía en mí, esta vez no me estoy comportando como una adolescente envidiosa, sino como una hermana mayor que sólo quiere lo que sea mejor para ti. Por favor, perdóname. No tuve elección.

«Puedes pensar que mi decisión de cortarte las alas es como volver a los viejos tiempos, cuando yo estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de impedir que crecieras.»

Bueno, ya sólo me queda despedirme de ti, no sin antes darte las gracias por todo lo que has hecho por mí. Durante años, me completaste. Me proporcionaste equilibrio, proporción y armonía. Reconozco que, antes de que tú llegases, yo no tenía la menor idea de lo que significaba la belleza. Antes no me preocupaba por cremas corporales reafirmantes, los escotes o los voluminizadores. En definitiva, me enseñaste a ser mujer. Y eso es algo que nunca podré agradecerte lo bastante.

Desde que te fuiste me convertí en una mujer cubista. Te aseguro que es muy duro tener que convivir con lo asimétrico. De todas formas, no te preocupes, aún no he perdido la esperanza. Lo deforme y lo bello no son siempre antagónicos. Mira la Venus de Milo, por ejemplo. ¿Quién nos iba a decir que una escultura amputada fuese la elegida para representar a Afrodita, diosa de la belleza? Estoy convencida de que si la Venus de Milo tuviese brazos, pasaría completamente desapercibida.

Soy consciente de que has dejado en mí un vacío inmenso, un vacío que nada podrá llenar. Es a esa Nada a la que ahora tengo que dar la bienvenida. Tengo que seguir adelante. Por favor, créeme cuando te digo que, aunque no estés aquí, siempre estarás conmigo. Adiós, Julia. Que Dios te bendiga.

II

—Por favor, vamos a dar la bienvenida a Emma con un fuerte aplauso. Emma, gracias por compartir estos momentos tan duros con nosotros. Eres muy valiente.

—No más que cualquiera de las presentes.

—Creo que tu carta nos ha impresionado a todos. Supongo que todos llevamos dentro un escritor que

espera que una emoción extrema, como el dolor, lo haga salir de su escondite, ¿no os parece?

–Emma, tu carta me ha parecido un poco desgarradora –dijo una de las presentes–. Reconozco que en determinados momentos he estado a punto de llorar.

–Es desgarradora porque de eso, en esencia, es de lo que va todo esto. Estamos hablando del desgarramiento de nuestro cuerpo.

–Estoy de acuerdo contigo, Emma. Estamos hablando de la amputación de una parte esencial del cuerpo de la mujer. La palabra «mastectomía» es demasiado técnica como para expresar todo el desgarramiento que se oculta tras ella – intervino la terapeuta–.

–Tengo una pregunta –dijo otra de las participantes–. ¿Por qué escogiste ese título para tu carta? Suena raro... ¿Qué significa «Adiós, Julia; Bienvenida, Nada»?

–Julia es el nombre de mi hija. Pensé que podría ser una buena idea llamarla así; al fin y al cabo, ella también creció de mí. El punto y coma alude a la operación. Que te extirpen un pecho no es un punto final; para bien o para mal, tu vida continúa. Sin embargo, no hay duda de que es un punto de inflexión. Como todas sabemos, nuestras vidas cambiaron después de la mastectomía.

–¿Y cuál es la Nada a la que das la bienvenida en el título?

–Tras la intervención no hay nada donde solía haber algo. Tienes que dar espacio a un vacío en tu cuerpo, por así decirlo. Tienes que hacer lo posible por llenarlo... Y ése es precisamente nuestro trabajo ahora. Para eso estamos aquí.

–A menos que consideres la posibilidad del implante de pecho –sugirió una de las mujeres.

«Tras la intervención no hay nada donde solía haber algo. Tienes que dar espacio a un vacío en tu cuerpo, por así decirlo.»

–Como escribí en la carta, soy un poco reacia al asunto del implante. Mi marido sabrá que está tocando una teta falsa, así que ¿qué sentido tiene?

–Las mujeres que tienen implantes sienten que son personas completas, que todavía son mujeres.

–Además, la mayor parte de los hombres no son capaces de distinguir los pechos reales de los falsos –dijo otra mujer, provocando las risas de las presentes.

–¡Esto está yendo demasiado lejos! –gritó una mujer, visiblemente incómoda con el rumbo que estaba tomando la terapia–. ¿Cómo podéis hablar así? Estoy harta de tantas «tetas» y «domingas». ¡Parecéis vulgares camioneros! Somos supervivientes de cáncer de mama, ¿lo habéis olvidado? Creo que deberíamos empezar por mostrar un poco más de respeto hacia nosotras mismas.

–Lo siento. No pretendía faltar el respeto a nadie.

–He tratado con todas mis fuerzas de morderme la lengua, pero ya no puedo más –continuó aquella mujer–. Emma, tu carta no me ha gustado lo más mínimo. ¿Cómo es que el sexo está tan omnipresente en ella? No puedo entenderlo. Comparar una prótesis con una muñeca hinchable es una falta de respeto hacia todas las mujeres que están luchando con esta horrible enfermedad. Para ser sincera, no creo que sea posible tratar este asunto con humor.

–No creo que haya una única forma de lidiar con esta enfermedad. Cada uno tiene que encontrar su forma de afrontarla. Soy de la opinión de que el sentido del humor puede ayudar a sobrellevar esta clase de encrucijadas vitales. Si mi carta hace sonreír sólo a una de las presentes, estaré satisfecha.

–A mí también me parece un insulto –espetó otra mujer–. ¿Cómo se puede frivolar con algo tan delicado? Hablas de voluminizadores de senos como si fueras un vendedor ambulante. Si no nos respetamos nosotras mismas, ¿cómo nos van a respetar nuestros maridos o las otras mujeres? Lo que nos ha sucedido es horrible.

–No hay duda de que lo que os ha pasado es una de las cosas más duras por las que una mujer tiene que pasar. Pero ahora estamos hablando de seguir adelante. La idea de escribir una carta de despedida

a un pecho puede parecer ridícula, pero ha demostrado ser útil, al menos para algunas de vosotras – dijo la terapeuta.

–Y no va sólo de sexo –se defendió Emma–. También trata sobre la maternidad. Se suponía que tenía que escribir sobre los pechos y, por lo que tengo entendido, éstos son esenciales para el sexo y para alimentar a nuestros hijos. De hecho, me parece que ésas son las dos únicas actividades en las que participan. ¿De qué más debería hablar? Hablar del cáncer de mama sin mencionar el sexo es como hablar del cáncer de pulmón sin aludir a la respiración. De verdad que siento ser inapropiada, pero creo que ya es hora de llamar a las cosas por su nombre. Si sentimos vergüenza al hablar de nuestras tetas, o más bien de nuestra falta de ellas, ¿cómo vamos a afrontar las situaciones de nuestra nueva vida?

–Sí, estoy de acuerdo contigo –afirmó otra mujer–. Hablar de estas cosas de forma natural es, en mi opinión, un primer paso. De lo contrario, salir airosas del duelo con nuestra imagen en el espejo, o ser capaces de mostrarnos desnudas ante nuestras parejas, será una misión imposible.

–Yo no fui lo bastante valiente –reconoció otra participante–. Me pusieron un implante para no tener que encarar ese vacío. No podía soportar tener que ver la cicatriz. Tras el implante, mi marido perdió todo interés en mí. Ya ni siquiera me toca. No sé si le resulto repugnante debido al implante... o debido a la nada que el implante recubre. Da lo mismo. Ahora soy capaz de darme una ducha sin llevar las vendas. Ahora no puedo evitar sentirme bien cuando veo que una atractiva mujer de unos cuarenta me mira fijamente desde el otro lado del espejo.

–Supongo que tienes razón, y estoy segura de que, en algún momento, me decantaré por el implante, pero creo que necesito algo de tiempo para hacer el duelo. La idea de elaborar el duelo por la pérdida de un pecho puede parecer estúpida, pero eso es justo lo que necesito ahora.

«Hablar del cáncer de mama sin mencionar el sexo es como hablar del cáncer de pulmón sin aludir a la respiración.»

–No, no es estúpido. El duelo no resuelto puede causar muchos problemas en el futuro –aseguró la terapeuta–. Ése es precisamente el trabajo que tenéis que hacer ahora. Tu carta es un principio, Emma, pero todavía tienes mucho camino por andar. Inventaste un nombre para cubrirla, te diriges a ella utilizando el pronombre de segunda persona. En otras palabras, estás empezando a tratar a tu pecho como si fuera algo externo, y eso es muy positivo para tu recuperación mental.

–No estoy segura de entenderte.

–Lo que la terapeuta intenta decir es que estás comenzando a distanciarte de ella. Y eso es algo bueno.

–No obstante, Emma, permíteme señalar algo importante. Algunos párrafos de tu carta dejaban entrever cierta ira –observó la terapeuta–. Por ejemplo, llegaste a decir: «Hubo momentos en que me habría encantado aplastarte». Debes tener en cuenta que, a veces, la ira enmascara la tristeza. No habrás acabado con tu duelo hasta que no des salida a esos sentimientos de rabia. ¿De quién crees que es la culpa, Emma?

–La culpa es de mi cuerpo. Mi cuerpo me jugó una mala pasada. Así es como lo veo.

–Ten cuidado o caerás en la trampa.

–¿En qué trampa?

–Si crees que tu cuerpo tiene la culpa de tu situación, querrás que sea castigado, ¿no? ¿Tu rechazo al implante es tu forma de dar al cuerpo el castigo que se merece?

–Sé que los psicólogos veis un doble sentido en casi todo, pero eso es muy retorcido... No, no quiero castigar a mi cuerpo. Creo que ya tiene bastante.

–Entonces, además de escribir cartas de despedida, ¿qué vas a hacer?

–Voy a esperar hasta que mi cuerpo diga algo. Antes o después tendrá que hacerlo. Creo en la sabiduría de nuestros cuerpos.

–No te entiendo. ¿Qué quieres decir con eso?

–Nuestro cuerpo sabe cuál es el momento adecuado para criar un hijo, es entonces cuando empieza a menstruar. También sabe cuándo es peligroso tener un hijo, para la madre o para el bebé, por eso nos llega la menopausia.

–Tienes razón, Emma. Algo parecido ocurre en el caso de la anorexia. Cuando una mujer ha perdido mucho peso y sus funciones vitales están comprometidas, su cuerpo deja de menstruar por razones de seguridad.

–Nuestro cuerpo sabe más que nosotros. Cuando Julia, mi hija, creció y mi marido perdió interés en el sexo, mis pechos pasaron a un segundo plano. Durante años, no escuché lo que mis pechos tenían que decirme.

–Hablas como si tus pechos fuesen seres inteligentes. Como si hubieran decidido vengarse porque no los prestaste suficiente atención.

–No, no hablo en sentido figurado, sino en sentido literal. Como ya no tenía que amamantar a mi hija y mi marido ya no me tocaba, dejé de prestar atención a mis senos. No me di cuenta del bulto que crecía a pasos agigantados en mi pecho derecho. Si hubiera prestado más atención, esto no habría pasado. Cuando fui al médico, era demasiado tarde. Tenían que extirparlo. No tuve elección. Esta vez será diferente.

«Nuestro cuerpo sabe más que nosotros. Cuando Julia, mi hija, creció y mi marido perdió interés en el sexo, mis pechos pasaron a un segundo plano. Durante años, no escuché lo que mis pechos tenían que decirme.»

–¿Y cómo crees que tu cuerpo se va a manifestar esta vez, Emma?

–Bueno, en primer lugar, voy a dar tiempo a mi cuerpo para que haga el duelo. Las cicatrices son las encargadas del duelo de la carne, así que las dejaré hacer su trabajo. Esperaré hasta que las heridas se curen. Me han dicho que, tras cierto tiempo, aproximadamente año y medio, las cicatrices tienden a desvanecerse. Al principio están rojas de rabia; con el paso del tiempo, adquieren un tono de piel más rosáceo.

–¿Y en ese momento considerarás la posibilidad del implante?

–Tal vez. Pero no dejaré de escuchar a mi cuerpo ni cuando tenga el implante.

–¿Y qué se supone que va a decir esta vez? –preguntó otra paciente intrigada.

–He oído que el cuerpo rechaza a veces los implantes, y la verdad es que no me extraña, ya que son objetos extraños. Como os he dicho, yo y mis pechos hemos formado siempre un buen equipo. Si un nuevo miembro va a unirse, me aseguraré de que los demás miembros del equipo estén contentos. Quizá no sea tan mala idea permitir que un objeto extraño forme parte de mi inexistente vida sexual, ¡quién sabe! Otras parejas se deleitan con ese tipo de cosas y sólo se arrepienten de no haber empezado antes... No sé. Escuchemos lo que el cuerpo nos tiene que decir.

–Realmente aprecio tu sinceridad. La sesión de hoy ha sido particularmente intensa. Sin tu sentido del humor, Emma, habría sido insoportable. Has planteado aspectos de la enfermedad muy dolorosos, pero todas hemos acabado con una sonrisa en los labios. Eso es todo por hoy. Nos vemos la semana que viene.

© Rebeca García-Nieto

La autora:

Rebeca García-Nieto (Valladolid, 1977). Es doctora en Psicología y especialista en Psicología Clínica. Desde 2008 trabaja en la New York University (NYU) y colabora en el Programa de Literatura Comparada de la City University of New York (CUNY). Además, es redactora jefe de Culturamas (Sección New York). Su primera novela *Historia de una mirada* fue finalista del 58 Premio Ateneo Ciudad de Valladolid (2011). Su segunda novela, *Astor Place*, está siendo traducida al inglés y va a ser publicada en Estados Unidos. Como ensayista, sus artículos sobre Samuel Beckett, James Joyce, Virginia Woolf, Elfriede Jelinek, William Faulkner, García Márquez o Juan Rulfo han sido publicados en revistas españolas e internacionales. Actualmente está trabajando en su tercera novela y en un ensayo

MERTHIOLATE

por Jorge Eliécer Pacheco

Recorrer los pasillos con *Isca* nos hace más fuertes; él ni siquiera lo sospecha, pero las miradas de nuestros compañeros a través de los portones lo confirman. Atravesamos la cafetería y las salas de primaria, el laboratorio y los baños, la biblioteca y las escaleras, para llegar finalmente a la rectoría donde nos espera, seguramente, lo inevitable. Somos los héroes del patíbulo.

Isca había entrado al salón de clases mientras que *Fosforito* intentaba explicarnos cómo calcular la velocidad de una caída libre. Estuvimos de pie hasta que él lo ordenó. A continuación tomó la actitud usual: manos enlazadas en la espalda y mirada baja. Tomó impulso e inició su recorrido por los pasillos que creaban las sillas en fila.

–Ustedes conocen muy bien los valores que inculcamos en esta ilustre institución. –dice–. Sin embargo, algunos de ustedes se creen –tose, se acomoda las gafas y se empina graciosamente–. Se creen muy grandecitos para tomar las reglas como se les antoja. Pero esto no puede seguir así. Voy a llamar a tres alumnos y quiero que vayan saliendo del salón.

Asombrosamente no sabemos qué pasa. Todos esperamos que *Isca* pronuncie nuestro nombre.

–Daniela. –Fue la primera. Nuestras cabezas giraron y sorprendieron a Daniela señalándose. «¿Yo?» parecía estar diciendo. Al final salió arrastrada por nuestras miradas.

Fue entonces cuando Sergio se quedó mirándome fijamente: «Sabes qué pasa» parecía decirme y yo: «No, no lo sé». Entonces *Isca* pronunció el segundo nombre: Sergio. Sin dejar de mirarnos Sergio se levantó mientras su boca delineaba silábicamente la palabra Mertiolate (ahora sé que se escribe Merthiolate). Tardé unos segundos en recordar a la víctima de nuestras pruebas científicas con Dioxogen y Merthiolate: *La Barbie*, una pobre niña de un grado menor al nuestro. El temor a nuestros experimentos la obligaba a callar.

«Era indiscutible que el último nombre sería el mío. Así que cuando lo escuché me levanté con serenidad. Apoyé mis brazos con grosera parsimonia. Me tomé el tiempo para alisar mi falda al abandonar mi asiento y caminé por el salón hasta la puerta.»

Era indiscutible que el último nombre sería el mío. Así que cuando lo escuché me levanté con serenidad. Apoyé mis brazos con grosera parsimonia. Me tomé el tiempo para alisar mi falda al abandonar mi asiento y caminé por el salón hasta la puerta. No miré a nadie en particular; lo hice como lo hubiese hecho en soledad.

Daniela estaba sentada en el suelo mientras que Sergio, apoyado en la columna, se miraba las manos. –Sígueme –dijo *Isca*. Y nosotros iniciamos nuestra marcha.

Finalmente estamos frente a *Munra*; a la diestra, *Isca* y a la siniestra, *Pitu*. La rectoría es una habitación gigantesca con olor a flores. Un gran manto evita que la luz entre por las ventanas dejándonos atrapados a merced del color amarillento del bombillo.

Isca, como coordinador, repitió lo que ya habíamos escuchado en el salón de clases. Los otros asentían dándole la razón. Después habló *Pitu*, como director. Mientras tanto, yo intentaba llamar la atención de Sergio. ¿Qué debíamos decir?, ¿cómo nos defenderíamos?, ¿a quién debíamos recurrir? Eso sólo lo sabía él; si no, estábamos perdidos.

Las palabras de *Pitu* terminaron en «un correctivo ejemplar». Entonces, sin preverlo, Daniela empezó a hablar:

–Pero, profe, yo no tuve nada que ver en eso. Ni siquiera estuve allá, yo estaba con la Mile cuando

pasó eso –solloza–. Si quiere pregúntele, llámela. Muchos chismosos en este colegio para las cosas malas, pero para las cosas mejores se les olvidan –señala la puerta y hace ademán de salir–. Si quiere la llamo, déjeme ir y se las llamo para que vea.

No supe cómo callarla. Nos dejaba solos en el problema y encima nos culpaba. Pero entonces *Munra* salió al rescate:

–¿A dónde va, niña? Siéntese y cálmese que ustedes ni siquiera saben por qué razón están aquí. –Daniela quedó fría ante las palabras de la rectora–. Ese incidente del Merthiolate no es nada comparado con lo que debemos informarle. Ya vienen sus acudientes en camino –se nos heló la sangre.

¿Qué era tan grave para que llamaran a nuestros papás? Rápidamente hice un examen de conciencia de todo lo que había hecho en el año, y recordé asuntos tan ínfimos como que robé unas monedas a mi mamá, o que en secreto besé a Julián en el baño. Pero no me acordaba de nada que mereciera matrícula condicional o expulsión.

«Creí que empezaría a llorar, pero Dani se me adelantó emulando el sonido de una sirena. Nos miraba con tristeza y con odio. Sergio bajó la mirada, pero para él era más fácil asimilarlo.»

Ahora era Sergio el que intentaba llamar mi atención. Charlamos un rato con nuestras miradas cuando *Munra* empezó a hablar nuevamente:

–Como ustedes bien saben, ustedes son el punto negro de 11-5, ustedes tres son los que fomentan el desorden –se apoyó en el escritorio–. Ustedes son los que más tiempo nos han hecho perder. Por eso, y porque tenemos todas las faltas que han cometido desde sexto primaria, y desde séptimo para Sergio, –volvió a recostarse en el sillón–. Hemos decidido que no irán al baile de

graduación, recibirán el diploma por ventanilla y se les pondrá anotación en la hoja de vida sobre su comportamiento.

Lo de la hoja de vida fue excesivo, sin embargo era lo que menos nos importaba. Tantos planes para el baile, tantas ilusiones: el color de mi vestido, el estilo del peinado, el maquillaje nuevo, las zapatillas a la medida y el perfume de mis tías se alejaban de mis visiones futuras. Creí que empezaría a llorar, pero Dani se me adelantó emulando el sonido de una sirena. Nos miraba con tristeza y con odio. Sergio bajó la mirada, pero para él era más fácil asimilarlo. ¿A cuántos bailes había asistido? Mi mamá nunca me dejaba salir a mí, y cuando lo permitía tenía que llegar antes de las ocho, cuando apenas estaban aseando las casas para las 11 pm.

–¿Tanto *visaje* para tremenda *güevonada*? –dijo Sergio.

–¡Jovencito!

–Pues si nos quieren *bajar* la rumba –interrumpió– pues de una. Pero ustedes no son *legales* con nosotros. Estas chinas son muy *pepas* y ustedes qué, nada. No reconocen ni a sus mamás en tanga.

–¡Silencio!, no pienso tolerar ese irrespeto –se levantó *Isca*.

–Déjeme hablar como sé, porque no tengo más palabras que las que me nacen de acá. Yo creo que lo que están ustedes es *ardidos*. No saben qué hacer con nosotros y ese es su trabajo –ríe burlonamente–, ¿no les parece *repaila*? Además no los estoy *madreando* como debería. ¿Creen que nos hace falta *rumbona* a nosotros? Si esas *fiesticas* de acá son *repailas*, puro ron rendido y música *peye*. Por mí, ni me importa pero con las chinas no sean *boletas*.

Sergio movía los brazos violentamente y respiraba aceleradamente. Cuando terminó, *Pitu* empezó a decir que esa actitud empeoraba la situación, que si queríamos nos mostraban una a una las faltas cometidas desde hace años, que no podían aceptar ese irrespeto y mientras mantenía su rostro colérico señalaba a *Munra* y pedía obediencia.

Entonces me cedieron la palabra:

–Si permite, señorita, que este joven la defienda de esa manera no tenemos nada más de qué hablar.

Dudé un momento pero al final hablé:

–Pues mire, Isca, yo creo...

–¿Cómo me llamó? –gritó.

–Perdón, director, director, –empecé muy mal. Sergio me miró con lastima–, creo que lo que hacen está muy mal... No creo que sea verdad. No me considero perfecta, pero tampoco soy mala. Los errores se cometen pero se solucionan y creo que siempre los solucionamos. –Respiré profundo. La mirada de aprobación de Sergio me tranquilizó y continué–. Pero piensen, no sean *pasados* miren que nos portamos bien siempre –me sentí estúpida–. Además no somos los únicos que molestan, ¿verdad? Tienen que haber otros, ¿Cerón, Bueno, Cruz, Omar? ¿No han molestado?

–Sí, –interrumpió *Munra*–. Pero ellos sí se comprometen a cambiar.

–¡Nosotros también!

–Reinciden –anotó *Pitu*.

Miré a Daniela y sus ojos me hicieron sentir derrotada. Sergio estaba encendido en ira, y yo me sentía tonta. No sabía qué decir. Los tres fiscales me observaban atentamente esperando mi caída:

–Si eso es todo, retírense que ahora debemos hablar con sus papás –dijo alguien.

–No, hay algo más. –dije sorprendidamente–. ¿Tienen hijos ustedes?

–Sí –dijeron.

–Entonces, lo que están haciendo es lo mismo. –Y aquí venía la razón salvadora, el agua en el desierto, la verdad incuestionable.

–Explíquese.

–La injusticia que nos hacen es lo mismo que si le negaran a una quinceañera su fiesta o sus regalos porque partió un vidrio en su niñez. –La frase salió tan clara que no acertaron a responderme y no tuve nada más que agregar. *Isca* quedó boquiabierto y *Pitu* se moría el labio.

«Miré a Daniela y sus ojos me hicieron sentir derrotada. Sergio estaba encendido en ira, y yo me sentía tonta. No sabía qué decir. Los tres fiscales me observaban atentamente esperando mi caída.»

Salimos de la sala y vimos a nuestros padres, caraduras y molestos, entrar a ella.

–Tremenda trapeada –me dijo Sergio.

–No sirve para nada eso –sollozó Daniela.

Al final, todos fuimos al baile. Estrené vestido, zapatos y usé el perfume más caro de mis tías. Dicen que fui la más hermosa del lugar. Pero a todas nos dijeron lo mismo. Esa noche Sergio me besó y dijo que me quería; yo me lo creí y la noche fue maravillosa. Nunca supimos por qué cambiaron su decisión. ¿Fue mi intervención?, ¿la charla con los papás? No lo sé. Sergio aseguraba que fue todo gracias a mí. Y cuando lo contaba, exagerando mi valentía, me sonrojaba como una tonta.

Después de la graduación todo cambió. Daniela volvió a Bogotá, su tierra natal, a seguir con el negocio de su madre y Sergio, tonto hasta la médula, por perder una apuesta tuvo que entrar al ejército. Poco después lo destrozó una granada amiga. –Lo lloré. Yo, hija única como soy, y con un poco más suerte, tuve la oportunidad de estudiar en la universidad, y ahora (qué gracioso es el destino) soy la coordinadora del Colegio.

© Jorge Eliécer Pacheco

El autor:

Jorge Eliécer Pacheco. Investigador y escritor. Licenciado en Español y Literatura de la Universidad Industrial de Santander. Algunos de sus textos han sido publicados en la antología *Líneas de sombra: antología de cuentos del taller Renata-UIS (2010)*, en la Revista *Narrativas: revista de narrativa contemporánea en castellano* y en el *Magazín de El Espectador*

SOJAK, EL PRISIONERO

por Federico Rodríguez

Tenía veinticinco años cuando me mandaron a la Tierra del Fuego y tiraron mis huesos en un calabozo de reclusión solitaria. Fue el 6 de Agosto de 1905.

Un crimen me arrancó de Boedo y me trajeron encadenado a Ushuaia. Yo, José Sojak, el hombre invencible con el cuchillo, el macho que sabe la letra de todos los tangos, terminé acá, donde los vientos disgustan y deslumbran a los navegantes de ayer y hoy, donde la colonia de Sarmiento murió de hambre.

En los presidios están los hombres condenados a vivir aislados debido a algún delito cometido.

Crimen es una palabra amplia, por eso los presos la dividen jerárquicamente: yo no hablaría ni nunca sería amigo de un ladrón o un violador, no me rebajaría con aquellos cobardes que nunca vertieron sangre.

¿Por qué me encerraron?

Contar el proceso no me interesa, pero sepan que reaccioné como lo hubiera hecho cualquiera cuando le hablan mal del pasado de su madre: me insultaron, me arrinconaron y me tuvieron fiero, pero mi facón me salvó. Abrí el cuero de cinco fantoches armados.

El presidio me enseñó a vivir con la crema del hampa.

Recuerdo la simpatía de Brown; un titiritero cegado por los celos que mató y descuartizó a su mujer en una bañadera. Eran muy divertidas las obras que improvisaba con trapitos y cosas que le daban otros presos. Recuerdo la repulsión que me causaban las historias de los clavos en la cabeza y otras crueldades que el Petiso Orejudo hacía después de saciar sus instintos de degenerado con los niños; Godino hablaba sólo conmigo, entre los otros presos se comportaba como una nena perdida. Yo era uno de los pocos que no lo golpeaba ni violaba. Recuerdo al Loco Sturla, a Vinti y sus cuentos de tanos violentos, a Serrucho HERNANDEZ y la caja torácica buchona que flotó, como un iceberg de carne, en los lagos de Palermo. Recuerdo la voz de Gardel que seducía e iluminaba los cinco pabellones y cada una de las pequeñas celdas de metro y medio por dos. Y tantos otros muchachos, compañeros en la tumba y en el desmonte.

No había maricas entre ellos.

Gerardo Maksimenko fue el bandido que más me impactó. Me acuerdo de sus petulantes silencios cuando la compañía no era de su agrado y su mirada asesina cuando alguno hacía la más leve insinuación de poner en duda su hombría. (No sé cómo decirlo, Maksimenko era un hombre bello y eso ayudaba a que se hagan este tipo de comentarios.) En cambio, cuando estaba cómodo no paraba de contar fascinantes historias de hombres que había desmontado a balazos o de pescuezos tajeados por la ráfaga plateada de su facón; historias que lo mostraban como gran bebedor entre piratas; historias de trasnochadas y peleas en bailes de extrañas localidades; historias de clubes de pobres, ritos de masculinidad y mujeres de todas las naciones; historias de cosas prohibidas y hechas con placer. Yo pasaba noches enteras, escuchando de celda a celda, todas esas orgías y aventuras que lo evidenciaban como hombre entre los hombres.

Una vez, en el invierno de 1908, mientras talábamos, me escapé con Saturnino López¹, y aprendí que la disciplina del comisario Sanpedro era implacable. Comimos pájaros crudos (un fuego nos hubiera delatado) y caminamos por el bosque tratando de seguir las confusas instrucciones de un mapa fabricado por otro preso sobre el cuero seco de una rata. Al tercer día, atontados por el frío y el hambre, nos entregamos y pedimos clemencia.

¹ Por su destreza en la guitarra –estimulado de noche en noche por los guardias y los malos aguardientes que embrutecen al gaucho – lo apodaban Santos Vega. Aunque no lo era.

«Crimen es una palabra amplia, por eso los presos la dividen jerárquicamente.»

Supongo que porque yo tenía cierta amistad con el comisario, López se llevó la peor parte.

Para el castigo nos hicieron esperar hasta pasada la medianoche. Invadieron nuestras celdas a sangre y fuego: cuatro guardianes nos arrastraron a cada uno y nos desnudaron sobre una tierra cubierta por más de medio metro de nieve. A López lo dejaron parado, le pusieron una guitarra en la mano, y lo rodearon con antorchas. Al principio comenzaron a mojarlo con una fina lluvia, al final le tiraban baldazos. El agua sobre el cuerpo se volvió hielo y la guitarra se desafinaba cruelmente, hasta que dejó de sonar.

A mí me tomaron de los miembros estaqueándome en el aire con sus manos (que me quemaban) y esgrimieron sus pesadas cachiporras para golpearme con dedicación la espalda y después el pecho, a la vista del sueño azul de mi camarada congelado. Dicen que la gente de Ushuaia se despertó con mis gritos. Vertí sangre por la boca y llenaron de cardenales mi cuerpo. Luego me tiraron en la sala de los enfermos, entre vómitos y ropa sucia, sin que nadie me atendiera, esperando que la tuberculosis termine el trabajo de los torturadores.

Dos días después recobré el conocimiento y escuché la historia oficial: decían que yo había vuelto solo y que López seguía fugado.

Un preso me dijo:

–De los cadáveres suelen desembarazarse arrojándolos a los criaderos de centollas voraces.

¡Quince años preso, Vientre de Dios!

Quince inviernos de duchas heladas y guardias sin humor. Miles de noches arropado con ásperos ponchos de lana y frazadas que nunca alcanzaban. Naipes y navajazos de rufianes peleando por apuestas de cigarros o postales pornográficas. Días y días tragando a la hora del churrasco masa cruda y guisos rojos de oveja. Quince años de atardeceres sin poder ver el ras del horizonte.

Nadie puede acostumbrarse. La cárcel es como un zapato que no se suaviza a pesar de caminarlo.

20 de Septiembre de 1920: ¡Libertad!

Estaba escrito en el cielo que no iba a ser sencillo vivir en esta isla desagradable. El primer golpe fue separarme Maksimenko.

Cobré el poco dinero que Argentina me pagó por cortar árboles.

Al salir del presidio, Sanpedro, acercando su cara carnosa, me dijo al oído, a manera de despedida y cariño:

–Encontrarás las más limpias muchachas de la villa, y un paño hermoso, en la tercera casa, más allá de la oficina de correos de Caldera.

En estas casas prevalecía el color rosa brillante y las aberturas con formas de corazones.

¡Mujeres alegres! Una noche de timba y farra era lo que necesitaba.

Me dirigí hacia el norte.

La mayoría de los clientes de Caldera del Diablo son pastores, obreros y marineros desterrados que hicieron de la Tierra del Fuego su nueva patria. He conocido leñadores de las montañas Adirondack, nativos de Escocia, navegantes que partieron desde Lisboa o desde el fiordo Arsuk en Groenlandia, chilotes de Castro con potros y perros de trabajo, balleneros del Cabo Cod, y paisanos míos, yugoslavos y croatas que vinieron a fundar el nuevo Kosovo.

Caldera del Diablo da abrigo a todos.

Las barras licenciosas se encuentran dispersas por todas partes. Las mujeres de los salones se sientan exhibiendo sus cuerpos por las ventanas y con un cigarrillo en sus boquitas pintadas, simulan que cosen. Nunca faltaron maliciosos sugiriendo que el negocio iría mejor si se dedicaran a coser velos para ocultar sus caras.

Dudaba si estaba preparado para acostarme con una prostituta patagónica. En mi vida porteña sólo frecuentaba la compañía de mujeres jóvenes y hermosas.

Entré al bar *La Perla*. Era una casa solitaria y aseada, construida con el modelo de las mansiones coloniales antiguas con pilares en el frente. Me coloqué en un asiento delante de los ojos vigilantes del

cafisho, que servía también de cantinero. Solamente había dos muchachas, que podrían haber sido compañeras de colegio de mi madre, y un anciano ebrio queapestaba a pescado y le daba de comer a un gallo que llevaba debajo del brazo. De fondo se escuchaba el bronco sonido del bandoneón. Me fui al otro cuarto.

En el segundo salón estaba la mesa de juego. Las influencias seductoras del póker no me son ajenas. Alrededor del paño se encontraban cuatro personas sentadas: un comerciante, un estanciero, el comisario Sanpedro y un funcionario. Jugamos toda la noche y, como hacía quince años –cuando acorralado por la policía dejé cinco fiambres sangrando sobre las baldosas blancas de un cabaret del centro– la suerte, otra vez, me fue adversa. Perdí todo, pero el funcionario piadoso, por consejo del comisario, me ofreció un puesto de vigilancia en la última frontera de tierra adentro.

Acepté.

Debía mantener el puesto militar en buen estado y esperar la llegada de tropas.

La soledad al principio me sentó bien. Mi único amigo era Juanchito, un zorro excedido de peso que logré domesticar tirándole restos de carne de oveja en las noches estrelladas en que descansaba delante del fogón.

No todo fue rosas.

Los indios estaban cerca y me empezaron a visitar. Después de diez años olvidado por el gobierno en la frontera, los indios me quisieron adoptar.

No quise.

*«Vivía salpicando con
lágrimas el suelo,
comiendo comidas
roñosas y con el corazón
lleno de sueños vigorosos
que se alborotaban como
toros dañinos.»*

Andar con capotes de guanacos no es lo mío. Convivir con sus caras horribles emperifolladas con pintura blanca, sus pieles asquerosas y grasientas, su pelo enredado, sus voces discordes, y aguantando sus gestos violentos... Esa vida no es para mí.

No es que todas sus costumbres sean malas. En invierno, siguiendo sus ejemplos, me engraso la piel con cualquier aceite animal. Un día, para hacer una canoa, tomé tiras de cortezas y las trencé con tendones de guanaco y huesos de ballena que junté en la

playa, a la manera de ellos. Como recuerdo de los indios, guardo el arpón que me regalaron, hecho de una costilla de cachalote (no sé como explicarles la forma hermosa del arma, especial para remolcar bestias heridas en el agua).

Los años pasaban y los diablos milicos que no aparecían.

La patria está para hacerla famosa, me dijo el funcionario que me dio el trabajo.

Me sentía desesperado. Vivía salpicando con lágrimas el suelo, comiendo comidas roñosas y con el corazón lleno de sueños vigorosos que se alborotaban como toros dañinos.

Me sentía estafado y pervertido.

Yo dormía desnudo mezclado entre perros e indios.

¿Y esta soledad?

Me había cansado de ese paisaje salvaje que parece la obra de un artista insano.

Nunca fui una persona muy codiciosa, pero soñaba con las ilimitadas oportunidades de las grandes ciudades, con rascacielos y mayordomos. Quería acariciar billetes de colores dentro de los bolsillos de mis pantalones mientras paseaba por alguna metrópoli del brazo de una jovencita.

¿Volver a Buenos Aires seco y hecho un don nadie a pelear un lugar miserable entre los matones?

No sé si hubiera podido regresar a Buenos Aires. La vida en el desierto, la vida entre indios y caballos, me había convertido en gaucho.

–¡El oro, amigo José! ¡Pepitas tan grandes como granos de maíz en las arenas de la costa de la bahía!

El rumor me llegó por sorpresa y de la boca que menos esperaba. La boca –que se abrió como una

granada madura llena de dulces promesas– de mi antiguo compañero Maksimenko.

Después de diez años, abandoné mi puesto militar en la frontera, preparé mis animales con las pieles, las balas, las mercancías secas, picos, palas y mi cuchillería de lujo. Iríamos a buscar oro a la bahía de San Sebastián, cerca de las colonias donde la gente de Sarmiento murió de hambre.

Hay muchos más esqueletos de mineros muertos que expedientes con datos fehacientes sobre la existencia de oro en la Tierra del Fuego.

En esos años convivíamos en guerra los buscadores de oro y los ladrones disfrazados de buscadores de oro. En la isla no había ley ni policía. La Tierra del Fuego rápidamente se llenó de tumbas sin cruces ni flores, cuatrerros de caballos, perros encadenados vigilando campamentos y hombres armados que disparaban al visitante que no se identificaba. No había bancos y cada individuo debía defender, como podía, el poco oro que extraía.

Y la embriaguez, que siempre fue común.

Nos asentamos en un pequeño edificio de madera, cubierto con chapa acanalada, que construimos. Lo nombramos El Pedregal.

Dormíamos en el mismo cuarto.

Empecé a sentir que el lazo fraterno que nos había unido en el presidio se había roto. Él no era el mismo hombre. Yo ya no le importaba y no lo ocultaba.

«Hay muchos más esqueletos de mineros muertos que expedientes con datos fehacientes sobre la existencia de oro en la Tierra del Fuego.»

Todas las noches vigilaba a Maksimenko esperando que diga dormido alguna palabra que me revele algo de sus sueños.

El visitante que hoy asista a El Pedregal podrá observar un enorme edificio con cuartos para la dirección, una tienda y el almacenaje; un cobertizo espacioso con cincuenta literas para trabajadores y un edificio para capataces; una cocina con un horno para el pan y un disco gigante para freír cebolla y capón; y un cobertizo para el taller que resguarda las máquinas.

Al norte, delante de las casas, hay un corral, completamente hecho de hierro, para guardar los caballos y los bueyes de la noche a la mañana.

Encima del edificio principal hay una pequeña torre de vigilancia con ventanas en todos los puntos cardinales.

Hermoso pero ajeno, me digo.

Operamos durante unos meses y obtuvimos algunas onzas de oro, pero la perspectiva general no era muy animada. El trabajo lo suspendimos y Maksimenko liquidó la compañía.

¿Había cruzado la isla, a través de pasos y bahías desoladas para que mi socio me engañara como un otario?

¡Cuidado, compadre! Entre dientes te digo: *no vaya a ser que algún día te envenenen en Buenos Aires por haber ofendido a alguien en el sur.*

La Central de Lavadores de Oro, dirigida por Sam Hyslop, se instaló en la cuenca que yo descubrí. Después supe que Hyslop era un testaferro de Maksimenko.

En el otoño de 1931, Tomás Morgan, uno de los trabajadores de El Pedregal, fue descubierto por Maksimenko robando.

Nunca quiso dar detalles sobre como se deshizo del ladrón. ¿Lo habrá golpeado en el rostro con sus puños hasta hacerlo arrastrarse por el piso como una rata y fulminarlo a tiros? ¿Lo habrá abofeteado y apuñalado en el corazón hasta la muerte? ¿Lo habrá prendido fuego vivo? Los trabajadores estaban acostumbrados a escuchar este tipo de amenazas por parte de Maksimenko. Y le temían con razón.

No soporté que no me quiera contar a mí lo que había hecho con Morgan. Maksimenko tenía un montón de malos hábitos y silencios que me irritaban, pero yo creía que todavía disfrutaba contarme historias en que había sido cruel.

Dos días después, cinco de nosotros fuimos a la playa. Había una orca varada y queríamos sacarle los

dientes y la carne de las aletas. Protegidos por pañuelos para taparnos la nariz, abrimos la boca de la ballena (imaginen el aliento de una ballena) y encontramos una mano mutilada por la muñeca que tenía un tatuaje. Todos reconocimos la mano derecha de Morgan. Del resto del cuerpo nunca se encontró nada. Ninguno se animó a informar a Maksimenko del hallazgo.

Yo tampoco pregunté nada, prefería que me arranquen las tripas antes de humillarme una vez más delante de él.

Recuerdo la tarde en que el traidor de Maksimenko me salvó la vida. Cayeron encima de nosotros un grupo asqueroso de indios. Un tifón de flechas buscaba mi carne. Eran más de diez indios que me acorralaron y mataron a los dos empleados que venían conmigo. Detrás de una loma apareció Maksimenko montando un caballo atigrado todo embarrado, y fue como si los indios se hubiesen olvidado de mí. Habló su lengua para tranquilizarlos, y cuando todo el mundo se serenó, habló su Winchester y su cuchillo una jerga de buracos y sangre.

Después de acostar para siempre a todos los indios, me pidió que le sostenga sus armas, y tomando una posición a horcajadas en la panza del indio más grande, fotografió el rostro del muerto para la cubierta de unos artículos en que contaba sus viajes y sus trabajos.

«Recuerdo la tarde en que el traidor de Maksimenko me salvó la vida. Cayeron encima de nosotros un grupo asqueroso de indios. Un tifón de flechas buscaba mi carne.»

Desde ese día, sin explicaciones, pasé a ser su subalterno, y se me destinó una escuadrilla de soldados para mantener la seguridad de los funcionarios del desierto.

¿Yo era un empapado en leche? ¿Yo no bebí siempre whisky con hombres machos y bien montados en mostradores chorreados de alcohol?

Oculté virilmente mis sensaciones, cansado, buscando la manera de sobrevivir en esta tierra de vientos y mentiras, de cosas que se piensan, se desean y no se dicen.

Maksimenko invirtió el oro que extrajo de El Pedregal en comprar una estancia que llamó La Grande.

En ese momento no le alcanzaba con asados y damajuanas; empezó a hacerse amigo de gente algo más rica y a frecuentar salones elegantes de otros estancieros.

No me dejó más comer de su puchero.

Me imaginaba que lo dormía de un golpe, lo llevaba a la montaña, lo estaqueaba y le ponía un churrasco sangrando en el pecho, abandonándolo a los cóndores. El beso filoso del ave atravesando sus costillas. Quería que él sienta lo mismo que yo, estar muerto en vida, sin piel ni corazón.

Evidentemente yo ya estaba necesitando un segundo amo y pensar en besos diferentes.

¡Qué tiempos aquellos! Tiempos de labor, amor y decepción...

Me enamoré horrores de una mestiza hermosa llamada Maruja Romero, ayudante de cocina de Estancia La Grande. Yo tenía 52 años y ella 17. Todavía sueño con su pelo trenzado con flores, su boca risueña, sus pechitos planos... Era tan bonita y alegre. Tenía un cuerpo muy delgado, como de jovencito.

Nunca fui corsario con las mujeres.

Buscaba cualquier cuento para entrar a la cocina y acariciar sus pequeñas manos con mis manos grandes y callosas, mientras preparaba los dulces.

Pero siempre la respeté.

Me acercaba por atrás para respirar el aire del interior de su vestido. Pasaba horas tomando mate con ella y mirando como resplandecía la pelusita de su piel cuando los rayos de sol la alumbraban por la ventana de la cocina.

Le llevaba calafate cuando estaba maduro. La niña era golosa de ese manjar.

Maruja era el amor que me faltaba.

La imaginaba satisfecha al lado de un hombre honesto como yo. La imaginaba viajando en barcos por

las islas del delta del Tigre o del Río Grande do Sul. Yo la quería así, atractiva y rural, con el enigma de su cara marcada con una cicatriz.

Nunca, por más que insistí, quiso contarme la historia de esa cicatriz.

Una vez estuve a punto de darle un beso. Nuestras miradas estaban como imantadas, me iba acercando muy despacio a su boca, ya estaba respirando su aliento... De repente entró Maksimenko, y dijo entre carcajadas:

–Amigo José... ¡con la niña Maruja! ¿Quién lo hubiera adivinado? Avisame Sojak, cuando necesités que te organice el primer aborto.

Maruja se llevó una mano al rostro y la pasó por la cicatriz que lo atravesaba. Se puso a llorar desconsoladamente y se retiró corriendo de la cocina. Maksimenko se acercó y pasó su dedo índice por mis mejillas. Se sintió frío y duro, como si fuera el cañón de un arma.

Una tarde de 1932, yo volvía de juntar unos animales, y al acercarme a la cocina vi que el agua del chorrillo que servía de desagüe corría triste y tenía un ligero tono colorado. A esa hora y en ese lugar no se carneaba.

Acá pasó algo feo, me dije.

¡No fui capaz de salvarla! Unos miserables con las caras cubiertas, destruyeron mi flor virgen. La violaron mientras dormía la siesta.

En la arcilla vi huellas que podían ser de los borcegos de Maksimenko, de Hyslop, de Mac Lennan... Podían ser de mucha gente...

Me desangré en llantos e insultos.

¿Iba a jugar al detective?

¿Para qué?

Me hice el sota y fui cobarde una vez más ante Maksimenko.

Nunca nos despedimos. Maruja Romero desapareció de Estancia La Grande. Me contaron que meses después, en un corral de La Paciencia, murió atropellada por una tropilla de padrillos.

Es raro decirlo pero a veces me siento un hombre medio pelo.

Ya ve, estoy tosiendo y escupo sangre: mis pulmones se deshacen y los bacilos le dan una victoria tardía al comisario Sanpedro. Y pensar que cuando llegué a la cárcel nos llevábamos bien; casi se podría decir que éramos amigos. Tan adictos el uno del otro como un esclavo puede serlo de su amo.

Nunca entendí por qué se enojó tanto esa tarde que nos vio juntos en el patio. ¿Pensó que tenía algún derecho sobre mí porque un día navegamos en secreto las baldosas mientras Gardel cantaba? ¿Le impresionaron las figuras que hice con mi socio? ¿Habría visto a mi compañero demasiado cómodo en mis brazos? Sospecho que Sanpedro no entendió que en una danza social se baila con mucha gente y que un baile no siempre significa algo. Bailar es meramente moverse al compás de determinada música.

Esa tarde oscura de Julio de 1916, en el frío patio de la cárcel, con un cielo cerrado, abrazados, con los cuerpos arrimados y con un severo ardor en el pecho, escandalizando a toda la población del presidio y a los gallegos carceleros, yo, José Sojak, le enseñé a bailar el tango a Gerardo Maksimenko.

No quiero hablar más. No puedo explicar lo que los labios no saben decir...

Que se me seque y caiga la lengua si dije alguna mentira.

© Federico Rodríguez

El autor:

Federico Miguel Rodríguez nació en Buenos Aires en 1979. De muy pequeño se fue a vivir a Tierra del Fuego. Fue peón de estancia, cantinero y organizador de talleres literarios. Actualmente se desempeña como docente de literatura en distintos colegios secundarios. Ha publicado cuentos en revistas de Argentina, España, Chile y Colombia. Próximamente publicará junto con Omar Hirsig, Germán Pasti y Alejandro Pinto, un libro de relatos de aventuras e historias gráficas sobre la Tierra del Fuego, titulado *El origen del viento*. Contacto: federo23@hotmail.com

TREINTA MINUTOS

por Cristina Calduch

Debes concentrarte. Tienes que seguir el plan al milímetro pero tienes miedo ahora que estás tan cerca del final. Todo tú eres un puro temblor y el corazón se te va a escapar por la boca de un momento a otro. El enfermero al que has sobornado para que te deje solo en la morgue te ha dado exactamente sesenta minutos, ni uno más, y ha salido sin mirarte, intentando no imaginar para qué querrás quedarte solo entre tanto cadáver, y dejándote en medio de un frío de muerte insoportable y un olor a cloro que te lacera la faringe. Después de echar el cerrojo, quieres salir, largarte corriendo, desistir de tu empeño, pero has llegado hasta aquí y ya no hay vuelta atrás. Sacas fuerzas de flaqueza y pasas de largo de la sala de autopsias, donde algunas camillas alineadas contra la pared esperan turno, te adentras en la sala de cámaras frigoríficas, caminas pasillo abajo entre paredes de acero inoxidable hasta la cámara número 52, te aseguras una y otra vez de que es la correcta y entonces introduces el código y le das al botón de descongelación. Se pone en marcha un motor con un sonido discreto similar al de un ventilador. El proceso de descongelación de estas cámaras modernas es muy rápido y solo tarda unos treinta minutos. Aún así, no puedes evitar pensar que treinta minutos son muchos en una hora desesperada como es esta.

No te reconoces. Sin embargo, ese que ves ahí, en el espejo improvisado que forma la pared de acero de las cámaras frigoríficas, con la bata blanca y dos jeringuillas en el bolsillo, eres tú. Has recuperado la cabellera abundante de negro azabache de tus mejores años; tu piel vuelve a ser firme, y no queda ya ni rastro de las máculas y la flacidez típicas de la vejez, ni de aquella nariz rota en una pelea de gallos de las muchas en las que te enzarzaste en tu época de colegial; se ha borrado también la cicatriz en la frente que te quedó tras el accidente –provocado por tus enemigos para quitarte de en medio– en el que perdiste lo que más querías; tu visión es cada vez más aguda, tus lentes progresivas han quedado relegadas al olvido; tus pómulos vuelven a ser altos y pronunciados, aliados fieles de tu época de soltero de oro; vuelves a sentir el vigor del atleta en los músculos de brazos y piernas después de años de escasa actividad física, y de nuevo tu sangre corre desbocada por tus venas cuando ves revolotear unas faldas –y no con poca vergüenza bajas la cabeza y fijas la mirada en el suelo, al recordar como ese brío recién recuperado te ha hecho faltar varias veces en los últimos meses a tu promesa de fidelidad eterna. La bata blanca con el nombre de un colega retirado que ya nadie recuerda (para que nadie cuestione tus cambios físicos, finges ser tu propio asistente y te haces pasar por un médico residente a las órdenes del Dr. Salinas que sigue de baja por enfermedad y que te ha puesto a ti al cargo de su departamento) bordado en letras azules sobre el corazón es lo único que ha permanecido inalterado en ti desde que experimentas en carnes propias esos cambios extraordinarios.

«Compruebas el reloj, quedan aún otros quince minutos para que se acabe el proceso. ¿Y si no funciona?»

Compruebas el reloj, quedan aún otros quince minutos para que se acabe el proceso. ¿Y si no funciona? La misma pregunta que te viene atormentando hace días. Pero tiene que salir bien, no hay otra opción. Has invertido años de lenta investigación para llegar a este momento. Años de paciente ensayo y error, buscando excusas para poder quedarte trabajando solo hasta altas horas de la madrugada en el laboratorio, investigando el comportamiento de la secuencia segunda del tramo dieciocho del ADN humano –la que marca y determina el momento preciso de la muerte de un organismo–, aislando proteínas y enzimas para poder dar con la combinación adecuada que permita obtener la fórmula química que elimine por completo dicha secuencia (una fórmula que podrías vender por billones si quisieras aunque a ti eso no te importa, no eres codicioso, así que no piensas dar a conocer el resultado de tu trabajo; guardas todos tus cuadernos y notas escritas a mano en la caja fuerte de tu casa, no has hecho ni siquiera una copia de seguridad, y una vez cumplido tu objetivo piensas destruir la fórmula cuyo resultado es este plasma rojizo con el que has llenado las dos jeringuillas que llevas en el bolsillo; no te importará tirar por la borda todos esos años de trabajo en la sombra, y es que si no puedes compartir con el mundo tu descubrimiento, algo que tendría consecuencias atroces para el planeta, tampoco piensas venderlo a una farmacéutica que comercializará la fórmula a precios millonarios que solo unos

pocos se podrán costear; en cualquier caso, habrías de salir al extranjero, nunca podrías compartir con tus colegas más cercanos tu descubrimiento, te denunciarían por realizar experimentos prohibidos ante a la JMP, la Junta Médica Permanente, el dictatorial y corrupto órgano de control de la sección médica del estado que no dudaría un segundo en procesarte por traición).

Todo tu esfuerzo no será inútil, ni será inútil el dinero que has gastado en sobornar a los empleados de la morgue del hospital –siempre has tenido claro que preferías tenerlos cerca de ti en lugar de llevarlos a una institución quizá más segura pero a kilómetros de distancia– para que los mantengan en un estado óptimo de conservación y para que nadie que no sea tú tenga acceso al código de la cámara donde yacen desde el día del accidente; ni serán inútiles las veces que te has utilizado a ti mismo como co-baya, colocándote una goma en el brazo, haciendo un nudo fuerte ayudándote tan solo con los dientes y cerrando el puño hasta que se vuelve blanco, para luego clavar la aguja, buscar la vena e inyectar lentamente una mezcla y otra; ni será inútil tu desesperación absoluta ante cada fracaso, hasta que por casualidad llegó a tus manos un estudio sobre unas plagas de topos imposibles de erradicar que asolaban aldeas perdidas en el corazón del África subsahariana, y cuyo nivel de supervivencia ante los pesticidas desafiaba al mundo científico; el estudio apuntaba a una proteína presente en la raíz de una planta ferruginosa y a sus propiedades regenerativas de las células animales hasta entonces totalmente desconocidas, como responsable de la longevidad y resistencia física de los topos. Durante meses te negaste a considerar aquella teoría pero tal llegó a ser tu desesperación que finalmente decidiste ir en busca de respuestas; tuviste que esperar pacientemente a que se organizara un simposio internacional de ingeniería genética y entonces te aplicaste a fondo enjabonando a diferentes meapilas de la JMP para que te enviaran a ti como representante estatal y poder así salir del país. Mentiste y te hiciste el enfermo para faltar al simposio durante dos días de locura en los que te trasladaste a África para ir en busca de una de aquellas aldeas, donde el brujo de una tribu ancestral te puso tras la pista de la única planta en el mundo que produce la proteína MN87CB. Salvando diferentes obstáculos, a base de generosos sobornos a un número indeterminado de agentes de aduanas, finalmente lograste sacar de África diez kilos de semillas de la planta que produce la MN87CB, que has estado cultivando a escondidas en el invernadero de tu casa.

«Si todo sale como tienes previsto, pronto los tendrás a tu lado de nuevo y podréis comenzar una nueva vida en otro lugar.»

Todos esos años de aislamiento del mundo y de trabajo paciente y callado dieron por fin sus frutos. La inclusión de la MN87CB en tus fórmulas fue un éxito rotundo. Cuál fue tu sorpresa al ver revivir por primera vez a un ratón de laboratorio. Pero la MN87CB no solo ha demostrado ser un reprogramador de la secuencia segunda del tramo dieciocho del ADN humano sino que también es el regenerador celular más potente conocido. Los cambios que has experimentado en tu cuerpo son prueba de ello. No solo has recuperado una forma física envidiable sino que también tu mente ha vuelto a ser tan sagaz como lo

fue en tus mejores tiempos de investigador. Incluso has podido comprobar con satisfacción que la fórmula no tiene efectos secundarios (el ratón resucitado sigue vivo después de más de un año, no da señales de envejecer y ha engendrado múltiples descendientes que demuestran una fortaleza similar a la de su progenitor). Acaso pudiera ser que la fórmula sí tenga un efecto secundario pero es positivo: has dejado de sentir la necesidad de fumar –ese vicio pernicioso que te ha acompañado indefectiblemente desde tus años de estudiante en la facultad de medicina.

Si todo sale como tienes previsto, pronto los tendrás a tu lado de nuevo y podréis comenzar una nueva vida en otro lugar. Lo tienes todo preparado, documentos de identidad falsos, una furgoneta aparcada en el garaje del hospital, una camilla con equipo de resucitación cardiopulmonar y una incubadora portátil en el pasillo. Los sacarás rápidamente de allí y te los llevarás a urgencias. Si alguien te cuestiona, explicarás que siguiendo órdenes de tu superior fuiste a la morgue a recoger un cadáver donado a la facultad de medicina, (dirás que pueden si quieren comprobar la documentación, sacarás del bolsillo unos documentos firmados de puño y letra del Dr Salinas, o sea de tu puño y letra, que te dejarán a salvo de toda sospecha), que oíste gemidos provenientes de una de las camillas en la sala de autopsias y que tuviste una sorpresa monumental al comprobar que había allí dos cuerpos con vida, el de una madre y un hijo pequeño, que parecían haber sufrido un accidente de tráfico. Fingirás indignación ante tamaña incompetencia del médico que los declaró muertos y para evitar males mayores y al

mismo tiempo ahorrarle esa situación de descrédito a un colega, te ofrecerás a hacerte cargo de la situación. Estarán de acuerdo contigo por supuesto. Los ingresarás en urgencias. Los monitorizarás constantemente. Serán unas horas de angustia tremenda, que pasarás atormentándote con todo tipo de preguntas. Si cuando ella vuelva en sí te reconoce, tu dicha será inmensa. Le dirás que habéis tenido un accidente de tráfico pero que todo va a ir bien. Más tarde podrás contarle la verdad. Al bebé no habrá necesidad de explicarle nada obviamente. Pasado un tiempo prudencial, les darás el alta y te los llevarás a casa. Tan pronto como sea posible, saldréis del país. Lejos de aquí podréis ser felices y tú volverás a ser tú mismo. Doctor de fama mundial. Científico laureado internacionalmente. Audaz investigador de las fronteras de la ciencia. Orador codiciado y aplaudido dondequiera que va. Envidiado hasta la muerte en su propio país. Pero sobre todo amantísimo esposo y feliz padre.

El motor de la cámara se detiene. Tragas saliva y con manos temblorosas abres lentamente la portezuela de la cámara.

© Cristina Calduch

La autora:

Cristina Calduch. Nací en Barcelona, España, el 28 de mayo de 1970. Me licencié en Filología Anglo-germánica por la Universidad de Barcelona en 1993. Al acabar mis estudios universitarios viví en Alemania y en Estados Unidos donde trabajé como profesora de idiomas. En la actualidad soy profesora de inglés en las Escuelas Oficiales de Idiomas de Cataluña. Ya desde niña aprendí que escribir es un oficio de riesgo: mi primer relato (escrito durante una clase de ciencias naturales de octavo curso) fue confiscado por la maestra y blandido ante el director como prueba evidente de mi falta de interés por las ciencias. Hube de copiar cien veces: "No escribiré relatos de ciencia ficción en clase de ciencias naturales", y mi texto acabó en la papelera. Próximamente publicaré un libro de relatos con varios escritores del Grupo Increcendo. Habitualmente publico en mi blog: <http://cstax.wordpress.com>

* * *

Relato

BILITIS

por María Dubón

Soy Bilitis, nací a principios del siglo V en Pamfilia, en un pueblecito de montaña en la ribera del Melas. Mi padre era griego y mi madre fenicia. Vivía feliz en este país áspero y triste situado en la falda del altivo Taurus hasta que por culpa de un amor apasionado que acabó como todos: mal, abandoné mi tierra dejando en ella el fruto de este amor.

Me instalé en Lesbos, el centro del mundo. Su capital, Mitilena, era una ciudad más fastuosa que Atenas y más corrupta que Sardes. Durante las noches, los hombres se entregaban a los placeres del vino y de la danza y las mujeres encontrábamos consuelo mutuo a nuestra soledad. Fue entonces cuando conocí a Safo, ella me enseñó a cantar con frases rimadas para legar a la posteridad la memoria de mis amantes. He dejado escritas una treintena de elegías, la historia de mi amor con Mnasidica, una muchacha dulce e inocente con la que compartí mis días y mis noches. Los celos que me provocaban su legión de amantes y admiradores fueron la causa de nuestra ruptura. Encendida por los celos partí hacia Chipre buscando alejarme de dolorosos recuerdos. Allí ejercí de cortesana, entonces las cortesanas no eran criaturas despreciadas y marginadas de la sociedad honorable, sino jóvenes provenientes de las mejores familias a las que Afrodita había dotado de una sin par belleza. Algunos hombres creían contemplar en mí una visión viviente de la diosa del amor y me adoraban casi como a una divinidad. Seguí escribiendo mientras estuve enamorada y al dejar de amar, dejé de escribir.

Cuatro siglos después de mi muerte, M.G. Heim descubrió mi tumba en Paleo-Limisso. Me encontraron junto a dos vasos de perfume, uno de los cuales todavía conservaba su olor, con el espejo de

plata pulida en el que me reflejé tantas veces y el estilete que maquilló de azul mis párpados por última vez. Una pequeña imagen de Astaré desnuda, preciosa reliquia, velaba mis restos adornados con oro y marfil. Me había convertido en una rama de nieve, tan suave y tan frágil que en el momento en que me tocaron me convertí en polvo.

He permanecido viva en el recuerdo de algunas almas sensibles a través de los siglos. Seduje a Pierre Louÿs, que me idolatró y tradujo mis obras para que fueran conocidas en todo el mundo, y también creo haber servido de inspiración a otros autores, de cuya pluma vuelvo a tiempos conocidos.

© María Dubón

La autora:

María Dubón. <http://dubones.blogspot.com>

* * *

Relato

MICRORRELATOS

por Rubén Gozalo

HIGIENE

La señora de la limpieza llegó puntualmente a las oficinas del banco. Abrió con su llave y de inmediato se puso a quitar el polvo con una bayeta. Pasó los estantes, las mesas y los monitores. Le sorprendió ver todavía a algunos empleados a esas horas. No eran de los que les gusta hacer horas extras. Aun así, no intercambió ninguna palabra con ellos por orden directa de su jefe. El tipo era muy estricto; le tenía prohibido hablar y perder el tiempo durante su jornada laboral. Así que siguió a lo suyo. Barrió y fregó a conciencia todos los despachos hasta dejar la sucursal bancaria más reluciente que un espejo. Luego fichó y se marchó. Y los dejó como los había encontrado; atados a las sillas, con una mordaza en la boca y la caja fuerte abierta de par en par, más limpia que los chorros del oro.

* * *

DEGUSTANDO LORCA

Muchos poetas, escritores e intelectuales acudían a degustar las nuevas texturas y sabores del restaurante La Casa de Bernarda Alba. Su innovadora carta llamó la atención de los críticos gastronómicos, quienes acudían en masa. Los comensales solían pedir la sopa de sinestesias y metáforas, un sugerente majar que servía para estimular la creatividad y vencer la falta de ideas ante el folio en blanco. A ese plato, se sumaron otros no menos apetecibles como el consomé de estrellas y viento, el delicioso moreno de verde luna con boletus, el romancero gitano a la vasca, el suflé poeta en Nueva York o el milhojas verde que te quiero verde. Los postres también causaron estragos. El camborio de dura crin con nata y fresas o el corazón caliente de chocolate hicieron las delicias de los comensales. En poco tiempo, el restaurante se convirtió en un referente de la gastronomía que relegó al olvido a Arguiñano y Ferrán Adrià. Aunque, en ocasiones, era muy difícil contentar a todos:

–¡Pues yo creo que voy a pedir un polvo enamorado! –dijo un cliente al maître.

–Lo siento, caballero, pero ese plato es del Restaurante Quevedo, el que está al otro lado de la calle.

* * *

SALVACIÓN

En el calabozo, mi abuelo observó cómo se consumía la vela. A la mañana siguiente, iban a fusilar-

los a él y a varios hombres más que yacían en el jergón de paja. Cuando llegó la hora, se acercó a los barrotes de la celda un capitán de las tropas franquistas.

–¿Algo que alegar en su defensa?

–Si... si yo soy muy devoto, iba para cura –dijo mi abuelo.

–Ya, y por eso estás aquí con los rojos, no te jode. A ver, listo, si tanto sabes ¿qué santo es pasado mañana?

Mi abuelo que no había pisado una iglesia desde 1912 cuando le bautizaron, miró al oficial a los ojos y le replicó sin titubeos:

–Santa Hilaria.

Y eso le salvó la vida. Una cosa era no creer en Dios y otra olvidar el día del nacimiento de su esposa.

* * *

LA MUJER PERFECTA

Era la mujer perfecta; ojos azules, dentadura de anuncio, medidas de modelo y unas piernas tan largas que uno podía perderse recorriéndolas con las yemas de los dedos. La empecé a besar con fruición. Sus labios dulces se fundieron con los míos. Y comenzó a desnudarse; se deshizo de los zapatos, de la camisa, de los pantalones. ¿Me quieres?, me preguntó. Por supuesto, dije. Y siguió quitándose cosas; la peluca, las lentillas, el relleno del sujetador, la pierna ortopédica, las uñas postizas, los pechos de silicona, el botox de los labios y los implantes de la caderas. En unos segundos no quedó ni rastro de la mujer perfecta. ¿Qué era aquel ser? ¿Un extraterrestre? ¿Una criatura de otro planeta? Y desee huir de allí, pero llevaba tanto tiempo sin sexo, estaba tan desesperado que a saber cuando se me iba a presentar otra oportunidad como aquélla.

* * *

NOVELA DE CIENCIA FICCIÓN

Mi editor se empeñó en que mi próxima novela fuese de ciencia ficción. Empecé a pensar en diferentes argumentos. Quizá debía centrar la historia en una invasión alienígena, en microorganismos que se adueñan de la voluntad de los humanos o en un meteorito que destruye la tierra. Tras varios meses, seguí pensando y descartando historias. Sopesé la posibilidad de crear una nueva versión de la máquina del tiempo o de traer un dinosaurio prehistórico al futuro como Steven Spielberg. También podía realizar un plagio invertido de La metamorfosis de Kafka, una cucaracha que se transforma en una persona. Necesitaba una trama original, algo que no estuviese trillado y que poseyera un final sorprendente. Y entonces lo vi con nitidez como un fotograma que se desliza a toda velocidad por mi cabeza: el gobierno y la oposición por fin se ponen de acuerdo. Sí, ése sería el argumento de mi novela.

* * *

ECUACIÓN DEL CAOS

X se enamoró de Y una tarde de invierno cuando la vio entrar en la discoteca Álgebra contoneando las caderas de forma sensual hacia la barra. La miró como un cateto al cuadrado y su corazón se agitó 2,7 grados de magnitud en la escala Richter. Se fijó en la longitud de sus piernas, inabarcables como un cociente infinito. Tras sopesar sus probabilidades se acercó a Y, la invitó a una copa y se gustaron. Después de unos meses de relación hablaron de futuro. E hicieron diagramas, derivadas, números y estadísticas. Matemática en estado puro. Aun así, no salían las cuentas: hipoteca, familia, problemas, niños. Fue entonces cuando el apuesto Pi entró en la ecuación liándose con Y 3,1416 veces. El binomio se transformó en un triángulo amoroso. X se sentía desplazado igual que una minúscula fracción. Un cuarto quería dejarla, dos asesinarla y el restante seguir como si nada ocu-

riese. Pero entonces estornudó y el aleteó de sus gérmenes provocó un tsunami al otro lado del mundo.

* * *

COLGADO DEL BASKET

Era un yonqui de la canasta. Cada día se metía su chute de tiros, rebotes y asistencias. Cuando permanecía más de un día alejado de las canchas sentía el *mono*. Su cuerpo se convulsionaba y un sudor frío le taponaba la cabeza. Se sentía estéril, sin poder lanzar más allá de la línea de tres o sin hacer mates estratosféricos. El día en que el estado prohibió el baloncesto buscó su dosis de canastas en el mercado negro. Se agenció un aro y un balón y se puso a jugar de forma furtiva en casa. A veces, compraba dosis adulteradas de partidos. Grabaciones de mala calidad que incrementaban su ansiedad. Sus familiares intentaron ayudarle. Le internaron en un centro de desintoxicación. Y para curarse el médico le obligó a jugar al fútbol.

* * *

VIAJE EN EL TIEMPO

Me enviaron atrás en el tiempo para que destruyera el virus letal que terminó por contaminar el planeta. Regresé a 1986, localicé el germen del mal y acabé con él. Sin embargo, una sociedad secreta envió a X a 1986 para que minutos antes de que yo destruyera el virus, se adueñara de la bacteria y lo cambiase de lugar. Y eso hizo. Aun así, no contaron con Z que viajó a 1986 e instantes antes de que X se apoderara de la toxina, se guardó el virus para sí. Yo volví a trasportarme al pasado minutos antes de que Z se hiciera con el virus y lo destruí. X se volvió a adelantar e impidió que yo lo destruyese. Sin embargo, Z regresó y se lo robó. Total que tanto yo como X y Z estuvimos viajando durante meses al pasado y de tanto viaje nos volvimos gilipollas. Ahora no sabemos si estamos en 1986 o en el 1886. ¡Ah y el virus sigue por ahí!

* * *

DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE AMOR

Llevaba meses con aquella historia en su cabeza. Sabía que debía extraerla, pero siempre ocurría algo que lo aplazaba: la muerte de su padre, el bautizo de su hijo, las horas de más en la oficina, los compromisos con los amigos o las tardes que empleaba para ir de compras al centro comercial. Un día, al levantarse, los personajes cobraron vida en su mente como si proyectase sobre una pared una película. Estuvo durante varias semanas aporreando sin parar las teclas de la máquina de escribir. En ocasiones ponía tanto entusiasmo que saltaban chispas. Cuando terminó, apiló todos los folios sobre la mesa. Hizo las correcciones pertinentes y después llevó la obra a su editor. Éste comenzó a tachar, a suprimir párrafos, a prescindir de personajes y a cambiar la ambientación. Al final, el manuscrito de trescientas hojas se quedó en un microrrelato de ciento cuarenta y nueve palabras.

© Rubén Gozalo

El autor:

Rubén Gozalo Ledesma (Mondragón, 1978). Licenciado en Ciencias de la Información especialidad Periodismo y en Publicidad y Relaciones Públicas por la Universidad Pontificia de Salamanca. Afincado en Salamanca desde hace más de 15 años, trabaja como publicista en una agencia de comunicación. Ha ganado el VI Premio «Saigón» de Literatura (2011), el I Certamen de Microrrelatos Jim Morrison (2011), el Concurso de microrrelatos Ser Castellón, el I Certamen de Microrrelatos La librería de Javier (2011), el Concurso de Microrrelatos Centro de Estudios Olímpicos C.E.O (mes de julio 2011), el Certamen de Microrrelatos de La Cadena Ser (Tema: Ciencia Ficción año 2011), el Concurso de Microrrelatos IV Feria del Libro Sierra Oeste de Madrid (2011), el Certamen Cuenta 140 de El Cultural (Montero Glez, tema: Lorca, tema: Libre), el Certamen de Microrrelato Acbconfidencial (2010), accésit en el III Premio Ediciones Beta de Relato Corto (2009) y en el I Certamen de Relato Breve Enrique de Sena (2006). Ha sido finalista en numerosos concursos y cuenta con más de una veintena de publicaciones en diferentes antologías.

CONCIERTO

por Luis Topogenario

Para mí es ésta una obra de higiene

Pío Baroja

Me arrodillo en la sustancia, yo, que no soy sustancia, para ver si me enternezco. Provine de un buen liceo, de una buena escuela, casi de una buena cuna, cuando era cuna lo que me albergaba. No confundo estos orígenes con mi situación actual. Mi voz es la voz del alienado, desde el punto de vista del alienado, si es que tenemos punto, no del observador, o frecuente turista, en un texto, que no le es caro, o no le importa. Pero no se equivoquen, señoras, no estoy, aquí, para ser aceptado, curioso coral, en el mundo de los no alienados. El turismo textual, diversos mohos, no es mi industria.

Termino fácil, en algo simple, ¿un susurro, un ornamento empalagoso, una cara pulcramente afeitada?, pero soy originario de partes muy graves, que forman una ciudad caótica. Provoco compañía entre los objetos que me rodean, cama, cadera, sillas, alfombras. Y no surge ningún efecto. Aprendí a ser vital igualmente para la cama como para la cadera como para el codo. Y no resulta ningún efecto. Quizá estos objetos son más feroces que yo. Las horas van degradándose, como frutas abandonadas. Yo, máquina de hacer máquinas, conozco este momento, sublime. En mi bodega, botellas de licor blanco se acuestan a recordar el licor que contenían. Por la ventana se observan los primeros hombres de la noche caminar. Recortados, parecen huir de los últimos hombres del día. Un segundo pie, en un mismo hombre, rebasa sin prisa a un primer pie, casi amigablemente. El ventanal se traga sin rencor mis alimentos. La ventisca hace agachar las cabezas de las palomas y de las sombrillas. Las sombrillas se desgarran, se desvarillan, en silencio. Las palomas se acercan y picotean las sombrillas, intentando despertarlas. Entre mis ojos, las cosas parecen pocas y penúltimas. En algo avanzo, porque las palabras me duelen. Las oraciones me diseñan, como a un muñeco insípido, abandonado con los ojos abiertos junto a un ventanal. Un niño cruel quemó mis pestañas plásticas, porque lo intimidaban, o porque las envidiaba. ¿Las ciudades saben que se están desbaratando? ¿Se comunican entre ellas? ¿Se sigue investigando el homicidio, el ataque sexual, la estafa chica? Más útil sería investigar las señales que se envían las gentes antes de morir. Creo que las metralletas me apasionan. ¿Qué relación existe entre esto y lo otro? ¿Existen relaciones? ¿O existe la necesidad de su existencia? Sólo hay poco margen para errar. Entonces erraré.

«Recibo estas señales, quizá las descarto, aunque no estoy apagado. No. No estoy apagado. Aún oculto la vida.»

Recibo estas señales, quizá las descarto, aunque no estoy apagado. No. No estoy apagado. Aún oculto la vida. Y en un lavabo, frente a medio espejo, alguien se perfuma para mí. En alguna casa alguien se depila para mis manos, mejores que cera, y alguien se asea para mi paladar, mejor que agua. Me escriben. En los rincones desconocidos, en las mesas enemigas, allí. Mi señal está llegando hasta allí. Quienes me ignoran son los primeros en escribirme. Yo, que soy mejor que el conocimiento. Nací enemigo de los elegantes, si se me permite enemistarme de una vez por todas. Palabras encorvadas, dobladas hasta la rodilla, sosteniendo el peso de padres huérfanos, animales improvisados con metralletas improvisadas, con valentías improvisadas, narcóticas, creo que hasta allí. Palomas, sombrillas rotas, cánceres felices sobre la acera, picoteando está la luna, las luces, la electricidad, y sus juguetes. ¿Este sonido es demencial? ¿Esta ciudad se derrumba? ¿Estos hombres mueren? ¿Estos maletines sospechosos explotan?

Casas que no tienen efecto sobre casas aledañas, ventanas cabizbajas, portones vacíos, buzones ciegos, pórticos inundados, árboles apoyados en los techos, desbaratándolos. Orejas, ojos, la parte más

ciega de mis instrumentos, se reparte, cautivada, en un concierto de luces vespertinas. Objetos rectos, bajo el efecto de sombras curvas, se van apaciguando, un pie primero, luego un segundo, luego un tercer pie donde iba el primero, luego un cuarto, así, caminando, hasta agotar los números. Regresé a un estado casi inicial. Oficialmente, no estoy incluido en las mejores lecturas. Escritura negativa. Cuánta variedad. Escritura negadora de escrituras. Escritura negadora de lecturas. Lectura negadora de escrituras. Lectura negadora de lecturas. Cuánta variedad. Rebosante, rebosantes tatuajes, ash, hasta el aroma.

Esto, que era la noche, no es la catapulta de la verdad. La verdad ha muerto en manos de un ornamento, lo que parecían sus varillas se doblaron sin peso. Códigos, maniobras, participantes, en algún lugar líneas de meta, en alguna parte del día héroes momentáneos. ¿Cómo es posible que aún haya canchas, tabloncillos, tableros electrónicos, con hombres aplaudiendo por más de un minuto? ¿O era todo un holograma tan perfecto? Escritura, como holografía, como fritanga, como cena para diez personas. En este estado, duraré menos que un aplauso, que una silbatina de apoyo. Máquina creadora de máquinas encubiertas. Mi posición al respecto de todo esto es firme: aunque se me agite, no me mezclaré. Instrumento negador de registro. Compañía casi indetectable. Curso rápido para conocer el mundo. Voces celebrando voces. Rigidez. Compañía. Esto, que era la verdad, no supera en sabor a la mejor mentira.

© Luis Topogenario

El autor:

Luis Topogenario. Escritor nicaragüense (Managua, 1980). Ha publicado la novela *Fat boy* (Montevideo: Gráficos del sur, 2010). e-mail: topogenario@gmail.com

* * *

Relato

HISTORIA DE UN AMOR

por Rolando Revagliatti

Supo de mi romance veraniego con mi co-terapeuta. Y del *affaire* con la acompañante psiquiátrica que trabajó en la Clínica pocos meses, durante la temporada que tuvimos completo el cupo de internados, y en la que llevamos adelante el Congreso sobre psicosis en el auditorio de Johnson y Johnson. Cuando la doctora Julieta W. me dio calce, no especulaba en ligar con ella. Nunca se había dirigido a mí en los grupos de reflexión ni en los ateneos. Un jueves (como todos los jueves desde las veintiuna), en reunión de equipo, advertí que me observaba y me empezaron a latir las orejas. Correspondí, afable.

Daba arranque a su Fiat 600 cuando me pregunta si me acerca. *Convinimos* que podría hacerlo. Me arrellano al lado de Tito, el terapeuta ocupacional, en el asiento de atrás. En el de adelante, acompañando a Julieta, estaba Nora, tan graciosa, la médica de los domingos. Fueron dejados primero Nora, en Plaza Italia, luego Tito, en Santa Fe y Agüero. Julieta vivía en la avenida del Libertador y Callao, y yo en Balvanera. Insistió en llevarme hasta mi casa. Y lo hizo. Apagó el motor y fumamos mientras sosteníamos una charla sobre *el discurso universitario*. Me contó que el padre le bancaba su análisis. La seguimos en mi departamento, bebimos té de manzanilla y le mostré fotografías. Al principio no reconocí su viscosidad. Procuré besarla en la boca (en instancia de franca comunión).

Rehusó y continuó parlotando. Nuevo piletazo mío, ahora con ligero aferramiento, y otra vez se me niega. No la dejo pasar: me refiero al «ósculo fallido». Sonríe, me toma una mano, y como leyéndome la palma, me informa que se va. La acompaño hasta la puerta de calle y despidiéndome con un solemne beso alevoso en la frente, la cual despejo del flequillo, le permito introducirse en su autito y partir.

Fue después de tres jueves que me dio a entender que había quedado esquilhada al cabo de noches pasionales con un seductor abandonante. Desconfiaba de mí aunque aseguraba enigmática que yo era «bueno, bueno». Se sacaba los anteojos y me *instilaba briznas untuosas*. Se lo espeté una vez, así como me salió, ya inflado, luego de retomar la ofensiva en el coche y ofertar otro rango de proximidad. «Instilar» y «briznas» entendía, pero «untuosas» le resultaba vocablo desconocido. Y me siguió llevando.

En las supervisiones quincenales de pacientes, apoyaba mis opiniones. Y me buscaba para trasmitirme alguna cosa. Y cuando me invitó a tomar café irlandés en una confitería del barrio de Núñez, evalué que valía la pena acceder. Me la imaginaba como a esas minas que se desatan haciendo el amor, como desquitándose, furiosas y posesivas, y te exclaman loas crudas con referencia anatómica. Ella ya había mentado su «capacidad de entrega». Ingerimos el irlandés y torta de frambuesa. Estacionados frente al edificio de mi departamento, la mordisqueé en el cuello y en la (también latiente) orejita. Pero no pasamos de ahí.

«Me la imaginaba como a esas minas que se desatan haciendo el amor, como desquitándose, furiosas y posesivas, y te exclaman loas crudas con referencia anatómica. Ella ya había mentado su “capacidad de entrega”.»

Más adelante, me avisó de una fiesta para celebrar la inauguración de su consultorio. No fui. Yo la atendía más seco. En otra llevada a mi casa me agarró descuidado, me instó a que subiera con ella y ya en el quinto piso, bailamos, y cuando se espesaba el clima, le vino la fobia y pidió té.

En un mediodía feriado me sorprendió telefoneándome: «¿Vendrías a buscarme para ir juntos a almorzar?». Acepté. Hice la cama así nomás y mientras daba vueltas a lo marmotón me entretuve en fantasear que la violaba: con el inequívoco y lucidísimo propósito de revelarles las ganas, de trocar en positiva su irradiación, de impedir, aun con coerción, que se malograra tanta

energía envasada. Presentificarle el sortilegio. Así seguía yo con mis fundamentaciones. Me atraía, ubicados en tan fronterizas circunstancias, la posibilidad de consumir ese acto reprochable. ¿Qué comimos?: capeletis al roquefort.

El jueves (esto es: ya comenzado el viernes) subió a mi departamento. Por lo espinoso de mis inconcesables inquietudes yo oscilaba entre estar paralizado y salido de la vaina. Probé de inducirla como un caballero, pero en vano. Junté aire, la alcé, la trasladé al dormitorio y la arrojé a la cama. Con mis manos y brazos abrí los suyos y la besé con implacable dulzura. Me noté un poco vil cuando desabotonaba su blusita y deshacía el lazo. No gritaba ella, tensa. Decía «no, no». Y a mí me salía «sí, sí». Ya bastante desnudada, sujetándola, logré desnudarme. No fui delicado durante todo el procedimiento, yo estaba improvisando, persuadido de mi pronta redención. Fui brusco sólo lo inevitable. El cunnilingus la arreboló. Me trató de «malo». Y proseguimos consubstanciándonos hasta el amanecer.

Milagro, portento, prodigio: suceso extraordinario: tras varios años de matrimonio, somos felices. Julieta me ruega a veces que le dé unos chirlos y la zamarree, y asevera henchida de orgullo, anhelante, que soy maravilloso.

© Rolando Revagliatti

El autor:

Rolando Revagliatti nació en 1945 en la ciudad de Buenos Aires, la Argentina. Publicó en soporte papel un volumen que reúne su dramaturgia, dos con cuentos y relatos y quince poemarios, además de la breve antología poética personal “El Revagliastés” y “Revagliatti – Antología Poética”, con selección y prólogo de Eduardo Dalter. Sus libros cuentan con ediciones electrónicas disponibles en <http://www.revagliatti.net>. Sus 185 producciones en video se hallan en <http://www.youtube.com/rolandorevagliatti>

601 Y 602

por Gonzalo Palermo

Eran cerca de las once de la noche pero en la tarjeta de envío del paquete decía que de no haber nadie en la casa (calle Liebre de Mayo, N° de puerta 2633, apartamento 601) iban a dejar instrucciones, así que caminé por una de esas calles sucias muy comunes por acá, que corren paralelas, olvidadas, a una gran avenida céntrica. La verdad es que no tenía idea de que existiera una calle con ese nombre, pero si lo decía el papel... De hecho todavía tengo esa duda; sumada a otras tantas que no puedo sacarme. Solo espero que si existe tal dirección, si es real este lugar y es posible llegar a él –aunque sea por medios o estados poco convencionales–, alguien venga de una vez a confirmármelo.

A esa hora de la noche ya no había lo que uno comúnmente llamaría gente corriente: había adictos con síndrome de abstinencia; pichis entre sus harapos sucios de colores grises, marrones o negros, con sus perros y cartones y latas de atún ya utilizadas; barrenderos y gatos entre la basura; jaurías de perros y más gente tirada en el piso. Parece un lugar común, pero es así. Los que no eran eso o algo parecido eran gente que caminaba rápido y sin mirar a ningún lado, solo levantando la vista, esperanzados, cuando escuchaban un ómnibus que siempre resultaba ser expreso.

Cuando llegué a la calle Liebre de Mayo, tras preguntarle a un mendigo que empezó a gritarme «nunca más, nunca más» y después me dijo que no sabía, busqué el número y di con el edificio. Era una típica construcción de esas calles: gris, con una puerta alta de dos hojas, una de las cuales estaba abierta, y dos filas de ventanas con las persianas bajas.

Entré al zaguán y me paré frente a los timbres. Toqué el 601 y nadie contestó, otra vez y ninguna respuesta, así que subí. Una escalera común y corriente. Cuando uno llegaba a cada piso, una luz se encendía en el pasillo, entre las puertas de los dos apartamentos de ese nivel. Seguí subiendo hasta que llegué al sexto piso. En la puerta del 601 había un cartel que decía: «No hay nadie, deje el envío en la mesa, la puerta está abierta, no olvide cerrarla al irse. Gracias», así que hice lo que el cartel indicaba: entré al apartamento, pulcramente amueblado, de paredes azules y muchos muebles y recovecos que miré al pasar. Había varias habitaciones y pasillos, no llegué a distinguirlos bien. Dejé el paquete en la mesa de lo que parecía un comedor y me encaminé nuevamente a la puerta, la abrí y salí al pasillo. Todo era medio raro, cierto, pero no tuve mucho tiempo de pensar en eso porque todo se puso todavía más raro.

«Entré al zaguán y me paré frente a los timbres. Toqué el 601 y nadie contestó, otra vez y ninguna respuesta, así que subí. Una escalera común y corriente.»

La luz del pasillo en el piso 6 se encendió apenas salí del apartamento. Cerré la puerta detrás de mí y bajé las escaleras, y mientras bajaba y los pasillos se encendían bajo una pequeña luz blanca yo iba sumido en mis pensamientos, deseando llegar a casa y acostarme lo antes posible. Pero en cierto momento, después de dos o tres minutos bajando escaleras, me percaté de algo: había salido del sexto piso y todavía no llegaba a la entrada principal de calle. Bajé un piso más y cuando se encendió la luz miré hacia la puerta a mi izquierda. Decía 602; la de mi derecha decía 601. No puede ser, pensé, un error seguramente. Descendí un nivel más y ocurrió exactamente lo mismo. Bajé varias veces y pasó una, otra, otra, otra y otra vez. 602 y 601. Empecé a ponerme realmente nervioso: era una broma estúpida o el edificio tenía los mismos números en cada piso, o yo no estaba bien. Antes de caer en la desesperación me senté en un escalón a pensar un segundo. Empezaban a pesarme los párpados del sueño. No tenía idea de cuánto llevaba en las escaleras ni cuántos pisos había bajado – ¿quién, acaso, cuenta los pisos cuando está bajando?–, así que empecé a subir, pensando que tal vez estaba en algún subsuelo o escalera de emergencia. Pero no, era exactamente la misma escalera por la que había subido hacía algunos instantes a dejar ese envío en el 601.

Transcurridos varios minutos que me sería imposible especificar –menos que menos, ahora, que el

tiempo dejó de ser un problema necesario—, me encontraba prácticamente corriendo por las escaleras, bajando y subiendo por aquellos sextos pisos, saltando de a tres o cuatro escalones de una zancada, mirando una y otra vez las placas de bronce con el 601 y 602 grabados en cada puerta. Empezaba a parecerse a una pesadilla. Las luces automáticas llegaron a marearme y la cosa dejó de asustarme para darme rabia. Intenté mirar hacia afuera por una de las ventanillas que había en cada pasillo pero estaban muy altas. Cuando no supe qué más hacer, y a pesar de que estaríamos cerca de la medianoche, empecé a llamar a las puertas: primero tocando normalmente, luego más fuerte, después dando golpes y patadas, hasta acabar gritando por los pasillos, con la vista fija en esas tres cifras de porquería una y otra vez. No pasó nada, porque en aquel edificio no había nadie y en el fondo hasta yo mismo sabía que ahí no había nadie ni nada para hacer. Estaba solo.

En un último y desesperado intento empecé a forzar las puertas buscando alguna que estuviese abierta. A esa altura ya me era imposible recordar dónde estaba el 601 en el que había dejado el pedido, seguramente escondido entre los otros incontables 601. Esa tarea me llevó un largo rato, imposible saber cuánto, pero para cuando encontré una puerta que se abrió, aquello era lo único que deseaba en el mundo: salir de ahí, de esas escaleras, y no volver más. En uno de los tantos intentos logré abrir una puerta con el número 602. Entré a un departamento muy similar al que había visitado momentos (¿horas, minutos, segundos?) atrás; muy parecido, amueblado de manera similar y con los mismos colores y pasillos retorcidos y habitaciones que iban hacia otras habitaciones que se perdían en otros pasillos, pero, obviamente, invertido 180 grados con respecto al 601 que conocía. Grité una vez dentro, pero nadie respondió. Recorrí el apartamento buscando un teléfono pero cuando lo encontré no había señal. Calmado, sabiendo que al menos algo había cambiado, empecé a buscar por aquel lugar retorcido y de paredes azules alguna ventana para ver el exterior. No recuerdo haber querido ver el exterior tanto cómo aquella noche; después uno se va acostumbrando, es como todo.

*«Cuando estaba
abriendo la puerta el
sueño terminó;
desperté dentro del
otro sueño, en el que
todavía no podía
encontrar la salida.»*

Pero por más que busqué y busqué, fue como si estuviese en un bunker, o en un lugar excavado bajo tierra: no encontraba ventanas, solo más paredes y habitaciones con otras puertas que daban a otras habitaciones y pasillos más angostos que prometían más cuartos y pasillos. No demoré en perder la noción del camino recorrido y ya me iba a ser imposible volver atrás, encontrar nuevamente la entrada a aquel laberinto. No había dejado migas de pan. Pero: ¿para qué quería desandar el camino? Entonces me interné más y más por ese sitio interminable de pasadizos y más pasadizos, puertas y revueltas, hasta que en cierto momento, perdida toda esperanza y pensando solamente en la forma estúpida y a la vez insólita en que había perdido la posibilidad de caminar libre, de saber por dónde iba, empecé a sentir la sensación de estar en un sueño de esos de los que somos personajes conscientes de estar en un sueño. Debe haber sido ahí que me dormí y soné que me dormía y soñaba que me metía en una especie de laberinto. Dentro del laberinto —por darle un nombre—, se abrían varios caminos y yo nunca encontraba la salida. Agotado, me dormía y soñaba que entraba por casualidad a una especie de laberinto muy parecido al anterior y me pasaba algo similar; pero en el sueño del sueño, sin embargo, lograba salir. Cuando estaba abriendo la puerta el sueño terminó; desperté dentro del otro sueño, en el que todavía no podía encontrar la salida. Imitando al personaje del sueño, caminé hasta encontrar la salida y, efectivamente, al dar con la puerta y disponerme a salir, me desperté. En realidad no estaba seguro ya de si estaba soñando o no, pero no podía pararme a pensar o resolver cosas como esa; me levanté y seguí buscando la salida de aquel apartamento que, si, parecía un laberinto.

Y pasado otro segmento de tiempo indefinible, en el momento en el que sentía también que hacía días o semanas que estaba en el mismo lugar, dentro de una especie de caja china interminable de paredes y techos, me encontré con una habitación un poco más grande; después con otra de techo más alto y, cuando me di cuenta, estaba en un lugar que me parecía familiar. No sabía muy bien por qué, pero dentro de aquel laberinto de pesadilla había encontrado un sitio que me era conocido aunque no sabía muy bien si era por algún sueño o por algo real. No lo recordaba (y no importaba) pero tenía la impresión de que lo iba a recordar en cualquier momento. Me arrastré un poco más sosteniéndome contra las paredes con la última cuota de voluntad que me quedaba y me topé con una puerta negra que, entre las sombras y la semiinconsciencia, supe reconocer como la puerta de entrada. O por lo menos una de las

tantas puertas de entrada.

Me incorporé y, sin atreverme a mirar atrás, loco por dejar ese lugar espantoso lo antes posible, salí al pasillo: la luz automática se encendió y tenía enfrente una puerta negra con una placa de bronce y el 602 grabado.

© Gonzalo Palermo

El autor:

Gonzalo Palermo vive en Montevideo (Uruguay). Estudia Comunicación Social y desde 2010 trabaja escribiendo notas de música y cine para las revistas Cinemag y SeisGrados (diario El Observador). En noviembre de 2011 obtuvo la primera mención del concurso de Narrativa Joven organizado por la Casa de Escritores del Uruguay, por su nouvelle "Un error humano". Mantiene su blog personal paisdelricardito.blogspot.com

* * *

Relato

UN MUNDO SIEMPRE NUEVO

por Patricia Nasello

–El mal vive en las criaturas del monte porque su inocencia es absoluta y todo exceso es perverso –dice el cura, y ya todos sabemos que este domingo el sermón se ha disparado en mi contra.

Con esa falsa modestia que caracteriza a los paridos en el orden oportuno, mis seis hermanos mayores murmuran «amén».

Yo espero esas noches como una fiesta, que el cura hable y que ellos sigan susurrando hasta el día del Juicio Final. Apenas la luna llena despunta, cierro los ojos y siento que me hamaco, y ese vaivén se acelera hasta que la fuerza salvaje me alcanza como un golpe. Entonces corro a través de un mundo siempre nuevo para mí, hecho a partir de dos olores primigenios: el de la presa y el de la hembra.

El problema con las hembras es el sol, porque el sol me confunde, logra que desee como hembras a las mismas que después la luna me demuestra que son presas.

–Mirá, Francisca, que puede ser peligroso –le dije.

–Así me gusta más –respondió. No agregó más, sonreía. O pretendía hacer una mueca para mostrarme los dientes, no sé. De otras ocasiones no dudo, los muestra como si gruñera.

–Aprovechar la luna para salir de caza armado con el propio hocico, no es digno de un buen cristiano –grita el cura desde el púlpito. Pobre viejo, parece cansado.

© Patricia Nasello

La autora:

Patricia Nasello nace en Córdoba (Argentina) en 1959. En la Universidad Nacional de Córdoba obtiene el título de Contadora Pública, profesión que no ejerce. Lectora empedernida, en 1999 comienza a narrar por escrito sus propias historias. Obtiene diferentes galardones, Segunda Mención en Cuento Certamen Franja de Honor S.A.D.E. 2000 (Sociedad Argentina de Escritores), Primera Mención Género Narrativa Concurso Manuel de Falla 2004, Primer Premio Género Ensayo Concurso Manuel de Falla 2004, Mención Concurso La Mañana de Córdoba 2005, entre otros. A partir del año 2010 edita un blog, **Esta que ves**, donde publica textos propios. Su trabajo en la red le ha reportado publicaciones en otras bitácoras, revistas culturales y periódicos. A partir del año 2005 colabora con la revista Otra Mirada S.A.D.O.P. (Sindicato Argentino de Docentes Particulares) a través de su columna Para leer y disfrutar. Coordina talleres de creación literaria.

RELATOS

por Rocío Romero

VÉRTIGO

Nos sentamos en nuestro jardín, entre azaleas, en lo alto de la ciudad. Mi hermano revuelve la tierra de las macetas y asoma un puñado por la barandilla de la terraza, como si fuera a dejarla llover sobre los transeúntes, a muchos pisos por debajo de sus manos. Se levanta y se sienta varias veces en el borde, y sé que quiere oírlo.

–Inés, cuéntame un cuento. Aquel que me gustaba, el de los gatos.

Sólo mi hermano me habla, así que yo le cuento y le cuento durante horas. *Había una vez un gato pequeño que se asomaba al vacío cada mañana.* Roberto palmotea y abre mucho los ojos. *Nicolás, quería probar la historia de las siete vidas,* continúo. El niño suspira.

–Más deprisa, Inesita, anda. Que no busque peces, que no juegue con los otros gatos, sólo que salte. Que salte ya.

Tenía una vida estupenda, le digo. *Vivía en un ático enorme, con terraza y arenero. Pero el gatito Nicolás quería volar. Tú ya sabes que los gatos no vuelan, tesoro, pero en el fondo, eso da igual. Tampoco los niños.*

–Vamos que salte, va a venir mamá y me mandará bajar para la cena.

Una tarde de sol, probó a asomar una de las zarpas delanteras. Se agazapó un poco y dejó que el viento soplara entre las uñas extendidas mientras pensaba que el salto, un salto valiente con voltereta, bien valdría una de sus vidas. Mi hermano frunce el ceño, sabe que no voy a avanzar mucho más deprisa. A mí lo que me sobra es tiempo. *Trae la mano, Roberto. Extiende el brazo inclinándote un poco más ¿Ves? Sólo da miedo un momento.* Le guío hasta el borde mientras rozo su pelo con los labios. Le echo de menos.

Oímos a mamá en la escalera. Se asoma y llama a mi hermano. No me ve, claro, sólo lo mira a él, y lo abraza muy seria. *Si sigues asustándome así, voy a tapiar esta puerta,* le dice. A mí nada, mira hacia afuera estremecida y lo empuja suavemente hacia la casa. Él se vuelve una vez más y le sonrío. *Mañana te lo cuento otra vez, hasta el final. Verás qué vértigo,* le digo. Y mientras mi familia baja al comedor, yo me desvanezco de nuevo. De un salto.

* * *

DE HERMANOS MENORES Y NIÑOS MUERTOS

El tontorrón de mi hermano Andrés golpea el borde del plato con su tenedor de plástico. Intercala el repiqueteo sordo con chillidos de emoción y yo sigo haciendo muecas. Mamá le acerca otra cucharada de puré mientras él se ríe de mis payasadas como loco. Algo asombrada, ella se inclina en silencio y lo besa. Lamento de nuevo las sombras oscuras bajo sus ojos.

El niño grita «tato» y me separo de un salto. Golpeo la jirafa naranja que está sobre la encimera y se cae, exactamente igual que antes, nunca la vi a tiempo. Los tres nos quedamos muy quietos. Hasta mi hermano parece sorprendido. Mamá se gira hacia mí y recoge el peluche con cuidado. Se lo lleva a la nariz, lo mantiene allí un instante y comienza a respirar a través del tejido con los ojos cerrados. No quiero que llore, así que le saco la lengua a Andrés para que vuelva a reír con su cara de luna. Mamá sigue sin verme.

* * *

PAPELES

En todo este tiempo como náufrago, nunca he desaprovechado la ocasión de ahogarme ante el público. En el momento preciso, decido que mi vida no vale nada y salto desde mi acantilado. Me conmueven

los gritos de los niños cuando me ven boquear desesperado, manoteando, mientras noto que me voy, que me revientan las venas de los ojos y me falla el impulso de lucha.

Mucho después, algún compañero saca mi cuerpo de la charca y me tiende en la orilla de arena artificial, hasta que me seco del todo y vuelvo a ser el náufrago desarrapado de siempre.

Por algún capricho del guión, parece que hoy no me despierto. Puede que al fin lo haya dado todo.

© Rocío Romero

La autora:

Rocío Romero Peinado (Baracaldo, 1972). Licenciada en Filología Inglesa. A partir de 2005 descubrí que se aprende mucho escribiendo en compañía y me apunté a diversos talleres literarios de relato y microrrelato en la Escuela de Escritores. Algunos de mis textos aparecen en alguna antología, revistas digitales y blogs literarios, pero la mayoría siguen desperdigados entre las carpetas de mi ordenador y mi blog (Contando las horas, <http://rromeropeinado.blogspot.com>)

* * *

Relato

AUTOCINE

por Ana Martínez Blanco

Marie Joe permanece de pie en el porche. En cuanto ve llegar el magnífico Oldsmobile, conducido por la cazadora de James, la falda acampanada se le ondula mientras el puño rosa de su rebeca cierra con llave. La cazadora de cuero le abre la puerta del coche y unos jeans le rozan la falda con frenesí. Se escucha un beso. La cabeza de Marie Joe reposa sobre la manga de la cazadora que protege su espalda.

El Oldsmobile arranca, hacia la colina, desde donde divisan las luces palpitantes de la ciudad. La manga de cuero baja la ventanilla, sale del coche, paga la entrada y compra palomitas de maíz y refrescos de cola para la rebeca rosa. Junto a ellos, otras cazadoras y otras rebecas guarecidas al amor de otros magníficos Oldsmobile, Buick y Mercury van siendo arrancadas de sus cuerpos y arrojadas al asiento trasero, donde darán rienda suelta a sus placeres.

La rebeca de Marie Joe correrá peor suerte. Un desafortunado golpe de viento la saca por la ventana, y la chupa de James, desesperada e inmóvil, la contempla durante horas emborrionada de polvo, sucia y pisoteada por las ruedas de los que poco a poco abandonan la escena.

Cuando los cuerpos sofocados sienten el frío, la cazadora recupera la esperanza, pero Marie Joe no acusa la falta. El coche arranca y la cazadora, ahora perfumada por el dulce olor de Marie Joe, divisa resignada el pálido reflejo rosa en el suelo, mientras al fondo, en la pantalla, un iluminado Charlton Heston divide las aguas del Mar Rojo.

© Ana Martínez Blanco

La autora:

Ana Martínez Blanco. Porto do Son (La Coruña, 1966). Me licencié en historia y... trabajo en la Biblioteca Municipal de Galdakao (Vizcaya). La temporada 2009-2010 quedé finalista en el concurso "Relatos en Cadena" que convoca la SER, a partir de ahí comencé a escribir microrrelatos más a menudo y en el 2011 vi publicado otro micro en la revista digital "La noche de las Letras". Me gustaría vivir según la máxima de Dickens "walking and writing" y transformarla en "swimming, reading and writing" pero tengo trabajo, hijo, marido y platos que fregar. Es decir, cosas que afortunadamente me bajan de las nubes. Escribo mis micros y cuelgo lo que me parece interesante en el blog: <https://www.arrimadosalasombra.blogspot.com>.

EPISTOLAR JAMES MC CULLIGAN

por **Damián Cordones**

Tome esas cartas del otro mundo: dos días tiene de término para responder, y déjeme aquí la respuesta, advirtiéndole que para mí no hay puerta cerrada; y si su flojedad no le dejare responder, cuenta.

Diego de Torres Villarroel. *Correo del otro mundo*

Alguna de las cartas;

Señor Fred Claudio:

Estimado Señor Fred Claudio por fin agarro un espacio en el tiempo para escribirlo. Al fin, Señor, estamos en condiciones de atestiguar el hecho. Usted estuvo allí, el día en el que se inventó la rueda. Las especulaciones han dado paso. Forzarlas no servirá de nada. Reunidos entre ellos y yo, no nos quedan dudas. Sin embargo necesitamos sus confirmaciones y si acaso algunos de sus testimonios que serán bien estimados y muy requeridos.

Encuentre usted si es de su agrado, aunque le informo de que la administración no va a perdonárselo, alguna razón para justificar este descubrimiento y para demostrar que sus implicaciones no llegaron hasta el fraude. Ni mucho menos, que le dirán ellos, ni hasta el ápice de ser culpable. El plazo, para subsanar complejidades es el paso de una nube como se dice por estas tierras.

Espero su respuesta, al dorso encontrará la dirección.

PD. No duelen prendas cuando los acontecimientos así lo requieren.

Fdo: James Mc Culligan

Yo le enseñé castellano o al menos a practicarlo. Cuando conocí a James en Dublín. Por ganarme algunas perras y por acercarme un poco a los irlandeses. Así conocí a Culligan, entre pintas y balbuceos españoles. Me era simpático y tranquilo, sincero. Dos meses o tres compartimos reuniéndonos de vez en cuando. Los días que no salía desgastado de tanto fregar y las plantas de los pies abiertas. Después yo regresé a Granada y él se quedó allí con intención de mudarse a Galway ya definitivamente, donde le esperaban sus orígenes. Intercambiamos datos y algún propósito de no olvidarnos para siempre.

Un año y medio después recibí su propósito de venir a Granada para entretenerse un rato, tiempo sabático, y para seguir aprendiendo el español, que tanto lo amaba y siempre he querido preguntarle por qué. Le ayudé con algunos trámites y en todo lo que pude. Se instaló en un apartamento del Realejo. Allí bien recubierto de la fisonomía que le convenía y todas sus intenciones, que tan entusiasmado estaba.

Cierto es que no lo recordaba tan pelirrojo y tan mayor. Siempre buscando algo que no sabía; siempre buscando algo que nunca confesaba, por timidez o por estilo, que él lo que buscaba era compañía, compañía femenina a poder ser, y ya parar de dar vueltas como si la vida fuera una noria. En ningún momento vas a descubrir a James con mal gesto en la cara, aunque sufría, pero grande era siempre su voluntad de no saberse derrotado.

Nos visitaba a mí y a Cathryn de vez en cuando, largas caminatas hasta la Caleta, atravesando la Gran Vía, a veces en bicicleta, subido por la acera, con su perilla pelirroja y sus sandalias. Que a mí

siempre me dieron ganas de decirle que en invierno, a pesar de lo que él dijese, no estaba bien llevar sandalias en Granada, no fuese ya por el clima, si acaso por estética.

Venía, se sentaba siempre en el sofá que estaba pegado a la terraza. Erguido, para no incrementar esa sensación suya, siempre incesante, de que molestaba. Tanta era su prudente humildad. Tanto su tacto que eso fue, probablemente, lo que impidió que yo me acercara un poco más a él, que lo tratara así un poco con la indiferencia y con la justa negligencia con que hace falta tratar a un amigo para arrimarlo a lo tuyo, a lo verdaderamente tuyo.

Su entusiasmo fue mermando y yo lo noté enseguida, porque era inquieto y las personas que son inquietas, en cuanto pierden el entusiasmo están como despistadas, como girando en círculos nerviosos. Una tarde en la que Cathryn llegó tarde, me confesó que estaba aburrido. Y además, torpemente, temblándole un poco el labio, me dijo que me envidiaba, porque mi vida era sencilla y no me desgastaba, y sobre todo porque era capaz de matar el tiempo dedicándolo a escribir. Yo le dije la verdad, que a mí el tiempo me asfixiaba tanto o más que a él, que también padecía grandes o pequeñas infelicidades, que yo admiraba a muchos otros por las mismas razones que él decía admirarme a mí. Pero él insistió y me dijo que estaba decidido y quería pedirme algún consejo. Quería escribir. Entretenerse y así de paso ir perfeccionando el castellano. Porque quería escribir en castellano. Yo le sugerí, un poco dando rodeos, que no es lo mío lo de aconsejar, que si él lo que quería era entretenerse, tal vez lo más cómodo resultaría inmiscuirse con el inglés. Distinguir entre aprender y entretenerse, lo más cómodo, y dejar a un lado aquello del subjuntivo para otros tediosos menesteres. Como imaginé no varió en un ápice su primera intención y, a su manera, dijo que el inglés le parecía un idioma demasiado previsible, y que eso, lógicamente, no iba a favor de su propósito.

Me pidió entonces alguna idea. Yo lo insté a la libertad, a eso del dejarse llevar. Escribir palabras por escribir, que en todo caso, si le era necesario, ya encontraría algún sentido para todo eso; siempre existen recursos para el círculo, para redondear la historia, que eso es siempre lo más fácil y lo difícil está en el aire espontáneo de las palabras consecutivas. Más o menos, le dije. Él me habló específicamente de los géneros. Entonces me preguntó por las ideas fantásticas, por esgrimir un argumento. Yo lo animaba, si había resistencia por parte de las musas, a desempeñar la simple actividad descriptiva, las calles del Realejo, por ejemplo, siempre tan sugerentes calles empedradas para mí y que nunca había sido yo capaz de ponerlas en papel.

Se fue pedaleando sin concreciones. Ya hablaríamos del resultado a posteriori. En definitiva, siempre encontraba alguna razón para visitarme. Porque como no quería molestar, venir por venir, llegar por llegar, y por más que a mí me agradaba, que eso era cierto, y que además se lo decía, él se resistía e inventaba alguna excusa para justificar que llegaba hasta mi casa. La próxima visita vendría con alguna carpeta, dispuesto a pasar el tiempo, ahora con la literatura de por medio.

Alguna de las cartas;

La estoy siguiendo. Persiguiendo. Mademoiselle Afrodita. Tiempo ha. ¿A qué espera para entregar el paquete? El tiempo ocurre sin reparos, mayor que todo, persigue. Los pasos no son tan elásticos como sugieren. Más. Le espeto a determinarse. De una vez por todas. Por favor.

No le negaré su hermosura; sin embargo, aleje de todo misticismo sus intenciones. Más. Si aquel paquete arrastrado para por fin llegar, se mueve en caparaza de tortuga, o entonces ¿qué es lo que está pasando? Están lentos, mucho más de lo que aparece en las islas galápagos. Qué goma el tiempo elástico si se espera un paquete. Mucho más si usted, Mademoiselle Afrodita, juega con su hermosura queriendo despistar las obligaciones.

Dilatarse es un error, mucho más.

Quedo, perdonadme la frialdad y vehemencia, a la espera.

James Mc Culligan.

Fue así y llegó, absolutamente frustrado. Que no había manera de enderezar las palabras ni ocurrencias. Se difuminaban las frases tan pronto como creía en ellas, un instante después. Muy frustrante, me decía. Probando con todos los géneros. Policíacos y negros o románticos, ya fueran fantásticos o descriptivos que no se sabe cuál más disparatado y además todo lo que empezaba en línea recta acaba desbocado por inmundicias. Algo así. Yo le recordaba, modestamente, si aquella frustración no estaría agravada por el innecesario motivo de escribir en castellano y él insistía en que no debía yo de buscar excusas por él y que el único problema estaba en su lamentable incapacidad inventiva. Además, me dijo con sus palabras, ahora, ya no sólo me aburro, sintiendo más que nunca el tiempo perdido, sino que además he conseguido la frustración. Aburrimiento y frustración. Una semana o diez días de persistencia habían dado con torpes encabezamientos de historias derrotadas. Para más fatalidad, dijo que totalmente maniatado, había intentado escribir sobre su frustración y que aquello también se quedaba sin palabras.

«Intentó escribir una carta para expresar su frustración, dijo que como destinatario me imaginó a mí, todo provisional y orientativo, y nada más, la cosa quedó en balbuceos inútiles.»

Intentó escribir una carta para expresar su frustración, dijo que como destinatario me imaginó a mí, todo provisional y orientativo, y nada más, la cosa quedó en balbuceos inútiles. Entonces, me pregunté en silencio por el contenido de la carpeta. Antes de hacerlo audible él la abrió y me dijo que traía fragmentos. Los fragmentos de sus historias derrotadas.

Obligado, tuve que hojearlas y lo cierto es que yo tampoco tuve palabras. Mudo para expresarlo. Pero intuí que lo de las cartas hacía referencia a un género, también literario, el género epistolar. Le aconsejé entonces que si las grandes ideas no llegaban o se hacían

de rogar, el género epistolar no era menos que otro, y que al fin y al cabo, todo el mundo sabía o había escrito alguna vez alguna carta.

Aquello le convenció, aunque tuve que notar su resignación, entendida por él como una degradación de su propia capacidad literaria. La tarde se estiró un poco más entre los dos, mientras él, erguido, sentado en el sofá junto al balcón de la terraza, tomaba su té y ya estaba pensando en cómo habría de matar el tiempo.

Alguna de las cartas;

Estimado Eugenio Amós,

Tanto placer en dirigirme. Todas las sugerencias de este paisaje al recordar me traen añoranzas melancólicas. Como de extraordinario quedan reemplazados. Algo que quisiera expiar. Fueron tan bellas las tardes de la campiña, con la pelota y con el trompo pero he de confesarle. Lo recuerdo, grato añorar. Sin embargo, todos mis acercamientos hacia usted (quién sabe por dónde andará) fueron mediados. Para acercarme a su hermana, de la cual yo estuve tan enamorado. Tanto que aún lo estuviera. Máxime aquellos senos tan pronunciados, siendo tan joven. Para eso me acercaba a usted, Eugenio. Para ensillar a su hermana.

Dignos hes de mencionar los prerrogantes. Tampoco desmejorar su bondadosa compañía. Lenta y alelada a veces, pero fiel.

Expiar nunca es tarde amigo Eugenio. Quisiera con todo mis latidos.

Algo tendrá que alegar si lo desea. (Alguna foto de su hermana).

Recuérdeme como James Mc Culligan.

Me extrañó el cumplimiento de los días sin su visita. Imaginé que el asunto estaba siendo fructífero o, en todo caso, que rápido había olvidado aquella repentina tentativa con la escritura y ya estaba entusiasmado y entretenido con otra cosa.

Alguna de las cartas;

Por favor, Dios mediante, si ha recibido esta misiva. Las cigüeñas se están retrasando y por aquí nadie habla de otra cosa. Le esperamos con devoción. ¿Cómo van con la empresa? Por fin proporcionando.

¿Qué tal la abuela? ¿Murió al fin? Descanse en paz en el cielo porque aquí no lo hizo. Ni en paz ni en reposo. Así somos las personas, alardeantes de corazón y fraternidad pero cuando llega la hora amigo, todos se acongojan.

Por aquí el cielo azul y una flema que atosiga. Apenas pedalear en bicicleta, ya estamos lengua fuera. No dudes en venir si es de antojo pasar algunos días. Siempre le esperamos con los brazos abiertos.

Ferrer dice que no hay de qué, que ya vendrán tiempos mejores, con otros brillos y por otros lares. Ya se que no es fácil. Esta vida amigo, siempre a la espera de sus recovecos. Que así se nos insinúan.

Por lo demás no hay razones para otra cosa. Dejarlo pasar es siempre lo más óptimo. Lleguen si quieren. Mañana será jornada en la fábrica y todos para allá que la cosecha está sedienta.

Un abrazo de parte de todos.

PD. Recuerdos a la abuela si aún respira. Tantas añoranzas con ese asco que nos daban sus bigotes y su dentadura en la taza de Birmingham.

Con cariño, James Mac Culligan.

Al menos tres semanas sin visitarme dieron para mucho. Entró deseando vomitarlo. Muy excitado, nervioso, a él, evidentemente, también lo había confundido. Sin embargo, ya venía casi totalmente inclinado a aceptarlo. Le pregunté por su actividad literaria (sinceramente creí que ya lo había olvidado). Rápidamente noté que el asunto de su inquietud no era exactamente el de sus textos. Dijo que el resultado era el mismo, el que él había previsto. Nefasto. Pero seguía guardando algo. Como observé que volvía con la carpeta le pregunté si traía los textos. Me dijo que sí, que había intentado lo de las cartas.

Me dejó abrir la carpeta y me entretuve un rato leyendo algunas. La verdad es que me pareció asombroso. Asombroso es la palabra porque otra cosa no pude decir. Mientras leía, él seguía nervioso martilleando con la rodilla arriba y abajo. No era por estar esperando mi opinión; sus nervios eran otra cosa. Nefasto lo había dicho en serio, convencido, no era un recurso. No esperaba mi juicio, estaba convencido. Asombroso, le dije.

«Me pidió la carpeta, y extrajo dos folios de entre los papeles. Estas son las respuestas. Dos me han contestado. Sacó de su bolsillo dos sobres que guardaba doblados.»

El caso es, dijo él, que les hice una copia, las metí en sobres, las sellé y las envié. Un poco furioso le contesté: ¿Por qué has hecho eso? ¿No sabes que puedes meterte en un lío? Pensé un instante: ¿No habrás remitido a tu dirección?, le pregunté. Así es, contestó él. Puedes meterte en un lío, le repetí. ¿Por qué?, me contestó. ¿Por qué?, le dije, porque estás jodiendo a los empleados, confundiendo, malgastando su trabajo. No sabes qué susceptibles, James, no sabes cómo de susceptibles. Pensarán que es una burla. Entonces, encontrando al fin la manera, me dijo: ¿y si me contestan? ¿Cómo que si te contestan? Me han contestado, sentenció.

Me pidió la carpeta, y extrajo dos folios de entre los papeles. Estas son las respuestas. Dos me han contestado. Sacó de su bolsillo dos sobres que guardaba doblados. Me los dio y los vi abiertos y

vacíos, sellados, enviados a su dirección. Había inventado las direcciones, disparatadas, como todo, y decía que le habían contestado. Me dejó leer las cartas. ¿No es alucinante?, me dijo antes de que yo empezara a leerlas.

Señor James Mc Culligan,

Debo informarle de que aquel reloj de cuco que usted reclama, el cual dejó abandonado en el departamento de la calle Rochester, no se encuentra accesible. Suele ocurrir, tarde, que no atendemos a las cosas valiosas cuando verdaderamente las poseemos. Después, al reclamarlas nuestras, ya perdidas, resultan lejanas e irrecuperables. Será, probablemente, que las cosas solo se antojan valiosas cuando las ha bañado el tiempo con su irresistible y tonta melancolía.

Siete años después es tarde para recuperar un reloj de cuco. Ponerse en contacto con los anteriores inquilinos significa en principio contactar con Fredy Orson, el cual, probablemente, dada su longeva edad cuando habitó en el barrio, ya ni si quiera exista. Ojala a él, alguien lo reclamara antes que usted a su reloj de cuco. Antes, habitaron Leandro Fuste, Koldo Espinosa y otros que ya ni siquiera entran en la órbita de la memoria.

No es posible saber si está recubierto de polvo, y es que han de ser muchos los cabezazos que daría el pajarito si aún persevera. No me juzgue cruel si le abro la posibilidad de Cuco ceniza alimentando hogueras en el invierno de la calle Rochester.

Olvide su propósito señor Mc Culligan, y hágase con algún reloj más moderno y menos ridículo. Los hay a buen precio.

Honestamente,

Ursula Andreade.

* * *

Amigo Jame, ¡cuántos recovecos nos proporciona la vida!

En la campaña aún, como su fantasma, aparece usted por mis recuerdos. Cuando venía a visitarnos. Exculparlo lo primero. Que yo también utilizaba a mi hermana para atraerlo a usted, muy conciente de sus intenciones con ella y muy conciente, por otro lado, de que yo figuraba como alelado y lento. No crea que cambié mucho.

Sin embargo, para que no sienta usted remuerdos, le digo que en realidad, también lo utilizaba a usted porque yo también deseaba a mi hermana que también apreciaba sus senos y aprovechaba para observarla siempre que podía y siempre que me lo permitía la inmunidad precisa de ser su hermano. Pero..., amigo James, lo que son ventajas para algunas cosas son inconvenientes para otras. Así yo no podía declararme a ella como muchacho que era, y aún las masturbaciones las sentía fraudulentas a pesar de todo. Sin embargo, como compensación, la degustaba desnuda siempre que agarraba oportunidad y acariciaba con disimulo (amén de otros roces) aquella piel que usted tanto encelaba y aquel vello oscuro y límpido.

Tenerlo a usted (no diré que su compañía no era grata, a veces altanera y descarada), era el vehículo para encauzar mis turbaciones, mis deseos a través de los suyos, libre para deseársela cómo usted, silenciosamente hacía, en todos los juegos que proponía, en todas las actividades, que tanto frecuentaba usted su falda debajo de los árboles mientras ella buscaba la pelota.

Sorpresas siempre nos ha de guardar la vida, como lo fue recibir su misiva. ¡Cuánta alegría amigo James! Parece que ahora no estamos tan lejos; sería, para mí, un lujo el reencontrarme con usted si así lo desea. Alguna tarde que no halla otras razones para matar el tiempo.

Su amigo,

Eugenio Amós

PD: *Están frondosos los almendros. Recuerdo que tanto le gustaban.*

Media hora después se marchó, porque yo no me mostré predispuesto al despropósito y lo incomodé haciéndole preguntas por pura desconfianza. Repasé las direcciones, y otras que me mostró copiadas en un folio. Ni por asomo aquello se parecía a una calle y apostaría que no sólo en Granada no habría un lugar en que encajaran esos nombres sino en todo el mundo. La casualidad, claro está, es un pozo de alternativas, pero hay que estar dispuesto a aceptarla, sobre todo cuando es una tras otra, una tras otra, quedan, seguramente, dos opciones, o la farsa, o el milagro.

Por eso, quedé absolutamente extrañado. Pensando en las ningunas razones que yo encontraba en una motivación por parte de James para engañarme, para aquel juego, para ese comportamiento. Reconozco que busqué las posibilidades. Lo imaginé recorriendo las calles en su bicicleta, de noche, y entregando las cartas él mismo, aleatoriamente, debajo de la puerta de cualquier hogar. Entonces

«Lo imaginé recorriendo las calles en su bicicleta, de noche, y entregando las cartas él mismo, aleatoriamente, debajo de la puerta de cualquier hogar. Entonces pensé que falseaba el sello, la rúbrica, que falseaba en general.»

pensé que falseaba el sello, la rúbrica, que falseaba en general. Me acusé, aquella noche, de no haber examinado con más detenimiento, de no haberle pedido las cartas para analizar con más celo su letra, su estilo. Él las habría escrito, sin embargo, me constaba creer que James tuviera una capacidad desorbitada para fingir, para desdoblarse en otros diálogos, sabiendo, como yo sabía, su torpe capacidad para inventar. No había razones, por otro lado, para descartarlo, acrecentando de ese modo la alternativa de que James estuviera jugando conmigo, desde el principio. Tan capaz.

Lo otro significaba apostar que James había escrito unas cartas alucinadas, inventando seres humanos, inventando propósitos, pasados, encuentros, motivos, lugares; más, inventar direcciones, sin ninguna intención de verosimilitud (C/ Puntigudas de Marzo. Avenida: Escape tres catorce); imaginarse a un empleado de correos, recorrer esos lares, entregar la misiva como si cualquier cosa y además ser contestado. Hallar al ser imaginado, lo que no es lo más paradójico; sino, más, hallar los asuntos en común, los temas, las menciones, el pasado, el tiempo concurrido, compartido.

Esto, a pesar de todo, me resultaba más fácil de imaginar que alguna remota razón por la que James me estuviera engañando (me juró que no estaba bromeando) y lo que es más, tanto me constaba creer que era capaz. Le comenté el suceso a Cathryn, ella no le dio la menor importancia (probablemente no la tenía) y se limitó a decir que James le parecía un tipo aburrido y muy desorientado.

Alguna de las cartas;

Estimado compañero,

¿Por qué apresurarse? Arrímese usted a los alvéolos cuando se le incendien los rincones. Que falta hacen humanos despiadados. No incordie con sus cantatas y sus remilgos. En paz.

Los recursos para hallar a una madre son cuestiones más alejadas de la sangre. Si le deportan: mala criatura. Gánese usted el cariño y déjenos en calma. Al menos, ésta primavera que no llueve apenas y que tan ricamente huele.

Aún lo esperan en la quinta, si alguna vez, de todas por todas, se decide ha pedir perdón. Cosa descartada en las memorias.

Saludos,

Intendente,

admirador suyo.

Pero lo insólito se parece a una zanja de constelaciones por las que se engullen vertiginosas todas las suspicacias y todos los peldaños que nos engarzan. Por eso, porque a los pocos días James regresó diciéndome que había quedado con Eugenio, Eugenio Amós, y quería que le acompañara. Evidentemente le pregunté que tenía yo que ver con eso, que ni siquiera lo conocía. Después me quedé asombrado cuando me explicó que Eugenio Amós era el de la carta, el de la hermana. Y me la enseñó de nuevo, aquella estrambótica confesión de mutua utilización, perversión de la amistad y perversión de un hermano con complejo de ornitorrinco, pleno despilfarro de jocosa depravación.

He de confesar que, en aquel momento, al mirarlo después de releer aquella carta, y aunque encogidamente, llegué a sospechar y a temer. Porque por algún recóndito agujero me llegó la intuición de que James estaba siendo subestimado y que yo, culpable, podría ser la víctima. Sin embargo, aquella perilla pelirroja y esos ojos destilantes de infantil incertidumbre, siempre me hicieron pensar en la inocencia.

Se habían citado en Colón. Me habló de la correspondencia, que él, encantado, había respondido a la proposición de Eugenio, y que Eugenio, con gusto, había contestado feliz por encontrarse. Tuve, como es lógico, deseos de preguntarle cien cosas. Empezó a irritarme aquella incomprensible actitud de naturalidad ante lo inverosímil, o de inverosimilitud ante lo incomprensible, emocionado por el encuentro y por el hecho, y tan feliz iba encaminado hacia allá, como si no hubiera galaxias enteras para hacerse preguntas. Me limité por eso (lo cierto es que acabó por intimidarme) a imitarlo, a continuar con su corriente como si yo estuviera seguro de que al final de la Gran Vía estaría esperándonos un individuo llamado Eugenio, y tras un cordial saludo, nos reuniríamos en un café y acabaríamos hablando de política, del episodio del momento, de recuerdos pasados y comunes.

«He de confesar que, en aquel momento, al mirarlo después de releer aquella carta, y aunque encogidamente, llegué a sospechar y a temer.»

Y así fue. Con la salvedad de que Eugenio era un gordinflón rollizo (que nada tiene de extraordinario), algo repugnante sorbiendo el café y el cigarrillo. Yo permanecí parcialmente en silencio. Porque en las entrañas incendiaba una profunda irritación, observando cómo traían a colación la campaña, la pelota, el pueblo cerca de la perrera, el perro aquél y, comedidamente, pronunciándose sobre política, para no herir las opiniones del uno y del otro, porque en la infancia aún no es posible adivinar (no del todo) por cuál de las estúpidas versiones se va a decantar uno. Y así, irritado, hasta que James mencionó a la hermana y el otro le dijo que ya por fin casada con uno del ayuntamiento: «qué se le va a hacer», añadió con toda naturalidad. No pude resistirlo; despegar los labios para preguntarle o amonestarle que si era normal, no ya sentirlo, si no, en todo caso, manifestar el deseo sexual por una hermana. Y él, el cebado, me dijo que no era aquello sólo sexo y que además, es bueno siempre decir la verdad.

Traté, hasta que salimos, de apaciguar mi irritación, de no mostrarme demasiado antipático.

Alguna de las cartas;

Le informamos, efectivamente señor Mc Culligan, que el viejo profesor, Ramiro Holiá, acabó con su cuerpo en vida ahorcándose en la era de Ufarte. Permaneció suspendido de su cuello bajo el ramal del alto chopo cerca de una quincena, lo que, a las claras, muestra la escasa importancia que tenía su vida, o, en todo caso, la poca importancia que tenía para los otros, y vistos los acontecimientos, al parecer, tampoco la tenía para él mismo, que se la quitó colgado.

El cuerpo lo tenía hinchado, así como el miembro; extremada erección. Lo encontraron los niños, que a menudo, desobedeciendo, se internan por las afueras en busca de alguna actividad que las distinga de la plaza tediosa y repetida. Así hallaron, apoyados en una peña, el reloj de pulsera y el medallón de plata, dejados allí, no se sabe muy bien porque, dado el hecho de que aquello no le impedía, de ninguna manera, el ahorcamiento. Y tampoco, como medida de prevención es comprensible; teniendo en cuenta de que en ningún mundo posible es viable en hecho de que fuese a ser enterrado con aquellas dos piezas de considerable

valor sin que ningún mortal se las birlara antes. Así es, como le digo, que Fabián junior, el hijo del sacristán, ya pasea con ellos sin el menor estremecimiento.

Alguno como usted se han acordado. Para cerciorarse del suceso. Como puede ver, señor Mc Culligan, hace falta un acto heroico para que los arrinconados, entren, aunque sea fuzgamente, en la perspectiva de los que caminan en línea recta.

Cordialmente,

Eusebio Jacobo Astorga.

Cuando nos despedimos de Eugenio (James se despidió, yo me limité a decir adiós y a mirar al suelo) andamos hasta Plaza Nueva. Anduvimos callados, nos sentamos en un banco, sentía que James jugaba conmigo, me incordiaba con su normalidad y su silencio. Exploté al instante, no pudiendo soportar más aquella fingida compostura.

Es increíble, exclamé como resignado. Él me miró, ¿increíble?, dijo como en desacuerdo con mi enojo. Aguantó mudo brevemente, después siguió: A mí hay otras cosas que me parecen increíbles. ¿Ah, sí?, le dije, ¿cómo qué? Como el hecho de que Andalucía sea un ángulo obtuso y como el hecho de que no te hayas dado cuenta de que estoy enamorado de Cathryn. Entonces, paralizado, encajé la noticia, me levanté sin decir nada, nada, y me fui.

Alguna de las cartas;

Señor Olson Fredi:

Matar sapos no es actividad que esté en la orden del día. Sin embargo, atestiguo que hay quienes, ya desde jóvenes, se hacen con una escopeta de perdigones y se dedican a matar ratas, merodeando por las escombreras de cualquier arrabal. Se los puede ver, bajo sol irritado en pleno verano, paseando entre basura, polvo y chapas oxidadas.

No hay de qué; por las luneras y los recursos con los que tapar punzadas.

Otra cosa es la operación raíz cuadrada, llamada al método de vaciar el pozo, para despojar su oxígeno e hidrógeno sobre yerma tierra yerma.

James Mc Culligan.

Uno siempre se queda con lo más inmediato, con aquello que toca más a la carne de uno. Sin embargo, aunque al principio lo ignoré, no lo olvidé, y todavía me pregunto qué quiso decir con

«Nos vimos tan sólo una vez más, vino a despedirse (tuvo el valor) cuatro o cinco meses después; Cathryn no estaba, ni él ni yo la mencionamos. Me trajo las cartas; como recuerdo, me dijo.»

aquello del ángulo obtuso. Nos vimos tan sólo una vez más, vino a despedirse (tuvo el valor) cuatro o cinco meses después; Cathryn no estaba, ni él ni yo la mencionamos. Me trajo las cartas; como recuerdo, me dijo.

Evidentemente, el encuentro fue incómodo, pero él tenía algo que decirme. Lo noté enseguida. ¿Hay algo que no me has contado?, me preguntó –yo lo miré extrañado–. Todos me han contestado, todos menos Fred Claudio –siguió. Por favor, James, ¿no irás a decirme ahora que yo soy Fred Claudio? Se quedó mirándome con unos ojos abiertos e interrogativos que yo nunca he sabido discernir: si aquello fue una sugerencia, una súplica o una resignación definitiva. Callamos. Después agachó la cabeza y miró al suelo, como yo. Se marchó.

Regresó a Irlanda, perdimos el contacto. Debo confesar ahora que sus cartas me gustaban, y mucho, tenían un no sé qué, un algo de mí. Hoy, que paseaba por el Realejo, me acordé de él, pensé en escribirle, pero ¿quién se atreve con tales antecedentes? Alucinante mi amigo James, empezó a escribir por matar el tiempo y acabó destruyendo la gramática.

PD. Renuncio por supuesto, sin exculpaciones sin embargo. Imposible es que yo pudiera inventar la rueda.

Fdo: Fred Claudio.

© **Damián Cordones**

El autor:

Damián Cordones. (Arjonilla, Jaén 1980). Ha escrito los libros de cuentos *Algunos seres plúmbeos* y *Ludos, ocio, gandula* (al cual pertenece este relato). El volumen de novelas cortas titulado *Lugar baldío en cabeza humana*, el libro de microrrelatos *Omphalos*. La obra de poesía titulada *Fabuloso cénit* y las novelas *Ornitorrinco* y *Bröste*. Todo inédito.

* * *

Relato

CICLÓN TROPICAL

por **Pablo Enrique Arosti**

Nadie en Las Cruces recordaba un fenómeno semejante, ni siquiera los más viejos. Tal parecía que hubiera caído una bomba nuclear en lugar de haber pasado un huracán por el pueblo. Había huecos como fosas en las calles, llenos de aguas turbias por el lodo y los desechos de las cañerías rotas del desagüe. El viento había arrancado casi todas las ventanas y los techos. Muchísimas casas quedaron en ruinas. Los cables del tendido eléctrico colgaban de los edificios y de los pocos árboles que quedaron en pie, y se arrastraban por las carreteras como líneas de tranvía entre los montones de escombros.

Pero lo que más llamaba la atención en medio del caótico panorama era el Doce Plantas. Su fachada había caído en una sola pieza; el resto del inmueble permaneció intacto. Era un edificio viejo de viviendas, que fue construido en la época de las vacas gordas –la de más prosperidad en el pueblo–. En su momento fue el más alto de toda la región. Se construyó con el propósito de atraer a las familias más pudientes hacia el centro, por eso la mayoría de sus apartamentos eran espaciosos, confortables y lujosos. Los más caros eran los dúplex, cuyos balcones daban a la plaza de la iglesia. También había opciones para otros estratos de la sociedad: estos eran los apartamentos de los costados, que se apretaban en el espacio que sobró a los anteriores y generalmente eran adquiridos por ricos en quiebra o por gente sin fortuna con aires de grandeza.

«Lamentablemente la época de vacas gordas no duró mucho. En cambio la temporada de vacas flacas que le sucedió azotó al pueblo por años, poniéndolo todo de cabeza.»

Lamentablemente la época de vacas gordas no duró mucho. En cambio la temporada de vacas flacas que le sucedió azotó al pueblo por años, poniéndolo todo de cabeza. Para colmos el ciclón empeoró las cosas y puso al descubierto las secuelas de esa etapa. En muchos de los dúplex se habían improvisado pisos y divisiones para dar acomodo a una familia crecida o a un familiar en fuga del campo. Sin embargo en algunos de los apartamentos más pequeños el siglo XXI había entrado con ímpetu, pues hacían gala de extravagantes y exclusivas decoraciones, tapices caros, muebles modernos y decenas de equipos electrodomésticos de última generación. Resultaba gracioso, porque si se miraba con detenimiento desde una distancia apropiada, uno podía sorprenderse de la diversidad de caracteres que pueden convivir bajo un mismo techo. Así por ejemplo, en un apartamento, se podían en-

contrar todas las habitaciones decoradas al estilo Rococó y de repente toparse con un cuarto de paredes repletas de afiches de rock y señales del tránsito, o un estudio con herramientas para el sadomasoquismo.

Emiliano Buenaventura tenía veinte años cuando llegó la época de las vacas flacas y sí que les sacó provecho, pues estas se dejaban matar mejor y como él no escatimaba en número ni en propietario.... Siempre quiso ser actor pero las jugarretas del destino lo habían perpetuado en el oficio de matarife. Así se hizo de una pequeña fortuna y de un apartamento en el Doce Plantas. Era uno de los apretados pero pronto lo sometió a una total transformación: Amplió el dormitorio, mandó a construir un minibar, una pequeña sala para proyectar películas y un minigolf en la terraza. Pronto el apartamento fue quedando chico para sus necesidades así que en cuanto tuvo la oportunidad se mudó a uno de los dúplex. Allí hizo construir una piscina pero como la estructura no estaba diseñada para estos fines, comenzó de filtrar agua al apartamento de abajo. El vecino se quejó a la Dirección de Vivienda y Urbanidad pero con la oportuna intervención de unos cuantos Benjamines Franklin el problema se resolvió con cubos y carderos debajo de las goteras.

Emiliano Buenaventura había sentido el ruido estrepitoso y el temblor de toda la estructura pero no supo que se trataba del derrumbe de la fachada hasta que salió de debajo de la meseta. Se asomó al borde de la sala y miró desconcertado el paisaje desolador que lo rodeaba. Ya no tenía veinte años sino sesenta y ocho. Justo ahora, cuando pensaba disfrutar de su vejez tranquilo, la vida lo enfrentaba a una situación para la que le faltaban bríos.

«Las colas frente a las oficinas de vivienda y urbanidad se hicieron interminables. Una señora con espejuelos de fondo de botella iba atendiendo uno por uno a los damnificados, detrás de un buró colmado de papeles.»

Al cabo del rato comenzó a escuchar los martillazos, el ruido de las sierras de mano, el tabletear de las hachas contra la madera... pero él no se inmutó; buscó en el cuarto su radio de pilas, apartó de entre los escombros de la sala la butaca que mejor parada había salido del desastre, sintonizó una emisora de música clásica y se sentó a mirar el ajeteo de la gente en medio de la devastación. De repente se interrumpió la transmisión para la emisión del primer comunicado del Cuerpo Anticatástrofes: «En breve la guardia nacional comenzará a desplegarse por las calles para evacuar a los damnificados y evitar los desórdenes. Ahora se está evaluando la magnitud del desastre. Se estima que los daños han sido considerables y las pérdidas cuantiosas.»

El alcalde enseguida tomó cartas en el asunto. Hizo salir la camioneta de la alcaldía con un altoparlante para repetir el comunicado por el pueblo, al que agregó que la alcaldía no escatimaría esfuerzos ni recursos para ayudar a todos los damnificados. Trabajo le costó al chofer ladear los escombros que obstruían las calles pero al final el mensaje llegó a casi todos. En efecto, la guardia nacional llegó hasta las lindes del pueblo, pero la carretera había sido cortada por un deslizamiento de tierra; así que dieron media vuelta y se marcharon ante la vista perpleja del alcalde, que quedó del otro lado saltando sobre su sombrero y dándoles gritos de oprobio.

Las colas frente a las oficinas de vivienda y urbanidad se hicieron interminables. Una señora con espejuelos de fondo de botella iba atendiendo uno por uno a los damnificados, detrás de un buró colmado de papeles. Llenaba un pliego con los datos de la persona, le entregaba la copia pasada por papel carbón y lo mandaba a la primera de la larga fila de puertas por donde tenía que pasar. Luego de semanas de gestiones, con suerte se salía con un puñado de planchas de fibrocemento, una docena de ladrillos y un par de sacos de cemento; pero como las reservas eran escasas y era tan grande la devastación apenas alcanzó para empezar.

Muchos, molestos de tanto lleva y trae iban a quejarse directamente a las oficinas del alcalde. Entraban con un rosario de ofensas e improperios que decirle pero luego de escucharlo, salían con tal dosis de optimismo que empezaban a ver con otros ojos sus propias calamidades. De algo servía, al menos por el momento. Pero con el tiempo se fueron empalagando de tanta palabrería y terminaron por cogerle lástima en lugar de odio, porque lo daban por loco. «Está tan mal que él mismo se lo cree», decían.

Emiliano Buenaventura no era de los que perdía el tiempo; así que en un intento por recordar sus

dotes para los negocios, fue directamente a ver al Concejal de Vivienda y Urbanidad –el mismo que lo había ayudado en el asunto de la piscina–. Llevó los bolsillos colmados de Franklins. El concejal lo recibió en su oficina. Estaba desaliñado y ojeroso, sin embargo se veía sereno, fumándose un puro tras su buró.

–¿Quieres café? –le dijo a Emiliano Buenaventura antes que este abriera la boca–. Es de ayer, pero es lo mejor que te puedo brindar.

–No, gracias –respondió él.

De todos modos el concejal se levantó y se sirvió café de un termo sobre un estante. Emiliano Buenaventura sin darle tiempo a que bebiera lo abordó:

–Armando, no sé si estás al tanto de lo que pasó en el doce plantas. Quizás eso sea más difícil de solucionar, pero lo que yo necesito es algo un poco más sencillo, una casita más modesta, no importa el lugar. Ya sé que todo aquí está revuelto y que las cosas se han tornado más complicadas pero a más complicación, mayor generosidad –dijo esto último reforzando el tono de su voz–.

–Ay Emiliano –lo interrumpió el concejal–. No entiendes nada. Ese ciclón sí que dejó todo revuelto como dices, pero la cosa es peor de lo que imaginas. Todas las vías de comunicación están cortadas: el teléfono, las carreteras, las líneas del ferrocarril... Nada entra ni sale de este pueblo. Solo podría hacerse usando mulos y caballos pero a estas alturas fíjate a ver si ves alguno por la calle. Los que pudieron ya se fueron.

Se acercó y dándole unas leves palmadas en el hombro lo condujo hasta la puerta diciéndole:

–Ay mi amigo, de nada vale tu dinero, porque ya no hay nada que comprar.

Emiliano Buenaventura pasó todo el día con la idea dándole vueltas en la cabeza pero al final llegó a la conclusión de que prefería quedarse. En Las Cruces había nacido y lo que para mucha gente era trivial para él tenía especial significación: los potreros por donde corría de niño tras María Jesuza (la vecinita que cuando cogió tamaño suficiente se fue con un marinero canario); el parque y su glorieta, donde el abuelo leía la prensa mientras él montaba chivichana; la escuela primaria que desde hacía varios años se caía a pedazos pero en la que todavía se daban excelentes clases; la carnicería de Bartolo (el viejo que le enseñó las artes del matarife) donde su padre pedía fiada la ración del mes.

«Emiliano Buenaventura no conocía otro oficio que el de matarife pero como apenas quedaban en el pueblo animales comestibles sin resguardo, tuvo que buscar otro medio para ganarse la vida.»

Mejor así, de otro modo tendría que hacer malabares buscando el modo de marcharse, porque era cierto lo que decía el concejal: ya no se veían caballos ni mulos por la calle. Curiosamente también los gatos comenzaron a desaparecer, luego de que se comenzó a rumorear que su carne es muy parecida a la del conejo.

El pueblo cambió radicalmente su aspecto. Comenzaron a aparecer las paredes de cartón, de pedazos de latones y planchas de cinc; los techos de guano y sacos de nailon... Los jardines se fueron transformando en hortales y se comenzó a criar animales de corral en los lugares más insospechados: un balcón, una terraza, una bañera... Las paredes se encalaban sobre los bloques desnudos. Las puertas se iban sustituyendo por cortinas una vez que se rompían; éstas a su vez se hacían de retazos de tela cosidos, de cuentas de semillas o de gasa. Con los trozos de madera se hacían fogatas para aliviar el frío por las noches. Se retomó la costumbre de cocinar con leña y en el mejor de los casos con carbón.

Emiliano Buenaventura no conocía otro oficio que el de matarife pero como apenas quedaban en el pueblo animales comestibles sin resguardo, tuvo que buscar otro medio para ganarse la vida. La idea le vino un día que se le cayó de las manos el único vaso de cristal que le había sobrevivido al huracán. Luego de maldecir se puso a buscar algo para reemplazar el vaso, entonces se le ocurrió que un tarro de buey sería una buena opción. Tantos que habían pasado por sus manos... Por fortuna siempre tuvo la costumbre de enterrar los restos de sus fechorías en lugares bien determinados, así que

no tuvo problemas en encontrar la fuente de su materia prima. Comenzó a fabricar vasos de los tarros y pronto fue agregando más artículos a su manufactura. De los huesos hacía ceniceros, adornos de pared, palillos para sostener el pelo y cuanto objeto de artesanía pudiera a uno ocurrírsele. Luego cambiaba sus artículos en alguno de los mercados que comenzaron a aflorar en el pueblo por alimentos y tejidos. No era mucho lo que hacía pero bien le daba para vivir y darse algún que otro lujo, como una buena ración de carne o una botella de vino casero.

El edificio seguía siendo uno de los espectáculos más curiosos. Desde afuera se veía a la gente haciendo su vida cotidiana: lo mismo a un hombre acomodado en su butaca leyendo un libro, que una pareja discutiendo acaloradamente, que toda una familia alrededor de la mesa a la hora de la cena. Pero cuando comenzaron a aglomerarse los curiosos a mirar, cada cuál tapó su fachada como pudo. Sin embargo Emiliano Buenaventura no; ya fuera por la pereza que le habían puesto los años o como represalia a la vida por haberle arrebatado todo lo que con tanto esfuerzo había logrado, decidió hacerse el desentendido con su desgracia. Tenía por costumbre bañarse antes de la cena, a las seis de la tarde, y como su baño había quedado descubierto se le veía desnudo, agachado, echándose agua de un cubo con un recipiente que hizo de huesos para ese propósito. Luego cenaba lo que hubiera conseguido, leía alguno de los libros gastados de su casi completa colección de cuentos de Cortázar y a más tardar a las nueve y media se metía a la cama. Ya estaba acostumbrado a los mirones pero un día, había acabado justamente de darse un baño y se secaba la espalda enfilando el miembro hacia la calle, cuando le llamó la atención un grupo numeroso de gente, sentados en filas

«Ilusionado con la idea decidió agregar algunos números a su espectáculo: Hacía una tanda de ejercicios antes de baño. Desnudo se colgaba del tubo de la cortina de la ducha y hacía un puñado de barras.»

de sillas en la calle frente al edificio. Poco a poco se fueron incorporando más gente que venían con sus sillas en las manos. Emiliano Buenaventura dejó de secarse; pensó gritarles alguna barbaridad pero decidió que no, a fin de cuentas sin electricidad y sin instituciones culturales la gente no tenía mucho más en qué entretenerse. Se sorprendió a sí mismo porque no estaba molesto; por el contrario podría decirse que hasta le resultó grata la impresión. Por una vez se sentía importante. La vida, luego de tantos años, le ponía en las manos la oportunidad de ser actor. Incluso esa modalidad (el *reality show*) le parecía mejor, porque le ofrecía la ventaja de no tener que leerse un libreto de antemano.

Ilusionado con la idea decidió agregar algunos números a su espectáculo: Hacía una tanda de ejercicios antes de baño. Desnudo se colgaba del tubo de la cortina de la ducha y hacía un puñado de barras. Luego, de frente al público hacía unas veinte cuclillas –todo un logro a su edad– y como desde pequeñito estuvo «varonilmente» bien dotado, encontró admiradoras con facilidad (aunque también admiradores). Con el tiempo añadió además un puñado de malabares y trucos de magia que sabía de niño y otros que aprendió de algunos de sus libros.

Al cabo de unas semanas ya no alcanzaba la calle para tantas filas, de modo que la gente empezó a ocupar las azoteas que habían quedado sanas frente al edificio. Sus admiradores le ofrecían en la calle todo tipo de regalos: frutas, telas, vinos, víveres...; o bien se los dejaban con una nota en el casillero a la entrada del edificio. Tanto así que en poco tiempo pudo prescindir de la artesanía para dedicarse solamente a la actuación.

Como la función comenzaba siempre por las tardes tomaba las mañanas para dar algún paseo por los alrededores o leer. Una mañana, leyendo una revista encontró una breve reseña de San Ignacio, el barrio de su infancia. Un torrente de recuerdos lo asaltó. De pronto cerró la revista, se puso sus sandalias, su pantalón de hilo blanco, su guayabera, tomó su bastón y bajó por la avenida de las flores en dirección a San Ignacio. Luego de El Despalillo, como llamaban al edificio antiguo que cubría toda una manzana, comenzaban a explayarse las casas de San Ignacio en parcelas perfectamente cuadradas. Las casas, antiguas casi todas, estaban en el mismo estado precario en que las dejó el ciclón luego de casi un mes.

Ver su antigua casa hecha un amasijo de maderas podridas y tejas partidas hizo que se le estrujara el corazón. Dando tumbos, apoyándose en el bastón entró en la parcela tratando de reconocer cada pulgada de terreno: la pequeña sala separada por una pared de cartón de la habitación de los abuelos;

más atrás, por esa misma banda la cocina. Ahí reconoció los trozos de azulejos de la antigua meseta y una hoja intacta de la ventana que daba al patio. Éste colindaba con el refugio antiaéreo, el mismo lugar donde había empezado a practicar con María Jesuza, lo que aprendía del sexo por las conversaciones con sus amigos de la primaria. Descubrió el montículo sobre la placa de hormigón cubierto de escombros y yerbas.

Al frente vivía María Jesuza, en la casa de madera del balcón de balaustres. Alzó la vista y le llamó la atención la señora de pelo lánguido y cenizo que lo miraba desde el balcón con ojos intrigados. Se miraron largamente. La mujer, sin quitarle los ojos de encima, comenzó a caminar deslizando la mano sobre el muro de balaustres, y llegó sigilosa hasta su lado.

–¿Emiliano? –fue todo lo que tuvo que decir para que se estremecieran en un abrazo.

Pasaron las horas charlando en un banco de un parquecito cercano. María Jesuza había regresado unas semanas antes del ciclón. Resulta que al cabo de unos meses de haber partido Emiliano Buenaventura para el servicio militar, ella conoció a un marinero canario que estuvo de paso por el pueblo. El hombre le prometió boda y fortuna y se la llevó en la siguiente zarpada de su barco. Pero al cabo de la travesía por el Atlántico no le quedaban deleites por descubrir en el cuerpo de María Jesuza, así que en cuanto tocaron puerto la vendió al mejor postor. Ella no lo volvió a ver en la vida. A su nuevo dueño le arrancó la libertad a costa de una navaja sevillana. Nunca había visto tanta sangre junta mas no se amilanó. Luego, sola pero con oficio, todo resultó mucho más fácil. Llegó a hacer fama y fortuna entre las mejores cortesanas pero hasta allá llegaron las vacas flacas en su tiempo y luego la vejez; y como ella nunca fue diestra en el manejo de sus bienes no tardó en perderlo todo.

Ahora, vieja y sin un centavo volvía a Las Cruces donde esperaba encontrar (teniendo en cuenta las remesas que mandaba a su prima para la mantención de la casa) una casa con todas las condiciones pero no encontró más que la misma casucha que la vio nacer, solo que más esmirriada por los años y de la que, para colmos, no quedó más que el portal con su muro de balaustres y algunas paredes destechadas luego del paso del ciclón.

–Puedes venirte a mi casa –le dijo Emiliano Buenaventura con firmeza y ella, inmune al inconveniente del pudor por tantos palos que le dio la vida, sin más opción pero de buena gana aceptó sin pensarlo dos veces.

«A María Jesuza le llamó la atención ver que Emiliano Buenaventura no había hecho nada por tapar la fachada del apartamento pero no dijo una palabra al respecto. Como el matrimonio mejor acoplado por los años se pusieron a preparar la cena.»

A María Jesuza le llamó la atención ver que Emiliano Buenaventura no había hecho nada por tapar la fachada del apartamento pero no dijo una palabra al respecto. Como el matrimonio mejor acoplado por los años se pusieron a preparar la cena. En eso estaban cuando la gente comenzó a disponer las sillas en la calle. María Jesuza miró de reojo y enseguida comprendió pero luego de tantos años de ver y ser vista de tantas formas y por tanta gente, lejos de amedrentarse sonrió y continuó ayudando a Emiliano Buenaventura en los trajines de la cocina. El olor de la salsa le hacía agua la boca a los espectadores, pero como en todo buen espectáculo nadie se atrevió si quiera a abrir la boca.

La cena fluyó entre la luz tenue de las velas, la mesa servida con exquisitez y risas y carcajadas por los recuerdos de antaño, avivados por el licor de la botella, que Emiliano Buenaventura sacó de una empolvada caja de zapatos que tenía bajo la cama. Al cabo de unas horas María Jesuza había recobrado la frescura montaraz de los días bajo el refugio antiaéreo y Emiliano Buenaventura el resoplar inquieto del deseo reprimido. No lo pensaron mucho; se besaron con pasión y entre vítores y aplausos se lanzaron a la cama, para amarse con toda la intensidad que se habían guardado con los años.

Esa fue la llama que encendió la hoguera. La gente en las filas comenzó mirarse extrañamente, como si acabaran de descubrir algo que había estado frente a sus narices todo el tiempo pero que por alguna razón se habían negado a ver. Quedaron de pronto desamparados de civismo, de moralidad, y se abrazaron los unos a los otros, se besaron y se desnudaron para terminar deslizando las carnes con las carnes por sobre los fluidos, hasta fundirse en una masa única y compacta.

Al otro día, cuando Emiliano Buenaventura y María Jesuza despertaron todavía estaban todos desparrramados en la calle; desnudos y dormidos entre una confusión de ropas esparcidas por doquier. Comenzaron a despertar con el roce del sol sobre sus caras. Se levantaban, lo mismo aislados que en grupos; recogían las ropas que lograban reconocer en el reguero, y salían caminando como si nada para volver a sus faenas habituales.

A partir de entonces lo mismo se andaba por la calle vestido que desnudo y las más diversas expresiones del amor se hicieron públicas. Se hacía el amor en los lugares más insospechados y a la vista de cualquiera. En ese afán ni los más raros eran excluidos; y no por decreto, ni porque se hubiera vuelto moda, sino porque los tabúes se fueron esfumando y la gente ya no tenía nada que ocultar. Algunos matrimonios decidieron escoger en su seno a otros integrantes ya fuera de paso o permanentemente. Se veía a la gente alegre y optimista y ese ambiente de júbilo se esparció por todo el pueblo.

Pero el rumor del nuevo modo de vivir del pueblo no tardó en llegar a oídos de los reporteros. Comenzaron a llegar en masa, en mulos y caballos, a entrevistar y retratar. La gente lo tomó como si

«A partir de entonces lo mismo se andaba por la calle vestido que desnudo y las más diversas expresiones del amor se hicieron públicas. Se hacía el amor en los lugares más insospechados y a la vista de cualquiera.»

nada y hacían demostraciones de sus rutinas más extravagantes frente a las cámaras, orgullosos de haber evolucionado a una nueva etapa de la civilización. Pronto empezaron los comentarios de que el caso del pueblo se estaba discutiendo en el senado. Se decía que a altas instancias se hablaba de hacer un muro que lo rodeara para que «la pandemia de la depravación» no infestara a todo el país. Pero eso implicaba muchos gastos; además habría que crear postas de vigilancia para que nadie entrara ni saliera sin autorización. Otros comentarios negaban la hipótesis del muro, porque el pueblo estaba situado sobre una colina y encima de un rico yacimiento de petróleo, lo que lo convertía en una zona de interés tanto económico como militar. Por otra parte un aislamiento de ese territorio podría crear ánimos de separatismo en el resto del país.

El comunicado oficial no se hizo esperar. Se anunció por la radio la destitución del alcalde municipal. Su pésima gestión había permitido el descalabro en la comunidad. Se le acusó además de desvíos de recursos y malversación de fondos públicos. Se prometía resarcir, en un tiempo razonable, los daños ocasionados. Y se informó que ya se estaba trabajando en la reparación de la carretera y de la vía del ferrocarril.

Emiliano Buenaventura no se preocupó: Al final eran solo comentarios, y a la radio tampoco había que hacerle mucho caso; la otra vez hicieron anuncios con bombos y platillos y al final no pasó nada. Él y María Jesuza estaban ahora mejor que en sus años mozos, disfrutando la apacibilidad del pueblo. Cuando arreciaba el calor se sentaban desnudos en la sala a mirar la puesta del sol tras la arboleda de la plaza de la iglesia o daban un paseo por el barrio de San Ignacio. Ya no eran el principal atractivo del pueblo pero todavía los admiradores les hacían suficientes ofrendas para vivir, y como no necesitaban mucho más que tenerse el uno al otro para sentirse a plenitud, no tenían de que quejarse.

Una tarde parsimoniosa de abril, estaban él y María Jesuza tomando la siesta cuando se sintió un ruido estrepitoso que venía desde el oeste. Emiliano Buenaventura se levantó de la cama y desnudo se asomó al borde de la sala. El desfile venía por la carretera del costado de la iglesia. Los primeros en la marcha eran los equipos pesados que participaron en la reparación de la carretera. Luego seguía la brigada motorizada de la guardia nacional, y más atrás la banda de música municipal con sus colores llamativos y su impecable coreografía. Llegaba así otra vez al pueblo la «civilización».

© Pablo Enrique Arosti

El autor:

Pablo Enrique Arosti (La Habana, Cuba, 1981). Escritor por vocación. Ha participado en varios talleres literarios y colaborado en varias revistas de literatura. Mantiene la página <http://pearosti.tumblr.com/> y en twitter es <http://twitter.com/PArosti>.

EL POZO DE LA EDUCACIÓN

por Pedro Bosqued

Explicaba Raquel Solís Abelardo en clase de Naturales el fenómeno de la reproducción animal. Ni siquiera se atrevía a especificar la reproducción humana, porque los padres de la Orden del domingo Venturoso no permitían que en Polvareda de la Humedad la evolución fuera demasiado rápida.

Para los padres Venturosos, la evolución era como ese domingo de mayo en el que a los chicos se le empina lo aletargado y resulta difícil darles una explicación que no resulte falsa. Por eso confiaban en la profesora Solís, amante apasionada de las metáforas como la había bautizado el Padre Prior. La señorita tenía la habilidad de apaciguar las pulsiones racionales con poemas visuales; las emotivas, con fórmulas pitagóricas; y las físicas, con reacciones químicas. Estas se basaban en los principios de la termodinámica la mayoría de las ocasiones, por lo que la profesora Solís solía llegar a clase con varias capas de abrigo. Un sobre todo de una pieza de paño amarillo, lo importante es que el alumnado se concentre en una, decía sin dudar al claustro de profesores. Después un jersey de cuello alto rojo carmesí, a los adolescentes el rojo les recuerda que siguen estando prohibidas ciertas acciones. Más abajo un chaleco verde lechuga, el chaleco debe dar dentera si alguien osa morderlo. Luego una blusa gris ceniza de felpa, apestosa hasta para los de mayor apetito sexual. Debajo de la blusa, una camiseta ensanchada color vainilla desvaída para modular las curvas del cuerpo, si a un imberbe se le disimulan las curvas, su trayectoria en la vida será con toda probabilidad más recta.

La tesis sobre cómo influye el vestuario en el comportamiento del alumnado fue defendida con gran tino por la señorita Solís en la vigésimoquinta Olimpiada de la orden Venturosa. Para las bodas de plata de las reuniones de la congregación, Ramales de la Desesperación había engalanado todos los árboles con papel de plata en sus troncos y una cúpula en las ramas de bolsas de plástico negras de basura. Esa era una seña definitoria de la orden Venturosa. Para encontrar la suerte, debemos ser reacios al espectáculo.

«La señorita tenía la habilidad de apaciguar las pulsiones racionales con poemas visuales; las emotivas, con fórmulas pitagóricas; y las físicas, con reacciones químicas.»

Por ello el vestuario de la profesora Solís fue acogido con agrado por el Tribunal ante el que defendió su tesis. Cuando terminó su explicación con la demostración práctica de su vestuario, quedaron sobre la mesa del tribunal todas las prendas que conformaban su charla. Los doce ojos del tribunal miraron los pezones de la profesora Solís con relajación. En el canalillo entre sus senos, escrito con un pincel de brocha fina, una frase dibujó en los miembros del tribunal seis sonrisas agradecidas.

«A la verdad se llega quitándonos capas».

Desde aquel día la cama de la profesora Solís nunca descansó, ni pasó frío ni un alumno de la escuela de la Orden Venturosa dejó de sentir por primera vez que las capas están para ser tiradas al fondo del pozo.

© Pedro Bosqued

El autor:

Pedro Bosqued (Zaragoza, 1970). Licenciado en Farmacia por la Universidad de Barcelona. Corresponsal durante un cuarto de siglo de la revista Don Balón. Sin registro de los textos ya publicados tanto en versión papel como en digital. Finalista del IX Concurso de Relatos Breves Faes Farma (2011). Máster de Narrativa de la Escuela de Escritores de Madrid (2009-2011).

DOS RELATOS

por Carlos Aymí

EL VELADOR

23:00

Soy viejo, estoy enfermo, y ahora que es mi piel la que está tendida en una de estas tristes camas articuladas, el olor a hospital cala mis huesos y me desarma. Pero no todo ha cambiado, pues sigo reconociendo el hedor a la muerte, mi fiel compañera, y esta noche vuelvo a tener cita con ella, salvo que esta vez me huelo que el invitado seré yo.

He tratado de explicarle a mi joven velador que en unas horas se acaba su trabajo conmigo, y que no me importa demasiado, pero que cuide del cómo, que para eso le pago, pues no me apetece morirme cagado, meado, ni sufrir inútilmente. Pero el joven se empeña en tranquilizarme con unas esperanzas que no son falsas sino estúpidas, y no quiere hacer caso de mi experiencia.

Son tantos años ocupando su puesto... he velado a más de 400 moribundos, la mayoría de larga duración, casi siempre viejos empeñados en agarrarse a una vida que tira de ellos, pero también fui centinela de mujeres y hombres más bien jóvenes, sin apenas familia, con algo de dinero, y con mucho miedo. E incluso de niños, de una docena, niño arriba niño abajo, con el primero los restos de mi antiguo dios tocaron fondo, con el último, ya no quedaba ni rastro de fe, de lágrimas, o incluso de indignación.

1:00

Morirse no está tan mal, se me viene a la cabeza cada vez que las malditas punzadas me envenenan el sueño y me despiertan. Menos mal que aún puedo escribir, porque este joven mucha conversación no es que dé, y no hablemos de la cara de sueño que tiene, sospecho que esta vez se dormirá antes que yo. Me pregunto qué hará mañana con mis cuadernos, ¿les echará un vistazo, o los tirará a la papelera más cercana? Es todo, es lo único que tengo, cuadernos llenos de recuerdos, y una mano, como tantas veces fueron las mías, que debe decidir qué hacer con las pequeñas cosas, con las que cuentan de verdad. No debería juzgar al chico, pero me parece poco profesional, aunque quien soy yo para... Sí, al menos yo casi siempre fui honrado, tal vez no demasiado al principio, pero pronto el dinero dejó de ser lo primero, e incluso lo segundo y lo tercero. Sí, he sido bueno en mi trabajo, y eso no es poco. Dolor, dolor, dolor, basta por hoy... basta por siempre.

8:00

Dolor, dolor, dolor y vivir. Maldita sea, hasta el olfato me ha abandonado. He superado la noche y la puta Muerte no vino a por mí como me olía. Ya sí que no me queda nada más que este cuaderno y ese joven cada vez más antipático que supuestamente me vela, pero que duerme plácido. Duerme... ¿Duerme? ¡Vaya! Ahora sí que me equivoqué... he perdido al joven pero aún no el olfato, ni su fidelidad.

* * *

MADRID

No es de los peores *Dueños de Ciudad* que he conocido, pensó Beatriz al salir del Complejo Científico de Ciudad Universitaria. Y mientras caminaba hacia la estación para volver al hotel, se puso a recordar el encuentro de unas horas atrás, poco después de haber aterrizado por primera vez en Madrid precisamente para hacer esa entrevista.

Verá, la madre de mi madre solía repetir machaconamente que los tiempos avanzan que es una barbaridad. Si hoy se sentara aquí, si estuviera en esta entrevista que usted me hace, si esperara con

nosotros a que llegue la siguiente estación ella seguiría pensando exactamente lo mismo y del mismo modo. Es decir, sin hacerse preguntas engorrosas del tipo: ¿Y cómo es posible una ciudad así? ¿Tendrá efectos negativos sobre el medio ambiente? ¿Costará un dineral que se podría invertir en otras cosas? Y otras tantas cuestiones al estilo de salvatierras de tres al cuarto. Y por supuesto, señorita, yo hago y pienso como la madre de mi madre, disfruto de los tiempos avanzados una barbaridad.

Mire, aquí llega la estación de Sol. ¿A que apenas ha notado un ligero temblor de tierra? Eso es el llamado *acople*, por el que el segmento distrito de Sol, se ha acoplado perfectamente con los segmentos distritos que le rodean.

Uno, dos, tres, cuatro, y de nuevo las estaciones se ponen en marcha. La siguiente ya es Ciudad Universitaria. Los científicos trabajan incansablemente para idear el modo de que las estaciones no tengan que hacer trasbordos, pero hasta ahora algunos son inevitables. Complejas cuentas matemáticas, me dicen, y yo ahí ni entro ni salgo, pongo el dinero, y punto.

¿Cómo dice? Por supuesto que estoy orgulloso. Desde que Madrid es *El Cubo*, somos la envidia de todas las grandes ciudades, y de todas las pequeñas también, por supuesto. No hay *dueño* que no me admire. ¿Que me tiene que preguntar por las consecuencias negativas a riesgo de parecer una salvatierras de esos? Bueno, demasiado guapa para serlo, así que le contestaré. Es verdad que para lograr esta maravilla... espere. Mire. Ya viene Ciudad Universitaria. Ya podemos subirnos a ella e ir hasta la *Sala de Máquinas* donde los entendidos le explicarán mejor las tripas de esta prodigiosa ciudad.

¿Por dónde íbamos? Ah, sí, por los daños colaterales. Hay que reconocer que para que todas las piezas encajaran se tuvo que reducir la población en un 70%, pero ni uno solo de los ciudadanos que se marchó, según las estadísticas oficiales, se fue descontento o con los bolsillos vacíos. Es verdad que también hubo que arrancar buena parte de los árboles que quedaban en la ciudad, que por otro lado no eran muchos. Y no negaré que a veces agarramos ligeras migrañas a causa de las *transiciones*. ¡Pero el progreso, señorita, exige algún que otro pequeño sacrificio!

Aquí está, ya hemos llegado. ¿Bonito edificio, verdad? Estilo clásico siglo XXII. Ahora bajaremos hasta el corazón del *Cubo de Madrid*, donde se quedará con mis aburridos favoritos. Ya verá ya, eso sí que será dolor de cabeza. Prepárese para oír hablar de Rubik, de la fuerza nuclear cuatro, de los errores elementales de Einstein, del *Tratado de física avanzada* de Giordano Bruno descubierto en 2099 y que revolucionó tantas cosas, y de mí, claro, que aunque no tengo ni la menor idea de ciencia, deben meterme en sus explicaciones científicas, pues para eso les pago. Y ya sabe eso de que quien paga, manda.

¡Pero qué bien que avanzan los tiempos señorita, al menos para algunos!

Y Beatriz se quedó en aquella Sala de Máquinas, núcleo y motor de un Madrid convertido en un cubo segmentado en distritos movibles. Y rodeada como estaba de científicos e ingenieros tan brillantes como ininteligibles que le hablaban de aquella prodigiosa ciudad inconcebible siglos atrás, no se decidía a pensar si todo aquello era bueno o malo.

© Carlos Aymí

El autor:

Carlos Aymí. Nací en Guadalajara el 12/06/81. Licenciado en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid (2001-2005). Este 2011 acabé un, "Máster de Comunicación escrita y creativa" dirigido por el "Instituto virtual de las ciencias humanas" (IVCH), con un trabajo de máster sobre Arthur Miller: "Antropología literaria en la obra de Arthur Miller". Desde 2007 escribo en un blog <http://carlosaymi.blogspot.com/>, en el que cuelgo reflexiones, relatos y aspectos varios, siempre relacionadas con el mundo de la cultura. En agosto de 2011 comienzo a participar en "El Club de la Serpiente", club literario que trata de reunirse semanalmente, en el que sus miembros leen relatos breves, y donde hablamos sobre literatura en particular y cultura en general (es aquí donde nacen las ideas de estos dos relatos y donde me entero de la existencia de vuestra revista, a través de Carlos Burgos, colaborador vuestro en ediciones pasadas, y miembro también del "Club de la Serpiente"). He vivido en Guadalajara, Berlín, Colonia (ciudades alemanas en las que trabajé como profesor de español para extranjeros) y actualmente vivo en Aranjuez, donde trabajo como Educador Social desde hace dos años.

Salvador Gutiérrez Solís

Córdoba (España), 1968

<http://salvadorgutierrezsolis.blogspot.com>

* * *

Salvador Gutiérrez Solís posee un extenso currículum narrativo que comenzó en el año 1996 con la publicación de su primera novela, *Dictando al cojo*. A ésta siguieron *La sonrisa de Lucía* (1997), *El color de la sangre* (1998), Premio Juan Valera, y *La novela de una novelista malaleche* (1999), finalista en el Premio Nacional de la Crítica.

En 2000 publica *El coleccionista* (Círculo de Lectores), y en 2001 *La fiebre del mercurio* y *Spin Off*, divertida sátira sobre el mundo de la televisión. En 2003 el autor cordobés publica *Más de cien bestias atrapadas en un punto*. En *Jugadores y coleccionistas*, compila cuentos, novelas cortas y microcuentos. En noviembre de 2005, la Fundación José Manuel Lara edita *El sentimiento cautivo* (finalista en el Premio Fernando Lara de novela 2003 y del Andalucía de la Crítica 2006).

En septiembre de 2006, Gutiérrez Solís recupera al *novelista malaleche*, en *El batallón de los perdedores*. En abril de 2007 publica su primera biografía, *Barnaby Conrad, una pasión española* (Fundación José Manuel Lara), así como la tercera entrega del *novelista malaleche*, *Guadalajara 2006*. En 2009, Solís publica *El orden de la memoria*, en Ediciones Destino.

La obra de Salvador Gutiérrez Solís se puede encontrar en decenas de antologías. Ha sido traducido a varios idiomas. Ejerce la crítica literaria y es articulista en El Día de Córdoba. Más información del autor en www.salvadorgutierrezsolis.blogspot.com.

Novelas

- *Dictando al cojo* (Premio Universidad de Sevilla 1995). Sevilla: Universidad de Sevilla, 1996.
- *La sonrisa de Lucía* (ayuda a la creación literaria del Ministerio de Cultura). Armilla: Ediciones Osuna, 1997).
- *El color de la sangre* (Premio Juan Valera). Cabra: Ayuntamiento, 1997.
- *La novela de un novelista malaleche* (finalista de los premios Andalucía de la Crítica y Nacional de la Crítica), Barcelona: DVD, 1999.
- *La fiebre del mercurio* (Premio Diputación de Córdoba). Córdoba: Diputación, 2001.
- *Spin off*. Barcelona: DVD, 2001.
- *Más de cien bestias atrapadas en un punto*. Barcelona: DVD, 2003
- *El sentimiento cautivo* (finalista del Premio Fernando Lara 2003). Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2005.
- *El batallón de los perdedores*. Córdoba: Berenice, 2006.
- *Guadalajara 2006*. Córdoba: Berenice, 2007.
- *El orden de la memoria*. Barcelona: Destino, 2009.

Relatos

- *Jugadores y coleccionistas*. Córdoba: Plurabelle, 2004.
- *Escritores*. Córdoba: El Olivo Azul, 2011

Antologías

- *Resaca/Hank Over. Un homenaje a Charles Bukowski* (Selección y prólogos: Patxi Irurzun & Vicente Muñoz Álvarez). Madrid: Caballo de Troya, 2008
- *Golpes. Ficciones de la crueldad social* (ed. Eloy Fernández Porta y Vicente Muñoz Álvarez). Barcelona: DVD, 2004.

Biografías

- *Barnaby Conrad: una pasión española*. Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2007.

* * *

NARRATIVAS: *¿Cómo resumirías tus comienzos literarios y el camino recorrido hasta ahora?*

SALVADOR GUTIÉRREZ SOLÍS: Mis inicios literarios los calificaría como extraños, atípicos y desconcertantes. Hasta los 25 años no escribí absolutamente nada, como mucho alguna carta, poco más. Un buen día, todavía no sé por qué, comencé a escribir lo que meses después acabó siendo una novela. La presenté a un certamen de la Universidad de Sevilla y gané. O sea, pasé en seis o siete meses de no haber escrito un relato en mi vida a tener una novela en las librerías. A partir de ese momento, he publicado o, para ser más preciso, me han publicado todo lo que he escrito. Con frecuencia tengo la sensación de que soy un jugador que nunca ha entrenado, que pasé a disputar el partido directamente.

N.: *Has recibido numerosos premios en tu carrera literaria, sobre todo durante los primeros años. ¿En qué medida los premios literarios pueden servir para asentar el oficio de escritor?*

SGS.: Durante los primeros años fui un «concursante profesional», de hecho vivía de los premios que ganaba. Por suerte, pude encontrar un trabajo estable que me requiere mucho tiempo, es cierto, pero que me alejó de los concursos literarios. La mayoría de los premios no sirven para nada, y lo dice alguien que ha ganado unos cuantos, ya que es muy fácil caer en su trampa y escribir sólo pensando en ellos.

N.: *Con tu último libro, Escritores, has vuelto al relato. ¿Qué diferencias de fondo y de actitud encuentras a la hora de escribir relato y novela?*

SGS.: En mi caso particular, inicialmente forman parte del mismo proceso. Antes de comenzar a escribir una nueva novela, someto a los personajes protagonistas, así como a localizaciones que considero esenciales o a diferentes situaciones a un relato. Es una especie de test, necesito saber si cuentan con la resistencia y musculatura suficientes, si son interesantes desde un punto de vista literario y argumental. Obviamente, algunos de estos bocetos terminan siendo relatos independientes y que nada tienen que ver con la idea original. Esta última etapa sí que la acometo de una manera radicalmente diferente a una novela. Un relato ha de ser redondo y circular, un universo acotado, no te permite periodos de cadencia.

N.: *En algún momento has comentado que la narrativa española carece de valentía. ¿Crees que una mínima pretensión de ruptura es siempre un ejercicio sano y recomendable a la hora de escribir?*

SGS.: Me defino, no sé si por intención o por confirmación, como un escritor evolutivo. Los escritores que empleamos el español contamos con una gran herencia, con un pasado fabuloso, construido sobre los escalones que fueron alzando los grandes autores que nos precedieron. Yo quiero seguir subiendo esa escalera, tal y como hicieron Valle, Cela, Umbral o Ferlosio. Por eso más que de ruptura, me gusta hablar de evolución, aún teniendo en cuenta que en numerosas ocasiones la evolución solo la consigues si partes de la ruptura, rompiendo con el pasado y el presente. Porque me temo que el presente es, en demasiadas ocasiones, más complaciente que el pasado.

N.: *En Escritores, entre otros aspectos del mundo de la literatura, abordas con mucho sentido del humor la impostura de algunos escritores para quienes parece más importante ser escritor que escribir. ¿Crees que esa actitud, la de la impostura, está bastante extendida en la literatura española actual?*

SGS.: Hoy caben demasiados falsos sinónimos en la definición de escritor. Cuando el papel no aguanta el valor de un escritor, en multitud de ocasiones acude a la postura/impostura, que va desde la pose hasta el turismo por todos los saraos literarios, ya sea con croqueta o a palo seco. Hay determinadas imposturas que son muy divertidas de puro esperpento.

N.: *Siguiendo con tu último libro, que tiene como nexo unificador la literatura, ¿por qué crees que la literatura y todo lo que la rodea es un buen tema para hacer precisamente literatura?*

SGS.: No sé si es un buen tema o no, puede ser que se trate de un tema excesivamente endogámico, incluso onanista. Lo cierto es que me encantan los «meta», cineastas que filman sobre el cine o músicos que componen sobre la música. Una canción de Andrés Calamaro, «Son las nueve», lo explica muy bien: *pero fueron las canciones mi recompensa, canciones de dolor real pero canciones no más, canciones partidas por la mitad, pero canciones no más, canciones de amor perdido, pero canciones no más, canciones que confiesan todo.*

N.: *¿Qué hay en la cabeza de Salvador Gutiérrez Solís antes de ponerse frente a una hoja en blanco? ¿Cómo concibes tus historias?*

SGS.: La vida, la realidad, el mundo que me rodea. Soy mucho más observador que imaginativo, más vampiro que creador. Todas mis historias parten de un hecho o elemento real, siempre. Algo que leo en un periódico o que veo en un informativo, es con frecuencia la semilla. A menudo son diferentes hechos, sin aparente conexión, los que me empuja a establecer pasajes comunes, a modo de esos juegos de la infancia en los que trazábamos con un lápiz el camino que unía dos dibujos. En muchos casos, me sigo sintiendo como ese niño que unía los puntos.

N.: Como lector, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en castellano y tus autores favoritos?

SGS.: Desde hace años, no cito a ningún autor contemporáneo en mis entrevistas. Descubrí que algunos lectores lo entendían como mi canon particular o como una especie de «credo» literario, por lo que me aboné a la indefinición. Debo de reconocer que me sigue siendo muy difícil encontrar un narrador que me interese y, sobre todo, que me entretenga. Nuestra narrativa, desgraciadamente, en la mayoría de las ocasiones es un empacho de Dormidina

N.: Por último, ¿en qué proyectos literarios está ahora trabajando Salvador Gutiérrez Solís?

SGS.: Corrijo y corrijo una novela que verá la luz durante el próximo año. Es una obra muy actual, muy generacional, muy sincera y honesta, que me ha llevado varios años escribir. Comienza a parecerse, mucho, a lo que me planteé en un inicio. No hay mayor logro para un novelista.

* * *

Relato

DOS MICRORRELATOS *

por Salvador Gutiérrez Solís

EL DIFUNTO POETA

Gracián Martínez se murió de la misma manera con la que solía concluir sus poemas: de repente, en silencio, sin despedida. Se murió mientras dormía y se le quedaron los labios a medio ronquido. Los que le vieron cuentan que parecía que estaba soplando las velas de una tarta de cumpleaños.

Solamente un periódico le dedicó una esquela, simple, de las baratas, en la que se podía leer: Gracián Martínez, poeta, descanse en paz. Seis palabras para despedir al poeta, apenas un verso.

EL ENSAYISTA EN ALQUILER

Grandes obras maestras de la Literatura Universal nacieron a partir de un encargo.

Se dijo el ensayista en alquiler y recorrió las baldas de su biblioteca a la caza de algún ejemplo que le sirviera para ilustrar su teoría.

El buen escritor es capaz de crear una obra a partir de la nada.

El ensayista en alquiler buscó en la nevera una cerveza. Se tuvo que conformar con un vaso de gaseosa –sin gas.

La Literatura está por encima de los temas, la forma siempre es superior al fondo.

El ensayista en alquiler encendió la televisión. Pasaban un partido de fútbol: repetían un gol de Messi. En la imagen se podía observar, claramente, que se había ayudado de la mano, pero el árbitro no se percató.

© Salvador Gutiérrez Solís

* Ambos textos pertenecen el libro de relatos *Escritores* (El Olivo Azul, 2011)

GETAFE NEGRO Y *NEVERMORE!*

por José Vaccaro Ruiz

Dentro del festival de novela policíaca de Madrid, Getafe negro, el día 22 de octubre, tuvo lugar una mesa redonda sobre la corrupción actual. ¡Vaya tema, muy propio de unos juegos florales!

Tanto por parte de los tertulianos, José Manuel Otero Lastres, Teresa Solana y de quien suscribe, como del público asistente, hubo un fuego cerrado y cruzado contra el estamento político y judicial del que no quedó, en ese pim, pam, pum, títere con cabeza.

Los temas estrella fueron la especulación urbanística, de la que trata mi última novela «Catalonia Paradís» publicada por Ediciones Neverland, y sobre el mundo de los jueces y las farmacéuticas, donde Otero Lastres ha situado la trama de su reciente libro «Hampa legal».

Desconozco si Lorenzo Silva y David Barba, los organizadores de Getafe negro, tuvieron la delicadeza de invitar a algún miembro de la casta política al coloquio, aunque lo cierto es que no asomó por allí la testa coronada y/o tonsurada de ninguno. Es posible que leyera la frase con la que José Cabrera cierra el Prólogo de «Catalonia Paradís»: *ahora bien, un consejo: Prohibir su lectura a los políticos, por peligro de muerte psíquica.*

La imagen del cuervo, que es el santo y seña de Getafe negro, nos lleva a los que degustamos la literatura a uno de sus grandes maestros, Edgar Allan Poe y a su poema. Tratándose de la corrupción, qué mejor deseo que esa frase repetida por Poe en sus versos: ¡Nunca más! Un deseo contrario a la realidad del mundo que nos rodea, a creer que la naturaleza humana no es necesariamente corrupta, contrario a los titulares de los periódicos, a los paraísos fiscales, a coge el dinero y corre, al todo vale. Tal vez sí, tal vez sea posible. Si Todos gritamos ese ¡Nunca más! con que el poeta inglés rubrica una a una sus estrofas, y lo ponemos detrás de cada denuncia, si lo gritamos alto, si lo practicamos y lo defendemos, podremos hacerlo realidad.

Getafe esos días está imbuido, inmerso, como enseña del municipio en un cuervo blanco perfilado sobre fondo negro. ¡Qué imagen tan bella! Como si en medio de la negritud y la miseria del país, el mundo de la literatura fuera –o estuviera destinado a ser– un faro que iluminara y pusiera el orden, la claridad y la luz intelectual y vital, y esa esperanza que siempre contiene la creación y el pensamiento. Un icono, ese cuervo blanco, atento y alerta, vestido con las plumas y el vuelo de la escritura y de la palabra, armado con el aguijón certero de un pico afilado, cerrado pero dispuesto a abrirse gritando incansable ese ¡Nunca más! Antítesis de la bandera de los piratas –tal vez de las castas antes mencionadas–, en donde la blancura corresponde a la podredumbre de una calavera con unas tibias cruzadas.

Getafe negro fue sobre todo y ante todo un foro de libertad y debate abierto, plural y sin censura de ningún tipo. De ello se encargaron, hay que decirlo, además de los organizadores y los autores, también el público que participó de forma activa y desinhibida tomando postura, marcando desde abajo eso que ahora se ha venido en llamar la hoja de ruta. Incluso, puedo dar fe de ello, cuando algunos tertulianos se salían del tema, la asistencia desde el patio de butacas levantaba la mano y decía, al igual que Ortega: *No es eso, no es eso.*

Y al acabar cada presentación o cada mesa redonda, –como dijo Cervantes en boca de Sancho Panza: *el oficio de las letras no puede llevarse sin la administración de las tripas*– el deleite de unas anchoas o un pincho de tortilla en una de las terrazas de la calle de Madrid, convertidos sus parasoles blancos en útero acogedor y peripatético de la palabra, tan solo interrumpida por el chasquido de los labios cuando la lengua agradecía el sabor fresco y alimenticio de un sorbo de cerveza. Y vuelta a dar y recibir el verbo.

Esa es la atmósfera –una mezcla de ¡nunca más!, sol otoñal y buena compañía– que yo recordaba cuando, arrastrando las ruedas de la samsonite, en el bolsillo la dirección de correo de mis nuevos locos amigos que se dedican, como yo, a manchar con tinta la blancura del papel abocando personajes y hechos, enfilaba hacia la estación de Getafe Centro que me debía conducir a las puertas del Ave, de regreso a Barcelona.

Me hubiera gustado que ese Ave fuera el cuervo blanco dejado atrás para prolongar unas horas más el idilio, compartir opiniones y fantasías y perorar. Pero no fue así. Solamente las imágenes de una co-

media americana reproducida como un clon en las mil pantallas del vagón y el sonido de los móviles de mis tangenciales compañeros de viaje me acunaron hasta la estación de Sants.

Pero siempre me quedará Getafe.

© José Vaccaro Ruiz
jvaccaror@gmail.com

* * *

Miradas

EL GUZMÁN DE ALFARACHE: CONSOLIDACIÓN DEL GÉNERO PICAresco

por Chus Sanesteban Iglesias

Con el *Lazarillo de Tormes* surge el prototipo de un género literario del que ya Cervantes hará uso en el *Quijote* al dar vida al Ginesillo de Pasamonte: la novela picaresca. Muchos escritores adoptarán su forma su forma, ya para expresar su visión del mundo, ya para narrar sus propias experiencias. El *Lazarillo* tuvo una virtud estimulante, y es el modelo que alcanzará la consolidación con *El Guzmán de Alfarache*.

Desde el punto de vista de la crítica, hay diferentes interrelaciones: algunos opinan que es una novela de costumbres, otros intentan penetrar en las intenciones del autor a través de lo realizado en la obra y aclarar su verdadero alcance y propósito dentro del marco histórico-cultural correspondiente.

Decía Francisco Ayala que había dos diferencias fundamentales entre las dos obras: en primer lugar, si el *Lazarillo* es un libro inconcluso, el *Guzmán* es una obra perfecta, completa y acabada. En segundo lugar, el *Lazarillo*, junto con la *Celestina* y la creación cervantina pertenecen al Renacimiento y el *Guzmán* es un producto de la Contrarreforma: responde con rigor al esquema intelectualizado de la que había sido en la Edad Media una concepción del mundo. Para Mateo Alemán, el problema no está en el existir humano, el único problema del hombre consiste en llegar a desengañarse del mundo y aprender a despreciarlo.

Los sermones intercalados constituyen una unidad inseparable con la vida picaresca en la concepción y estructura de la obra. La vida jamás se presenta bajo formas atractivas, lo cual es deliberado y responde a la intención de la obra. De ello se desprende que o bien Mateo Alemán era una persona incapaz de disfrutar de la vida o bien era un acto voluntario de ascetismo. El hecho de que después de la novela picaresca sólo publicase una *Ortografía de la lengua castellana* confirma su desinterés por la pomposidad. Su libro está concebido como una buena acción para prevenir contra los enemigos del alma y para desengañar.

Para realizar su propósito, Mateo Alemán se basa en el *Lazarillo*. El resultado fue una novela picaresca en la que los hechos del protagonista llegaban a la imaginación pública con mayor intensidad que la significación de fondo sobre la que el autor se esforzaba por llamar la atención: ya sus contemporáneos se fijaron más en la vida del pícaro que en el significado de la obra. Sus doctrinas, con las que el autor quería ilustrar, se pasaban por alto, ¿por qué? Mateo Alemán utilizó un esquema narrativo: la autobiografía paródica de un antihéroe. Detrás del *Guzmán* estaba el *Lazarillo*, y los lectores lo veían reflejado en el nuevo libro.

Además, debido al celo excesivo de los teólogos, inquisidores, censores y escritores contrarreformistas, las tristes hazañas del antihéroe, lejos de suscitar la repulsa pretendida, se celebran como gracias, y su lamentable destino produce simpatía.

La apreciación crítica de una obra literaria debe empezar por situarla en un ambiente espiritual, examinar lo que el autor ha querido expresar con ella y relacionarla con la literatura a la que se incorpora. Respecto del *Guzmán*, no sólo será necesario incluirlo dentro del género novelístico, sino también referirlo a los tratados ascéticos, a los sermonarios y, en general, escritos moralizantes, pero sin olvidar que el fin del género novelístico no es la adoctrinación dogmática y, por lo tanto, si el lector rechaza sus propósitos, no tenemos derecho a impacientarnos con él.

© Chus Sanesteban Iglesias



LAS TEORÍAS SALVAJES, de Pola Oloixarac

Editorial Alpha Decay
Colección: Héroes modernos
Fecha de publicación: 2010
280 páginas
ISBN 978-84-92837-03-8

* * *

El maestro Eric J. Hobsbawm (historiador británico) ha combatido la historiografía convencional por casi un siglo buscando que el objetivo de la historia sea la gente común. Su lema es algo así como *To write about and for the common people. That's my duty.*

En este sentido Oloixarac es una hobsbawmiana de la filosofía. Su novela *Las Teorías Salvajes* (Entropía, 2008; Alpha Decay, 2010) es un ensayo filosófico, un *thriller* erótico, un relato kinky; una interesantísima reflexión social en el sentido de la más pura escuela de

historiadores sociales marxistas.

Gracias a la amenidad atrapante de su narrativa, la autora plantea teorías y modelos filosóficos complejos y actuales, que brincan de un lado al otro del *establishment* mofándose de lo convencional: el mundo académico, la venganza de los nerds, el peronismo de izquierdas y derechas, et-
cétera. Todo dentro de un ensayo denso y sinuoso que es a la vez una prosa poética hipnotizante.

Así, su novela es un vórtex que permite a la gente común introducirse en lo que deben ser las teorías de esta «generación 2.0» y hacer que se muevan algunas cuantas neuronas.

LA NOCHE NO HUYE DEL LOBO DE LA NOCHE

Zeitgeist, Melpómene, ¿quién fue Puan?, los bosquimanos, Montaigne, la gran matanza de los gatos de Darlton, Syntagmas, Transmisiones Yóicas. Hay mucho *Google* dentro de la cabecita de esta morocha porteña. El bombardeo de datos invita al lector a buscar más información que la que provee el libro en sí mismo, lo que convierte a la novela en una herramienta cognitiva interactiva.

En la narrativa, la fantasía, el discurso académico, los sueños y las teorías son constantemente interrumpidos por la salvaje realidad de esta infinita urbe porteña. Todo medido por el ojo sagaz de una villana intelectual; una especie de Robin Hood de Puan. La sensualidad de la narradora enfatiza los contrastes existenciales al describirse como una diva que usa botas región 4 tipo *doctor Martin* (acá los llaman borceguíes) y escucha boleros mexicanos mientras pondera sobre Hobbes. ¿Será que vivimos de nuevo en una era barroca?

Acá está esta chica que dice: *soy hot*, soy intelectual, soy anarquista, sindicalista, nerd... es como la canción del «Borrego» de Café Tacuba. Pero no es proyección del autor, ni un autobombo. Oloixarac va más lejos. Te atrapa invitándote a formar estereotipos, a enamorarte o asquearte de ellos y luego, en un par de líneas los destruye, desequilibra al lector, lo deja con ganas de más. Uno no se da cuenta en qué momento la autora deja la autorreflexión para criticarse a sí misma y a la sociedad que la rodea. Es un elemento muy característico de la fina narrativa porteña; qué placer leer algo así en un narrador joven.

LA CIUDAD DE BUENOS AIRES ES UN HERMOSO MAMARRACHO ¹

Hoy en día la filosofía no es algo accesible para un amplio espectro de gente. Los jóvenes pien-

¹ Oloixarac, p. 247

san que la filosofía se quedó en la Grecia Clásica o en el renacimiento italiano. Y acá hay quien defiende lo contrario. Este tango está vivo. Estas teorías salvajes buscan hacer que algo cambie en la mente de una generaciónn.

Puede ser que yo esté diciendo obviedades. La novela también las dice. Parece quedar claro que la vida hoy es obvia en muchos aspectos, y el pasado se reconstruye siguiendo otros códigos; más descarnados, cínicos, que parten de la apatía y el sinsentido de los años ochentas, donde nosotros nacimos y crecimos.

Pero lo obvio dentro de un período revolucionario como éste tal vez sea enigmático y complejo para la posteridad. Será a través de las obviedades que los investigadores sociales del futuro puedan conseguir comprenderlo, apre(he)nderlo, disfrutarlo.

¿Qué diría el dr. Van Vliet –teórico y salvaje– de este sinsentido?

El penúltimo capítulo es una obra maestra. Aparece justo cuando el lector se pregunta: ¿qué tiene que ver la granja para enfermos mentales con el antropólogo desaparecido y este cuarteto de ñoños pervertidos a lo *Cruel Intentions*? Unas cuantas hojas antes del final la narración llega al clímax evocando una escena apocalíptica en el selvático Tigre, un lugar a tan sólo 30 kilómetros de la sofisticada city porteña, donde todavía se respira salvajismo. Entonces, envenenar Google Earth para generar pánico social mediático al estilo Orson Wells nos hace recordar el cover de Placebo *Where is my mind?*

Está bien logrado, en crudo, en ultrarrealismo (sin lo mágico). Oloixarac consigue transmitir cómo se ve Buenos Aires en el siglo XXI. Cómo esos ríos de sangre, batallas, derrumbes, no desaparecieron... nada desaparece de la memoria de un Funes colectivo. Somos todo donde no hay nada y somos nada donde está todo eso que estuvo ayer, hoy y mañana.

© Vanessa Alanís Fuentes Oliver



LA NIÑA QUE HACÍA LLORAR A LA GENTE, de Carlos Pérez Merinero

El Garaje Ediciones
Colección: Garaje negro
Fecha de publicación: 2011
388 páginas
ISBN 978-84-938214-6-3

* * *

La carrera literaria de Carlos Pérez Merinero (Ecija, 1950) es guadiánica. Este economista andaluz, que vive en la actualidad en Madrid, ha publicado varios libros sobre cine, escrito unos cuantos guiones (el de *Amantes*, entre otros, el filme más notable de Vicente Aranda), dirigido alguna película (*Rincones del paraíso*) y publicado once novelas (*La mano armada*, *Llamando a las puertas del infierno*, *El ángel triste*, *El papel de la víctima*, *Sangre nuestra...*), la mayoría de las cuales pertenecen al género negro pero con un estilo muy personal que lo diferencia de todos sus colegas y hacen de él un escritor tremendamente original.

Tras un silencio editorial de un buen puñado de años, una nueva colección de novela negra con exquisito diseño, la madrileña Garaje Negro que dirige Manuel Blanco Chivite, antiguo editor de Vosa, se atreve a publicar *La niña que hacía llorar a la gente*, novela negra arriesgada sobre una actriz de cine infantil con la que el protagonista y narrador tiene una fijación amorosa, y que es un complejo ejercicio de estilo.

Y te obedecí. Te obedecí, sí, como siempre iba a obedecerte. Como siempre iba a obedecerte hasta que me cansé de hacerlo y te maté.

Porque la última novela de Carlos Pérez Merinero, que cierra su trilogía *Fronteras de la inocencia* formada por *Razones para ser feliz* (1995) y *Sangre nuestra* (2005), huye deliberadamente del suspense (el lector sabe, desde las primeras páginas, que el autor / narrador terminará asesinando a la protagonista de la historia) para centrarse en un ejercicio narrativo original e inclasificable, una aproximación oblicua al género negro transgrediendo buena parte de sus normas, y lo hace con una prosa cortante, de digestión lenta, pero, al mismo tiempo, muy original y de gran valor literario.

La niña que hacía llorar a la gente está infestada de cine, algo que Carlos Pérez Merinero lleva en la sangre, y violencia irracional, *leit motiv* de todo su producción literaria, esta vez repartida entre perros y niños, dos tabúes dentro del género. Carlos Pérez Merinero es, sobre todo, un provocador, en el fondo pero también en la forma al adoptar ese oportuno punto de vista de narrador protagonista que escribe la novela para su compañera femenina por la que siente amor / odio y a la que acompaña en todas sus fechorías sangrientas como testigo pasivo de las mismas, para levantar su acta notarial.

Tengo una coartada perfecta, si es que a estas alturas hacen falta coartadas. Y es que nadie podrá contradecirme si mintiera sobre el pasado, sobre nuestro pasado. Y si hubiera alguien, ese alguien tendrías que ser tú. Tú, que estás muerta porque yo te maté.

Y lo hace Pérez Merinero con una técnica sorprendente, desde la segunda persona del singular, tiempo verbal muy arriesgado, y adornando su narración con redundancias buscadas, titubeos, retorcimientos de frases, retrocesos temporales y elipsis, hasta conseguir, con ese caos narrativo, una atmósfera de locura criminal plenamente acertada que alcanza uno de sus cenit en este párrafo en el que el asesino, escritor y cinéfilo autor de la novela reflexiona sobre el propio hecho literario.

Y las páginas en blanco –ésta es una de las pocas cosas que estoy aprendiendo de este oficio de escritor en el que no haré carrera–, y las páginas en blanco, sí, hay que asesinarlas, llenándolas de palabras.

© José Luis Muñoz

<http://www.lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



BROOKLYN EN BLANCO Y NEGRO (Diario 2008-2009), de Hilario Barrero

Editorial Universos
Fecha de publicación: 2011
332 páginas
ISBN 978-84-939147-3-8

* * *

Hace tiempo que los lectores avezados, pero también los escritores más agudos, aparcaron exigencias editoriales de sempiternas novelas de género buscando comunicar de una manera menos frívola, más directa, sencilla, honesta y cálida. Coetzee, Amis, Oates o Elroy son los últimos en incorporarse a esta necesidad de registro y confesión autobiográfica, de ofrecer testimonio directo de sus vivencias, tendencia que alcanzó su cénit durante la Ilustración. Y los Diarios en concreto, esos que ahora recuperan una vitalidad importante gracias a los blogs, utilizan una forma de expresión óptima para registrar el paso del tiempo cronológico y sentimental, a veces cíclico. Unos sirven para dejar constancia de algún suceso histórico acotable, como el Diario del año de la peste de Daniel Defoe, o la caída de las Torres en la primera entrega de Hilario Barrero. Otros albergan algún periodo vital ceñido a un lugar concreto, como el Diario londinense de James Boswell, o el

Viaje a Italia de Goethe. Lo más, se limitan a recoger el vaivén de los días con emoción. En España, seguimos las andanzas y reflexiones de diaristas con clase y solera como Trapiello, Sánchez Ostiz, Llop o García Martín, sin olvidarnos que quizá nuestra mayor joya narrativa de todo el siglo XX sea el Cuaderno Gris de Josep Pla.

En el caso que nos ocupa, el de los diarios literarios de Barrero, estos presentan una serie de características que los hacen distintos y especiales a todos los demás. Lo más destacable es sin duda que ni su autor, ni la farándula literaria y académica que a todo escritor rodea, son sus protagonistas. Hilario escribe con honestidad, rigor y también ternura toledana, para luchar contra el olvido o la muerte de sus recuerdos, no para defenderse a sí mismo, jamás para justificarse o tirarse flores. De hecho, apenas nos habla de sí mismo, aunque sí conocemos bastante bien sus aficiones: su diosa la poesía, su amante la ópera y su novia la pintura, con las que ejerce de aprendiz y galán gozoso permanentemente. No, los personajes principales de este Diario son grandiosos y bellos sin esa necesidad de tener que expresar su mundo interior por escrito, no tienen por qué ser artistas, ni siquiera escritores conocidos. Ni falta que les hace.

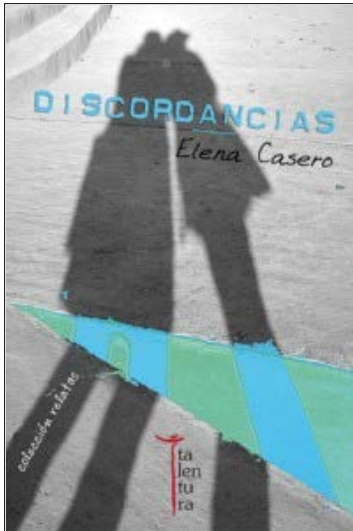
Y en esta quinta entrega del Diario, dos hermosas y valientes damas, maravillosamente anónimas, sobresalen, al despedirse de este mundo con ejemplo y dignidad. Con valentía, genio y figura. Unas muertes que nos vienen anunciadas con ternura y tacto, como ese Liebestod de Isolda que se escucha al principio o esa otra foto en blanco y negro que separa a los poetas vivos de pie, de los poetas muertos sentados. Pues a pesar de sus edades elevadas, y de que ambas cumplieron sus ciclos vitales, despedirlas no fue tarea indolora. Perder a la madre, la persona que te crió y te defendió siempre, la que más te quiere supone, entre otros desgarros, ser más consciente que nunca del propio fin, colocarte en primera línea de fuego para ser el siguiente. Un duelo largo y no asumible el de Hilario donde a la vez que le duele esa muerte, le duelen también todas las muertes incomprendibles y crueles dentro de un ciclo de la Naturaleza que sigue su curso incommovible. Y en el transcurso de ese duelo, el Duelo con mayúsculas por su madre, Estelle la vecina especial, siempre mandona, entusiasta y libertaria, también nos dirá adiós iluminando de otra manera la imposible comprensión y aceptación de los óbitos de quienes tenemos cerca, el único conocimiento que nos ha sido dado tener sobre nuestro propio fin.

Imágenes en negro lúcido que contrasta con el blanco luminoso de esas otras imágenes hermosas que Barrero nos proporciona, tomando el pulso a las ciudades que visita. Así, captaremos brevemente y con toda su magia ciudades como Lisboa, León, Oviedo, Gijón o Toledo, pero sobre todo esa Nueva York donde reside, acercándonosla, sintiéndola viva, humana y habitable, lejos de la artificiosa postal turística de Manhattan. Así, la avenida Flatshbush, el Prospect Park, Chinatown o la calle Montague dejarán su impronta en el Diario junto al destacado barrio de Brooklyn, en constante transformación vital de costumbres que se pierden, mientras surgen otras. Un paisaje que no sería tal, meros edificios huecos, sin las personas que lo dotan de sentido, por ello son Mari Carmen y Gregorio, por ejemplo, quienes convierten Asturias en tierra fértil, abierta y generosa. Del mismo modo que Nueva York se nos presenta cálida y cercana gracias a las maravillosas historias o'henrianas que Hilario suele intercarlar, producto de su observaciones asombradas en el metro.

Pero estas luces alegres, producto del transcurso de los días hilarianos donde el vivir y el sentir del autor se proclaman siempre vencedores sobre el triunfar y el tener, no serán nada ante el deslumbramiento glorioso que sentimos cuando, ante una especie de broma literaria injustificada, el poeta nos cuenta su historia más hermosa, aquella que inició un siete de julio de mil novecientos setenta y uno. Porque sólo hay algo fuerte e intenso que la muerte, lo que nos rescata de miedos y temores, lo único que de verdad logra que superemos los duelos. Quien lo probó lo sabe y el sabio Hilario nos lo revela.

Para concluir, señalar que todos los temas importantes, las tres heridas que señaló Miguel Hernández, se desarrollan a lo largo de este Diario mediante una prosa directa, esmerada y brillante, sin alardes y sin ripios. Y como propina generosa, propia de la personalidad abierta, la cultura integradora y la vocación educadora del autor, como arias que concentraran la belleza de vivir, cada mes de este magistral Diario será cerrado con un precioso, desconocido y deslumbrante poema.

© Ángeles Prieto Barba



DISCORDANCIAS, de Elena Casero

Editorial Talentura
Colección: Relatos
Fecha de publicación: 2011
160 páginas
ISBN 9788493943271

* * *

Un hombre cree reconocer en la calle, por su inconfundible melena, a su esposa, que sin embargo ha dejado acostada en la cama víctima de una extraña enfermedad... Una pareja llega a Nueva York para celebrar las bodas de plata de su patrimonio y la ciudad provoca en los dos cónyuges, que hasta aquel entonces habían estado muy unidos, sentimientos radicalmente opuestos... Un hombre que echa de menos a sus padres muertos fantasea con llamarlos una noche a su antiguo domicilio, que ya no existe... Una mujer espera el ascensor y, cuando éste llega su piso y se abre, encuentra en la cabina a su marido muerto...

Estos son algunos de los argumentos de *Discordancias*, el volumen de relatos de la escritora valenciana Elena Casero, una autora que hasta ahora había destacado por sus incursiones en el terreno de la novela, con una obra tan excelente como *Tribulaciones de un sicario*. Son cuentos, como se ve, que parten de una raíz cotidiana, de una situación a veces nimia (como la de aquel que en un insospechado rasgo de lo que él cree distinción y clase se deja más larga la uña del dedo meñique), pero que enseguida demostrarán tener un gran recorrido literario. La importancia de un texto no está, o no está tanto, en el tema que trate como en la forma en que lo haga y los matices que acierta a sacarle, los sonidos que pueda despertar de una materia que a simple vista parece desechable... ese parece ser el principio que ha regido este el primer volumen de cuentos de Elena Casero: encararse con la vida y tratar de extraer de ella todos los pequeños detalles. Quizás en eso consiste, realmente, la literatura, no en lo que se mira sino en mirar con intención estética.

En el caso de los cuentos de *Discordancias*, además de este, podríamos decir, factor de cotidianidad, los relatos se encuentran ligados porque, en el fondo de todos ellos, late el mismo tema, el que indica el título: la discordancia. El modo cómo las relaciones (no sólo las de pareja, sino las relaciones humanas en general) se aproximan tal vez ineludiblemente a un punto de ruptura a partir de cual aguarda, con mayor o menor fiereza, ese fantasma que es la soledad. Los cuentos de *Discordancias*, abordados unas veces desde el prisma del humor, incluso del humor negro, otras desde la fantasía y a veces desde el más directo tono trágico, son en el fondo la constatación de una derrota, la prueba literaria de que el destino de las personas está en acabar separándose, sonando cada una por separado y en disonancia; incluso cuando la relación logra mantenerse estable, el tiempo y su negra compañera acaban por desbaratarlo todo. Al final, nos encontramos solos y no nos queda otro remedio sino hacernos a la idea, esa parece ser la conclusión final de este volumen de relatos.

Sin embargo, y por supuesto, siempre nos quedara el camino recorrido. En el caso de *Discordancias*, la lectura de diecinueve cuentos, muchos de ellos de alta calidad; una lectura ágil, favorecida por un estilo fresco, cuidado con ese exquisito gusto que hace que la prosa parezca espontánea y fácil, muy contraria a la sucesión de alardes y virtuosismos gratuitos. Un terreno, este del estilo, donde se aprecia indudablemente la experiencia y el oficio de una escritora de novelas, de muy buenas novelas, que en esta ocasión se ha trasladado al cuento.

© Miguel Baquero

<http://mundo-es-oblongo.blogspot.com>



EL ESCONDITE DE GRISHA, de Ismael Martínez Biurrún

Editorial Salto de Página
Colección: Púrpura
Fecha de publicación: 2011
256 páginas
ISBN 978-84-15065-17-3

* * *

El escondite de Grisha es la cuarta novela de Ismael Martínez Biurrún. He leído todas ellas, en riguroso orden de salida, y una vez más, compruebo que Ismael nos ofrece una historia de emociones fuertes, personajes en busca de respuestas y carreras a contrarreloj.

La novela tiene su inicio en el apaciguado ambiente de una biblioteca, aunque el itinerario sigue por calles madrileñas, oscuros prostíbulos, desvencijados apartamentos, aeropuertos europeos, granjas ucranianas y hostales franceses.

El protagonista, narrador a su vez, es Olmo, un gigante zancudo de dos metros, bibliotecario recién incorporado a una biblioteca pública, el cual me recordó vagamente, en esos inicios de presentaciones y expresión atónita de sus compañeros, al personaje de la película *Big Fish*, de Tim Burton. El otro personaje, en el que recae la mayor relevancia, es Grisha, en sus dos vertientes (ya lo entenderán cuando lo lean), un introvertido niño con un estremecedor pasado y la extraña capacidad de escribir en cirílico, un idioma que desconoce, durante los arrebatos que le hacen garabatear en una libreta, poseído por una suerte de comunicación extrasensorial que a medida que avance la trama terminará por resolverse.

Del elenco de personajes secundarios destacaría especialmente a Patricia, una solitaria inspectora de policía, experta en mafias rusas, que rehuye las relaciones de pareja estables; Ricard Amer, dueño de varios prostíbulos y negocios turbios; el enigmático Babka, cuyo tatuaje siempre está presente en la retina de los protagonistas, y Euge, amigo del que Olmo perdió el contacto.

De todos estos personajes mencionados, muy bien escogidos para interpretar la historia, intuyo la predilección de Martínez Biurrún por autores de la talla del magnífico Bradbury. Tatuajes extraños en la piel de personajes malvados, una pátina de nostalgia en el ambiente, niños que maduran ante la adversidad y reflexivos tutores con singulares afecciones, son características también comunes en el maestro estadounidense.

Así, como en algunas historias de Bradbury, Ismael juega con los fantasmas y las metáforas, la parapsicología y la psicología para tejer una historia compleja con diálogos acertados y bellas imágenes. Capaz de descripciones sencillas que transmiten cuanto desea («Viene hasta la cama y se sienta al estilo indio ante mí, con la taza en el regazo, como si yo fuera su programa favorito de televisión») o retratos precisos («Visto de frente, el rostro de Emilio es como un cuenco de arcilla roja en el que bailan dos guijarros grises, inexpresivos.»).

El primer incidente en la biblioteca, con los *liquidadores*, planta la semilla de la incertidumbre, y desde entonces el enigma domina la trama hasta alcanzar el domicilio de los Matsyuk, y más allá.

Recuerdo momentos memorables, como la descripción del gigantesco sarcófago de Chernóbil, o el escalofrío que sobrecoge a la agente de policía cuando reconoce a los tres personajes en un dibujo que les enseña Grisha. Puedo asegurar que yo también sentí ese escalofrío.

A esta notable novela solo voy a ponerle un pequeño inconveniente que no lastra su lectura, ni mucho menos. La desgarradora conversación entre el protagonista y uno de los personajes más importantes, previa al punto de inflexión que cerrará la primera parte del libro, se me antoja una escena un poco forzada, aunque el giro que supone, cuando empieza a descubrirse la verdadera identidad de Olmo, consigue hipnotizarme hasta el final.

Por todo lo anterior, no me equivoco al considerar que esta última obra afianza un poco más al autor como uno de los referentes insoslayables de la literatura fantástica en castellano.

© Óscar Bribián
<http://www.oscarbribian.com>



NAUFRAGIOS DEL MAR DEL SUR, de Fernando Aínsa

ArCiBel Editores
Colección: Arcibel Americana
Fecha de publicación: 2011
164 páginas
ISBN 978-84-96980-68-6

* * *

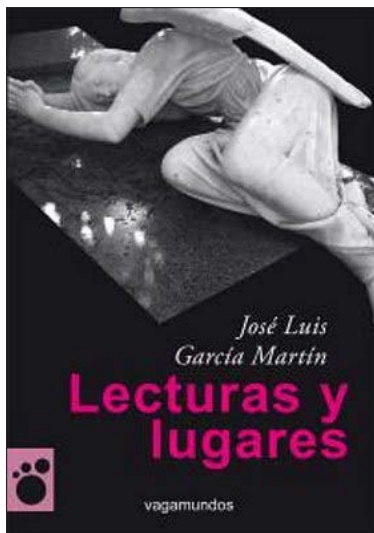
Hay escritores para quienes la ruptura de los códigos establecidos o la búsqueda de originalidad constituye la verdadera razón de su trabajo, escritores generalmente –pero no siempre– jóvenes cuya ambición por superar los *viejos* esquemas del pasado determina su relación con la literatura. Por contra, hay otros autores que han leído tanto, que han recorrido ya tantos caminos en todos los sentidos posibles, que han accedido a tantas representaciones –ficticias o reales– de la vida, que saben que apenas queda espacio ya para la auténtica singularidad y que más allá de la extravagancia y la inverosimilitud, es en la reelaboración de los viejos códigos donde pueden encontrar esa voz personal y genuina que los defina como escritores y les otorgue un estilo propio.

Fernando Aínsa, escritor, poeta, ensayista y estudioso de la literatura latinoamericana de los últimos años, pertenece sin duda a este segundo grupo. Aínsa es por encima de todo un escritor que conoce su oficio, que ha vivido mucho y muy intensamente y que maneja a la perfección las posibilidades expresivas del lenguaje. Su libro de relatos más reciente, *Naufragios del Mar del Sur*, es un claro ejemplo de ello.

Los doce cuentos que componen la colección, junto con el breve texto introductorio que los antecede, ofrecen un fresco vivo y ameno de la vida de los habitantes de la localidad meridional de El Paso. Ejerce El Paso de esta manera el papel de aglutinador de existencias, un espacio simbólico a la vez que mítico donde tiene lugar una representación minúscula de muchas de las peculiaridades que definen al ser humano: poder, ambición, supersticiones, pasión, miedo, desesperanza..., al tiempo que recrea metafóricamente ciertos acontecimientos históricos del país en el que Fernando Aínsa vivió su adolescencia y la mayor parte de su vida, Uruguay, en especial los dos últimos relatos del libro.

Aunque cada historia funciona independientemente, el conjunto ofrece una indudable unidad no solo espacial, sino también estética. Algunos personajes aparecen en varios relatos, si bien alternando el papel protagonista, como por ejemplo Matías, incansable vendedor de boletos de feria; el cacique Iturralde y su hijo, cuyas propiedades ejercen no por casualidad de límite físico a la propia localidad de El Paso; o Saturnino, el cerrajero cuyo trabajo cobrará especial importancia en el penúltimo relato del libro. El recuerdo es el motor que irá haciendo surgir las historias, un recuerdo colectivo que se expresa a través de ese narrador omnisciente que, salvo en el último capítulo, nunca abandona la primera personal del plural. Las historias nos son contadas, por tanto, a través de la memoria colectiva de sus habitantes, aunque en muchas ocasiones las fuentes se entrecruzan e incluso se contradigan, ofreciendo un mosaico heterogéneo que pone de relieve las diferentes verdades sobre las que se construye el imaginario colectivo.

© Carlos Manzano
<http://www.carlosmanzano.net>



LECTURAS Y LUGARES, de José Luis García Martín

Ediciones Traspies
Colección: Vagamundos
Fecha de publicación: 2011
64 páginas
ISBN 978-84-937888-7-2

* * *

Quizá porque la mismísima vida puede reducirse a un constante «ir a» o «venir de», el lector debería acoger esta intensa, deliciosa y fulgurante joyita con filosofía y cariño. Pues alberga catorce destellos literarios, fulgores de nuestra propia memoria viajera, y también sedentaria, a través de distintas ciudades universales, con sus poetas, palabras y semblanzas. Es decir, nos encontramos con un libro íntimo que nos habla de lo que somos, de nosotros mismos. O más atinadamente, de lo que sabiamente alcanzamos a ser a partir de cierta edad, en la que ya sólo nos redimen los viajes y el recuerdo de los amores perdidos.

Y así, desfilan por sus páginas y fotografías, siempre hermosas y románticas, Venecia, Nueva York, Roma, Coimbra, Nápoles, Ginebra, Lisboa, Livorno o Santander junto con historias, poco conocidas, de aquellos personajes que las habitaron y las dotaron de sentido: Leopardi, Henry James, Shelley, Eça de Queirós, Nietzsche, Axel Munthe, Pessoa o Thomas Mann, en un festín de la palabra y de la memoria contra el olvido y la muerte. Dama a la que no se excluye del libro y que pasea subrepticia por algunas de sus páginas, montada en otra barca.

Porque mantener el corazón sano, fuerte y alegre, secreto para la felicidad que este libro guarda, exige cumplir con algunos requisitos de disciplina y frugalidad, esos que nos enseñan a vivir muy lejos de vanidades y ambiciones, disfrutando de los pequeños placeres que, al fin y a la postre, son los que dotan de sentido verdadero y explicación, a la existencia. Así, Axel Munthe paseando por el hermoso jardín del Cementerio Acatólico, Luis Moure-Mariño ante el roble grande de Basán o Nietzsche llorando de emoción al escuchar música sobre el puente de Rialto, logran encontrarse a sí mismos.

Todo ello (y si no lo digo, reviento), expresado mediante una prosa elegante, culta, fluida y espléndida, con frases largas o cortas pero siempre libre de ripios, exabruptos, salidas de banco, ínfulas, pedanterías, metáforas comunes y errores sintácticos o gramaticales, que incluso sorprenderá al lector más exigente porque bien complicado resulta encontrar ahora una calidad literaria como la que luce esta pequeña obra, en una mesa repleta de novedades: con verdadero equilibrio y profundidad entre fondo y forma.

Un libro provechoso, extraordinariamente intenso pese a la brevedad de sus evocaciones, y con notable capacidad de síntesis, que ni mucho menos puede leerse tan sólo una vez por su contenido, ni tampoco dejar olvidado en el asiento de un autobús por su belleza, quizá porque el Ulises que García Martín en esta obra representa somos todos: «Me gustaría vivir en el mar, estar siempre de paso. Tocar puerto al amanecer, partir a la puesta de sol. Que la mayor parte de mis días transcurran lejos de todo, en medio del océano, a merced del viento, los caprichos del motor, el temporal imprevisto.... Me gustaría vivir en el mar, estar siempre de paso. Pero de sobra sé que no hace falta vivir en el mar para estar siempre de paso», nos señala con orden y precisión el narrador, viajero y sobre todo, poeta.

Y como todo gran poeta, cerrará gloriosamente su canto con el regreso a Ítaca, su lugar de origen representado en un sólido arco de cuatro pilares que, desde tiempos romanos, acompaña al río Ambroz, el de su propia infancia en Aldeanueva del Camino, Cáceres, convirtiéndolo así en ciudadano romano, en ciudadano del mundo. En el viajero infatigable que hoy es y que sabe que Ítaca es el punto de partida y de llegada, mientras la vida se nos descubre y se nos escurre en el camino.

© Ángeles Prieto Barba



COMO ENTONCES, de María Frisa

Prensas Universitarias de Zaragoza

Colección: Literatura

Fecha de publicación: 2011

160 páginas

ISBN 978-84-15274-19-3

Primer Premio Narrativa Universidad de Zaragoza 2009-2010

* * *

El argumento de esta novela es inicialmente sencillo: el reencuentro de una mujer, veinte años después, con los que fueron sus compañeros y amigos de la facultad. Pero lo diferente es que no es el típico reencuentro organizado o casual sino una vuelta al pasado provocado al descubrir, leyendo las esquelas del periódico, la temprana muerte de su mejor amiga de entonces. Así que, sobrecogida por la tragedia y renunciando a todos sus complejos y a su presente imperfecto, a su vida ri-mando en asonante, decide acudir al velatorio para despedirse de ella, pero también para volver a verle a él; esa herida de aquel tiempo todavía sin cerrar.

Pero ellos tres no eran los únicos. Estaban los demás. Y estarían allí. Y ese reencuentro era precisamente el que más temía. La humillación a tener que admitir ante ellos sus fracasos: «no he terminado la carrera, no me he casado, no trabajo de profesora, no tengo hijos, soy una simple cartera y todavía vivo con mis padres». Ellos, tan afortunados entonces, serían ahora una prolongación de aquel recuerdo y habrían conseguido todo lo que ella no tenía, lo que ella no era.

Y es precisamente la muerte, como principio y final, lo determinante en esta novela. Es la muerte y todo lo que desvela y provoca. Porque María, en una original estructura narrativa, nos descubre que aquellos que eran presuntuosos entonces «sus vidas de ahora están llenas de mugre y cosas a medias como las demás».

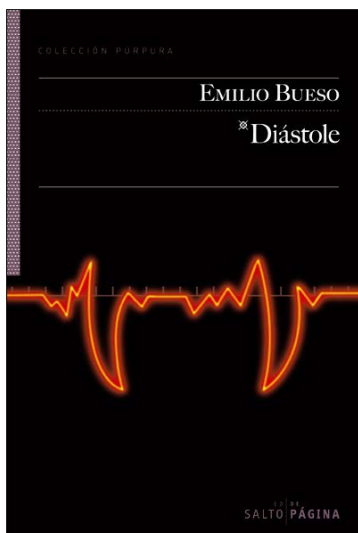
Nos descubre cómo el tiempo ha transformado aquel futuro por delante; en qué han quedado, cumplidos los cuarenta, aquellas ilusiones de los veinte años. Que «también ellos desean morir lejos de sí mismos y creen que ha habido un error muy grande en alguna parte de sus vidas». Cómo han alcanzado el éxito literario, si a través del talento o por medio de las relaciones; por conocer a la persona adecuada. Cómo se han vuelto mezquinos, insatisfechos, amargados y falsos por culpa de la ambición personal, las equivocaciones, las decisiones impuestas; la hipocresía y los secretos. Y cómo es precisamente la muerte la que permite una segunda oportunidad, un renacer, un motivo para cambiarlo todo. Es la muerte la que permite la revancha de esos del grupo a los que antes se despreciaba: la gorda, la fea y tonta. Un grupo al que se pertenecía de prestado y ahora se regresa. Entonces era de otra manera, nos tocaba perder. Pero ahora no es como entonces, ahora es distinto, es mejor, ahora toca ganar.

María hace una literatura cercana, reconocible y, sobre todo, que suena de verdad. Y es importante decirlo porque en aquel docudrama: *Vivir cada día*, también se contaba una historia real, pero los personajes se interpretaban a sí mismos y acababan convirtiéndola en un reflejo inverosímil. Sin embargo, María, con su narrativa intimista, sencilla y humana consigue que la vida imite a la literatura; la refleje con su parte de comedia y drama; veamos a los personajes que ha creado de carne y hueso, nos identifiquemos con ellos, sintamos odio, asco, lástima o nos alegremos con su victoria; asintamos ante sus dudas y la lógica de sus temores. Nos lleva por un camino en el que sonríes cruzando los dedos, con el miedo a que todo se rompa, por el que te agarras con fuerza al destino feliz y sientes el vértigo de lo que no sabes, de lo que no llegarás a saber.

Saboreando el desquite, la venganza, ese plato que se sirve frío. Las caras de estupor, los burladores burlados, el cuento chino de la pobre cenicienta hecho realidad. Y en el último suspiro, en la última página, con una insinuación evidente, te regala lo que no esperabas.

© Luis Borrás

<http://aragonliterario.blogspot.com>



DIÁSTOLE, de Emilio Bueso

Editorial Salto de Página
Colección: Púrpura
Fecha de publicación: 2011
240 páginas
ISBN 978-84-15065-07-4

* * *

No entiendo a los lectores que se esmeran en leer cientos y cientos de libros mediocres a lo largo de su vida, novelas con tramas y personajes lineales, abundantes clichés y finales insípidos. Muchos no se preocupan de buscar el grano entre la gran cantidad de paja que produce el mundo editorial. Y lo que es peor, estos lectores se conforman con eso, alargan el brazo hacia los anaqueles de las estanterías más destacadas y adquieren el libro en función de la portada. No me extraña que también haya personas que renieguen de la literatura moderna porque acabaron ahogados con libros mastodónticos y aburridos, o desengañados con obras engalanadas con las mejores guirnaldas del marketing.

A todas estas personas a las que aludo, no es difícil que se les pasen por alto las novedades de unos pocos sellos que aseguran garantía y, lo que es más grave, que dejen escapar libros meritorios y autores de carácter. Porque *Diástole*, por encima de todo, lanza un puntapié en las gónadas de otros muchos autores de libros anteriores que revisitaron la temática sobrenatural y se desdibujaron en el intento. Porque Emilio Bueso ha demostrado tener voz propia metiéndonos en la piel de Jérôme, un politoxicómano, un yonqui, un pintor bohemio en decadencia que estuvo a punto de triunfar en las galerías de arte de París y ahora recibe un extraño encargo en un momento difícil de su vida. *Soy pintor. De los caóticos. De los buenos. De los yonquis.* Pero la narración, que salta continuamente en el tiempo, mantiene un gran equilibrio. Ambientada en una ciudad cercana al Pirineo francés, la trama gira en torno al encargo que Iván, un excéntrico aristócrata procedente de Europa Oriental, le hace al pintor en horas bajas. Lo raro del asunto es que el mecenas querrá posar durante cuatro noches, desde la puesta del sol hasta el alba, y esa es la excusa adecuada para que ambos personajes mantengan sugerentes diálogos y el aristócrata pueda narrar su turbulenta vida mientras el pintor recupera la inspiración.

Por un lado tenemos la parte más irreverente de la novela, cuando Jérôme se visualiza como narrador en primera persona. Allí presenciamos un realismo sucio (la *Insult Line* donde trabaja Jérôme es un episodio brillante), cargado de metáforas descarnadas, con imágenes que muestran la degradación de un ser humano echado a perder a conciencia, que malvive compartiendo piso de alquiler, y cuyas últimas pertenencias son unos cuantos cuadros, varias pilas de libros y un viejo coche, un Talbot Horizon, amigo inseparable con quien ascenderá las encrespadas cuestas que llegan hasta el viejo y arruinado caserón donde vive Iván y otros enigmáticos personajes: su criado rumano, dos perros lobos y una tercera persona.

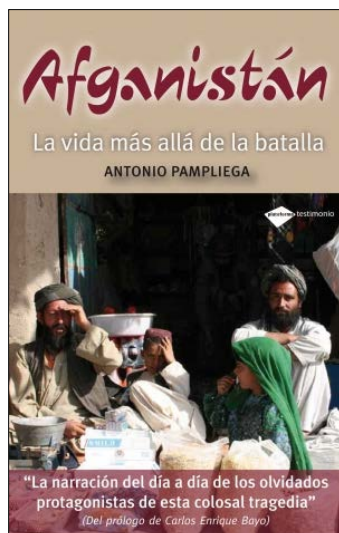
De otra parte, las narraciones de Iván constituyen el plato fuerte para la atmósfera. Descripciones de su vida en el este europeo, donde el proxenetismo se mezcla con historias de amor imposibles, huidas del aparato gubernamental ruso a través de páramos despoblados alrededor de la central nuclear de Chernóbyl, o las penurias vividas y el creciente canibalismo bajo el asedio nazi a Leningrado.

Cualquier lector creará, al principio, que la portada anticipa demasiado pronto la naturaleza de los personajes, pero es que el autor no pretende asustarnos con monstruos manidos, quiere ahondar en la psicología de dos criaturas malditas, diseccionarlas, humanizar a los monstruos y demonizar a los hombres, y estremecernos con sus vivencias a base de agrías pinceladas sobre un lienzo de doscientas treinta páginas.

Diástole es un thriller de prosa impecable, de ágil pulso narrativo y escasos personajes muy bien perfilados. Y lo mejor, la novela va *in crescendo* y culmina con un capítulo sobresaliente, con escenas de acción, cargadas de intriga, emotividad y resolución de algunos enigmas.

En definitiva, una magnífica historia de confesiones y maldiciones, de hombres que se saben monstruos, y de monstruos que desearían volver a ser hombres.

© Óscar Bribián
<http://www.oscاربribian.com>



AFGANISTÁN. LA VIDA MÁS ALLÁ DE LA BATALLA, de Antonio Pampliega

Plataforma Editorial
Colección: Testimonio
Fecha de publicación: 2010
220 páginas
ISBN 978-84-15115-02-1

* * *

La obra de Pampliega es un emotivo relato de lo que podríamos denominar la intrahistoria de la guerra de Afganistán, un conflicto complejo del que, en general, estamos muy poco o mal informados por razones que ahora no vienen al caso.

Dice Carlos Enrique Bayo, en el prólogo de la obra, que estamos ante «la narración del día a día de los olvidados protagonistas de esta colosal tragedia», y no le falta razón. A través de breves capítulos, el autor consigue transmitirnos las miserias de este conflicto, sus causas y consecuencias a través de la mirada de personajes anónimos que, poco a poco, nos dan una visión más certera y más cercana de este lejano país. Así, nos habla de las impresiones al llegar a Kabul, de aquellos años «Cuando la gente hacía cola para ir al cine», del «librero de la calle del Pollo», de «la española que se sentía afgana» y que ayuda a la población de aquel país a través de una ONG, del «traductor que aprendió inglés viendo la CNN» y de un montón más de personajes que nunca veremos en un informativo, pero que son, en definitiva, los nombres propios de una guerra olvidada que olvida sus propios nombres.

En varios apartados del libro, se define a los talibanes como los «fabricantes de sombras» y de cómo en Afganistán se ha intentado borrar la ilusión, la sensibilidad y la cultura. En capítulos como el del librero o el del cine, observamos este intento fallido que ha conocido ya tantas versiones ficcionales: la película *Equilibrium*, las obras literarias *Fahrenheit 452*, la distopía de Orwell en 1984 etc. y, sobre todo la lucha de gente humilde por evitar que se elimine su humanidad, sus más íntimos anhelos y deseos, sobre todo, el deseo de libertad. En ciertos momentos, el autor consigue transmitirnos con tal pasión lo ocurrido que es imposible no emocionarnos hasta el punto de llorar, de pena por lo sucedido, de ilusión por la esperanza de un futuro mejor en una tierra que parece maldita.

La literatura sobre conflictos armados tiene características peculiares. Suele ser un relato autobiográfico realizado por un periodista (Territorio Comanche de Pérez Reverte sería un ejemplo paradigmático) donde otros muchos periodistas

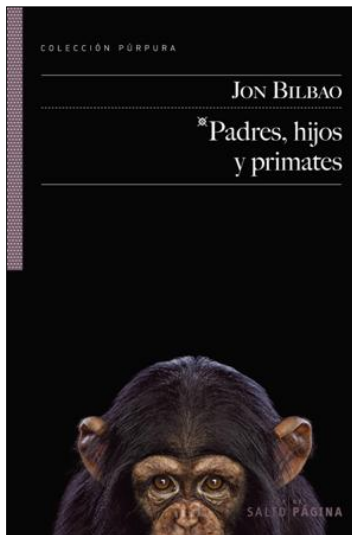
forman parte del conflicto como personajes, aunque sean estos o lo suelan ser, muy reales. Es una forma de escritura híbrida (podríamos hablar sin problema de un género propio) puesto que tiene muchas semejanzas con la literatura de viajes, la de aventuras y, en donde prima, un sentido didáctico de la escritura. En este caso, la obra de Pampliega es original en tanto en cuanto no se trata de mostrar el valor de los periodistas, ni de los soldados, ni la ruina más absoluta a través de un relato donde lo descriptivo pesa más que lo narrativo.

A través de un estilo sencillo, que llega fácilmente al público, sin pecar de oportunista o morboso, Antonio nos presenta lo que ve, las conversaciones que ha tenido, lo que ve, lo que siente la gente de aquellas tierras y presentarnos lo que ocurre, la interpretación es soberanía del lector. Un lector

al que estoy seguro de que estas palabras iluminarán sobre un lejano rincón del mundo, un lector al que estas páginas no dejarán indiferente.

© Pablo Lorente Muñoz

<http://librorelatospablolorente.blogspot.com>



PADRES, HIJOS Y PRIMATES, de Jon Bilbao

Editorial Salto de Página
Colección: Púrpura
Fecha de publicación: 2010
169 páginas
ISBN 978-84-15065-06-7

* * *

John Bilbao (1972) es una de las figuras emergentes de la literatura española contemporánea, ganador, entre otros premios, del Ojo Crítico de Narrativa 2008 y Premio Tigre Juan 2010, ambos galardones obtenidos con sendos libros de relatos.

En este caso, nos ocupamos de una novela; en apariencia, una historia cotidiana, se torna un tenebroso viaje a los infiernos del recuerdo, un recuerdo, marcado por la frustración del mundo cotidiano y los sinsabores del día a día.

Joanes, un ingeniero que dirige su propia compañía de instalaciones de aire acondicionado, está de vacaciones en México con su familia cuando la llegada de un huracán torna la estancia, que tampoco era muy placentera, en una evacuación de turistas. Sin embargo, él no está allí, pues todo su futuro y el de su familia, depende de un contrato y de una llamada que le deben hacer desde España.

Esa llamada, en realidad, no sólo es un contrato, sino más bien la certificación de su valía profesional y, por desgracia en estos tiempos de forma muy habitual, la valía personal. Así que en esa espera, conceptos muy cotidianos de nuestro día a día adquieren gran importancia, como la formación, el dinero etc.

Conforme avanza la narración, hechos a menudo insustanciales se convierten en capitales cuando la situación provocada por el huracán se va volviendo cada vez más compleja, mostrando las reacciones del ser humano en situaciones fuera de lo cotidiano. Dos momentos marcan la narración, el primero de ellos es el atropello de un mono que cruzaba la carretera; el segundo es el encuentro fortuito –y un tanto forzado desde el punto de vista narrativo– con un antiguo profesor de la Universidad, que para Joanes tuvo cierta importancia –demasiada quizá– en su recorrido vital por diversas razones.

En esos momentos difíciles, de tensión, es cuando aflora lo peor del ser humano, como la codicia, la vanidad y la avaricia, elementos todos ellos que se muestran en la narración con toda su crudeza, ya que la narración sigue el principio de que si algo puede salir mal, así será.

Las frases breves, los diálogos frecuentes en estilo directo libre, ya que apenas encontramos verba dicendi, recuerdan el espíritu del relato. Sin embargo, con el protagonismo absoluto de Joanes, que parece controlar todo lo que sucede a su paso pero que en realidad es un superviviente de su propia existencia, la narración se sucede vertiginosa, casi alucinatoria, como si todo no fuera más que una pesadilla, en la que nos sumergimos, y con la que también sufrimos.

© Pablo Lorente Muñoz

<http://librorelatospablolorente.blogspot.com/>



LA BANDA DE LOS SEGUROS. DISCRETA GEOGRAFÍA CRIMINAL, de Gabriela Urrutibehety

Editorial Ciccus
Fecha de publicación: 2011
176 páginas
ISBN 9789871599585

* * *

DELICIOSAS CRIATURAS ASESINADAS

Cuando alguien cuenta una historia a otra persona se obtienen dos elementos: la historia y el acto de contarla, o sea, el relato. La primera equivale a una serie de acontecimientos concatenados de una manera lógica, que están sujetos a un orden cronológico, insertos en un espacio y experimentados o causados por actores que son los que llevan a cabo las acciones. Mientras que el segundo, el acto narrativo, no es la historia en sí, sino una concretización de la historia, es el producto de la acción de narrar donde por ello mismo, es la narración la que instauro el vínculo indisoluble entre la historia y la manera en que ésta es contada.

Los hechos que relata *La Banda de los seguros* de Gabriela Urrutibehety fueron reales, ocurrieron entre 1996 y 2000, tuvieron –una vez más– a Dolores como epicentro tribunalicio y ocuparon columnas en la prensa nacional a principios de la década pasada hasta desaparecer en la maraña de las noticias que de impacto en impacto, logran conmocionar a la opinión pública con suerte dispar. Pero en la novela de la autora dolorense los hechos reales están impregnados de ficcionalidad y es en la *mimesis*, en la simulación, donde la historia cobra aristas novedosas y donde el pacto ficcional se quiebra de manera deliberada.

En rigor, *La Banda de los seguros*, debería ser una novela policial. En función de lo que se espera de una obra de este género, el lector debería encontrarse con un ejemplar de novela negra o, en su defecto, con una pieza con un fuerte énfasis en el perfil patológico y a la vez seductor del protagonista como en el talentoso Ripley de Patricia Highsmith. Pero, no. La novela de Urrutibehety elude los rasgos típicos del género para desconcierto del lector modelo y a modo de aporte a la originalidad narrativa.

Es que, así como el lector modelo es el que debe rellenar los espacios en blanco, el que extrae al texto de su indeterminación, el que le otorga sentido, es el texto el que ayuda a construir a ese lector que necesita para funcionar. Y allí aparece la estrategia soterrada de la autora: hacernos creer que nos vamos a encontrar con las SS –como las llama López Vigil– crónicas de sangre y semen. Y sin embargo, no, no es así pero, al contrario de lo que pueda creerse, el lector no sale decepcionado, como a veces sucede cuando sale del cine y esperaba ver otra cosa.

A lo largo de sus 171 páginas, los crímenes pasan a segundo plano y cobra preeminencia el color local. Pues, si algo caracteriza a esta novela, es su identidad pueblerina. En efecto, las víctimas son entrañables personajes reconocibles en sus diálogos, como dicen los norteamericanos «la chica de la puerta de al lado», es la señora que vive en el campo, que se acuesta *tempranito* o el policía barrigón que se queda dormido y de tanto sobrepeso, al caer sobre su muñeca se la quiebra. Con una lógica de *zapping*, los relatos son cortos y como gran acierto puede destacarse la estrategia de cancelar el sentido con las imágenes en fototipía que van adelantando la sucesión de los acontecimientos al final de cada capítulo.

Urrutibehety conoce en profundidad la crónica policial. La conoce, la maneja, se regodea en ella e inclusive, se permite reírse de buena gana de los *clichés* del género y aun arribar a cuestionamientos filosóficos acerca del sentido de la verdad, la construcción del sentido o del sinsentido que se dirime entre expedientes, alegatos, testigos, condenas. Es éste, sin dudas, el punto más alto del relato.

En resumen, *La banda de los seguros*, desconcierta pero a la vez, entretiene y mucho. El subtítulo, «Discreta geografía criminal», sintetiza con justeza el espíritu que merodea a la obra: el narrador es discreto, burlón, como en el *modus operandi* delictivo, aparenta lo que no es para hacernos caer en la trampa. Y el lector o la lectora que acepten jugar el juego saldrán satisfechos.

© Verónica Meo Laos



A LA CAZA DE LA MUJER, de James Ellroy

Editorial Mondadori
Colección: Literatura Mondadori
Fecha de publicación: 2011
226 páginas
ISBN 9788439723486
Traducción: **Montserrat Gurgui Martínez**

* * *

Novelar la propia vida siempre tiene un riesgo: que ésta carezca de suficiente entidad como para ser contada, pero la vida de James Ellroy es en sí misma una novela tan negra como la suma de todas las ficciones que salen de su cabeza.

En el fondo de *A la caza de la mujer*, que no acaba de ser unas memorias al uso, está la búsqueda obsesiva del escritor californiano de esa madre que perdió en trágicas circunstancias siendo niño. El libro más personal de Ellroy, más que una novela, es una

confesión en el diván del psiquiatra de sus traumas y fobias más profundos, de sus coqueteos con los estupefacientes y sus relaciones con las mujeres en las que siempre buscó a su progenitora. Y un ejercicio de puro narcisismo sin complejos, porque este peculiar novelista de género negro, uno de los más importantes e influyentes de la década, con un currículum de obras impresionantes a sus espaldas como *La Dalia Negra*, *L.A. Confidential*, *Sangre en La Luna*, *América* y un largo etcétera, es un egocéntrico compulsivo que se cree que el mundo gira a su alrededor y delira diciéndose que es el mejor escritor del mundo.

Con tanta autoestima, *A la caza de la mujer* nos confirma el Ellroy más adusto y antipático que siempre hemos visto e intuido, de ceño fruncido y ademán amenazante, una imagen que ha cultivado desde el principio de su carrera literaria, un personaje al que es absolutamente fiel en todos los párrafos de su novela autobiográfica que parece escrita para reafirmar ese aureola de tipo duro que le precede y que nadie pone en duda.

Nos habla Ellroy en este libro, inusualmente breve para el número de páginas a que nos tiene acostumbrados, del trauma que supuso el asesinato de su madre, Jean Hilliker, que inspiró una de sus más exitosas novelas, *La Dalia Negra* (*Ahora Jean Hilliker tendría noventa y cinco años. La Maldición tiene cincuenta y dos. He pasado cinco décadas en busca de una mujer a fin de destruir un mito*); de su obsesión enfermiza de allanar casas para espiar a mujeres en su juventud; de sus vicisitudes literarias; de sus problemas con el alcohol y las drogas; de su afición a los perros agresivos con los que se mimetiza; de su racismo sin complejos unido a una religiosidad extrema cercana al Tea Party; de su devoción por Beethoven, del que utiliza una cita para abrir el libro; de sus irracionales ataques de hipocondría viendo cáncer en cualquier bulto extraño, hasta en los granos y eczemas; de las adaptaciones cinematográficas de sus libros y del dinero que ha ganado con ellas; de las mujeres que han pasado por su vida, algunas tan extrañas como él, y en las que ha estado buscando siempre a esa madre muerta (*Christine fue la tercera. Más que con el sexo, enloquecía con los granos. Nos liamos a principios del 71 y nos veíamos periódicamente. Yo me enzarzaba en peleas con sus numerosos novios. Chris era poetisa y dermatóloga frustrada. Mi espalda asaltada por el acné despertaba su deleite*).

Y lo hace con su estilo habitual, la frase pistoletazo, seca, corta, desnuda y sin adjetivos, de una aridez premeditada que es su seña de identidad, que si en sus novelas negras funciona a la perfección, aquí no acaba de cuajar.

Madison, Wisconsin, estaba junto a un lago y era frío como la mierda de pingüino. Un campo cubierto de nieve flanqueaba la casa de la tía Leoda. El primer día me enzarcé en una guerra de bolas de nieve. Una bola con la corteza helada me reventó en la cara y me aflojó varios dientes. Me encerré en un dormitorio trasero a cavilar.

El principal problema de este libro no es otro que su protagonista: James Ellroy. Si lo comparamos con otra novela autobiográfica reciente, *Verano* de Coetzee, el abismo resulta brutal. Con Ellroy cobra pleno sentido la frase de Margaret Atwood: *Interesarse por un escritor porque nos gusta su libro es como interesarse por los patos porque nos gusta el foie-gras*. Así es que espero

su próxima novela policial, que en ese campo el pitbull Ellroy casi siempre suele ser magistral. Foei-gras.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



LACIEGA.COM, de Félix Teira

Editorial Funambulista
Colección: Literatura
Fecha de publicación: 2011
424 páginas
ISBN 978-84-96601-97-0

* * *

Para aquellos a los que el nombre de Félix Teira no les diga nada esta es una inmejorable oportunidad para descubrir a un excelente escritor. Y reconozco que yo hasta ahora me incluía en ese grupo supongo que porque Félix alcanzó notoriedad en la década de los noventa y desde que en el 2005 publicó su colección de relatos *Sueños de borrachos* no había vuelto a publicar

nada. Seis años para reaparecer hoy como una sorprendente revelación. Tanto como para que *laciega.com* le sitúe entre los mejores autores de Aragón y se merezca no pasar desapercibido.

Y es que Félix ha escrito una novela de esas que duelen, golpean la conciencia, escuecen; dejan huella. Una historia con múltiples aristas que parte de una situación demoledoramente sencilla: «Cuando su marido, un brillante ingeniero, se queda en el paro, Marga ve cómo a su desencanto existencial se le une la imposibilidad de compensar sus frustraciones mediante el consumismo». Pero esta novela no se queda en una simple crítica a una determinada clase social y a su modo de entender la vida; ese hecho es el punto de partida, el detonante; a partir de ahí lo que muestra es lo que esa situación provoca, lo que saca a relucir. La idea que tiene cada uno del matrimonio, las expectativas, lo que cada uno buscaba en el otro: la seguridad económica ella; la posesión triunfante de la belleza él. Pero roto ese equilibrio superficial queda saber cómo reaccionamos ante la adversidad, cómo nos afecta, y, sobre todo, hasta dónde puede llegar a arrastrarnos. Cómo una decisión equivocada y tomada por despecho en un momento de desesperación puede tener un devastador efecto dominó y las consecuencias que produce. Porque esta historia contemporánea que transcurre en una Zaragoza coetánea es una historia personal y dual que se transforma en colectiva. No sólo por la víctima y su autodestrucción sino por los heridos, los acompañantes, las vidas afectadas por su onda expansiva. Marido, hija, padre, amigos. Óxido que pudre las entrañas y acaba dejando que la muerte sea la oportunidad para iniciar una nueva vida pero con el remordimiento de la culpa y la verdad como único superviviente.

Novela colectiva en la que somos nosotros y lo que nos rodea. Nuestros actos influenciados por los demás; los demás afectados por nuestros errores.

Novela de amistad verdadera y falsa. Amistad sincera y aquellas viejas amistades de juventud que se mantienen por inercia y que llegado el momento demuestran que no son más que unos auténticos hijoputas que se burlan y dan asco y vergüenza ajena.

Novela que habla de padres e hijos. Retrato y autorretrato de dos generaciones. Novela personal y colectiva que sorprende por la velocidad de la narración construida sobre unos diálogos que le dan una agilidad magnética. Diálogos con la ventaja de su dinamismo y el inconveniente en algunos momentos de la entonación: el lector es uno y se pierde en las voces cruzadas de los diferentes personajes que resultarían perfectas interpretadas en una película. Diálogos que en algún momento tropiezan en la sobreactuación de sí mismos y que en otro resultan un tanto retóricos o afectados; pero que representan intensamente la emoción de cada uno de ellos: la ironía, el escepticismo, la frivolidad, el arrepentimiento, la nostalgia, la crueldad y la culpabilidad; y que son la banda sonora de la puesta en escena de esa estremecedora carcoma que avanza imparable devorando todo a su paso y dejando una huella imborrable.

© Luis Borrás

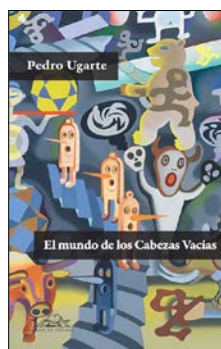
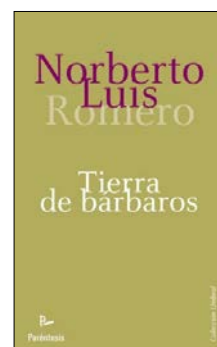
<http://aragonliterario.blogspot.com>

Tierra de bárbaros

Norberto Luis Romero

Paréntesis Editorial, 2011

Una novela ambientada en un marco exuberante, con personajes ficticios que se entremezclan con los de la historia Argentina en acontecimientos de cuya realidad se duda en todo momento, hechos vertiginosos que desencadenan pasiones políticas y también sentimentales, odios, intrigas, sucesos extraordinarios que cambiarán el rumbo de la vida de cada uno de los protagonistas. Un tigre de Bengala que pasea por Buenos Aires y Córdoba en cuya piel dorada algunos ven encarnado el espíritu de un famoso caudillo, jóvenes ricachonas, aburridas en el calor de la gran orbe se entregan a las fantasías más extravagantes, mientras tanto, por el aire, junto a las moscas, sobrevuelan las desgracias y maldiciones.



El mundo de los Cabezas Vacías

Pedro Ugarte

Editorial Páginas de Espuma, 2011

El mundo de los Cabezas Vacías nos coloca en el ring de las distancias cortas, ese cuadrilátero en que los tímidos, amables y bien alimentados seres humanos de la sociedad contemporánea mantienen rasgos extravagantes y descubren, bajo una apariencia de normalidad, los monstruos terroríficos y las risibles marionetas que todos llevamos dentro. A través de una prosa cuidada e inteligente, donde una pátina de ironía no siempre conduce al humor, los cuentos de Pedro Ugarte se leen con una facilidad engañosa, porque en ellos aguardan bifurcaciones que pueden llevar al lector a algún rincón de su propia biografía, en un juego lleno de sorpresas.

Un jamón calibre 45

Carlos Salem

RBA Editores, 2011

¿Qué sucede cuando alguien abre la puerta inadecuada? Al protagonista de esta novela, un argentino «jodido pero contento» que no tiene donde caerse muerto en Madrid se le ocurre hacer uso de una llave que le han pedido que guarde y pasar unos días en un apartamento vacío. Esta decisión convertirá su vida en una montaña rusa: conocerá a un matón violento y sentimental que le obligará a buscar un dinero robado a unos ladrones; a una chica aficionada a andar desnuda y deseosa de amar; a un criminal con muy malas pulgas llamado El Muerto; a un detective torpón; a un policía enamorado de una mujer con dos caras... todos en busca de una maleta con mucho dinero y de la única persona que puede saber dónde está: la desaparecida propietaria del apartamento... Una novela policíaca atípica, desenfundada y muy divertida, con altas dosis de acción, sexo, filosofía callejera, humor y giros inesperados.



El testamento de amor de Patricio Julve

Antón Castro

Xordica Editorial, 2011

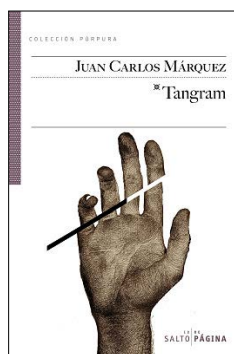
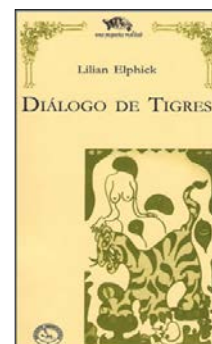
El testamento de amor de Patricio Julve es un libro de relatos que resume 150 años de historia: desde los tiempos de Ramón Cabrera, 'El tigre del Maestrazgo', hasta el rodaje de *Tierra y libertad* de Ken Loach en 1994. Una criatura espectral le otorga unidad al volumen: es el fotógrafo Patricio Julve, que retrata a mujeres de cine negro, a aquellos que quieren descansar en el cementerio con su retrato en la tumba, al coronel Balfagón, a los maquis, a los bandidos y a los jinetes que cruzan las sierras para encontrarse con su enamorada en un lugar fantasmal. *El testamento de amor de Patricio Julve* es el libro de un espacio, el Maestrazgo turolense, que aquí se vuelve mítico y mágico, y es un libro de prodigios, supersticiones, varios crímenes, suicidios y pasiones desbocadas, escrito con un pulso poético que abarca a Valle-Inclán, Pio Baroja, los cuentos del Decamerón y la narrativa oral.

Diálogo de Tigres

Lilian Elphick

Mosquito Comunicaciones, 2011

«*Diálogo de tigres*, de Lilian Elphick, es un libro único en la amplia constelación de las letras nacionales. La autora ha logrado –a través de un especial, sostenido y acucioso trabajo– una ubicación destacada en el ámbito de la minificción chilena e hispanoamericana. Se trata de un nuevo género que se abre paso rompiendo convenciones, superando grandes dificultades, tomando con rebeldía terrenos editoriales, académicos, concursales y periodísticos, y hasta los espacios públicos. En este nuevo libro de minificciones, el tercero de su autoría, Lilian Elphick empuja el género hacia las fronteras de la poesía y la filosofía, utilizando los materiales de la imaginación, la fábula, el lenguaje y el erotismo, para alcanzar un resultado de enorme belleza e impacto estético.» (Diego Muñoz Valenzuela)



Tangram

Juan Carlos Márquez

Editorial Salto de Página, 2011

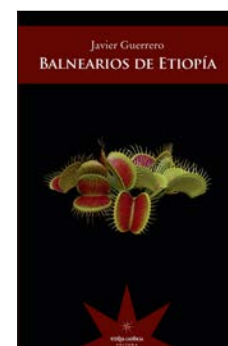
Cuenta la leyenda que un sirviente del emperador llevaba un valioso mosaico de cerámica y tropezó rompiéndolo en pedazos. Intentó, desesperado, recomponerlo en su forma cuadrada original, pero resultó imposible. Sin embargo, observó que podía formar muchas otras y fascinantes figuras con los fragmentos. Así sucede a menudo a quienes poseen el don de la narración, y así ocurre con las historias que conforman este libro. Una obesa mórbida, antigua diva del teatro, encierra a dos universitarios en un sótano de Getxo. Un psicópata asesino elige Reikiavik como templo de sus crímenes. Un ladrón rehabilitado intenta recuperar el botín que enterró años atrás en una zona indeterminada de la periferia de Londres. Un mafioso recién llegado a un pueblo calabrés consigue ganarse el respeto de los ciudadanos a quienes extorsiona. Un detective se debate entre el deber policial y sus obsesiones sexuales

Balnearios de Etiopía

Javier Guerrero

Editorial Eterna Cadencia, 2011

En medio de una invasión de pestes que atacan la ciudad, una enfermedad desconocida invade el cuerpo del narrador y lo lleva por la infinita deriva de un delirio que pondrá en primer plano la concepción del cuerpo en la sociedad moderna. La sexualidad devenida una forma de consumo y la maternidad concebida como la construcción de un objeto nuevo o la adquisición de otro cuerpo dejan entrever una cáustica crítica a la sociedad de consumo. La primera novela de Javier Guerrero rompe los límites de lo decible con una prosa lacerante atenta a todos los sentidos. Guerrero nació en Caracas en 1977. Desde el 2005 vive en la ciudad de Nueva York. Licenciado en artes cinematográficas, ha sido crítico, corresponsal, curador de numerosas muestras internacionales de cine y, entre 2000 y 2004, presidente de la Cinemateca Nacional de Venezuela.



Rating

Alberto Barrera Tyszka

Editorial Anagrama, 2011

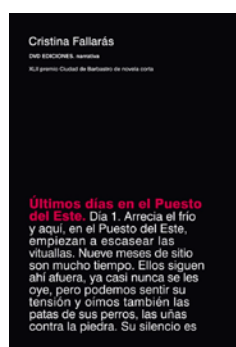
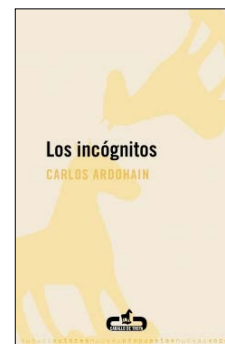
¿Hasta dónde está dispuesta a llegar la televisión en su desesperada búsqueda de audiencia? Esta pregunta parece respirar en todas las páginas de esta historia. *Rating* es una novela que explora los límites morales en el crudo mundo de los *reality shows* y que hurga, desde su interior, en la exitosa industria de la telenovela latinoamericana. La novela alterna, hasta fusionarlas, la voz de Manuel Izquierdo, un guionista en plena crisis de los cincuenta, que después de dos décadas escribiendo melodramas televisivos se ha vuelto cínico y descreído, con la de Pablo Manzanares, un estudiante de literatura que quiere ser poeta y ha conseguido un trabajo menor en un canal. Desde las palabras de estos dos personajes, de estas dos experiencias que se cruzan, Barrera Tyszka propone un relato que desarrolla una sola historia y termina construyendo una única voz, apostando incluso por la creación de una sintaxis que reproduce el efecto caótico de la retórica televisiva.

Los incógnitos

Carlos Ardohaín

Editorial Caballo de Troya, 2011

Esta novela ágil, amarga, divertida e inteligente, es la historia de la inolvidable amistad entre X (Equis) e Y (Igriega), publicistas de poca monta, escritores frustradillos y aparentemente medio resignados a morir de rutina y mediocridad, que un buen día deciden dejarse llevar por la ficción y montar una agencia de detectives privados, es decir, deciden dejar que sus vidas se viertan en pura novelería. Y en efecto: encontrarán el riesgo y la aventura, el amor y la lujuria, la excitación y el olvido. Y cuando la muerte en plan novela negra salga a su encuentro, será la Ficción, la última Fe que les queda, la que se atreva a redimirlos y rescatarlos negándose a aceptar un destino absurdo e inaceptable. Lector: levántate y anda. Quien tenga Ficción no morirá para siempre.



Últimos días en el Puesto del Este

Cristina Fallarás

DVD Ediciones, 2011

«Me piden un texto de contraportada para esta novela, que nos arrasó y noqueó a los jurados del premio de novela Ciudad de Barbastro, y me enfurezco y encabrito porque es imposible definir en dos líneas esta grandiosa novela corta. ¿Qué digo? ¿Que es una novela postapocalíptica donde la valentía de la autora ha señalado como causa del desastre, en vez de inconcretos desastres nucleares, la feroz victoria mundial del fundamentalismo católico? ¿Digo que la leí de un tirón y que se me pusieron en los ojos lágrimas de emoción en las últimas páginas y que a la vez ese desenlace me dio miedo? ¿Digo que llegué a querer y, por supuesto, admiré a la protagonista?

¿Digo que todos somos el Capitán? ¿Digo que los aficionados a las definiciones no podrán, por mucho que lo intenten, clasificar esta novela apocalíptica emocional política anticlerical melancólica bella? No. Solo les pido que si se consideran lectores del siglo XXI y creen en la literatura de resistencia ideológica y están interesados en las novelas que hacen preguntas hondas que da miedo responder, esta es su novela». (Fernando Marías)

Perros, gatos y lémures

VV.AA.

Errata Naturae Editores, 2011

Los editores tuvimos la siguiente ocurrencia: proponer a algunos de los más destacados y reconocidos escritores españoles de nuestros días –autores de distintas generaciones y con proyectos literarios muy diversos– que se acercaran al mundo de los animales de compañía y escribieran sobre ellos. Tal vez incluso para nuestra sorpresa, aceptaron encantados. Algunos de ellos han escrito relatos íntimos y sobrecogedores, otros nos han brindado textos hilarantes. Algunos han escrito sobre sus propias mascotas, otros han preferido escribir sobre sus autores favoritos y los animales que los acompañaron en los buenos y en los malos momentos: Julio Cortázar y su gato Teodoro W. Adorno, Truman Capote y su perro Charlie, Cyril Connolly y sus lémures, Virginia Woolf, sus perros y su tití, un minúsculo mono del Amazonas... O los loros, gatos, patos, armadillos y coatíes de Jane y Paul Bowles.



La más fiera de las bestias

Lucas García

Ediciones Puntocero, 2011

Un hombre despierta atado a una cama. No recuerda quién es ni sabe por qué está allí. Enfermeros que van y vienen perforan sus brazos y vierten en su interior fluidos que lo derrumban en la oscuridad. No es un hospital pero tampoco una cárcel. Cada intento por conectarse con la realidad es neutralizado por un nuevo pinchazo. Lo acusan de un crimen superior; lo torturan, lo denigran, lo van demoliendo. La máquina de la furia se enciende en su interior y no habrá quien pueda detenerla. Rastrear su identidad será el peor de los castigos. Construido con un lenguaje sobrio que destaca por la precisión de sus imágenes, Lucas García nos entrega un relato

perturbador al extremo, hinchado de violencia, escrito para azotar al impostor que llevamos dentro y posibilitarnos un momento de crueldad.

Ejército enemigo

Alberto Olmos

Editorial Mondadori, 2011

La solidaridad, el arte publicitario y las nuevas tecnologías derivadas de Internet son el triángulo por el que circula el discurso de *Ejército enemigo*. Santiago, un publicista en franca decadencia profesional, vive en un barrio deprimido y contempla con cinismo los movimientos sociales que protagonizan sus amigos más adinerados. La muerte de uno de ellos, y la herencia que recibe de él (un sobre con una sola palabra dentro) darán acceso a la vida verdadera de su amigo muerto, en la que el activismo social tomó un arriesgado camino de desasosegantes perfiles. *Ejército enemigo* entra de lleno en una de las grandes cuestiones de nuestro tiempo: la intrascendencia del discurso político, la confusión entre acción social y repercusión mediática, la ilocalización del enemigo a batir, todo ello al dictado de una prosa contundente y expresiva, y de un ritmo narrativo feroz.



El gran hotel

María Paz Rodríguez

Editorial Cuatro Propio, 2011

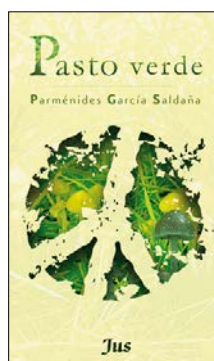
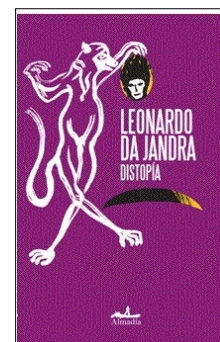
Una joven profesora, luego del suicidio de su mejor amigo, reflexiona en torno a la adultez y a los quiebres que vienen con esta etapa. Tras robarse un auto, escapa de una ciudad ficticia, donde hace meses no ha parado de nevar, para esconderse en un hotel de provincia y llevar a cabo ahí, su más grande proyecto literario. *El Gran Hotel* es una historia del desamor, de la libertad, del encuentro entre dos personas y de las fiestas. María Paz Rodríguez estudió literatura e hizo un magíster en letras hispanoamericanas en la Pontificia Universidad Católica de Chile. El 2009 obtuvo la Beca de Creación Literaria otorgado por el CNCA, por su novela *El Gran Hotel*.

Distopía

Leonardo Da Jandra

Almadia Editorial, 2011

En un planeta imaginario, en una granja en la que se recluye a los deficientes genéticos, a los delincuentes y a las personas consideradas como subnormales, ha comenzado una rebelión. El ultimátum es decisivo: o se discuten de inmediato los derechos de los recluidos a existir de manera libre, sin discriminaciones de ningún tipo, o el continente entero sufrirá la propagación de un virus que en poco tiempo diezmará a la población. Los representantes del Consejo Cívico, entre los que se encuentran un teólogo, un filósofo y una jurista, se reúnen en búsqueda de un acuerdo, sin saber que su discusión, a través de la religión, la ciencia y la filosofía, los llevará a temas tan cruciales como la eugenesia, el aborto y el libre albedrío. Fiel a la idea de que las novelas no sólo transmiten conocimiento sino que ese conocimiento es capaz de transformar la vida del lector, Leonardo da Jandra establece con esta ficción filosófica una pauta de discontinuidad no sólo con relación a su propia obra, sino también –lo que es más relevante– con relación a la literatura mexicana contemporánea.



Pasto verde

Parménides García Saldaña

Editorial Jus, 2011

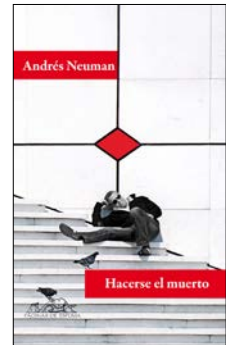
Entre la alucinación, la soledad y la locura, el manejo impecable de una escritura polifónica en caudal literario que rebasa los diques del idioma, socava las buenas conciencias, desmitifica los paradigmas de una sociedad clasemediera. *Pasto verde*, novela de Parménides García Saldaña, rompe con los cánones de la literatura mexicana indigenista y revolucionaria y convierte esa ruptura en un viaje sin regreso. Lejos queda la prosa de Francisco Rojas, Juan Rulfo, Mauricio Magdaleno, José Revueltas. García Saldaña inicia *La Literatura de la Onda*, corriente excepcional donde el aullido beat, el eco de Bob Dylan, las letras de los Rolling Stones une y reúne a una generación que inventa, recrea su lenguaje y se asume al fin como sujeto de la historia. En *Pasto verde* la voz narrativa y las voces inmersas en una estructura de aparente caos polifónico, demuestran sin ambages que para los jóvenes urbanos de los sesenta el sistema era un sin fin de frases hechas y lugares comunes bajo un estandarte hipócrita y autoritario

Hacerse el muerto

Andrés Neuman

Editorial Páginas de Espuma, 2011

Una silla esperando a alguien que no llega. Un zapato con memoria. Una madre que corre en sueños. Una pareja enamorada de lo que no hace. Un psiquiatra atendido por su paciente. Una moneda volando en un hospital. Una mujer que se excita con Platón. Dos ensayistas en el baño. Un político perseguido por revolucionarios invisibles. Un asesino cubista. Un mundo donde los libros se borran. Un fusilado que piensa. Monólogos. Mirones. Todo esto, y más, vive en *Hacerse el muerto*. En estos nuevos cuentos, Neuman explora el registro tragicómico hasta las últimas consecuencias, desplazándose de lo conmovedor a lo absurdo, del dolor de la muerte al más agudo sentido del humor. Breves piezas que buscan, simultáneamente, la emoción y la experimentación. Un trabajo atrevido con el estilo, la voz y la temporalidad. Una impactante serie de reflexiones sobre la pérdida como manera lúcida de intensificar la vida, de interpretar nuestra asombrada fugacidad.



Palíndromo en otra cerradura (homenaje a Duchamp)

Lorenzo García Vega

Barataria Ediciones, 2011

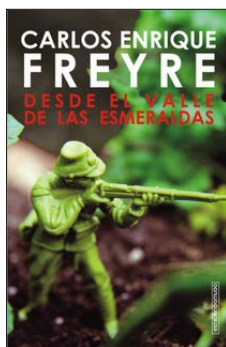
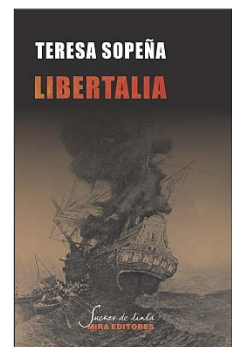
Palíndromo en otra cerradura (homenaje a Duchamp) es un libro que representa perfectamente la vanguardia literaria latinoamericana y la estética de uno de los más grandes escritores cubanos de esa vanguardia. Bitácora de sueños llevados al plano de la ficción, libro experimental de difícil catalogación genérica. *Palíndromo en otra cerradura (homenaje a Duchamp)* recrea el paisaje degradado de Playa Albina (Miami), lugar donde vive actualmente el autor. Lorenzo García Vega (Jagüey Grande, Cuba, 1926), escritor cubano, reside en Estados Unidos desde finales de la década de 1960. En 1952 recibió el Premio Nacional de Literatura de Cuba por su libro *Los espirales del cuje*. Uno de los representantes del llamado Grupo Orígenes, fundado por José Lezama Lima, y entre cuyos miembros se encuentra Fina García Marruz, que acaba de obtener el premio Reina Sofía de poesía Iberoamericana.

Libertalia

Teresa Sopena

Mira Editores, 2011

Noche de difuntos de 1728. En un caserón solitario de la costa de Nueva Inglaterra, el anciano Thomas Tew, famoso capitán pirata a quien todas las crónicas dan por muerto en una acción de abordaje en los mares de Arabia, recibe la visita de un extranjero, Agag Riddilimpore, oriundo de Badagara, que dice ser hijo natural del capitán Misson, el que fuera fundador de la mítica república de Libertalia... Esta que tienes en tus manos, lector, es la historia de una búsqueda. Es, también, la historia de una utopía y de los grandes viajes y aventuras que corrieron sus fundadores. Pero es, sobre todo, el sueño libertario de un puñado de hombres –piratas– que creyeron firmemente en la posibilidad de hacer de su mundo un mundo mejor: libre, justo, igualitario, fraternal y tolerante.



Desde el valle de las esmeraldas

Carlos Enrique Freyre

Editorial Estruendomudo, 2011

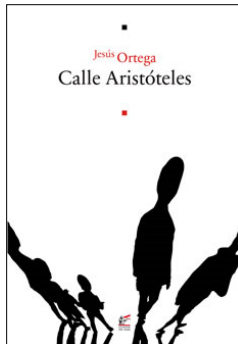
En 1990, en medio del conflicto contra Sendero Luminoso, el subteniente Leoncio Goicochea ingresa a la zona de emergencia del Perú. Sus primeros días en el frente de batalla le dibujan ya terribles imágenes de una feroz guerra, en donde las emboscadas, las traiciones y el olor de la muerte se han hecho cotidianos. En medio de la selva, se revuelven sombras que no logra diferenciar de los subversivos que acechan bajo la noche, mientras que llegan a él retazos de lo que fue su vida en Lima. Al mando de un grupo de soldados, se sumerge en un territorio que le resulta extraño, lleno pueblos fantasmales que padecen desde hace mucho la violencia, una violencia que Elías resume en las primeras líneas de su bitácora: «El país se desangra».

Zona de incertidumbre

Antonio Serrano Cueto

Paréntesis Editorial, 2011

En *Zona de incertidumbre* acontece lo fantástico, germina el misterio. Tres cíclopes bajan de la montaña y se instalan en la plaza de un pueblo tranquilo. Un bosque amanece en una calle que podría ser la suya, estimado lector. Un librero de viejo se traslada a Urbino para adquirir la biblioteca de un conde muerto en extrañas circunstancias. Una epidemia de cuerpos y deseo se extiende por una ciudad costera. Una nodriza amamanta a los hijos de una familia rica... Estas y otras historias surgen en ese espacio oscuro en el que fracasa el ojo humano, pero donde todo se esclarece y fructifica bajo la mirada de la imaginación.



Calle Aristóteles

Jesús Ortega

Editorial Cuadernos del Vigía, 2011

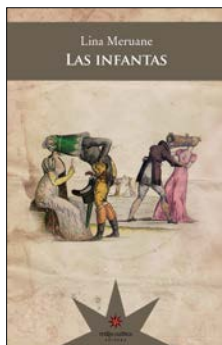
Las historias de *Calle Aristóteles* vibran con una gran intensidad emocional. Todas comparten una necesidad de ser contadas que las hace irresistibles. El lector se detiene, sobrecogido o curioso: quiere saber. Intuye que lo que se le está contando lo atañe en lo más íntimo. Sencillez y tersura, y una brillante capacidad para convertir en propias las voces de los otros, forman parte de su estilo invisible como narrador. «Los diez relatos de *Calle Aristóteles* superan todas las expectativas que crearon aquellos cuentos magistrales de *El clavo en la pared*. No me cabe la menor duda: los autores que se crucen con Ortega en el camino del cuento tendrán que bajarse sin remedio de la acera, quitarse el sombrero y dejarle el paso libre, expedito; a él, y al chaparrón de nuevos lectores que lo irán siguiendo encantados.» (Hipólito G. Navarro).

Disecado

Mario Bellatin

Sexto Piso Editorial, 2011

¿Quién puede afirmar con honestidad que jamás se ha postrado frente a un espejo y sentido que la imagen que éste le devuelve es la de otro? ¿Quién puede aseverar que jamás se ha sentido un pasajero extraño dentro de su propio cuerpo? Ese desdoblamiento, ese pequeño intersticio entre nuestro ser, el que enfrenta las vicisitudes de la cotidianidad, y ese yo que pareciera habitar en un tiempo que es todo menos presente, es el mundo en el que transcurren las dos nouvelles que conforman este fascinante libro de Mario Bellatin. En el texto que le da título al libro, el narrador observa ese ser autónomo pero dependiente de su existencia, al que no sin cierto asomo de duda llama *¿Mi Yo?*, sentado en el borde de su cama. A partir de este hecho en apariencia sencillo las múltiples voces que configuran al autor alternan narraciones por las que desfilan excéntricos personajes inmiscuidos en no menos extravagantes situaciones como un filósofo travesti, un masajista ciego y un niño que se convierte en el máximo experto en canarios del país.



Las infantas

Lina Meruane

Eterna Cadencia Editora, 2011

Fantasías, carencias, deseos y juegos, atravesados de principio a fin por una tensión erótica que se resuelve en contra de todas las convenciones. En un tono que recuerda a los clásicos cuentos infantiles de Perrault, Lina Meruane narra las peripecias y desventuras de dos infantas que abandonan el palacio antes de que su padre las entregue como prenda en un juego de naipes. Una historia en diez episodios que se va entrecruzando con otros once relatos, para develar la crueldad y la ambivalencia de ese mundo donde todo está por construir: el de la infancia. Una niña se encuentra en el bosque con otra y desde entonces no puede dejar de buscarla y esperarla, de sentir

su olor a musgo en el aire; una mujer batalla con el recuerdo amargo de su padre mientras las manos de su masajista recorren su cuerpo. Mientras, las infantas recorren el camino que las volverá a unir, en el que no faltan los enanos, los lobos feroces y las viejas brujas, pero donde las acciones tienen consecuencias y la inocencia y la ingenuidad son solo una ironía.

El policía descalzo de la Plaza San Martín

Ernesto Mallo

Editorial Siruela, 2011

Recuperado de sus heridas, Lascano decide ponerse en acción y salir en busca del peligroso general Giribaldi con el fin de recuperar la pista de Eva, la misteriosa mujer de la que está enamorado. Asesinos, ladrones, policías y militares se dan prisa en redefinir sus roles en esta etapa de la transición argentina que pasa de la dictadura a la democracia. Lascano acepta un trabajo que le dará el dinero necesario para iniciar esta búsqueda de Giribaldi: ha de encontrar al Topo Miranda, un delincuente que robó dinero negro de un banco. Lascano tendrá también que vérselas con policías involucrados en el negocio de la droga, así como con el propio Giribaldi, y terminará estableciendo una relación íntima con el ladrón al que persigue.



Luz de noviembre, por la tarde

Eduardo Laporte

Editorial Demipage, 2011

Con 21 años el autor de *Luz de noviembre, por la tarde* pasó por el delicado trance de perder a sus padres. En apenas un año, una enfermedad, el cáncer, les arrancaba la vida. Acompañó a su padre en sus últimos meses, en un otoño en el que estuvo más cerca que nunca de él, al tiempo que aceptaba el final inminente. Fue un período intenso, bello y doloroso a partes iguales, que el autor evocó por escrito cinco años después. Cumplía así con una necesidad íntima, la de ofrecer un homenaje a sus padres, pero también un sincero testimonio al lector, al que hace partícipe de la experiencia de una muerte que no por prematura es distinta a otras. Por estas páginas desfilan las imágenes que conforman una particular ceremonia del adiós, al tiempo que nos invita, en una época de gran tráfico de información, a redirigir nuestras prioridades.

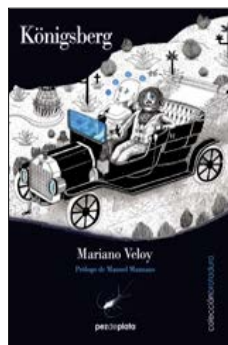
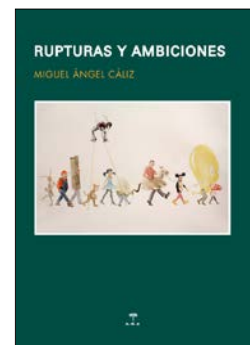
nas desfilan las imágenes que conforman una particular ceremonia del adiós, al tiempo que nos invita, en una época de gran tráfico de información, a redirigir nuestras prioridades.

Rupturas y ambiciones

Miguel Ángel Cáliz

E.D.A. Libros, 2011

Toda ruptura surge como una necesidad y toda ambición termina conduciendo a un cambio; algo que intenta confirmar Miguel Ángel Cáliz a lo largo de este volumen, cuyas dos partes se distinguen y relacionan ya desde el título. *Rupturas* reúne una serie de relatos cuyos personajes afrontan algún momento crucial de sus vidas. Narradas con un sutil sentido del humor, estas historias intentan proponer además una reflexión sobre el desencanto que provoca en ocasiones la cultura popular de nuestra época: el rock, el cine, los viajes o la televisión, se nos muestran aquí con todas sus contradicciones. *Ambiciones* se compone de cuatro historias independientes entre sí pero encadenadas por inesperados vínculos narrativos, donde se exponen los sueños y afanes de unos personajes que podrían ser cualquiera de nuestros amigos o vecinos. Un ensayo narrativo en clave de género negro que indaga sobre la ambición, sin lugar a dudas uno de los fundamentos de la vida del hombre moderno.



Königsberg

Mariano Veloy

Editorial Pez de Plata, 2011

Poco antes de morir en las aguas del puerto de Königsberg, el Cardenal Karl Van Steenberghen I, el Fugaz, escribe una carta a su amada Katharina Krügger. Una carta de despedida en la que Van Steenberghen no se contenta con hacer un repaso de los momentos vividos con Kath: también narra su atribulado e iniciático viaje hacia el mítico submarino Steinhof. Su encuentro con el capitán del submarino, Serafín Semmelweiss, le permitirá descubrir la truculenta historia de su familia, y propiciará el descubrimiento de los pérfidos propósitos de su antecesor, el Cardenal Krügger I, el Perdurable. «El esbozo de la intriga sólo da una vaga idea del mundo surreal, velocí-

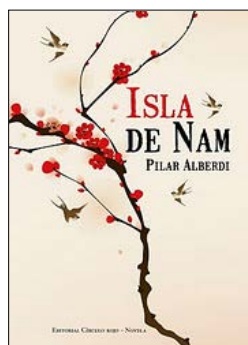
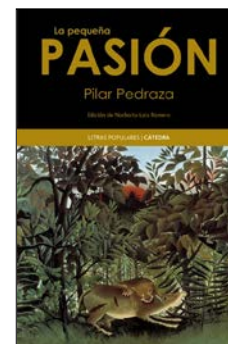
simo y carcajeante de *Königsberg*. Una novela que parece haber sido escrita en un mundo paralelo». (Doktor Kellogg. *Königsberg's Dawn*).

La pequeña pasión

Pilar Pedraza

Ediciones Cátedra, 2011

La pequeña pasión es el relato en primera persona de Leonisa, quien, a la manera de una Alicia contemporánea, padecerá a lo largo de las páginas una larga caída en compañía de pesadillas, monstruos, fantasmas y otros seres siniestros hasta alcanzar el fondo de un oscuro pozo, donde tendrá que vérselas con lo más recóndito de sí misma. En esta novela de terror cotidiano y contemporáneo, la protagonista se enfrenta al resquebrajamiento de su propia realidad. De todas las novelas de Pilar Pedraza, *La pequeña pasión* es la que presenta un mayor desafío para el lector por su riqueza de matices, símbolos, referencias culturales y alegorías. Gatos, insectos, muertos vivos, espectros, martirios, perversiones y emanaciones del alma forman parte del rico decorado de este penetrante descenso de la protagonista, Leonisa, a los infiernos de su propio ser.



Isla de Nam

Pilar Alberdi

Editorial Círculo Rojo, 2011

La obra trata de una promesa de amor incumplida en el tiempo y de sus consecuencias. El ambiente: el de la Venecia del 1300 y los viajes a tierras lejanas. Es una novela corta que fue finalista en el Certamen de narrativa breve Felipe Trigo, 2010. Decía John Gardner, en el *Arte de la Ficción –Apuntes sobre el oficio para jóvenes escritores–* que «La belleza primordial de una novela corta reside en su pureza casi oriental, en el trazado elegante de una línea de emociones». Es una novela con trasfondo poético, lo que en toda regla podría considerarse una «novela lírica», hay temas que vuelven a aparecer una y otra vez, como en la música de Bach, y sirven

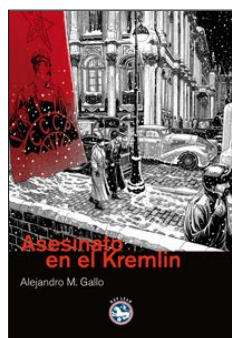
para profundizar en los temas de los que la obra trata. Porque como ustedes saben, no es lo mismo argumento que tema.

Horizonte de sucesos

Carmen Peire

Editorial Cuadernos del Vigía, 2011

Igual que hizo en *Principio de incertidumbre*, su anterior libro de cuentos, Carmen Peire vuelve a explorar las poco transitadas relaciones entre ciencia y el arte de contar historias. Pensar la literatura desde el paradigma del *horizonte de sucesos* abre posibilidades insólitas al viejo oficio de la narración. Por un lado, el universo en expansión, entendido como el desarrollo tecnológico, las comunicaciones, el progreso o el poder; por otro, el agujero negro, todo aquello que está fuera, lo que no participa, lo que no tiene suficiente masa y luz para ser considerado algo en nuestro mundo. El *horizonte de sucesos* aparece, entonces, como la frontera entre ambos: historias al límite, que no ocurren ni en un sitio ni en otro, marcadas por el caos del universo.



Asesinato en el Kremlin

Alejandro M. Gallo

Rey Lear Ediciones, 2011

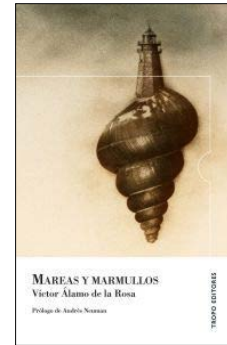
En el invierno de 1934, un crimen conmociona al Soviet de Leningrado: el asesinato de Serguéi Kirov, destacado dirigente del Partido Comunista y estrecho colaborador de Stalin. Igor Litonev, joven comandante de la Milicia, emprende una investigación para esclarecer un crimen teñido de sombras. Partiendo de un hecho real, que marca el inicio de la era más dura del estalinismo, Alejandro M. Gallo ha escrito una novela donde personajes reales se mezclan con otros de ficción para ofrecer un relato de ritmo trepidante, en la que la intriga por descubrir la autoría del asesinato no decae un solo momento y el lector es atrapado por la acción hasta las últimas líneas. Escrita con un lenguaje directo, profusión de diálogos y un escrupuloso respeto por la memoria histórica, *Asesinato en el Kremlin* ha obtenido el XIV Premio Francisco García Pavón de Narrativa Policiaca. Consumado autor de novela negra, género en el que ya ha cosechado varios éxitos, la prensa ha destacado el talento literario de Gallo.

Mareas y marmullos

Víctor Álamo de la Rosa

Tropo Editores, 2011

Mareas y marmullos, la nueva propuesta literaria de Víctor Álamo de la Rosa, es un libro hipnótico, impactante. A lo largo de sus diecisiete narraciones asistimos, perplejos, a un viaje visceral por el verdadero fondo de los sentimientos humanos. Como en una montaña rusa, al ritmo trepidante y vertiginoso de la prosa de Víctor Álamo de la Rosa, el escritor más internacional de la actual literatura canaria, podemos leer un ramillete de vidas siempre al límite, aventuras, pesadillas, magia, sexo, amor, romanticismo, fantasía, pasiones, terror, un mundo de sugerencias donde escuchamos las voces del pasado, esas voces que todavía nos hablan porque aún tienen que decirnos cómo entender a los fantasmas de nuestros sótanos. «Víctor Álamo de la Rosa pertenece al grupo de los afortunados que consiguen publicar y atraer la atención de la crítica, doble milagro que debe ser consagrado.» (José Saramago).



Sonríe Delgado

Javier Puebla

LcLibros.com, 2011

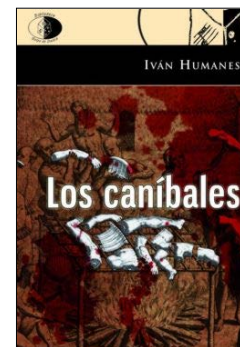
Sonríe Delgado es la historia de una suplantación de personalidad. Una suplantación a cambio de un trato: asesinar a una persona. Llevar a cabo una venganza. *Sonríe Delgado* es la historia, siempre en el filo de la navaja, de cómo el protagonista se desenvuelve entre elementos que le podrían desenmascarar, intentando alcanzar su objetivo y cumplir con lo acordado. Escrita de forma seca, tajante, como producto de una continua tensión, de un mirar hacia atrás permanente por si alguien pudiera llegar de pronto a identificarnos, *Sonríe Delgado* tiene como elemento de gran atractivo literario, junto con los alicientes de asistir a la evolución del «trato», el intentar adivinar, al fondo de la impostura, cuál fuera la verdadera personalidad del protagonista. Qué o quién se esconde en realidad detrás de ese camaleón que se mueve por embajadas y bajos fondos, por una Beirut cosmopolita y por los ambientes más sórdidos de Barcelona.

Los caníbales

Iván Humanes

Libros del Innombrable, 2011

Desde el humor negro y lo fantástico instalado en lo cotidiano, en los relatos que conforman *Los caníbales* se da cita un canibalismo evidente y carnal -el de sangre, cuchillo y dientes afilados- pero también otras formas de canibalismo, con menos hígado, pero también dañinas y voraces. La familia, el gobierno, la empresa, el pasado, las relaciones sentimentales, etc. son caníbales. A su modo, devoran al individuo y acaban con la identidad, la deforman. Iván Humanes Bespín publicó en 2005 el libro *La memoria del laberinto* (Biblioteca CyH), que consta de diecinueve relatos cortos, y en 2006 el ensayo *Malditos. La biblioteca olvidada* (Grafein Ed.), del que es coautor.



Cuentos del desamparo

Tomás Val

Menoscuarto Ediciones, 2011

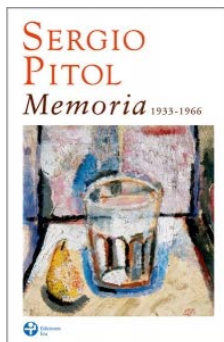
Tomás Val desnuda la existencia en estos *Cuentos del desamparo*, diez relatos certeros que constituyen todo un descubrimiento literario. A través de sus protagonistas, héroes vencidos de antemano, este libro nos coloca una decena de trampas para capturar vidas desprevenidas, alejar el desaliento y conjurar las decepciones. El autor vuelve a mostrarse lúcido y eficaz con su narración para mostrar la esencia humana cuando las mentiras y los subterfugios ya no sirven, ante los poderosos fantasmas de la vejez y la soledad, del fracaso y la pérdida, del destino y la muerte. Val ha publicado las novelas *La herencia de Ayala* (Premio Ateneo de Valladolid 1992), *Llegada para mí la hora del olvido* (1997), *Palabras de madera* (2001) y *El secreto del agua* (2004). *Cuentos del desamparo* es su tercer libro de relatos, tras *Los cuentos de nunca más* (2004) y *El rastro de la ficción* (2006).

El libro de las horas contadas

José María Merino

Editorial Alfaguara, 2011

Merino juega con sus personajes a todos los juegos que el mundo de los cuentos y de los minicuentos pone a su disposición: la doble identidad, la inmensa riqueza de los sueños, el poder de los recuerdos, las distintas posibilidades que se abren en la vida en cada momento y las elecciones que marcan y cierran el camino, la frágil frontera entre la realidad y la fantasía. A través de pequeñas piezas independientes, se teje la historia de tres fascinantes personajes, Mónica, Pedro y Fran, en un escenario natural donde también los animales tienen presencia dramática. A través de la escritura de uno de los personajes, que tras el verano sufrirá una importante intervención quirúrgica, se va reconstruyendo la memoria de los júbilos y de las desdichas de un matrimonio veterano y de su mejor amigo, mientras los sucesos de cada día van dando una significación especial a esa espera.



Memoria

Sergio Pitol

Ediciones Era, 2011

Para Sergio Pitol memoria y literatura son indivisibles. Sus más célebres páginas, *El arte de la fuga*, *El viaje*, *El mago de Viena*, nos enseñan cómo se transita a través del tiempo, cómo se avanza hacia el pasado. Pitol ha configurado su obra y su vida a través de sus lecturas. En esta edición revisada de su mítica *Autobiografía precoz*, publicada en 1966, el autor de *La vida conyugal* evoca y reconstruye viajes, libros, primeras amistades, pasiones permanentes desde entonces. Escribir y reescribir para Pitol es otra cara de su propio axioma: la relectura es la verdadera lectura. El hilo conductor de toda su obra –novelas, ensayos, cuentos, traducciones– es la literatura

misma: desde el niño que lee con profusión a Dickens hasta el escritor maduro que desentraña los misterios de la trama a la hora de traducir *El buen soldado* de Ford Madox Ford.

Peces en la boca

Elena Salamanca

Editorial Universitaria de El Salvador, 2011

«*Peces en la boca* me resulta un libro muy particular. Estructurado meticulosamente por su autora, consigue llevarnos por estancias donde los ojos de Salamanca se han posado y nos muestran otros brillos de situaciones tan cercanas a nosotros, pero que quizá ignoremos todos los días. La imposibilidad del amor, el peso exacto de lo inseguro que es el mundo, son cosas tan palpables y llamativas en las páginas de *Peces en la boca*. Otra particularidad es su estructura. La joven autora se vale de formulas narrativas, género donde ha crecido, para trasmutar a lo poético las experiencias, las nociones de realidad que en el mensaje (su mensaje) parece ser otra cosa.» (Vladimir Amaya).



El fondo de los charcos

Javier Hernández Velázquez

Editorial Baile del Sol, 2011

Prisión de Fyffes, año 1937. Un poeta observa, a través de los barrotes surrealistas de su celda, una ciudad en tiempos de guerra que acepta en silencio que la fuerza de Muerte abone la tierra y dé carnada al mar. Santa Cruz de Tenerife, setenta años después. Otros son los secuaces y abominables seres que brillan en nuestro tiempo de infinitas tribulaciones y oscuros lazaretos. La estrella de la vida ha sido desplazada, el cordero ha sido devorado por el lobo, y la imagen de El Señor de las Tribulaciones desaparece de su santuario hacia el fondo de un charco de tramas políticas, sociales y económicas de unas islas convertidas en un profundo vertedero. En una habitación,

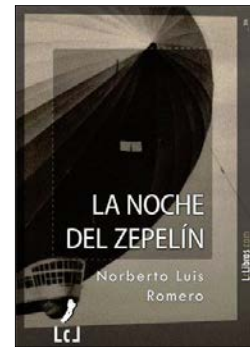
Héctor Vázquez espera la llegada de quien lo ha de asesinar mientras escucha a Bob Dylan. Su memoria y la del narrador omnisciente recorrerán los últimos noventa y siete días de la basura escondida. Y como es costumbre en nuestro autor, a mitad de camino un juguete amargo, una mujer.

La noche del zepelín

Norberto Luis Romero

LcLibros.com, 2011

Leer *La noche del zepelín* es entrar en un mundo de dulce y morbosa decadencia y sentir que la puerta se cierra a nuestras espaldas apenas traspasado el umbral. Nos hallamos en un año cuya cifra exacta no se nombra, a comienzos del siglo XX, cuando los dirigibles surcaban el cielo ante el asombro de todos y la mecánica anunciaba la llegada inminente de nuevos prodigios. El escenario es una gran mansión, residencia de una antigua figura de la danza clásica, un palacete habitado por mujeres donde se conserva latente el recuerdo de los viejos y mejores tiempos, tiempos de lujo, de exquisitez, de pasos ejecutados con una gran clase... Tras este exterior de belleza evanescente y técnica triunfante, el lector encontrará cómo va tomando forma una tragedia sórdida, escabrosa, macabra y sádica en ocasiones, una lucha por el ejercicio del poder que hunde sus raíces en los más primitivos instintos humanos.



Los límites del mundo

Carlos Almira

Editorial Amarante, 2011

Un ejecutivo de una poderosa multinacional es enviado al País de Chole (situado en un lugar imaginario del cono sur americano) ante las informaciones alarmantes de que la población abandona todas las ciudades y pueblos de dicho país. Dicha deserción amenaza con paralizar la economía de todo el continente; al quedarse fábricas, minas, haciendas, comercios, etcétera, sin brazos y sin consumidores. Al parecer, la causa es la propagación por la selva de una misteriosa habichuela denominada kikuyu. Una planta capaz de alimentar a todo el mundo sin exigir prácticamente ningún trabajo, dotada de una capacidad de adaptación y propagación desconocidas y prodigiosas.

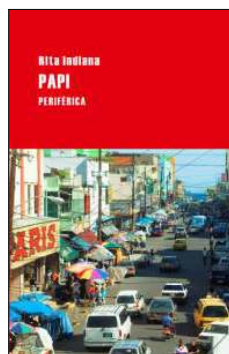
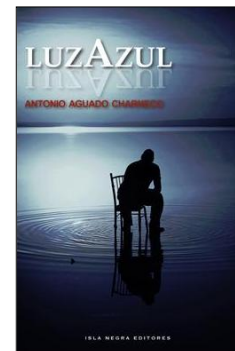
Esta situación amenaza con arruinar los intereses de la Compañía, por lo que el ejecutivo que viaja allí, y narra la historia en primera persona, a modo de informe a sus superiores, queda encargado de averiguar las razones de la masiva deserción, e intentar que la gente vuelva a sus casas y a sus trabajos.

luzAzul

Antonio Aguado Charneco

Editorial Isla Negra, 2011

La sorpresa se dispone a hacerle una visita a don Antón Villanueva; hombre de existencia mesurada, recientemente retirado de la academia quién, para suplementar su pensión y continuar acompañando con vino sus comidas, escribe artículos científicos. Muy lejos está de imaginar que cuando el texto en que se encuentra trabajando sea interrumpido, los eventos interpuestos lo trastocarán y le conducirán a redactar algo muy diferente, con ribetes tan poco usuales, que por fuerza habrán de contener un lenguaje en el cual se «desconozca el pudor y la falsa moralidad». *luzAzul* gira alrededor de amores cruzados, ambiguos, inesperados, aún dentro de la nación hétero, bi y trans existencial que vivimos.



Papi

Rita Indiana

Editorial Periférica, 2011

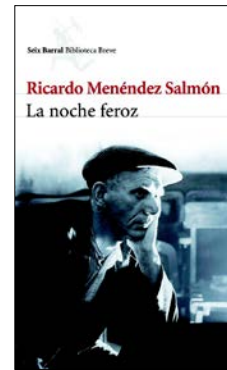
Una niña enfervorizada espera a su padre, un mafioso dominicano al que idolatra y que siempre llega sin avisar, como los monstruos en las películas de terror. Papi aparece, desaparece y reaparece, cargado de dólares y un sinfín de coches, novias y regalos. Encarna, como ha señalado el crítico Juan Duchesne Winter, al «neomacho global» y triunfador de los trópicos, que provoca alucinaciones en todos los que lo rodean: «El problema es que papi, como el Mesías, siempre aparece pero nunca llega. Así se cumple la falla íntima de una pasión dominicana, la brecha de toda pasión de la espera, narrada en una prosa que inculca el ritmo del perico ripiao en el pulso tecno, que inyecta la bachata en la sonata».

La noche feroz

Ricardo Menéndez Salmón

Editorial Seix Barral, 2011

1936. Sobre el telón de fondo de una guerra fratricida, en un pueblecito rodeado de montañas, el terrible asesinato de una niña desata la brutalidad que subyace en esta remota aldea. Un maestro rural atormentado por el pasado, un cura cruel y un pueblo entumecido por el miedo protagonizan *La noche feroz*, un thriller metafísico. Un mal profundo, arraigado en el pasado, rige el tiempo y el espacio en una novela con resonancias de la tragedia griega y de Dostoievski. Considerado «uno de los autores más sólidos, profundos e interesantes de nuestros días» (Vicente Luis Mora), Ricardo Menéndez Salmón se repliega en una prosa concentrada, para contar, una alegoría del horror en la que todo, incluso las palabras, produce un miedo primigenio.



Arma vacía y otros cuentos para impotentes

Rafael Medina

Ediciones Arlequín, 2011

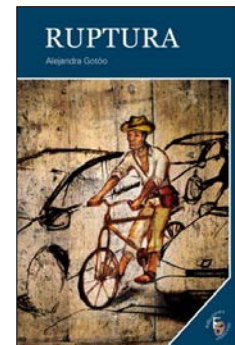
Filias, fobias, psicoanálisis, machismos y feminismos, fantasías y tragedias confluyen con humor y facilidad bajo la pluma del autor. Humor, no amor: o sólo sexo, y si hay amor alguno es siempre bajo la definición de los amores de tipo extraño, trastornados por la impotencia o la sobreabundancia, la abstinencia o los excesos de la carne, pulcramente diseccionados con una narrativa puntual, descriptiva y penetrante que saca el mayor provecho de cada anécdota. Pero no todo es sexual en esta colección de cuentos que Medina nos propone en *Arma vacía*: también viaja a los barrios bajos de antaño y teoriza sobre la literatura misma, siempre con un punto de vista acorde al conjunto de textos. Porque a veces la literatura es la mejor escapatoria para todo aquel «cansado tenso harto del trabajo». De esta manera, la lectura se convierte en una terapia sin igual para quien sufre, aunque las pesadumbres sean las mismas que se narran.

Ruptura

Alejandra Gotóo

Ediciones Oblicuas, 2011

Ruptura es una excelente composición narrativa que nos muestra un triángulo amoroso a base de pequeños fragmentos de vida. Éstos son dosificados con maestría a través de cortos e intensos capítulos mediante los cuales el lector va hilvanando los deseos y relaciones de Amanda, Alberto e Iván, los tres vértices de esta trama. El tránsito de la infancia a la adultez, la capacidad de amar, la pasión, la convivencia son sólo algunos de los temas que se ponen de manifiesto a lo largo del relato. Alejandra Gotóo logra introducirnos en el corazón de esta historia con un eficaz intercambio en el punto de vista del narrador y utilizando frases cortas y certeras que desnudan los sentimientos de los protagonistas. Un ejercicio literario que te absorbe desde las primeras páginas.



Antes de mí, después

Sandra Becerril

Editorial Amarante, 2011

Leopoldo está en un andén del metro de la ciudad. Son las doce de la noche, el último vagón pasará pronto. Ve que un hombre se arroja a las vías. Lo salva. El único testigo es un niño de 5 años que se encuentra solo en el andén. Leo se asusta y se va. Su vida continúa como siempre, sin hacer caso a su esposa ni a su hija, trabajador y fumador empedernido, comienza a obsesionarse con el rostro del hombre que salvó, hasta el extremo de dejar todo por buscarlo. La gente a su alrededor piensa que es gay, que está loco, sin embargo Leo piensa que al encontrar a aquel hombre, el salvado será él. Leo encuentra a Mariana en un café, ella es una mujer solitaria y necesitada de amor.

Esa noche se hacen amantes y la involucra más y más en la caza de un hombre que no conoce. Con prólogo del escritor Carlos de Tomás, el cual siente una gran atracción por la teoría de los Muchos Mundos, señala que por cada decisión que tomemos en esta vida se abre un universo paralelo donde lo que dejamos ir vive por nosotros su propia vida. Es así como, esa noche en el metro, se cruzan tres alternativas de mundos diferentes.

El sonámbulo de Verdún

Eva Díaz Pérez

Editorial Destino, 2011

Un siglo de la historia de Europa que tan sólo dura el fugaz momento en que una bala sale de un fusil y llega a la frente de un soldado en los campos de batalla de Verdún. Las trincheras de la Gran Guerra; el derrumbe de la despreocupada e indolente Viena fin de siècle; la Praga mágica de autómatas y leyendas, atravesada por los totalitarismos; el campo de concentración de Terezín y la clínica de exterminio de Hartheim; el mundo de la demencia en Steinhof, la ciudad de los locos; cárceles de represión comunista en Bohemia. Estos son los escenarios para la memoria del siglo XX que se suceden a través de una saga invisible que recorre todo un siglo de la historia de Europa, mientras un joven checo, Jaroslav, tras desertar del ejército austrohúngaro aguarda en las trincheras de Verdún el fin de la batalla y de la Gran Guerra.



Los días más felices

Rodrigo Hasbún

Editorial Duomo, 2011

En *Los días más felices*, el amor se escribe con los silencios, la música y las huellas en la superficie de las cosas. Lo esencial, presente y oculto día tras día, enreda la vida de Pablo, de Valeria, de Luisa, de Ladislao y Julián. Arrazábal y sus compañeros de curso están a punto de acabar los estudios. Todos ellos deben enfrentarse a sí mismos, a la madurez, a los miedos viejos y a los nuevos, a los caminos que aún no saben que transitarán. ¿Son, fueron, los días más felices? Los cuentos que dan cuerpo a este libro, y que pueden leerse como si se trataran de capítulos de una novela, o como las variaciones de un solo tema musical, ahondan en la belleza de lo mínimo y sumergen

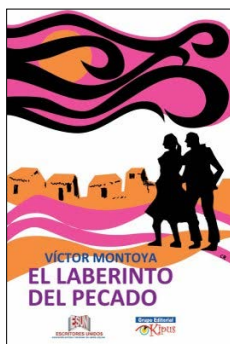
al lector en una experiencia sensorial, propia e intensa, marcada por el ritmo de un estilo contenido y los planos cortos del cine.

El restaurante favorito de Nina Hagen

Sergio del Molino

Anorak Ediciones, 2011

«Me llamo Sergio y soy adicto a los gofres con chocolate. Sólo con chocolate. Nada de natas, nada de helados, nada de mermeladas ni de siropes. Gofre con chocolate. Y hoy he recaído.» Este no-libro no te cambiará la vida, no aspira a cambiártela. No hay en él verdades reveladas, no aprenderás a hacer nada y no te convertirás en alguien mejor ni peor de lo que ya eres. Este relleno y su autor se complacen en ser inútiles y aspiran a alcanzar la inutilidad perfecta y absoluta o, al menos, un tipo de inutilidad que escandalice a los vicepresidentes de la CEOE y que esté tipificada en el Código Penal.



El laberinto del Pecado

Víctor Montoya

Escritores Unidos, 2011

La novela discurre en un ambiente minero, pero desde una perspectiva diferente a las precedentes de este subgénero, a cuyos personajes los hace actuar en diferentes planos y con el uso de técnicas literarias que no contempla la novelística minera conocida en la que sobresalen las luchas políticas en busca de sus reivindicaciones económicas y sociales, sin tomar en cuenta los problemas íntimos, subjetivos y emocionales que sufre cada habitante en esos rincones de viento, páramos grises y sombras soterradas en las profundidades de las montañas. Otros aspectos distintivos son el manejo del lenguaje y el enfoque de la realidad, antes no tocada, de la condición humana

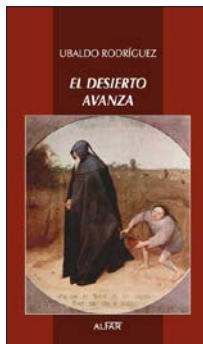
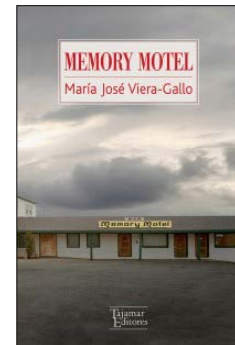
desde las penurias personales hasta la homosexualidad y lo erótico aunque a vuelo rasante. Su personaje principal no es el típico minero que surge de las bocaminas, sino un ser de los estratos medios de la gente que mora en esos parajes de paisajes y campamentos grisáceos-térreos donde suceden tragedias y luchas obreras.

Memory Motel

María José Viera-Gallo

Tajamar Editores, 2011

Memory Motel es una novela que se constituye como un relato post iniciático que permanentemente está forzando al lector a reflexionar sobre lo que nos hemos convertido, compartiendo así esa sensación de extrañeza y desacomodo que tiene la protagonista, explicitada cuando dice que «un día dejamos de tener treinta años». Agata camina nerviosa por la principal estación de trenes de Nueva York a la espera de un encuentro improbable. Carga con las circunstancias de su vida y con el peso del abandono, pero la voluntad de redimirse y asumir su soledad y su adultez, la impulsan a emprender un viaje al pasado a través de la memoria y la nostalgia, un pasado que no por doloroso deja de ser algo seguro a lo cual asirse. En éste aparecerán los aspectos clave de su vida que han desembocado en una ruptura matrimonial que no sólo la ha borrado de la cotidianidad de su exmarido, sino que también ha conseguido «borrarme de la mía... [y]... sentirme una turista de mi nueva vida.»



El desierto avanza

Javier Zuloaga

Ediciones Alfara, 2011

Una familia cuyos miembros mantienen entre sí unas relaciones embrutecedoras pasan el día en la casa de campo que por fin, después de mucho tiempo, han conseguido vender a los vecinos de al lado, los cuales poseen una granja de cerdos y están invitados a almorzar. Una abogada de éxito a punto de contraer matrimonio dará lugar a un absurdo percance de la vida cotidiana que, sin quererlo, afectará de manera negativa a los protagonistas que en él intervienen. En unos grandes almacenes, un desayuno de trabajo, presentado como la ocasión feliz en que los empleados serán como una verdadera familia, resultará al final, en cambio, un motivo de verdadera angustia para todos.

Tres hombres –un cantante que no canta lo que quiere sino lo que vende, un exdirector de banco y un juez expulsado de la carrera judicial–, enamorados de la misma mujer que arruinó sus vidas y que ha muerto, abrirán una taquilla y comprenderán la trama en que se vieron implicados.

Cielo Negro

Simón Soto

Editorial La Calabaza del Diablo, 2011

El niño Simón soñaba con ser Papa de tanto admirar a Juan Pablo II, pero solo llegó a ser acólito antes de descubrir el horror del poder salvífico; Raúl Soto, el hermanastro fantasmal cuya figura se construye en base a rencores y malos entendidos, hasta el momento exacto en que todas esas ficciones familiares se tendrán que confrontar con la realidad, son dos de las historias que se presentan en este libro, el primero de un autor que ha llegado para quedarse, para ser parte fundamental de la oleada de narradores chilenos que nacieron en los ochenta. Pero hay más, un joven que busca a su padre, el director de cine mexicano Mario Santoro, y ve, literalmente, más de lo que cualquier hijo quisiera ver de su madre. Billy Anderson, un actor porno que esconde el secreto de su origen, y la extraña sabiduría del que ha visto y vivido demasiado. Victoria Martínez, una cantante que disfrutó de su época de esplendor durante la dictadura, amiga íntima y comadre del general, que reclama su derecho a decir su verdad brutal y desfigurada como su rostro, como su cuerpo entero.



Ánima adjunta

Pablo Fuentes

Editorial Chancacazo, 2011

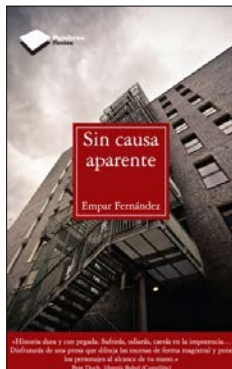
Ánima adjunta retrata, con una rara exactitud y una comicidad a ratos metafísica, los imprevistos de ser persona. Sus personajes padecen de un acceso privado y automático a sí mismos, convirtiendo sus objetos de evasión en confidentes, al compás de una coreografía mental donde lo animado se desnaturaliza y lo inerte cobra vida: un muñeco inflable que maneja estadísticas, un Schnauzer con dotes lingüísticos, una punk en miniatura, un mosquito trascendental, un ángel de la guarda que ofrece servicios sexuales, un cristo redentor en una desenfrenada fiesta de disfraces. Diez ágiles relatos sobre juventud y deseo, rebelión y alineación, amor y desengaño.

El vuelo de la monarca

Javier García Rodríguez

Editorial Menoscuarto, 2011

El título de la esta segunda novela de Julio Rodríguez alude a la célebre mariposa monarca, que cada primavera abandona los bosques mexicanos de Michoacán y emprende un largo viaje a la frontera entre Estados Unidos y Canadá. Se necesitan varias generaciones para completar un trayecto de ida y vuelta que marca el destino de toda una especie. El autor explica que también muchos hombres y mujeres se ven forzados a emigrar, pero sólo a veces surge el prodigio de que algún descendiente regrese por fin a casa. *El vuelo de la monarca* cuenta una de estas historias, la que protagoniza Sico Tomé, un niño asturiano amante de las mariposas que, recién terminada la Guerra Civil, embarca por azar en el vapor *Sinaia* para cruzar el Atlántico e iniciar su propia metamorfosis.



Sin causa aparente

Empar Fernández

Plataforma Editorial, 2011

La policía habla de un posible suicidio, ya que el cuerpo fue encontrado sobre la acera bajo la ventana del domicilio familiar, pero él se niega a considerar esa posibilidad. Sostiene que todo iba bien, razonablemente bien. Nada en la conducta de Raquel le había permitido sospechar que se sentía mal; tampoco a ninguno de los que la conocieron en vida. Ni la menor señal, ni un momento de debilidad, ni una lágrima. Nada. La investigación, asignada a Enric Nasarre, un policía cargado de años y de buenas intenciones al que la experiencia ha enseñado a desconfiar de todo y de todos, permite desvelar los motivos y entender el infierno en el que Raquel vivió sus últimos días. Maldad en estado puro, una ambición sin límites y la ausencia total de

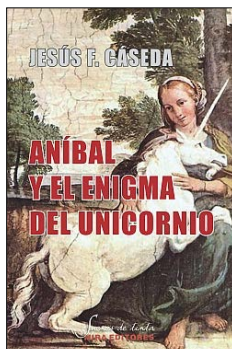
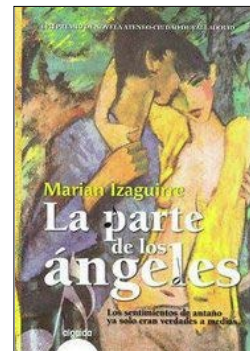
escrúpulos es lo que encontramos si acompañamos a Nasarre en la resolución de este caso sin causa aparente.

La parte de los ángeles

Marian Izaguirre

Editorial Algaida, 2011

Dos jóvenes músicos se conocen en Holanda, cuando ambos participan en un concurso internacional de violín, y durante veinte largos años forman una pareja llena de luces y sombras jalonadas entre Rotterdam, Siena, Nueva York y El cabo de Gata. Cuando Ricardo abandone a Irene por una mujer más joven, se enfrentarán al desafío de aprender a vivir el uno sin el otro. *La parte de los ángeles* es también una novela sobre el perdón, sobre los sentimientos confusos, sobre el amor que todavía pervive en el desamor y el modo en el que a veces vuelve a nuestras vidas la persona que se fue. Tras una etapa llena de tristeza y rencor, la protagonista llega a la conclusión de que debe desprenderse del resentimiento y empezar de nuevo, esta vez ayudada por la estimulante presencia de Mateo



Aníbal y el enigma del unicornio

Jesús Fernando Caseda

Mira Editores, 2011

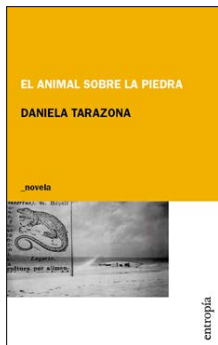
Esta novela dibuja la vida de un rebelde adelantado a su tiempo en los primeros años del pasado siglo XX. En la obra se retrata la España anterior a la Guerra Civil, a través de un personaje que no se conforma con lo que el destino le tiene dispuesto de antemano y que, por ello, lucha contra toda clase de inconvenientes, como la ignorancia, la brutalidad, la hipocresía y los intereses bastardos. Por la novela desfilan toda clase de personajes de la época. Y, dentro de ella, hallamos acción, aventura, cierto misterio, mensaje y descripción de un tiempo diseccionado desde un punto de vista histórico y humano.

Los ensimismados

Paúl Viejo

Editorial Páginas de Espuma, 2011

Los ensimismados es un libro en conflicto permanente y cargado de contradicciones y tensión desde su propia estructura. Enfrentados en dos partes que dialogan entre ellas, «Los descreídos» y «Los ensimismados», los cuentos que lo componen establecen una batalla entre el «contar» y el «no contar», hablar o callar, por medio de personajes conscientes en todo momento de serlo, narradores que no quieren narrar pero fracasan, verdades que acaban convirtiéndose en ficciones, diálogos directos con el lector y cuentos que se corrigen a sí mismos. Paul Viejo ha escrito «una autobiografía confusa» donde todo límite queda absolutamente desdibujado, un primer libro de cuentos lleno de secretos e insinuaciones que revela a un joven autor con una altísima y arriesgada calidad literaria.



El animal sobre la piedra

Daniela Tarazona

Editorial Entropía, 2011

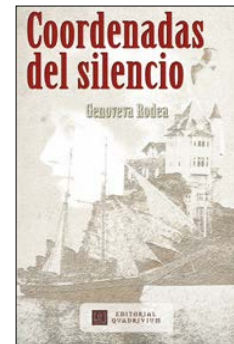
Tras la muerte de su madre, Irma resuelve tomar un avión y refugiarse en una playa. A medida que atraviesa el duelo, el cuerpo de la protagonista, su instinto y su percepción, comenzarán a experimentar una transformación tan inesperada como natural. El proceso de metamorfosis que lleva hacia la animalidad ha sido explorado por la literatura desde sus mismos inicios, con hitos célebres que van desde la mitología clásica hasta la prosa contemporánea. En este libro, Daniela Tarazona ha logrado abordar el tema desprendiéndose del lastre de la literatura fantástica y el simbolismo didáctico. *El animal sobre la piedra* es una novela profundamente biológica e introspectiva antes que una fábula o una digresión acerca de lo sobrenatural. Con un estilo preciso y visceral, Tarazona presenta en estas páginas el recorrido clínico de una mutación radical. Un cambio cuyos síntomas fisiológicos son emergentes de una evolución más íntima que contiene, al mismo tiempo, resonancias universales.

Coordenadas del silencio

Genoveva Rodea

Editorial Quadrivium, 2011

¿Qué ocurre cuando la curiosidad abre la puerta al misterio y avanzar hacia el riesgo se convierte en el único camino para escapar de él? Una empresaria afincada en Zaragoza, un maestro de vela, el dueño de un bazar de recuerdos, un octogenario empleado de una mansión de Biarritz y el sacerdote de una emblemática iglesia de San Juan de Luz, se verán atrapados en ese camino. Sólo disponen de unas cartas, algún objeto personal y el confuso diario de un anciano con demencia senil, para sumergirse en sucesos de hace un siglo. La escritora Genoveva Rodea ha sido galardonada por sus obras poéticas. En narrativa ha publicado varias obras; en 2007 *Las Herencias del tiempo* y en 2009 *Escrito sobre la arena* con gran éxito. Además, es colaboradora de ABC, Punto Radio y otros medios de comunicación escrita.



El reino de la nada

Emilio Gavilanes

Editorial Menoscuarto, 2011

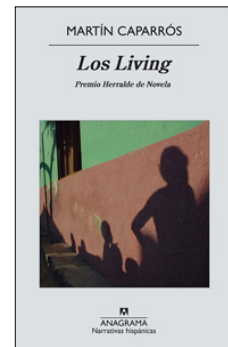
El relato que da título a este libro, *El reino de la nada*, cuenta con crudeza y brillantez la peripecia que sufren los internos de un manicomio abandonado al iniciarse la Guerra Civil. Más allá de su carácter metafórico o de la vuelta de tuerca que implica fabular sobre los límites de la locura, Emilio Gavilanes persigue con esta historia –y con las otras doce narraciones del volumen– mostrarnos el misterio de la existencia y de las eternas inquietudes humanas, como el amor, la memoria y el paso del tiempo. Emilio Gavilanes es autor de dos libros de cuentos: *La tabla del dos* (Premio NH 2004 al mejor libro de relatos inédito) y *El río* (2005), de las novelas *La primera aventura* (1991), *El bosque perdido* (2001) y *Una gota de ámbar* (2007) y de la colección de haikus *Salta del agua un pez* (2011).

Los Living

Martín Caparrós

Editorial Anagrama, 2011

Nito nace en Buenos Aires el día en que muere Juan Domingo Perón, julio del 74. Su infancia es una infancia como tantas, retorcida, inclemente, hecha de amores posibles e imposibles, aprendizajes y terrores, contra el fondo de la turbulenta historia argentina. Sus primeros años quedan marcados, además, por la muerte confusa de los suyos: su padre, su abuelo. Y Nito se siente cada vez más fascinado por ese tránsito, más acosado por las dudas: ¿cuál es nuestra relación con los muertos? ¿Se puede mantener el contacto con ellos? ¿Siguen entre nosotros? Años después, cuando se encuentra con el Pastor y se vuelva su arma más afilada, el invento de los living le permitirá aventurar una respuesta –provisoria, frágil– a esas preguntas sin respuesta posible. Con *Los Living*, el gran escritor argentino Martín Caparrós se adentra en nuestra relación con la muerte, con los muertos y su desaparición de nuestras vidas. *Los Living* es una historia que va de la farsa a la tragedia –y viceversa– sin perder nunca la mirada afilada, la emoción, la prosa sorprendente. Una novela osada, deslumbrante, llena de humor y de tristezas, que nos propone una ácida visión del mundo contemporáneo, de sus dobleces y desconciertos, de sus silencios fundamentales.



Vagas desapariciones

Ana Teresa Torres

Editorial Alfa, 2011

Una clínica psiquiátrica en Caracas es el lugar adonde llegan quienes necesitan olvidar. Los pacientes son personajes emblemáticos que encarnan la diversidad de la sociedad venezolana del fin del siglo XX. En este lugar de olvidos, dos personajes se alían para recuperar el pasado y escriben juntos sus cuadernos: Pepín, un joven de origen humilde, criado en la calle y admirador del militarismo, y Eduardo, un artista homosexual, de familia pudiente, herido por una sociedad machista. Ambos, observadores atentos de lo que los rodea, escriben también sobre el presente, sobre el universo variopinto de la clínica y revisan el pasado a través de las fotografías de

Eduardo. En muchos casos, inventan el pasado cuando la memoria no lo proporciona y reinventan a los pacientes también. La clínica resulta una alegoría de un país signado por el fracaso, de una sociedad en la que la exclusión, la ignorancia del otro, es una bomba de tiempo.

Octimana

David Serrano Dolader

Editorial Eclipsados, 2011

Octimana es una novela –o algo parecido– de estructura circular que presenta una particular visión del carrusel de la vida y de la muerte a través de peculiares personajes (viejos, gatos, muertos, niños) que, entre soles y sombras, van desgranando temas vitales y/o triviales a través de un lenguaje lúdico y expresivamente marcado. Se mezclan en la obra desesperanzada por el repetirse de los días con la esperanza en el cáliz liberador del juego y el humor. David Serrano-Dolader es Doctor en Filosofía y Letras (Sección de Filología Hispánica) por la Universidad de Zaragoza y Profesor Titular del Área de Lengua Española en el Departamento de Lingüística General e Hispánica de la Universidad de Zaragoza. Es comentarista de política internacional en el Heraldo de Aragón, donde ha publicado más de 60 columnas de opinión. *Octimana* es su primera novela.



Espiral de espejos

Rosa Pastor Carballo

Editorial El Nadir, 2011

Amantes sorprendidas, ocurrentes, divertidas, reincidentes. Mujeres que buscan palabras, o cómo recopilar aromas y paisajes perdidos. Niñas que crecen construyéndose en furibundo antagonismo con los adultos, extraños justicieros, soñadores que transforman su experiencia en una llamada al lector para que se sumerja en estos cuentos de atmósfera acuosa, dejándose conducir por los personajes que se mueven como sonámbulos, bailando tangos o persiguiéndose a sí mismos intentando reconstruirse y renacer, no siempre con éxito.

Los puntos ciegos de Emilia

Cristina Feijóo

Editorial Tusquets, 2011

Emilia se ha construido un mundo propio, un universo de señora respetable que se derrumba cuando sospecha que su marido tiene una amante. Ultrajada, le encarga a un sobrino político que amenace a la joven, sin suponer que lo urgente de su pedido, interpretado por el muchacho, terminará en violación y asesinato. Esa muerte da inicio a la trama centrada en los cinco días previos a la tragedia, lapso durante el cual Emilia avanza recabando datos sobre la traición mientras su memoria retrocede hacia su infancia, a la historia de su madre –una actriz del under–, a la misteriosa ausencia de su padre, a su propia maternidad, a la tragedia de Cromañón, que sigue desgarrando la vida familiar. Sostenida por una arquitectura compleja, la novela despliega una vasta geografía de sentimientos con extraordinaria habilidad, en un modo preciso, inteligente y eficaz al que el oficio de Cristina Feijóo nos tiene acostumbrados.



Las dudas del fuego

Soledad Cruz Guerra

Ediciones de La Discreta, 2011

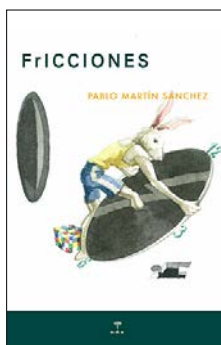
Lejos de que se haya agotado aquel fenómeno hispanoamericano que conocemos como el realismo mágico (o mítico o maravilloso), los autores latinoamericanos renuevan las formas de observar arrancando belleza de la dura realidad americana. Lo dicho se cumple en la novela que presentamos. En ella, los personajes obligados a sobrevivir a la falta de todo no dejan de tener sus vidas y sus pasiones; el espíritu de los dioses venidos de África y los santos cristianos, desde que el socialismo decretó que volvían a existir, ejercen su influencia; la propia Isla es mágica y tenía que estar en medio del Caribe, para ser exuberante y seductora.

2022-La guerra del gallo

Juan Guinot

Editorial Talentura, 2011

Masi, el protagonista, remedo de un Rambo alimentado con dulce de leche, argentino y tercermundista, es en realidad un ex-no combatiente, un niño condicionado por los comunicados triunfalistas del gobierno militar durante la Guerra de Malvinas, que fueron para él lo que las novelas de caballería para el Quijote: la puerta a un patio demencial, siempre más amable que la realidad. Masi es también incapaz del cinismo protector que los demás usamos para convivir con el recuerdo de la guerra. Él, alucinado y convencido de tener la misión de continuar la guerra por su cuenta, cruza a paso marcial el puente que conduce a la locura, decidido a vengar la afrenta británica. Y es en 2022, cuando se cumplen los 40 años de la guerra, cuando Masi encuentra por fin un objetivo que alcanzar: ya que solo no puede liberar Malvinas, conquistará el Peñón de Gibraltar. Esta primera novela presenta al autor argentino Juan Guinot como un narrador original, dotado de un estilo propio, y capaz de seguir ofreciéndonos, en un futuro cercano, libros diferentes, llenos de imaginación e ironía.



Fricciones

Pablo Martín Sánchez

E.D.A. Libros, 2011

Fricciones es un libro de relatos de extensión variable y de estilo diverso, un puzzle literario en el que la unidad de estilo es precisamente la diversidad, la fragmentación y la polifonía, conformando un collage en el que cada relato está íntimamente ligado con los demás a partir de la idea de que escribir es reescribir y friccionar con otras lecturas. Así, el título del volumen está inspirado en una errata del catálogo de Gallimard, que rebautizó como *Friccions* la célebre obra de Jorge Luis Borges. El libro incluye un prólogo póstumo de Augusto Monterroso y se divide en tres partes, tituladas «Roces», «Caricias» y «Abrazos». Pablo Martín ha recibido diversos premios de relato

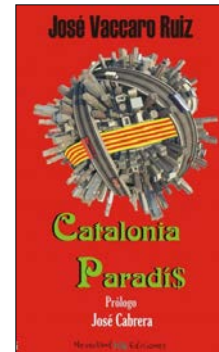
corto y en estos momentos está ultimando la escritura de su primera novela, *El anarquista que se llamaba como yo*.

Catalonia Paradís

José Vaccaro Ruiz

Neverland Ediciones, 2011

300 hectáreas de suelo calificadas de sistema aeroportuario en el área Metropolitana de Barcelona, que dejan de ser necesarias como zona de servicio del aeropuerto, son objeto de un plan urbanístico para construir en ellas 30.000 viviendas y equipamientos comerciales privados. Los avatares de esa recalificación, sus entresijos y lo que hay detrás son el hilo conductor. La novela arranca con el suicidio –o asesinato– del Director de Urbanismo de la Generalitat de Catalunya que se opone a dicho plan de recalificación. Su viuda, Marta Estruch, encarga al investigador Juan Jover que descubra las enigmáticas causas de la muerte de su marido. Jover es de oficio «conseguidor», es decir, el personaje toma los caracteres de un intermediario o puente entre los promotores urbanísticos y los políticos para lograr recalificaciones, concesiones, licencias o autorizaciones contrarias o en el borde de lo que es legal. Es un personaje contradictorio que deberá, en la búsqueda de lo sucedido, navegar entre grupos económicos y políticos corruptos.



Dices miedo

Eugenia Prado Bassi

Ceibo Ediciones, 2011

«*Dices miedo*, de Eugenia Prado Bassi, es un ejercicio múltiple del terror como signifi-
cante que se despliega de manera barroca y suntuosa en el escenario del texto. La
escritura se desplaza en diferentes escenas y géneros que poco a poco difuminan sus
contornos materiales, dejando entrever de manera elíptica los diversos planos a partir
de los cuales se formula un deseo con su cuota de desquicio, desamparo y placer: *el
crimen*. El crimen cita la infancia desgarrada, así como atrae la represión y el control
punitivo carcelario en la figura castigadora de la médica, que actúa de puente entre la
sujeto y su pena, la pena y la muerte, la muerte y el caos. Sujeto que se retira de lo

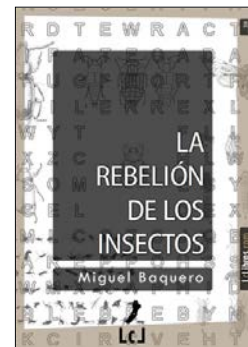
social para formar una cicatriz impensada que atraviesa, de parte a parte, la civilidad estereotipada por el
orden burgués.» (Eugenia Brito).

La rebelión de los insectos

Miguel Baquero

LcLibros.com, 2011

Un pequeño crimen, cometido en una persona venida a menos, hace que, con la
mayor pereza, el aparato policial se ponga en marcha. Al frente de la insípida inves-
tigación, el inspector Gerardo Torres pronto entiende que la solución del crimen va
más allá, mucho más allá, de establecer quién asestó las dos cuchilladas al cadáver.
Enseguida sospecha que el asesino real tiene las manos limpias, es más, se acaba de
hacer la manicura y contempla el mundo desde una oficina con aire acondicionado
en la planta noble de un gran edificio... Primera incursión de Miguel Baquero en el
policiaco digamos «serio», *La rebelión de los insectos* trata no solo de la resolución
de un crimen, por lo demás bastante común y cotidiano, sino que busca mostrar una de las muchas formas
en que el poder nos maneja, nos trae, nos lleva, y si es preciso nos liquida, al solo albur de sus intereses.
Bajo el supremo lema de la ganancia, el progreso y el beneficio, en realidad pulula una selva de pequeños
insectos cuyas vidas son nada más que historias minúsculas, intrascendentes, despreciables.



Ya queda menos

Miguel Albero

Zut Ediciones, 2011

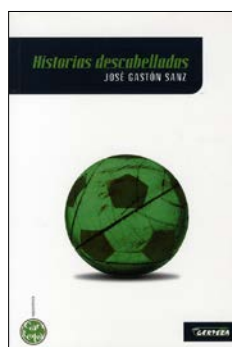
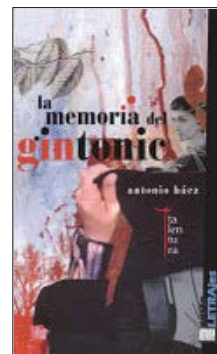
Ya queda menos es una novela que con grandes dosis de humor retrata la singladura de
un personaje, Simbad Martínez, un genial mediocre. Dividida en tres partes, *Ya queda
menos* sigue los pasos de un personaje con el que todos nos hemos cruzado alguna vez
–quizá también en el espejo: Simbad Martínez–, que busca desesperadamente algo que
le ilusione, una puerta por la que escapar, una hazaña en la que hacerse héroe, un
modo de vida que por fin merezca el nombre de vida. Con desparpajo y humor, Miguel
Albero, a la vez que sigue la epopeya de su personaje, retrata un mundo donde parece
que la idiotez se ha contagiado como el virus más peligroso y adormecedor.

La memoria del gintonic

Antonio Báez

Editorial Talentura, 2011

«Este volumen recoge dos relatos, *El regalo* y *Banquete*, y una novelita titulada *La memoria del gintonic*, que giran en torno a algunos asuntos recurrentes en mis historias: los vacíos, las pérdidas y las ausencias, en este caso relacionadas con el desgaste del tiempo. Voy a contar algo. Un día quise ser esa Eulogia protagonista de *La memoria*, una mujer de 70 años, y no se me ocurrió otra cosa que matricularla en un curso de novela a distancia, en el que no me fue difícil presentarme como si fuese ella. Empecé a escribir los primeros capítulos y cada mes le enviaba lo que había hecho a Cristina Cerrada, que parece que pronto sospechó y empezó a pensar que tras Eulogia había otra persona. Flaubert dijo que Madame Bovary era él. ¿Era yo Eulogia? A mi parecer se escribe siempre desde y sobre la propia ficción. Eulogia es una mujer con mis cositas, se podría decir, después de pasar unos meses inventándomela. Me gusta pensar que mi trabajo literario se hace con materiales de derribo, de desecho y que los reciclo para componer una cosa diferente, al menos modificada, que pocas veces sé de antemano qué va a ser. Para escribir no uso apuntes, diseños o esquemas previos e intento que las ideas sean elementales. Por ese motivo los desarrollos tienden a la brevedad. La literatura que me interesa sirve para desalojar, despojar y vaciar ciertas habitaciones imaginarias llenas de trastos inútiles, no sé si habré conseguido algo así, pero ya me gustaría. Es curioso: Eulogia, la protagonista de *La memoria del gintonic* salió de mi cabeza, donde nunca estuvo. *Banquete* y *El regalo* desequilibran el volumen, lo vuelcan un poco hacia el placer y la libertad que supone para mí escribir.» (Antonio Báez).



Historias descabelladas

José Gastón Sanz

Editorial Certeza, 2011

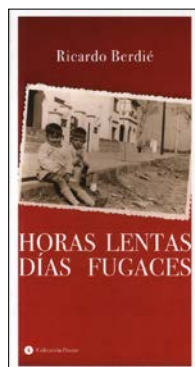
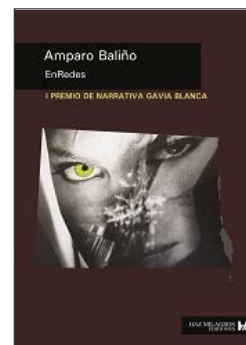
Los cinco relatos incluidos en el libro enlazan con el marco argumental y la filosofía narrativa de *Aventuras imposibles*, la anterior obra del autor en esta misma colección (nº 31). Una y otra suponen un intento de inculcar sentimientos sociales a los jóvenes adolescentes –y también a los adultos– que consigan despertar el rechazo a la violencia y las actitudes positivas correspondientes a través del surrealismo fantástico. Las situaciones alternativamente alegres y tristes, con las que nos tropezamos repetidamente en nuestras vidas, sirven de marco para conseguir el objetivo de entretener enseñando.

EnRedes

Amparo Baliño

Haz Milagros Ediciones, 2011

Es verano, y el pueblo de Redes comienza a recibir a los visitantes, Sandra, Fedor, un adolescente... que se mezclan con quienes viven en él todo el año –Ramón Freire es inolvidable– y también con aquellos, que como Selena, pasan largas temporadas allí. Y el pueblo cambia, como cambia un extraño libro que espera mansamente a ser consultado en el Bar Roco. *EnRedes* sorprende en cada capítulo, no habrá lector a quien sus personajes le resulten ajenos, que no se sienta identificado con alguno de ellos. ¿Quién no ha veraneado y tenido la sensación de que su vida era otra? Al menos durante un tiempo, o –en algunos casos– para siempre. La novela obtuvo el premio de narrativa Gavia Blanca convocado por Haz Milagros ediciones.



Horas lentas. Días fugaces

Ricardo Berdié

Editorial Eclipsados, 2011

Este es el relato de una época y de una peculiar forma de traspasar la infancia y de revivir en la madurez sin nostalgia y sólo por puro placer. La inicial conciencia difusa de los personajes se va modelando poco a poco a partir de la experiencia colectiva, sin que lo políticamente correcto se inmiscuya en el mundo de libertad en el que estos se desenvuelven. Ricardo Berdié ha publicado los libros de relatos *La sensata locura de los nómadas* (Egido Editorial, 1997) y *Laberinto y otros relatos* (Xordica Editorial, 2002). En 1999 obtuvo el Premio Novela Corta Ciudad de Barbastro con la novela titulada *En el delirio de mis sueños* (Xordica Editorial, 1999).